

ESCRITOS SOBRE RUSIA

I. HISTORIA
DIPLOMATICA SECRETA
DEL SIGLO XVIII

K. MARX/E. ENGELS

87

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

PYP

X. PASTOR
EP/TE(4)
296/81

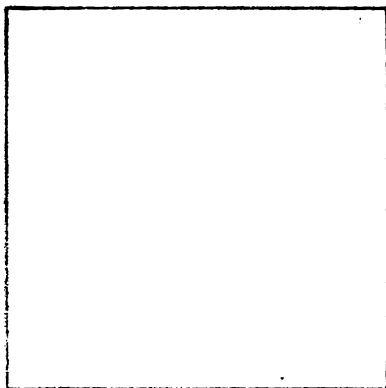
1.220
X

**escritos sobre
rusia**
**I. revelaciones
sobre la historia
diplomática
secreta del siglo xviii**



traducción de
oscar terán
mariano martín
conrado ceretti

compilación y revisión de
josé aricó



karl marx
friedrich engels

I. escritos sobre rusia
revelaciones sobre la
historia diplomática
secreta del siglo xviii

87

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

primera edición, 1980
© ediciones pasado y presente, s.r.l.
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-0978-6

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

INDICE

ADVERTENCIA	5
KARL MARX Y EL ORIGEN DE LA HEGEMONÍA DE RUSIA EN EUROPA, <i>por</i> DAVID BORÍSOV.CH RIAZÁNOV	9
1. El papel contrarrevolucionario de Rusia y de Inglaterra en Inglaterra en 1848, 9; 2. Los escritos de Marx sobre las relaciones anglo-rusas, 22; 3. La descripción de Marx del desarrollo de Rusia, 30; 4. El yugo tártaro y el absolutismo en Rusia, 39; 5. La europeización de Rusia a través del comercio inglés, 44; 6. La significación del comercio ruso para Inglaterra, 50; 7. La guerra del norte, 54; 8. La alianza anglo-rusa en el siglo XVIII, 72; 9. La política exterior de Rusia y la revolución, 81	
REVELACIONES SOBRE LA HISTORIA DIPLOMÁTICA SECRETA DEL SIGLO XVIII, <i>por</i> KARL MARX	87
CAPÍTULO PRIMERO	89
CAPÍTULO SEGUNDO	101
CAPÍTULO TERCERO	119
CAPÍTULO CUARTO	128
CAPÍTULO QUINTO	137
CAPÍTULO SEXTO	149
LA POLÍTICA EXTERIOR DEL ZARISMO RUSO, <i>por</i> FRIEDRICH ENGELS LA CONTROVERSIA EN EL INTERIOR DEL MARXISMO RUSO Y SOBRE LOS ORÍGENES OCCIDENTALES O ASIÁTICOS DE LA SOCIEDAD, DEL CAPITALISMO Y DEL ESTADO ZARISTA EN RUSIA, <i>por</i> BERND RABEHI.	159 193
i. El descubrimiento de D. B. Riazánov de la imagen contradictoria de Rusia en Marx y Engels. Contribución a la historia de las causas sociales que han silenciado un escrito de Marx sobre los fundamentos semiasiáticos de la historia rusa, 193; ii. El análisis de Rusia en Marx y en Engels, 203; iii. La controversia en la socialdemocracia rusa a propósito de la tradición asiática, 223; vi. Sobre algunos virajes en la historiografía de la URSS a propósito de las bases históricas del desarrollo capitalista en Rusia, 257	
NOTAS DEL EDITOR	269



Iniciamos con el presente volumen una recopilación de textos de Marx y Engels sobre la "cuestión rusa", que trataremos sea lo suficientemente exhaustiva como para que el estudioso de habla española pueda disponer de una base documental adecuada para reconstruir la historia de una relación por cierto bastante complicada. Los distintos volúmenes a publicar incluirán escritos reunidos editorialmente bajo un título común, sin que por esto se pretenda prefigurar una unidad temática sólo existente en el campo nacional sujeto del análisis. Sólo queremos ofrecer una masa de "materiales para el estudio de la cuestión rusa" que en su diversidad constituyen sin embargo una muestra de la profundidad crítica y del desprejuicio con que Marx y Engels analizaban los problemas de su época. Evidencian, además, la presencia en el razonamiento de ambos de una diferencia de matices destinada a ensancharse y a convertirse en disímiles perspectivas en el examen particular del destino de la comuna agraria en Rusia.

Al presente, le seguirán otros volúmenes dedicados a la correspondencia entre Marx y Vera Zasúlich sobre el futuro del capitalismo y de la comuna rural rusa, los apuntes de Marx sobre Kovalewski, su crítica al libro de Bakunin, *Estatismo y anarquía*, sus reseñas críticas sobre Chernishevski y otros economistas, su examen de las consecuencias de la liberación de los siervos de la gleba, en 1869, etc. Cada uno de los volúmenes será acompañado de comentarios críticos, o apuntes complementarios de teóricos marxistas como Riazánov, Nicolaievski, o por notas editoriales, de modo tal que el lector dispondrá de un aparato crítico donde desde distintas perspectivas se analiza el significado del análisis marxiano de la formación social rusa.

El trabajo incluido en este volumen, con el que iniciamos nuestra recopilación, *Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVIII* constituye, quizás, el más encarnizado ataque de Marx contra el zarismo y sus protectores o subordinados en Europa occidental, los liberales ingleses. Aunque publicado como una serie de artículos en 1857 en la revista del conocido "rusófobo" tory David Urquhart, y como libro aparte en 1899, durante largos años durmió en algunas bibliotecas hasta que en 1954 lo exhumó B. P. Hepner para la editorial Gallimard, de París. Los editores rusos y alemanes de las obras completas de Marx y Engels, al considerarlo prescindible, decidieron no incluirlo en sus respectivas ediciones. Pero desde la publi-

cación parisiense, y estimulados por los esfuerzos desplegados por Maximilien Rubel para hacerlo conocer, aparecieron sucesivamente las ediciones inglesa, alemana, nuevamente francesa y dos ediciones italianas. Existe también una versión española traducida de la recopilación hecha por Robert Payne de textos desconocidos de Marx.*

Nuestra traducción ha sido hecha a partir de la edición inglesa de 1969 (*Secret diplomatic history of the eighteenth century*, al cuidado de Lester Hutchinson, Londres, Lawrence and Wishart, 1969), que recupera también la parte final del capítulo quinto no comprendida en la edición de 1899 de los artículos marxianos, preparada por Eleanor Aveling-Marx, aparecidos con el título de *Revelations of the diplomatic history of the 18th century*, entre 1856 y 1857 en *The Sheffield Free Press* y en *The London Free Press*. Hemos cotejado nuestra versión con la española de Bruguera y la italiana (*Storia diplomatica secreta del XVIII secolo*, Milán, La Pietra, 1977).

El ensayo de David Borísovich Riazánov, aparecido originariamente en los fascículos complementarios de la revista alemana *Die Neue Zeit* ("Karl Marx über den Ursprung der Vorherrschaft Russlands in Europa", *Ergänzungshefte zur Neuen Zeit*, núm. 5, marzo de 1909), y el de Bernd Rabehl están incluidos en el mismo volumen que contiene la primera traducción completa en alemán del texto de Marx, *Die Geschichte der Geheimdiplomatie des 18. Jahrhunderts. Herausgegeben von Ulf Wolter mit Kommentaren von Bernd Rabehl und D.B. Rjasanov*, Berlín Verlag Olle und Wolter, 1977.

Tanto el ensayo de Riazánov como el de Rabehl efectúan un análisis muy detenido del origen y de la suerte corrida por este texto de Marx por el que resultan prescindibles otras consideraciones introductorias. Sin embargo, vale la pena recordar que, como indica el propio Marx en *Herr Vogt*, las *Revelaciones* sólo eran la introducción de un trabajo más amplio sobre las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Rusia desde el siglo xviii hasta su época, y que al redactar este trabajo no quiso basarse "en consideraciones generales, sino en los hechos". Por eso el trabajo adoptó la forma de un comentario de una serie de documentos que constituían para Marx la prueba histórica del papel desempeñado por Inglaterra en el ascenso de la potencia rusa durante todo el siglo xviii. Tal es la definición que da de su trabajo en una carta a Engels del 12 de febrero de 1856. El ensayo de Riazánov, además de ser una presentación y un comentario del

* *El desconocido Karl Marx*. Recopilación de documentos e introducción por Robert Payne, Barcelona, Editorial Bruguera, 1975.

texto marxiano, es también una interpretación autónoma y alternativa respecto de la de Marx de la historia rusa y de la evolución de las relaciones políticas y económicas entre Inglaterra y Rusia. El ensayo histórico-crítico de Bernd Rabehl reconstruye la evolución de esta delicada controversia en el interior del campo socialista sobre los orígenes “occidentales” o “asiáticos” del poder en Rusia, mostrando de tal modo la estrecha vinculación existente entre el texto de Marx y los esfuerzos más recientes por definir la naturaleza de los países del llamado “socialismo real”. Sobre el texto de Marx, la interpretación de Riazánov y el análisis posterior hecho por Rabehl es de indudable interés el capítulo “El despotismo oriental (Engels) y los yerros semi-orientales (Marx) de Rusia” del libro de Rudi Dutschke, *Lenin. Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*, Barcelona, 1976, pp. 50-87.

El artículo de Engels *Die auswärtige Politik des Zarentums*, escrito en Londres a mediados de febrero de 1890 fue publicado en *Die Neue Zeit* (año VIII, 1890, núms. 4 y 5) y en ruso en el núm. 2 de *Sotsialdemokrat*, periódico de los socialistas exiliados en Ginebra dirigido por Guiorgi Plejánov y Piotr Axelrod. El trabajo de Engels corrió una suerte semejante al de Marx. Olvidado durante muchos años, los redactores de la revista teórica del PCUS, *Bolchevik*, se propusieron incluirlo en una edición especial con motivo de cumplirse en 1934 el vigésimo aniversario del estallido de la primera guerra mundial. Stalin se opuso a dicha inclusión en una carta dirigida a los miembros del Politburó y cuyo texto completo sólo se dio a conocer en mayo de 1941 —un mes antes de la invasión de Rusia por los ejércitos fascistas— precisamente en las columnas de *Bolchevik*. El texto de Stalin constituye una abierta, y por momentos agresiva, refutación de las tesis de Engels sobre la política exterior del zarismo ruso expuestas en su escrito de 1890. “Cuando —decía Stalin— una lucha imperialista por la posesión de colonias y esferas de influencia no es tomada en cuenta como factor determinante de una guerra mundial; cuando se aprecian la anexión de Alsacia y Lorena y a un mismo nivel los esfuerzos del zarismo ruso por apoderarse de Constantinopla, como las causas más importantes que en definitiva habrán de conducir a un conflicto armado; cuando, finalmente, se ve al zarismo ruso como el último baluarte de toda la reacción europea, se hace entonces evidente que la guerra —digamos— entre la Alemania burguesa y la Rusia zarista, no es una guerra imperialista, ni de pillaje, ni antinacional, sino una guerra de liberación o de casi liberación.”

Como indica Maximilien Rubel en un artículo sobre los trabajos de Marx y Engels dedicadas a Rusia, Stalin corregía a los fundadores del marxismo imponiendo con su peso teórico y político si bien no la apoteosis del zarismo, al menos su apología y con ella la de su diplo-

macia imperialista. Ridiculizando la “ingenuidad” de Engels al confundir la moral con la política, le reprocha haber ignorado al imperialismo inglés y su papel en los acontecimientos que condujeron a partir de entonces a la primera guerra mundial. En su “carta” Stalin defiende la política de conquista del zarismo contra Occidente, que “de ninguna manera fue monopolio de los zares”. Simulando dirigir su crítica sólo contra el artículo de Engels, en el que éste declara continuar la lucha de Marx contra la autocracia rusa, Stalin en realidad cuestiona toda la posición de sus maestros y en especial la visión que tenía Marx de la formación del imperio ruso. Como señala Rubel, por primera vez Stalin citó los textos sagrados no para emplearlos o aprovecharlos en su servicio, sino para contradecirlos abiertamente.*

En los trabajos de Riazánov, Marx y Rabehl las notas a pie de página son de los autores; en el caso del artículo de Engels hemos incluido a pie de página también observaciones del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú acerca de las variaciones del texto en sus distintas versiones, y algunas aclaraciones de términos. Las notas indicadas con números exponenciales encerrados entre corchetes pertenecen al editor y son incluidas al final del libro. Para elaborar estas notas hemos utilizado, modificándolas o integrándolas, las ediciones inglesa, alemana, italiana y francesa. Las notas editoriales de los artículos de Engels pertenecen casi exclusivamente al IMEL. En algunos casos hemos indicado las ediciones en español de las obras citadas por los autores.

JOSÉ ARICÓ

* Véase el artículo de Rubel que citamos en la recopilación *Marx y Engels contra Rusia*, Buenos Aires, Ediciones Libera, 1965, p. 22; véase también el comentario de Luis Pan al artículo de Engels en el mismo volumen, pp. 255-257.

DAVID BORÍSOVICH RIAZÁNOV

KARL MARX Y EL ORIGEN DE LA HEGEMONÍA
DE RUSIA EN EUROPA
(INVESTIGACIONES CRÍTICAS)

1. EL PAPEL CONTRARREVOLUCIONARIO DE RUSIA Y DE INGLATERRA
EN 1848

La tempestad revolucionaria de 1848 cubrió toda la Europa occidental, después de haber sacudido no solamente a Viena sino también a Berlín. Y sin embargo, se detuvo ante las fronteras de Rusia. La agitación, que se dejó percibir durante un instante en Petersburgo, no tuvo ninguna continuidad, y los informes que llegaron a la siniestra "Tercera sección"^[1] de la policía política señalaron que "todo se mantenía dentro del más perfecto orden". Al igual que una fiera que se agazapa y aguarda la ocasión propicia para arrojarse sobre su presa, Rusia seguía minuciosamente las peripecias de la lucha revolucionaria en Alemania, al par que concentraba su ejército en sus fronteras occidentales.

"El zar ya se encuentra a las puertas de Thorn", escribió la *Nueva Gaceta Renana* de Marx y Engels.¹ Este hecho determinó toda la política exterior de la democracia alemana y del ala de extrema izquierda que se agrupaba en torno de la *Nueva Gaceta Renana*. Allí.

¹ La cita que reproducimos ha sido extraída del informe dirigido al zar por el conde Nesselrod, quien, con motivo del 25 aniversario de la coronación de Nicolás I, brindó una visión panorámica de la política exterior rusa. Ésta ilustra notablemente la breve formulación de la *Nueva Gaceta Renana*:

"Los acontecimientos de 1848 —escribe el conde Nesselrod— han conferido una importancia aún mayor al papel de guardián y protector del Orden que la Providencia os ha atribuido desde 1830. Esto se ha producido gracias a la serenidad con la cual Vuestra Majestad ha dejado pasar las primeras consecuencias de la tempestad que acaba de soplar sobre Europa, y ha aguardado, sin prisa superflua y sin haber manifestado la menor tensión o temor, a que llegue el momento en el cual, con vuestra sabiduría, estiméis más oportuno aparecer sobre la escena. Solamente sobre las ruinas de los viejos estados de Europa continental, reuniréis vuestras fuerzas en silencio con el fin —en caso de que ello se torne necesario— de defender la integridad de vuestro territorio y de emplear al mismo tiempo a dichas fuerzas para la defensa de los demás." (*Recopilación de la Sociedad histórica rusa*, San Petersburgo, 1896. vol. xcvm. p. 294.)

Marx proclamó abiertamente: “Únicamente la guerra contra Rusia es una guerra de la Alemania revolucionaria, una guerra donde redimirá las faltas del pasado, en la que se virilizará, donde *podrá vencer a sus propios déspotas*, donde —como es regla cuando un pueblo rompe las cadenas de una vieja y cobarde servidumbre— pagará el hecho de propagar la civilización mediante el sacrificio de sus hijos, y se tornará libre en el interior al conquistar la libertad en el exterior.”^[2] Empero, por otra parte, Nicolás I y Nesselrod, su ministro de relaciones exteriores, que había entablado tratativas secretas con el “príncipe de la metralla”^[3] en Berlín, proseguían pura y simplemente la política tradicional de Rusia, quejándose amargamente —en la circular del 6 de julio— de que Rusia resultase víctima de injustas sospechas en Alemania luego de la revolución de marzo. “Se proclama que la guerra contra Rusia —escribía Nesselrod— es una de las tareas más importantes de la hora.” El absolutismo ruso intimaba a los alemanes a respetar los tratados de 1815, cuya función residía en perpetuar el desmembramiento de Alemania, irguiéndose así del modo más categórico contra la unidad alemana, que “tarde o temprano involucrará necesariamente a Alemania en una guerra contra sus vecinos”.

La pesada pata del oso ruso ya se hacía sentir mediante la energía con que fue aplastada la tentativa de levantamiento en la Polonia prusiana. También en la cuestión de Schleswig-Holstein el absolutismo ruso se manifestó abiertamente al constreñir a Prusia a no efectuar sino una parodia de guerra y a concluir lo más prontamente posible un armisticio. Entre las tres potencias contrarrevolucionarias de Europa que se alinearon junto con Dinamarca, la *Nueva Gaceta Renana* contabiliza no sólo a Rusia y a Prusia, sino también a Inglaterra:

Prusia, Inglaterra y Rusia son las tres potencias que más tienen que temer a la revolución alemana y a su primera consecuencia —la unidad alemana—: Prusia, puesto que entonces dejaría de existir; Inglaterra, porque entonces el mercado alemán se sustraería a su explotación; Rusia, porque a partir de dicha circunstancia la democracia no puede dejar de progresar no sólo hasta el Vístula, sino también hasta el Don y el Dniéper.^[4]

Las corresponsalías londinenses de la *Nueva Gaceta Renana* insisten sobre el giro impreso a los acontecimientos por parte de Inglaterra y el dirigente de la política exterior inglesa, Palmerston. Después de los acontecimientos de 1847 en Suiza y en Italia, Palmerston posaba como campeón del constitucionalismo y de la concordia nacional ante los ojos de los miembros de la Santa alianza e inclusive ante los liberales. Este enemigo encarnizado del movimiento obrero inglés, este fiel servidor del capital —que sostenía la defensa de la Bélgica constitucional contra Francia, apoyaba a los liberales suizos con su dinero

y su autoridad "moral", y defendía los intereses del comercio inglés en la península apenina contra Austria— fue tan "*shockeado*" como el zar Nicolás por la revolución de 1848. Sabía muy bien que todo nuevo éxito del movimiento revolucionario en el continente reforzaría al cartismo en Inglaterra, y puso entonces todos los medios a su alcance para orientar la revolución en un sentido determinado. De allí su oposición encarnizada a la unificación de Alemania, en la medida en que la misma resultara arrancada por la fuerza a la corona mediante una victoria popular. Todo fracaso de la revolución en Francia y en Alemania significaba al mismo tiempo un fracaso del cartismo inglés y un fortalecimiento de las funciones contrarrevolucionarias de Inglaterra. En su número del 1 de enero de 1849, Marx escribió para la *Nueva Gaceta Renana* un artículo en el que realizó el balance del movimiento revolucionario del año 1848:

Pero el país que transforma naciones enteras en sus proletarios, que estrecha al mundo entero en sus brazos de coloso, que ya una vez pagó con su dinero los gastos de la restauración europea, el país en cuyo seno las contradicciones de clase se han desarrollado ya bajo la forma más violenta y más cínica —*Inglaterra*—, parece la roca contra la cual se rompen las olas revolucionarias; es el país que sofoca a la nueva sociedad aún en el seno de su madre. Inglaterra domina el mercado mundial. Una revolución de las condiciones económicas a escala nacional en cada uno de los países del continente europeo, es decir sobre todo el continente europeo, sin Inglaterra no es más que una tormenta en un vaso de agua. La situación de la industria y del comercio en el seno de cada nación está dominada por sus relaciones con las demás naciones, y por consiguiente condicionada por sus relaciones con el mercado mundial. Ahora bien: Inglaterra domina este mercado mundial, y la burguesía domina a Inglaterra [...] La vieja Inglaterra sólo experimentará un vuelco en su situación mediante una *guerra mundial*, lo único que puede ofrecer al partido cartista, al partido obrero inglés organizado, las condiciones para un levantamiento victorioso contra sus gigantescos opresores. Solamente con los cartistas a la cabeza del gobierno inglés la revolución social pasará del reino de la utopía al de la realidad. Y toda guerra europea que involucre a Inglaterra es una guerra mundial, que alcanzará tanto al Canadá como a Italia, tanto a las Indias orientales como a Prusia, tanto al África como al Danubio. Y la guerra europea es la primera consecuencia de la revolución obrera victoriosa en Francia. Como en la época de Napoleón, Inglaterra tomará el liderazgo de los ejércitos contrarrevolucionarios, pero la misma guerra la lanzará a la cabeza del movimiento revolucionario y así pagará la falta cometida contra la revolución del siglo XVIII.

Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa, guerra mundial: éste es el sumario del año 1849.^[5]

Aún el 2 de julio de 1848, la *Nueva Gaceta Renana* enunciaba la larga lista de todos los pecados cometidos por los alemanes contra la

libertad de las más diversas naciones con el fin de salvaguardar el poder de los monarcas absolutos, y reconocía que, “en el corazón de Rusia, los alemanes constituyen los principales sostenes del gran y de los pequeños autócratas”, así como que había brindado las tropas hannoverianas a la reacción de Inglaterra. Pero en el artículo del 15 de febrero, Engels hacía notar:

Hasta el presente, siempre se ha dicho que los alemanes habían sido los lansquenets,* los hombres de armas tomar del despotismo de toda Europa. Muy lejos de nosotros se halla la idea de negar la participación vergonzosa de los alemanes en las guerras infames, desarrolladas desde 1792 hasta 1815, contra la revolución francesa; en la opresión de Italia desde 1815 y de Polonia a partir de 1772. Pero ¿quién estaba detrás de Alemania, quién había tomado a los alemanes como mercenarios o como vanguardia? *Inglaterra y Rusia*.^[6]

Marx retoma la cuestión en la serie de artículos sobre *Trabajo asalariado y capital*, donde explica que la *Nueva Gaceta Renana* no consideró las condiciones económicas que constituían la base material de las luchas de clases y de naciones en 1848-1849, y señala que la redacción había considerado que su primera tarea había residido en seguir día por día el desarrollo de la lucha de clases. Además, allí enuncia las etapas esenciales de la revolución de febrero y de marzo, y observa que, “al haber sido vencidos los obreros revolucionarios, Europa ha recaído finalmente en su doble esclavitud tradicional: la de *Inglaterra* y la de *Rusia*”. Y Marx promete finalmente estudiar ahora a fondo las condiciones económicas, e intentar no sólo analizar las relaciones entre trabajo asalariado y capital, sino demostrar también la ruina inevitable de la burguesía en el sistema actual, en el que “las clases burguesas de las diferentes naciones europeas son comercialmente sometidas y explotadas *por el déspota del mercado mundial, Inglaterra*”.^[7]

Pero no pudo cumplir su promesa con la rapidez que hubiese deseado. El 19 de mayo apareció el último número “en rojo”^[8] de la *Nueva Gaceta Renana*, en la que Marx retomaba la conclusión de su editorial del 1 de enero.

Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa: éste es el sumario del año 1849.

Y ya un ejército revolucionario, compuesto por combatientes de todas las nacionalidades, se opone en el Este contra la vieja Europa coligada en

* Los lansquenets constituyeron la primera infantería regular de los alemanes. Famosos por su bravura, estos cuerpos solieron ponerse al servicio de gobiernos extranjeros. [r.]

torno del ejército ruso y representada por él. ¡Ya desde París amaga la República roja!

La expectativa de Marx-Engels resultó defraudada: Hungría fue aplastada por el ejército ruso, y las esperanzas de una revolución social en Inglaterra como consecuencia de una victoria del cartismo quedaron tan trucas como las de un nuevo levantamiento del proletariado francés después del aplastamiento de la insurrección de junio, hecho que debería haber dado un nuevo impulso al movimiento revolucionario general.

La reacción desencadenada persiguió a Marx de uno a otro país. El fracaso de la democracia pequeñoburguesa del 13 de junio de 1849 lo obligó incluso a abandonar París y a refugiarse en Londres, donde enseguida emprendió la publicación de la *Nueva Gaceta Renana. Revista Económico-Política*. Y si Prusia y Austria se movían a remolque de Rusia, la política burguesa francesa se limitaba a seguir la política exterior de la Inglaterra dirigida por Palmerston:

El papel de mediadores que Cavaignac y la Asamblea nacional desempeñaron en *Italia del Norte*, con el fin de traicionar a ésta, de común acuerdo con Inglaterra y en beneficio de Austria, redundó en que esta sola jornada de autoridad destruyó dieciocho años de oposición del *Nacional*. Ningún gobierno fue menos nacional que el del *Nacional*, ni más dependiente de Inglaterra... ni menos servil ante la Santa alianza.^[9]

Por lo demás, ¿qué potencia le procuró a Rusia el dinero que le permitió cumplir su misión contrarrevolucionaria?: *Inglaterra*. A principios de 1850, Nesselrod le escribía, rebosante de alegría, al príncipe Voronsov:

Hemos recibido últimamente una nueva demostración clamorosa de las simpatías que Inglaterra testimonia actualmente hacia Rusia. Esta demostración consiste en la acogida reservada a nuestro empréstito a pesar de los Cobben Peace & Co., como el *Morning Chronicle* llama irónicamente a los librecambistas. Pensad pues que la suscripción alcanzó el monto de 16 millones de libras. Que se diga entonces que ya no se quiere a Rusia en Inglaterra.²

Inclusive es difícil decir cuál de las dos potencias —Rusia o Inglaterra— sostuvo con más celo a los jefes de las Centurias negras en Francia durante la restauración “del orden y de la paz”. En nombre propio, el *Economist* declara en su número del 29 de diciembre de 1851: “En todas las bolsas de Europa, el presidente-general es reconocido

² Fragmento de la carta de Nesselrod al príncipe Voronsov, 7-19 de febrero de 1850, en *Archiv des Fürsten Woronsow*, vol. 40, p. 361.

actualmente como el guardián del orden.”^[10] Y Nesserold escribe que, en todas sus manifestaciones ante dicho presidente, Rusia “siempre ha adquirido méritos innegables al yugular el espíritu revolucionario”, al igual que aprueba todo cuanto se haga “en interés del orden”, y le aconseja, “por lo demás, continuar también imperturbablemente por esta misma vía”.³

El golpe de estado del 2 de diciembre de 1851 sancionó la victoria definitiva de la contrarrevolución. En Austria, la constitución fue modificada; en Alemania, la reacción se exhibió desvergonzadamente después del proceso de los comunistas de Colonia y de la eliminación de los últimos vestigios de asociaciones obreras. Luego de la humillación de Varsovia sobrevino la vergüenza de Olmütz. En el protocolo de Londres del 8 de mayo de 1852, Schlesvig-Holstein fue entregado a la dominación extranjera de Dinamarca. ¿Y quiénes eran los principales instigadores del protocolo de Londres? *Inglaterra y Rusia.*

La vieja “esclavitud anglo-rusa” se abatía ahora sobre toda Europa. Prusia se superaba en su servilismo ante Rusia. Alejandro II, el muy amado sobrino del tío aún más querido —Guillermo, el futuro emperador de Alemania—, se expresaba en estos términos a propósito de Prusia: “Cuanto más se insulte a Prusia, más fuertemente la sujetaremos.” Las relaciones entre Prusia e Inglaterra eran las más amistosas del mundo, hasta el punto de que Nicolás I adoptó todas las disposiciones requeridas para recibir —de acuerdo con Inglaterra— la herencia del “enfermo”^[11] —Turquía—, pues desde ya se sentía plenamente segura del acuerdo de Prusia y de Austria. El primer esclavista de Rusia ¿no conocía acaso perfectamente la psicología de los esclavos?

Para Marx, este triunfo de la reacción no era en modo alguno un producto del azar. Desde el otoño de 1850 —luego del profundo estudio de las condiciones económicas imperantes y de los acontecimientos de 1849 y 1850—, había llegado a la conclusión de que por el momento no podía plantearse una verdadera revolución. Así, demostró que la “prosperidad comercial e industrial —que ya se había experimentado en el curso de 1848 y que no había hecho sino desarrollarse en 1849— paralizaba el alza revolucionaria y al mismo tiempo tornaba posible el triunfo de la reacción”.^[12] La dependencia económica del continente frente a Inglaterra se manifestaba con la misma agudeza tanto en períodos de desarrollo económico como en los de crisis. El continente seguía servilmente el ejemplo de Inglaterra: “Sobre el continente, el período de crisis se ha abatido más tarde que en Inglaterra, al igual que la prosperidad. Inglaterra es la que inaugura siempre el proceso: es el demiurgo del cosmos burgués.”^[13] La esclavitud

³ *Ibid.*, p. 421.

política en la que se hallaba Europa continental respecto de Rusia se completaba por su dependencia *económica* ante Inglaterra. La revolución de 1848 se estrelló tanto con la resistencia de Rusia —ese déspota político de Europa— cuanto con la de Inglaterra —ese déspota del mercado mundial. De Londres partían todos los hilos de la economía, que abrazaban el mercado mundial y aseguraban la dependencia de Europa continental respecto de la bolsa de Londres, mientras que en San Petersburgo se forjaban sin descanso las cadenas en las que yacía la revolución exangüe y vencida; allí se tejían las intrigas de la reacción tanto de las cortes de Berlín como de las de Madrid y Lisboa a expensas de sus pueblos.⁴

Ésta era la atmósfera política en el momento en que Marx retomó sus trabajos económicos, interrumpidos por la revolución. En primera instancia, se trataba para él de estudiar el “demiurgo del cosmos burgués”, en esforzarse por penetrar el misterio de la sociedad burguesa. “Los inmensos materiales para la historia de la economía política acumulada en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar ésta con el descubrimiento del oro californiano y australiano”:^[14] todo esto impulsó a Marx a retomar sus estudios por el principio y a someter su teoría a la crítica de todos esos nuevos elementos. El primer fruto de dicha tarea fue la *Contribución a la crítica de la economía política*, con la cual comenzó a cumplir la promesa formulada diez años antes a los lectores de la *Nueva Gaceta Renana*.

Pero entre 1850 y 1860 Marx no se dedicó solamente al estudio del “cosmos burgués”, sino que trató con igual celo de esclarecer los “misterios de la política gubernamental internacional”. Londres no era sólo el observatorio favorable para el estudio de las condiciones económicas del mercado mundial. Al igual que La Haya lo había sido en el siglo XVIII, aquélla configuraba en el presente el sitio donde se inscribía en los boletines bursátiles —como en un barómetro se expresa la menor oscilación de la presión atmosférica— toda modifi-

⁴ “El principio fundamental de nuestra política —escribía Nesselrod en enero de 1833 al príncipe de Lieven en Londres— nos obliga a desplegar todos los esfuerzos para mantener el poder del Estado doquiera existe, para sostenerlo allí donde se haya debilitado y, por fin, para salvarlo de la ruina donde se halla expuesto a ataques abiertos.” Este despacho estaba destinado a Palmerston, quien se mostró más intratable en el asunto belga que en el polaco. “Gran Bretaña, nuestro viejo amigo y aliado, ha compartido durante demasiado tiempo las mismas ideas que nosotros como para no estar completamente familiarizado con ellas.” Véase F. Martens, *Recopilación de los tratados y convenciones firmados por Rusia con las potencias extranjeras*, t. XII, S. Petersburgo, 1898, pp. 24-25.

cación, por débil que fuere, del campo de las fuerzas políticas internacionales, y más rápidamente que en cualquier otro lugar. Únicamente en Inglaterra era posible en esa época que apareciera toda una serie de comisiones especializadas —los *Foreign Affairs Committees*— consagradas exclusivamente al examen de la política exterior, que seguían minuciosamente la actividad del ministerio de relaciones exteriores y que sometían a la más viva crítica cada uno de sus pasos.^[15]

Empero, no sólo por inclinación personal Marx se dedicó “a penetrar los misterios de la política de los gobiernos y a escudriñar allí los golpes diplomáticos”.^[16] La imperiosa necesidad de ganarse la vida lo obligó a aceptar el empleo de corresponsal europeo del *New York Tribune*, que para entonces era el primer periódico anglo-norteamericano. Como no podía ocuparse sino muy secundariamente de la corresponsalía propiamente dicha del periódico, de ello se derivó una dispersión inusitada de sus estudios. Ahora bien: dentro de esa disciplina en apariencia completamente separada y alejada a la que debió dedicar un tiempo más o menos prolongado y que lo alejó de sus investigaciones económicas fundamentales, la historia de las relaciones diplomáticas internacionales ocupó el primer lugar en sus trabajos.

Vimos ya bajo qué influencia Marx fue conducido a pensar, antes de su instalación en Londres, que Inglaterra y Rusia habían sido aliados *de facto* en la lucha contra la revolución. En el curso de su residencia en Londres, su convicción no hizo más que reforzarse respecto del carácter contrarrevolucionario de la política de Palmerston, a quien la camarilla prusiana consideraba en esa época como un agente de la revolución; los liberales prusianos, como el campeón del constitucionalismo, y el protector de la idea nacional al mismo nivel que Napoleón III. Se comprende entonces su interés por los escritos de David Urquhart, que veinte años antes se había dedicado incansablemente a develar las intrigas de la diplomacia rusa y a denunciar la servilidad de Palmerston ante Rusia, alabando con el mismo celo la dominación turca en la península balcánica. El odio contra Rusia y su constante oposición a Palmerston determinaron que Urquhart se aproximara no sólo a la emigración revolucionaria polaca, sino también al propio Marx.

Sin embargo, no puede deducirse de ello que Marx haya caído bajo la influencia exclusiva de Urquhart, cosa que ya resultaba imposible por el simple hecho de que cada uno de ellos partía de premisas y de principios diametralmente opuestos, así como de que sus fines también divergían por completo. Marx no compartía las tendencias turcófilas de Urquhart y se burlaba de las mismas, como surge del cuadro irónico que pinta de aquel original de Urquhart que se entusiasmaba tanto por la libertad turca como por los baños turcos:

Este señor de origen escocés está henchido de reminiscencias medievales y patriarcales de su patria, pero ha sido educado según la moda inglesa y cultivado de modo totalmente moderno. Después de haber pasado tres años en Grecia combatiendo a los turcos, varó por casualidad en Turquía, donde no tardó en convertirse en el más ardiente admirador de los turcos. Nuestro romántico hombre de las *Highlands* se sintió totalmente en su casa en las gargantas del Pindo y de los Balcanes. Se puede resumir en tres paradojas sus obras sobre Turquía que, por lo demás, abundan en indicaciones preciosas: en primer lugar, si el señor Urquhart no fuese inglés, seguramente querría ser turco; segundo, si no fuera ya calvinista presbiteriano, sólo desearía ser mahometano, y en tercera instancia, Inglaterra y Turquía son los dos únicos países del mundo que tienen la dicha de gozar de la autoadministración y de la libertad civil y religiosa.⁵

En *Herr Vogt*, Marx describe así sus relaciones con David Urquhart y con su partido:

Los escritos de Urquhart sobre Rusia y contra Palmerston me habían interesado vivamente, pero sin convencerme. Para hacerme una idea sumamente precisa, sometí a un análisis largo y ceñido los *Parliamentary Debates* de Hansard, así como los *Libros Azules* de 1807 a 1850.^[18] El primer fruto de dichas investigaciones fue una serie de artículos en el *New York Tribune* (fines de 1853), donde demostraba la colisión de Palmerston con el gabinete de Petersburgo con motivo de sus transacciones sobre Polonia, Turquía, Circasia, etc. Poco después hice reproducir esos artículos en *The Peoples Papers*, el órgano cartista editado por Ernest Jones, donde agregué nuevos pasajes sobre la actividad de Palmerston. En el ínterin, el *Glasgow Sentinel* había, por su parte, reproducido también uno de mis artículos —“Palmerston y Polonia”—, que atrajo la atención de D. Urquhart. Luego de una entrevista que mantuve con él, instó al señor Tucker, de Londres, a publicar una parte de mis artículos en forma de panfletos. Este panfleto contra Palmerston *ínc.*, a continuación, difundido a través de 15 000 o 20 000 ejemplares en diferentes ediciones.⁶

De hecho, estos escritos de Marx conocieron un gran éxito y contribuyeron de manera nada despreciable a destruir la leyenda que

⁵ Karl Marx, *The Eastern Question*, Londres, 1897, pp. 24-25. [17]

⁶ Karl Marx, *Herr Vogt*, Londres, 1860, pp. 58-59. Los artículos sobre Palmerston han sido reunidos en una recopilación titulada *The Story of the Life of Lord Palmerston*, cuya edición preparó Eleanore Marx y que apareció poco después de su trágica muerte. Los opúsculos a los que Marx se refiere son: tercer capítulo con el título “Palmerston and Poland”, y el quinto titulado “Palmerston what has he done”. Ambos opúsculos —especialmente el segundo— fueron considerablemente completados en la edición particular. Fueron igualmente editados en la serie de Tucker “Political Fly-Sheets”, t. 1, págs. 1 y 2. [19]

envolvía el nombre de Palmerston tanto en el continente europeo como en la propia Inglaterra. Marx develó despiadadamente todas las contradicciones de la política palmerstoniana y demostró que era *de facto* un agente de la contrarrevolución, al mismo nivel que los diplomáticos de San Petersburgo:

Él se opone de palabra a toda influencia extranjera, pero se pliega a ella en los hechos. Heredó de Canning la misión de propagar el constitucionalismo en el continente. Tampoco deja de pasar la ocasión de excitar los prejuicios nacionales, de actuar contra la revolución en el extranjero y de provocar al mismo tiempo la suspicacia y la envidia de las demás potencias. Luego de haber conseguido, de esta manera cómoda, convertirse en la pesadilla de todas las cortes del continente, le resultó fácil pasar al mismo tiempo entre sus compatriotas por el único estadista verdaderamente inglés [...] Un partido lo acusa de estar a sueldo de Rusia, otro lo tiene como sospechoso de carbonario [...]. Estaba en el poder cuando los polacos, los italianos, los húngaros y los alemanes fueron aplastados; pero no por ello los opresores de dichos pueblos sospechaban menos de él de estar conspirando bajo cuerda con sus víctimas, al aplastamiento de las cuales había asistido imperturbablemente. En todo caso, contarle entre sus adversarios es una especie de pronóstico de éxito, ya que hasta el presente su amistad no ha sido más que el presagio de una ruina segura.⁷

A lo que Marx podía agregar que la excepción del caso eran los héroes del orden, ya que siempre podían contar con la indefectible amistad de Palmerston. Marx estimaba con razón que Palmerston desempeñaba un papel contrarrevolucionario, aliándose y colaborando estrechamente con los demás agentes de la contrarrevolución, y la ulterior actividad política del honorable lord no hará más que confirmarlo. Era preciso adolecer de la débil visión política de los liberales alemanes de los años 1850 para ver, aún después de la revolución de 1848, en Palmerston a un defensor de los principios del constitucionalismo a cualquier precio y al protector de las nacionalidades oprimidas. Vale la pena señalar que Vogt consideraba los ataques de la "clique Marx" contra lord Palmerston como una simple prolongación de su propia oposición a Marx. El mismo Lassalle estaba fascinado por la leyenda, y se esforzaba en justificar las numerosas iniciativas de Palmerston —algunas adoptadas bajo la presión del gabinete de Petersburgo o en pleno acuerdo con la diplomacia rusa— ¡como habiendo sido dictadas por una política antirrusa! Toda la literatura ulterior sobre la campaña de Sebastopol confirma que Marx y Engels tenían toda la razón en calificar a la guerra de Crimea —en la medida

⁷ Karl Marx, *The Story of the life of Lord Palmerston*, Londres, 1899, pp. 8-9.

en que era un acto de guerra de la Inglaterra *oficial*— como una simple parodia de guerra, aunque haya costado millones de vidas humanas y absorbido miles de millones de francos.^[20]

A los panfletos de Marx sobre Palmerston se vinculan los numerosos artículos sobre la cuestión oriental y la guerra de Crimea del *New York Tribune* (1853-1856), reunidos por la hija de Marx, Eleanore Aveling, y publicados con el título de *The Eastern Question*.⁸

Palmerston dirigió prácticamente sin discontinuidad la política exterior de Inglaterra desde 1830 hasta 1851, y luego nuevamente, con breves interrupciones, de 1852 hasta su muerte. Se entiende que Marx haya tenido la convicción cada vez más nítida de que, detrás de la colaboración de hecho entre Inglaterra y Rusia en la lucha contra la revolución, se ocultaban también una colaboración y una solidaridad ideológicas, por así decir privadas, entre los gabinetes de Saint-James y de San Petersburgo. Por más que dicha alianza entre la Inglaterra constitucional y la Rusia despótica apareciese como un hecho contra natura, una serie de acontecimientos —no sólo de antes, sino también posteriores a 1850— testimonian acerca de la existencia de semejante colaboración secreta, que inclusive no desapareció durante los años en que el poder de los *whigs* sustituyó al de los *tories* en Inglaterra.

Cuando en marzo de 1849 lord Dudley presentó una propuesta en los Comunes para condenar la ocupación rusa de los principados danubianos, lord Palmerston defendió con la mayor energía la acción del gobierno zarista y el derecho de éste de garantizar el orden en los principados. Sin embargo, el defensor más elocuente de la política rusa en oriente fue Disraeli, el futuro lord Beaconsfield! Cuando el embajador ruso Brunnov transmitió a Palmerston la noticia de la invasión de tropas rusas a Hungría, el noble lord escuchó su declaración con una indiferencia manifiesta y se contentó con observar: “¡Terminad allí rápidamente!” El tory inveterado, el duque de Wellington, recomendó en esta ocasión el siguiente plan: “Esforzaos por operar en masa, con fuerzas suficientes como para aplastar la revuelta de un solo golpe. Hagan una gran guerra con grandes medios. ¡Los tenéis!”⁹

Solamente después de la guerra de Crimea se cristalizaron más o menos las tendencias antirrusas de los conservadores ingleses. Hasta

⁸ Nos ocuparemos más detalladamente de estos artículos, cuya edición alemana está en preparación. Consideraremos entonces las relaciones entre la política de Palmerston y la cuestión oriental, así como la política inglesa durante la época de la guerra de Crimea según la perspectiva de Marx.

⁹ Y el portavoz oficioso ruso —el famoso profesor Martens— agregó: “Las palabras del duque de Wellington llamaron particularmente la atención del zar, ya que éste las subrayó en el informe del barón Brunnov del 29 de abril (1 de mayo) de 1849.” Véase Martens; *op. cit.*, pp. 253-255.

los años 1860 sin embargo —estuvieran los *tories* o los *whigs* en el poder— la gran burguesía inglesa, “cuando se trataba de restablecer el orden”, se aliaba tanto mejor con el absolutismo cuando pisoteaba todos los principios del liberalismo, como testimonia el ministerio “radical” Asquith y Gray, aliado al coronel Liátchov, que voló en socorro del soberano de Persia, bombardeando la Meachla y aplastando a los revolucionarios persas. Los liberales europeos de los años 1850 no manifestaron menor ingenuidad ante la Inglaterra constitucional que los cadetes rusos que sostienen la actual alianza anglo-rusa y se resisten siempre a ver detrás de Liátchov la silueta del señor von Hartwig, y que no “pueden creer” que detrás de Hartwig se oculte Gray.^[21]

Marx no se contentó con estudiar los libros azules diplomáticos de 1807 a 1850. Las simpatías casi inmutables de los *whigs* por Rusia lo obligaron a extender sus investigaciones hasta la historia del siglo XVIII, en el curso del cual la oligarquía *whig* reinó casi sin interrupciones. Su hipótesis consistía en que la vieja esclavitud anglo-rusa que se abatía una vez más sobre Europa después de la revolución de febrero de 1848 era el fruto de la alianza entre Inglaterra y Rusia, y que la colaboración *efectiva* entre Inglaterra y Rusia, que para Marx no dejaba lugar a dudas, era el resultado de convenios precisos entre diplomáticos rusos e ingleses.

Esta convicción la transformó en una sólida certidumbre cuando, “al pasar revista en el British Museum a los manuscritos diplomáticos que allí se encontraban, descubrí allí una serie de documentos ingleses, que abarcaban desde la época de Pedro el grande hasta fines del siglo XVIII y que revelaban la continua colaboración secreta entre los gabinetes de Petersburgo y de Londres, cuyo nacimiento data de la época de Pedro el grande”.^[22] Empero, él no descubrió solamente una documentación inédita por completo en la época y que, como pensaba, no había sido utilizada por ningún otro, sino que extrajo una documentación enteramente nueva de la literatura en rústica del siglo XVIII, de la cual se convirtió en un conocedor sin par. Empezó la elaboración científica de esta masa de documentos con toda la pasión que lo caracteriza. Y como lo señala en *Herr Vogt*, de toda la obra producida al respecto sólo publicó la introducción con el título de *Revelations of the Diplomatic History of the 18th Century*, que primero apareció en la *Presse* de Sheffield y después en la *Free Press* de Londres, ambas publicaciones pertenecientes a Urquhart. Se trata de la misma obra que la preparada por Eleanore Marx después de la muerte de Engels con el título *The Story of the Life of Palmerston*.¹⁰

¹⁰ Ciertamente, es esta circunstancia la que explica la negligencia con la cual dicho libro fue editado. No se menciona allí ni el lugar ni la fecha de

En la *Nueva Gaceta Renana*, Marx nos ha brindado un modelo de periodismo insuperable, sabiendo extraer “de la masa de hechos confusos y aparentemente contingentes, sin vínculos e inconciliables entre sí”, los que era menester privilegiar y poner de relieve como esenciales, con el fin de descubrir en el pasado las raíces del presente, así como los gérmenes del futuro. Es así como, en el *18 Brumario*, siguiendo el trazo todavía caliente de los acontecimientos, había bosquejado a grandes rasgos, de manera genial, la historia de las luchas de clases en Francia en 1848, para concluir que el golpe de estado de Napoleón III sería su resultado necesario. En *Revolución y contrarrevolución en Alemania* se despliega ante nosotros un cuadro de conjunto de los acontecimientos alemanes de la misma época, y allí vemos con toda claridad los momentos cruciales de la revolución en Alemania y en Austria. El modo como fueron escritos hizo de ellos, como de *La guerra civil en Francia*, obras de actualidad y periodísticas, y no investigaciones de un historiador. Si llegaron a convertirse para nosotros en obras maestras de la historia de los acontecimientos que relatan, si todas sus conclusiones se incorporan a las de la literatura histórica ulterior, esto no hace sino demostrar la profundidad histórica de la actividad periodística de Marx y la objetividad de sus estudios, a pesar de toda la subjetividad de la perspectiva en la que se ubicaba.

Las *Revelations* constituyen el único estudio de que disponemos sobre la historia política de Inglaterra y, sobre todo, de Rusia. Marx busca allí en un pasado lejano la solución del enigma del poderío gigantesco de Rusia y al mismo tiempo de la secular esclavitud anglorusa, bajo la cual se somete toda Europa.

Comencemos por el análisis del contenido de este escrito. Habrá que hacerlo tanto más detalladamente cuanto que los hechos allí descritos resultan enteramente desconocidos para la mayor parte de nuestros contemporáneos.

la primera edición. Dejando de lado las erratas, un capítulo ha sido completamente desfigurado como consecuencia de la omisión de todo un pasaje debida a la negligencia del editor. Los artículos habían sido primeramente publicados en *Free Press*, de Londres, del 16 y 23 de agosto, 13 y 20 de septiembre, 4 de octubre, 8 y 29 de noviembre, 6 y 20 de diciembre de 1856, y del 4 y 18 de febrero y 1 de abril de 1857. [Nota de Riazánov.] [Se encontrará una traducción francesa de *Revelations of the Diplomatic History of the 18th Century* en Karl Marx, *La Russie et L'Europe*, Gallimard, París, 1954. T. fr.] [En español, puede verse *Historia diplomática secreta del siglo xviii*, en *El desconocido Karl Marx*, recopilación de documentos e introducción por Robert Payne, Bruguera, Barcelona, 1975. En el presente volumen incorporamos nuestra propia versión. E.]

2. LOS ESCRITOS DE MARX SOBRE LAS RELACIONES ANGLO-RUSAS

Marx comienza sus *Revelations* reproduciendo tres cartas de residentes y de embajadores ingleses ante la corte de Petersburgo. La primera es del señor Rondeau a Horace Walpole y lleva fecha del año 1736, época en la cual Rusia estaba en guerra contra Turquía. La segunda tiene como autor a George Macartney y fue dirigida en 1765 al conde de Sandwich en un momento en que Inglaterra se esforzaba por concluir un tratado comercial con Rusia. El autor de la tercera es James Harris (el futuro conde de Malmesbury), quien, en su carta de 1782 a Grantham, habla de ceder la isla de Menorca a Rusia en pago de sus favores a Inglaterra.

Marx dice que dichas cartas eran totalmente desconocidas para sus contemporáneos, y no se equivocaba en absoluto. En efecto, sólo la tercera debía ser publicada en 1844 por un sobrino de James Harris, el conde de Malmesbury,¹¹ y la correspondencia diplomática de los embajadores ingleses del siglo XVIII apenas había sido considerada superficialmente por el historiador prusiano Raumer¹² (de quien Marx dice, en su carta del 24 de enero de 1865 a von Schweitzer, que sólo establece "una suma de alternativas"). Al no considerar más que lo que interesaba para Prusia, había extraído solamente las partes que esclarecían las relaciones entre Prusia e Inglaterra, además de detalles picantes sobre la vida y las costumbres de la corte zarista del siglo XVIII. Desde el mismo ángulo fueron entonces considerados los despachos ingleses en la conocida obra *La corte de Rusia hace cien años*, publicada en 1858 en Berlín, después de que el estudio de Marx ya había aparecido. La correspondencia entre los diplomáticos ingleses y el gabinete de Saint-James fue reproducida, por lo demás, por la Sociedad de historia rusa en sus anales de 1872; pero sólo incompleta y fragmentariamente, en lo concerniente únicamente al siglo XVIII.¹³ Verifi-

¹¹ Véase *Diaries and correspondence of James Harris, First lord of Malmesbury...*, editados por su nieto, Londres, 1844, vol. 4. La carta citada por Marx se encuentra *in extenso* en el primer volumen, pp. 528-535.

¹² Véase *Beiträge zur Neueren Geschichte aus dem Britischen Museum*, Leipzig, pp. 836-839.

¹³ *Recopilación de la Sociedad histórica rusa*, Petersburgo, 1872-1901, 140 volúmenes. En los volúmenes 39, 50 y 61 se encuentra la correspondencia de la época de Pedro I (de 1704 a 1719); en los volúmenes 66, 76 y 80, la de la época que abarca desde 1728 hasta 1739; en el tomo 85, la de 1740 hasta el 3 de marzo de 1741; en los volúmenes 91, 99, 102, 103 y 110, la de los años 1741-1750, y en los tomos 12 y 19, la que abarca de 1762 a 1776. Por el hecho de que los fragmentos que hemos mencionado han sido tomados a partir de los textos de la correspondencia establecidos por los funcionarios del ministerio de asuntos exteriores, todos los pasajes espinosos o hirientes para la corte fueron cuidadosamente expurgados de ella. En algunos lugares la traducción

camos inmediatamente que faltan allí la totalidad de las cartas de Harris. ¿Por qué? Pronto lo sabremos.

En suma, Marx tuvo acceso a una documentación todavía completamente sin utilizar que le aseguró el conocimiento de los acontecimientos de la diplomacia internacional del siglo XVIII. El estudio de esta correspondencia lo convenció de que los diplomáticos ingleses fueron sistemáticamente “enrollados” por los rusos, y que los embajadores ingleses desempeñaron la función de dócil instrumento en manos de la corte de Petersburgo. El siguiente señalamiento, pleno de sarcasmos, de Marx a propósito de toda esta correspondencia ilustra perfectamente la manera en que llegó a dicha conclusión:

Al leer estos documentos, hay algo que nos asombra aún más que su contenido; a saber, su forma. Todas estas cartas son “confidenciales”, “privadas”, “secretas”, “altamente secretas”; pero a pesar de su secreto y su calidad de privadas y confidenciales, los estadistas ingleses conversan entre sí a propósito de Rusia y sus gobiernos en un tono de terrible reserva, abyecto servilismo y cínica sumisión, que incluso nos chocaría en los despachos políticos de los estadistas rusos. Para ocultar sus intrigas a las naciones extranjeras, los diplomáticos rusos recurren al secreto. El mismo método es adoptado por los diplomáticos ingleses para poder expresar libremente su devoción a una corte extranjera. Los despachos secretos de los diplomáticos rusos están penetrados de un cierto perfume equívoco. Se trata en parte de la *fumés de fausseté*, como dijo el duque de Saint-Simon, y en parte de esa coqueta exhibición de la propia superioridad y la propia astucia que presta a los informes de la policía secreta francesa su carácter inconfundible. Incluso los magistrales informes de Pozzo di Borgo muestran esta mancha común de la *littérature de mauvais lieu*. En esto, los despachos secretos ingleses resultan muy superiores. No fingen superioridad sino estupidez. Por ejemplo, ¿puede haber algo más estúpido que el hecho de que el señor Rondeau informe a Horace Walpole que ha revelado al ministro ruso las cartas dirigidas por el gran visir turco al rey de Gran Bretaña, pero que al mismo tiempo dijo a dichos caballeros que no debía habérselas comunicado, puesto que contenían algunas observaciones insultantes para la corte rusa, y que no lo hubiese hecho “de no haber sido por su gran deseo de leerlas”, y

rusa es muy mediocre, o sea, falsa; a veces, el error es intencional. No obstante, incluso bajo esta forma, estos volúmenes nos brindan una documentación importante en sumo grado para el estudio de las relaciones anglo-rusas del siglo XVIII. Como los despachos ingleses son allí reproducidos según el original, numerosos historiadores ingleses utilizan todavía hoy esta edición, y sólo recientemente se ha comenzado en Inglaterra con la publicación de esta correspondencia. La Sociedad real de historia ha publicado de 1900 a 1902 la correspondencia del embajador Earl of Buckinghamshire, 1762 a 1765, bajo la redacción de A. d'Arcy Collyer. Basta comparar esta edición con los volúmenes correspondientes de la edición rusa para comprobar hasta qué punto esta última es tendenciosa y de qué modo resulta sumaria desde el punto de vista científico.

entonces ruegue a Sus Excelencias que no dejen saber a la Puerta que las han leído (a esas cartas)? A primera vista, la infamia del acto queda oculta bajo la estupidez del hombre. O sir George Macartney. ¿Puede haber algo más estúpido que su felicidad por que Rusia parecía lo bastante "sensata" como para esperar que Gran Bretaña "pagase TODOS LOS GASTOS" del capricho de Rusia "por llevar el mando en Estocolmo", o que su ilusión de "haber persuadido a la corte rusa" de que no fuese tan "insensata" como para pedir a Gran Bretaña, en tiempo de paz, subsidios para una eventual guerra contra Turquía (a la sazón aliada del Reino Unido); o su advertencia al conde de Sandwich de que "no mencionara" al embajador ruso en Londres los secretos que le comunicase a él el canciller ruso en San Petersburgo? ¿O puede haber algo más estúpido que la confidencia de sir James Harris al oído de lord Grantham sobre el carácter de Catalina II, a quien falta "criterio, precisión de ideas, reflexión y *l'esprit de combinaison*"? O bien, para observar afectación de estupidez en tiempos más recientes, ¿hay algo en la historia diplomática parecido a la proposición de lord Palmerston al mariscal Soult (en 1839) de que atacase por sorpresa los Dardanelos para poder prestar al sultán la ayuda de la flota anglo-francesa contra Rusia?

Por otra parte, qué decir de la cínica osadía con que sir George Macartney informa a su ministro que, debido a la mortificación que sienten los suecos por el hecho de depender de Rusia, la corte de San Petersburgo ha encargado a Gran Bretaña que la sustituya en su política en Estocolmo, ¡bajo la bandera británica de libertad e independencia! O de sir James Harris aconsejando a Gran Bretaña regalar Menorca y el derecho de visita a Rusia, además del monopolio de mediación en los asuntos mundiales, y todo ello no para conseguir alguna ventaja material, ni siquiera una concesión formal por parte de Rusia, sino sólo "un fulgor de amistad" de la emperatriz y la transferencia a Francia de su "mal humor".

Los despachos secretos rusos se basan en el sencillo principio de que Rusia sabe que no tiene ningún interés común con otras naciones, y que cada nación tiene que ser persuadida por separado de que es la única que comparte intereses comunes con Rusia. Los despachos ingleses, por el contrario, jamás se atreven ni a insinuar que Rusia tiene intereses comunes con Gran Bretaña, y sólo tratan de convencer al Reino Unido de que tiene intereses rusos. Los propios diplomáticos ingleses nos dicen que éste era su único argumento cuando se enfrentaban con potentados rusos.

Y Marx termina con esta severa conclusión:

Si los despachos ingleses que hemos hecho públicos fuesen dirigidos a amigos íntimos, sólo demostrarían la infamia de los embajadores que los escribieron. Pero, dirigidos en secreto al propio gobierno británico, ponen a éste para siempre en la picota de la historia; y al parecer, esto fue intuido incluso por los escritores liberales, ya que ninguno se ha atrevido a publicarlos.

Como dijimos, la tercera carta, que enciende particularmente la cólera de Marx, había sido publicada unos doce años antes sin suscitar ningún tipo de conmoción. Sin embargo, resulta interesante señalar que, en una nota de redacción donde llamaba la atención particular del lector sobre los artículos de Marx, Urquhart se declaraba enteramente de acuerdo con sus conclusiones, e incluso él mismo citaba otros hechos de la historia de la diplomacia anglo-rusa de la primera mitad del siglo XIX demostrando que los diplomáticos británicos de entonces no eran ni más clarividentes ni mejores que sus predecesores del siglo XVIII.

Después de haber realizado así la demostración del carácter limitado y de la dependencia servil de la diplomacia inglesa del siglo XVIII ante la corte de Petersburgo, Marx plantea la cuestión de saber a qué época se remonta este carácter "ruso" de la diplomacia inglesa, que se extiende a todo lo largo del siglo XVIII.

Marx ve este origen durante el reinado de Pedro el grande, que coloca en el centro de sus investigaciones.¹⁴ En su introducción, reproduce algunos panfletos aparecidos en la época de Pedro el grande, que

¹⁴ Como no podría pretenderse que el lector tuviera en su memoria los acontecimientos de la historia universal según su imbricación cronológica, damos a continuación una breve referencia de los hechos más importantes y que han desempeñado un papel en la historia citada en el curso del texto.

Pedro el grande subió al trono de Rusia en 1682 y reinó hasta 1725. Su primer gran adversario, Carlos XII de Suecia, empezó su reinado a los quince años de edad, en 1697. La Suecia de entonces era poseedora de Finlandia, Livonia, Estonia y Letonia, cortando así a Rusia el acceso al mar. Ni bien Carlos ascendió al trono, Pedro se impuso el deber de abrirse paso en dirección al Báltico, con lo cual estalló la *guerra nórdica*, que duró de 1700 a 1721 y que costó a Suecia la mayor parte de sus posesiones sobre el Báltico y plantó los fundamentos de la posición rusa en Europa.

La guerra de sucesión de España se desencadenó simultáneamente (1701-1714). Allí la "Gran alianza", formada por Inglaterra y Holanda aliadas con Austria, luchó contra Francia.

Estos acontecimientos fueron aún complicados por las consecuencias de la "Gloriosa revolución" de 1688, que quitó al estuardo Jacobo II del trono de Inglaterra para colocar en su lugar a su cuñado Guillermo III de Orange. Francia, bajo Luis XIV, sostuvo a Jacobo y luego a su hijo, el pretendiente Jacobo Eduardo, cuyos partidarios en Inglaterra se llamaban los "jacobitas", de cuyo lado se alinearon los tories (originariamente, el partido de los gentilhombres) y los católicos. La fracción de la nobleza inglesa involucrada en los negocios capitalistas y ligada a la clase de los comerciantes constituía los *whigs*, que dominaron más frecuentemente el parlamento desde 1688 hasta 1760 y formaron los ministerios. Cuando, después de Guillermo, la hija de Jacobo, Ana (1702-1714), murió también sin dejar heredero, los *whigs*, con el fin de descartar a los estuardos del trono, llamaron a Jorge de Hannover a Inglaterra, quien fundó la unión de Gran Bretaña y de Hannover en torno de su persona, unión que perduró hasta 1837. [Nota de la redacción de *Die Neue Zeit*.]

o bien habían escapado a la atención de los historiadores de entonces, o bien no habían sido juzgados dignos de retener su interés. De ellos, Marx eligió tres dirigidos contra Rusia y que tomaban partido por Suecia. El primero de ellos —*La crisis del Norte* (1716)— revela la política general de Rusia y subraya los peligros que amenazan a Inglaterra y a su comercio como consecuencia de la rusificación de Suecia.¹⁵ El segundo panfleto —*El tratado defensivo* (1717)— juzga la política inglesa a partir del tratado de 1700 entre Suecia e Inglaterra.¹⁶ El tercero, por fin —*La verdad es siempre la verdad en cualquier época* (1719)—, demuestra que los nuevos planes políticos que convertían a Rusia en la potencia hegemónica en el mar Báltico estaban en flagrante oposición con la política tradicional de Inglaterra tal como había sido ejercida a todo lo largo del siglo xvii.¹⁷

Ante los ojos de Marx, estos tres panfletos bastan ampliamente para “refutar el prejuicio común de escritores continentales e ingleses de que los designios de Rusia no fueron comprendidos o sospechados en Gran Bretaña hasta una época posterior y demasiado tardía; de que las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y Rusia [citamos literalmente en la medida en que este texto puede parecer extraño en boca de Marx. Nota de D. R.] no eran más que la consecuencia natural de los mutuos intereses materiales de los dos países, y de que, por tanto, si acusáramos a los estadistas británicos del siglo xviii de rusofilia cometeríamos una injusticia imperdonable”.

Marx hubiera estado dispuesto a conceder su perdón a estos hombres de estado si hubiesen simplemente compartido las concepciones de sus contemporáneos. En efecto,

Para comprender a una época histórica concreta, hemos de traspasar sus límites y compararla con otras épocas históricas. Para juzgar a los gobiernos y sus actos, debemos medirlos según sus propios tiempos y la conciencia de sus contemporáneos. Nadie condenará a un estadista británico del siglo xvii por creer en la brujería, si encuentra al propio Bacon catalogando a la demonología en la lista de las ciencias. Por otra parte, si los Stanhope, Walpole, Townshend, etc., fueron sospechosos, perseguidos y denunciados en su propio país y por sus propios coetáneos, acusados de complicidad con Rusia, no servirá de nada proteger su política con la conveniente pantalla del prejuicio y la ignorancia comunes a su tiempo.

¹⁵ Véase *The Northern Crisis, or Impartial Reflections on The Policies of The Czar*, 1716. Droysen atribuye una extrema importancia a este panfleto, que cita en diversos pasajes en *Geschichte der preussischen Politik*, iv, 2, p. 193.

¹⁶ *The defensive Treaty concluded in the year 1700, between his late Majesty, King William, of our glorious Memory, and his presente Swedish Majesty, King Charles XII.*

¹⁷ *Truth is but as it is timed*, Londres, 1719.

Para Marx, los panfletos mencionados anteriormente demuestran irrefutablemente que los hombres de estado del siglo XVIII permanecían completamente ciegos e ignoraban el peligro contra el cual los prevenía con tanta elocuencia el autor de *La crisis del Norte*;¹⁸ a saber, que ellos sacrificaban de la manera más desleal a Suecia en beneficio de Rusia y aseguraban a esta última la hegemonía en el Báltico, creando y desarrollando ellos mismos a su futuro enemigo. Y, lo que es más, desdeñan así los intereses comerciales de su patria, crimen verdaderamente imperdonable en Inglaterra.

Marx apoya a los autores de los panfletos demostrando, con la ayuda de datos estadísticos, que los historiógrafos modernos han exagerado "las dimensiones del comercio abierto a Gran Bretaña por el enorme mercado de la Rusia de Pedro el grande y sus inmediatos sucesores". Luego de haber examinado las estadísticas del comercio de importación y de exportación entre Suecia y Rusia desde 1697 hasta 1700, Marx arriba a la siguiente conclusión:

Durante los primeros sesenta años del siglo XVIII, el comercio total anglo-ruso constituyó una fracción diminuta del comercio general del Reino Unido, digamos que menos de 1/45 parte. Su incremento repentino durante los primeros años del dominio ruso en el Báltico no afectó en absoluto la balanza general del comercio británico, ya que fue una simple transferencia de la cuenta sueca a la cuenta rusa. En los últimos tiempos de Pedro I, así como bajo sus inmediatas sucesoras, Catalina I y Ana, el comercio anglo-ruso decayó sensiblemente; durante toda la época, a partir de la instalación definitiva de Rusia en las provincias del Báltico, la exportación de productos británicos a Rusia disminuyó continuamente, de manera que al final era solamente una tercera parte del volumen original cuando dicho comercio aún estaba limitado al puerto de Arkángel. Ni los contemporáneos de Pedro I ni la siguiente generación británica cosecharon ningún beneficio del avance de Rusia a las orillas del Báltico. En general, el comercio de Gran Bretaña en el Báltico era insignificante en relación con la capital, pero importante respecto a su carácter. Proporcionaba al Reino Unido las materias primas para sus almacenes marítimos. Que, desde este último punto de vista, el

¹⁸ Él [Pedro] "será con toda certeza nuestro rival, y tan peligroso para nosotros como ahora parece inofensivo. Tal vez entonces, cuando sea demasiado tarde, recordemos las palabras de nuestros propios ministros y comerciantes sobre sus intenciones de acaparar el comercio en el Norte, y de recibir todas las mercancías de Turquía y Persia a través de los ríos que está uniendo y haciendo navegables desde el Caspio o el mar Negro hasta San Petersburgo. Entonces nos extrañaremos de nuestra ceguera al no sospechar sus designios cuando oímos las obras prodigiosas que ha realizado en Petersburgo [...]. Como mi deseo es que no fracasen los designios de su mente, no asigna un día determinado para su cumplimiento, sino que los deja para el momento en que surjan tiempos y ocasiones propicios, como esos curiosos artistas de China, que templan hoy el molde de una vasija que será elaborada dentro de cien años."

Báltico era más seguro en manos de Suecia que en poder de Rusia fue demostrado no sólo por los panfletos que aquí reproducimos, sino por las declaraciones de los propios ministros británicos.

¿Cómo se explica el porfiado apoyo de Inglaterra, hacia Rusia, si los ingleses tenían interés en que los rusos no se fijaran en el Báltico?

Ocurre que había en Inglaterra un pequeño grupo de grandes comerciantes cuyos intereses coincidían con los de Rusia: la compañía mercantil rusa (*Russian Trade Company*). Ella es la que intrigó contra Suecia e inundó al parlamento con sus peticiones; la que —en 1714, 1715 y 1716— mantuvo en cada oportunidad reuniones previas a la apertura del parlamento con objeto de presentar las quejas de los comerciantes ingleses contra Suecia.

Pero ¿cómo pudo ejercer sobre el gobierno una influencia semejante para que éste haya prestado siempre un oído complaciente a sus sugerencias? La oligarquía burguesa que, después de la “Gloriosa Revolución”, se había elevado a la dirección del estado y de las riquezas a expensas de la masa del pueblo británico, no debía buscar solamente aliados en el exterior, sino también dentro del país. Y los buscó en las capas sociales que los franceses llaman la “*haute bourgeoisie*” y que están representadas por el Banco de Inglaterra, los capitalistas financieros y mercantiles, los acreedores del estado y los grandes industriales. Las leyes y ordenanzas promulgadas dan cuenta de las consideraciones y preferencias que se tuvieron para los intereses materiales de dicha clase.

Resulta comprensible que esta oligarquía se haya visto obligada, también en el dominio de la política extranjera, a dotar a ésta de una apariencia de política dirigida por los intereses comerciales; cuestión tanto más fácil de conseguir ya que, desde siempre, se esforzaba por poner tal o cual medida ministerial en armonía con los intereses exclusivos de algún grupo restringido de la clase mercantil. Entonces el grupo interesado la apoyaba, desencadenando en el momento oportuno una viva agitación por la defensa de los intereses del “comercio y la navegación”, y la nación la coreaba estúpidamente.

La política exterior de esta oligarquía sólo era fiel a sí misma en un punto: se esforzaba por agradar, a cualquier precio, a Rusia. Para ello, se disimulaba tras los intereses comerciales e industriales que el gabinete sólo determinaba posteriormente. En el curso de la guerra nórdica (1700-1721), los ministros ingleses, para adornar su actitud hostil hacia Suecia, hallaron el pretexto mercantil indispensable en las pérdidas que los corsarios suecos les infringían a los comerciantes ingleses, aun cuando los suecos habían actuado en total conformidad con el derecho internacional de la época.

Podría parecer que Inglaterra seguía entonces el ejemplo de Holanda cuando declaraba que la confiscación de sus navíos por parte de los suecos constituía un acto de piratería pura y simple. Al respecto, Holanda se hallaba en la misma situación que Inglaterra, ya que ambos estados se encontraban ligados por un pacto de defensa y estaban inhabilitados para adoptar cualquier tipo de medida hostil contra Suecia.

Pero, por otra parte, la situación de Holanda se diferenciaba claramente de la de Inglaterra, ya que, después de haber perdido la hegemonía en el mar y en el comercio, *Holanda* había ingresado en su fase declinante. Al igual que Génova y Venecia, desprovistas de su hegemonía comercial como consecuencia del desplazamiento de las antiguas vías comerciales, Holanda se ve obligada ahora a prestar a otras naciones los capitales que no podía invertir dentro de su propio territorio. Se encuentra entonces con que Rusia ofrecía un inmenso mercado, no tanto para el comercio como para la exportación de capitales y habitantes de Holanda. Así, hasta la segunda mitad del siglo XIX, Holanda fue el principal banquero de Rusia, y en la época de Pedro el grande aprovisionaba a Rusia de navíos, oficiales, armas y dinero. La flota rusa de la época podía llamarse "holandesa", y los holandeses se vanagloriaban de haber sido los primeros en enviar un navío europeo a la Petersburgo nuevamente construida, y pagaban los privilegios mercantiles que habían recibido o que esperaban aún obtener de Pedro con el mismo servilismo rastrero que caracterizaba sus relaciones con el Japón.

Si los hombres de estado de Holanda eran rusófilos, tenían —para Marx— razones mucho más sólidas para ello que las de Inglaterra. Marx no atribuye más que a la presión inglesa la protesta de los holandeses contra los navíos corsarios suecos, y esto aunque supiera que Pedro había utilizado a los holandeses para ejercer una presión sobre los diplomáticos ingleses en favor de Rusia.

En suma, que toda la política de Inglaterra, al igual que la de Holanda —que se hallaba bajo su influencia—, tendía a fortalecer a Rusia.

Marx encuentra todavía otras pruebas para determinar la fuente principal del poder ruso ante su compinche y auxiliar inglés. Toda la historia rusa hasta Pedro el grande muestra que la actual Rusia hubiera resultado inconcebible sin su extensión hacia el Báltico. Para demostrarlo, Marx esboza brillantemente la historia del imperio ruso hasta Pedro el grande:

La abrumadora influencia de Rusia ha tomado por sorpresa a Europa en diferentes épocas, ha inquietado a los pueblos de Occidente, y ha sido resis-

tida como una fatalidad o sólo con convulsiones. Pero al lado de la fascinación ejercida por Rusia, hay un escepticismo siempre latente que la persigue como una sombra, que crece con ella, mezclando estridentes notas de ironía con los gritos de pueblos agónicos, y burlándose de su grandeza en una actitud teatral adoptada para deslumbrar y engañar. Otros imperios han abrigado las mismas dudas en sus comienzos; Rusia se ha convertido en un coloso sin deshacerse de ellas. Es el único ejemplo de la historia de un inmenso imperio cuyo poder, incluso después de logros de resonancia mundial, nunca ha dejado de ser considerado más como una cuestión de fe que una cuestión de hecho. Desde el comienzo del siglo XVIII hasta nuestros días, ningún autor, tanto si quería ensalzarla como criticarla, consideró posible empezar sin antes probar la existencia de Rusia. Pero ya seamos espiritualistas o materialistas con respecto a Rusia —tanto si consideramos su poder como un hecho palpable o como la mera visión de las conciencias culpables de los pueblos europeos—, la cuestión sigue siendo la misma: “¿Cómo logró este poder, o esta ilusión de poder, adquirir tales proporciones como para inspirar por un lado un apasionado reconocimiento, y por otro la airada negativa de que esté amenazando al mundo con un ensayo de monarquía universal?”

3. LA DESCRIPCIÓN DE MARX DEL DESARROLLO DE RUSIA

Algunos historiadores afirman que el espectro nórdico, que ha provocado los temores de la Europa del siglo XIX, ya había nacido en el siglo IX, y que la política de los Románov no es más que la continuación natural de la política de los Rurik y de sus sucesores, de esos normandos que llegaron de Suecia e invadieron Rusia en el siglo IX para fundar allí su estado. Al respecto, Marx dice:

No obstante, pese al plausible paralelismo sugerido por estos recuerdos históricos, las políticas de los primeros Rurik difieren fundamentalmente de la Rusia moderna. No fue ni más ni menos que la política de los bárbaros germanos que inundaron Europa —la historia de las naciones modernas no empieza hasta que ha pasado el diluvio. El período gótico de Rusia en particular constituye sólo un capítulo de las conquistas normandas. Del mismo modo que el imperio de Carlomagno precede a la fundación de la Francia moderna, y la Prusia e Italia modernas, así el imperio de los Rurik precede a la fundación de Polonia, Lituania, las colonias del Báltico, Turquía y la propia Moscovia. El rápido movimiento de expansión no fue resultado de planes muy meditados, sino consecuencia natural de la organización primitiva de la conquista normanda —vasallaje sin feudos, o feudos que sólo consistían en tributos—, mientras la necesidad de nuevas conquistas se mantenía viva gracias a la afluencia ininterrumpida de nuevos aventureros nórdicos, ansiosos de gloria y de botín. Los jefes, que pronto desearon el reposo, fueron obligados a seguir adelante por la Liga de los creyentes, y en Rusia, como en la Normandía francesa, llegó también el momento en que los jefes

despacharon a nuevas expediciones a sus incontrolables e insaciables compañeros de armas, con el único objeto de deshacerse de ellos. Las guerras y la organización de la conquista por parte de los primeros Rurik no difieren en nada de las de los normandos en el resto de Europa. Si a las tribus eslavas no sólo se las sometía por la espada, sino también por mutuo acuerdo, esta singularidad se debe a la posición excepcional de aquellas tribus, colocadas entre una invasión septentrional y otra oriental, y uniéndose a la primera como protección de la segunda. El mismo hechizo mágico que atraía a otros bárbaros del Norte a la Roma de Occidente impulsaba a los nórdicos a las Roma de Oriente. La misma emigración de la capital rusa —Rurik la fijó en Novgorod, Oleg la trasladó a Kiev, y Sviatoslaff intentó establecerla en Bulgaria— prueba concluyentemente que el invasor sólo tanteaba el camino, y consideraba a Rusia como una mera etapa antes de seguir en busca de un imperio en el sur. Si la Rusia moderna ansía la posesión de Constantinopla para establecer su dominio sobre el mundo, los Rurik, por el contrario, se vieron obligados por la resistencia de Bizancio, gobernada por Juan I Zimisces, a establecer definitivamente su dominio en Rusia.

Si puede hablarse de algún tipo de influencia eslava en esta época, lo es en función de la irradiación de la república urbana de Novgorod, cuya política y tradiciones son diametralmente opuestas a las de la Rusia zarista.

Bajo Yaroslav se interrumpe la supremacía de los varegos (normandos), pero simultáneamente con ella desaparece la tendencia conquistadora del primer período, y comienza la decadencia de la Rusia gótica. La historia de esa decadencia, más aún que la de la conquista y formación, prueba el carácter exclusivamente gótico del imperio de los Rurik.

Este imperio compartió la suerte de todas las monarquías medievales:

El incongruente, inmenso y precoz imperio aglomerado por los Rurik está, como los otros imperios de evolución similar, compuesto de territorios dependientes, dividido y subdividido entre los descendientes de los conquistadores, atormentado por guerras feudales y destrozado por la intervención de pueblos extranjeros. La autoridad suprema del gran príncipe se desvanece ante las pretensiones rivales de setenta príncipes de la sangre. [...] Así pues, la Rusia de los normandos desaparece completamente de la escena, y los escasos y débiles residuos que aún quedan de ella se disuelven ante la terrible aparición de Gengis Jan; *el fango sangriento de la esclavitud mongola, y no la ruda gloria de la época normanda, forma la cuna de Moscovia, y la Rusia moderna no es más que una metamorfosis de Moscovia* [...].

La dominación tártara destruyó todas las tradiciones del período normando (de Kiev) de la historia rusa, y ejerció, además, una profunda influencia sobre la psicología del pueblo ruso.

El yugo tártaro se prolongó desde 1237 a 1462, más de dos siglos; un yugo no sólo opresivo, sino deshonroso y que podría el alma del pueblo que se convertía en su víctima. Los tártaros mongoles establecieron un gobierno de terror sistemático, y la devastación y los asesinatos en masa formaban sus instituciones. Como eran escasos en número en comparación con sus enormes conquistas, querían magnificarlas con una aureola de consternación, y diezmar, mediante el asesinato a ultranza, las poblaciones que dejaban a su retaguardia. En su creación de comarcas desiertas se regían, además, por el mismo principio económico que ha despoblado los Highlands de Escocia y la Campania romana, la conversión de hombres en ovejas, y de tierras fértiles y comunidades populosas en pastoreos.

Los invasores no destruían sin embargo los principados que encontraban a su llegada a los territorios conquistados; más bien los avasallaban y les imponían el pago de pesados tributos. El régimen tártaro subsistía hacia casi cien años cuando Moscovia pareció emerger de la masa de los principados. En el seno de la Horda de oro —el estado tártaro—, éstos luchaban entre sí con los medios más miserables de la corrupción y de la difamación recíprocas, y en esta competencia Moscovia consiguió granjearse la buena voluntad de sus amos tártaros:

En esta lucha infame, la rama de Moscú fue la que por fin ganó la carrera. En 1328, la corona del gran principado, arrebatada a la rama de Tver mediante denuncia y asesinato, fue recogida a los pies de Usbeck Jan por Yuri, el hermano mayor de Iván Kalita. Iván I Kalita e Iván III, llamado el grande, personifican el ascenso de Moscovia gracias al yugo tártaro, y la transformación de Moscovia en una potencia independiente con la desaparición de los tártaros. Toda la política de Moscovia, desde su primera entrada en la arena de la historia, está resumida en la trayectoria de estos dos individuos.

Marx pasa entonces a una definición cortante de la política de Iván Kalita, fundador de la potencia de Moscovia (hacia 1348):

Característicamente, su pueblo lo llama Kalita, es decir, *la bolsa*, porque fue con la bolsa, y no con la espada, con la que se hizo con el poder. [...] Todo su sistema puede expresarse en estas palabras: el maquiavelismo del esclavo usurpador. Transformó su propia debilidad —la esclavitud— en la fuente de su fuerza.

Sin embargo, sólo puso las bases del gigantesco poderío de Moscovia. Su verdadero fundador fue Iván III:

Al comienzo de su reinado (1462-1505), Iván III era todavía tributario de los tártaros; su autoridad seguía siendo discutida por los príncipes de los terri-

torios dependientes; Novgorod, la primera de las repúblicas rusas, dominaba el norte de Rusia; Polonia-Lituania se esforzaba por la conquista de Moscovia; y por último, los caballeros de Livonia aún no estaban desarmados. Al final de su reinado contemplamos a Iván III sentado en un trono independiente, a su lado la hija del último emperador de Bizancio, a sus pies Kazán, y el resto de la Horda de oro acudiendo a su corte; Novgorod y las otras repúblicas rusas, esclavizadas; Lituania, empedregada, y su rey, un instrumento en manos de Iván, y los caballeros livones, vencidos. La asombrada Europa, al principio del reinado de Iván, apenas consciente de la existencia de Moscovia, oculta entre tártaros y lituanos, se deslumbró ante la repentina aparición de un inmenso imperio en sus límites orientales, y el propio sultán Bajazet, ante el cual temblaba toda Europa, oyó por primera vez el altivo lenguaje del moscovita.

Con la finalidad de mostrar de qué manera Iván III —a quien todos los historiadores rusos acuerdan en considerar personalmente como un cobarde— llevó a efecto todas esas proezas, Marx esboza un cuadro de los principales acontecimientos de su reino: lucha contra los tártaros, aniquilamiento de la república de Novgorod, lucha contra los príncipes rivales y, finalmente, lucha con Polonia-Lituania.

Iván rescató a Moscovia del yugo tártaro no con un golpe de suerte, sino mediante la paciente labor de casi veinte años. Su conquista, por consiguiente, pareció más una obra de la naturaleza que el producto del esfuerzo humano. Cuando finalmente expiró el monstruo tártaro, Iván apareció en su lecho de muerte como un médico que pronosticó y especuló sobre la muerte, y no como el guerrero que la había provocado.

En general, este análisis histórico es justo, cosa que se ve confirmada, por ejemplo, por el historiador ruso Choloviev, quien habla no de la liberación del yugo tártaro, sino de su autohundimiento. Luego viene el señalamiento de Marx:

El carácter de los pueblos se magnifica con su liberación de un yugo extranjero; el de Moscovia, en manos de Iván, pareció disminuir. Comparemos simplemente a España en sus luchas contra los árabes, con Moscovia en sus luchas contra los tártaros. [...]

Pero aunque demasiado prudente para asumir, ante los testigos de su desgracia, los aires de un conquistador, este impostor [Iván] comprendió perfectamente que la caída del imperio tártaro debía ser deslumbrante, vista a distancia; que le conferiría una aureola de gloria y le facilitaría una magnífica entrada en el círculo de las potencias europeas. Por consiguiente, en el extranjero asumió la actitud teatral del conquistador, y consiguió ocultar, tras una máscara de altiva susceptibilidad e irritable orgullo, la obsesividad del siervo mongol, que aún recordaba haber besado los estribos

del más insignificante enviado del jan. Imitaba en un tono más suave la voz de sus amos, que aún le inspiraban terror.

Y Marx se esfuerza por descubrir la influencia tártara hasta en la fraseología de la actual diplomacia rusa: "Algunas expresiones corrientes de la moderna diplomacia rusa, tales como la magnanimidad, la dignidad herida del amo, son herencia de las instrucciones diplomáticas de Iván III."

Si, para Iván III, la condición previa para el poder de Moscovia residía en la ruina del yugo tártaro, la segunda condición consistía en la liquidación de las viejas libertades rusas. Una tras otra, las antiguas repúblicas rusas fueron conquistadas: las ciudades de Viatka y Novgorod, en tanto que Pskov ya no era sino la sombra de sí misma.

Es digno de observación el infinito cuidado de que siempre hizo gala Moscovia, y ahora la Rusia moderna, para ejecutar a las repúblicas. Novgorod y sus colonias encabezan la lista; sigue la república de los cosacos; Polonia la concluye. Para comprender la deglución rusa de Polonia es preciso estudiar la ejecución de Novgorod, que duró desde 1478 hasta 1528.

Después del aniquilamiento de las repúblicas, Iván pasa a la conquista de los últimos principados:

Parecía que Iván había arrebatado a los mongoles las cadenas con que se aplastaba a Moscovia con el único fin de atar con ellas a las repúblicas rusas. Parecía esclavizar a estas repúblicas sólo para republicanizar a los príncipes rusos. Durante veintitrés años había reconocido su independencia, sufrido su petulancia y aguantado incluso sus insultos. Ahora [...] la mera exhibición de fuerza por parte de Iván era suficiente para decidir la lucha.

Con la misma astucia, Iván III llevó adelante la lucha contra Lituania, excitando en su contra al emperador Maximiliano y a Matías Corvino, de Hungría; y a Esteban, el hospodar de Moldavia, y con él el jan Menghi Ghirei, que se reveló como un instrumento de lucha tan poderoso contra Lituania como contra la Horda de oro.

La iglesia católica griega le brindó un servicio inapreciable luego de la consolidación de su poderío: "Pero con el fin de proclamarse heredero de Bizancio, de ocultar el estigma de la esclavitud mongol bajo el manto de los porfirogénetos [sobrenombre de los emperadores de Bizancio], de unir el advenedizo trono de Moscovia al glorioso imperio de san Vladimiro, de dar en su propia persona una nueva cabeza temporal a la iglesia griega, ¿a quién recurrió Iván? Al papa romano. En la corte del papa residía la última princesa de Bizancio."

Se trataba de la princesa Sofía Paleóloga, que desde la caída de

Constantinopla vivía en Roma, donde los papas ejercían sobre ella la tutela paternal. Ella se convirtió en la mujer de Iván en 1472.

En la política de Iván III, Marx descubre así todos los elementos esenciales de la Rusia moderna:

Una simple sustitución de nombres y fechas demostrará que entre la política de Iván III y la de la Rusia moderna no existe tan sólo similitud, sino igualdad. Iván III, por su parte, no hizo más que perfeccionar la política tradicional de Moscovia, que heredó de Iván I Kalita. Iván Kalita, el esclavo mongol, adquirió su grandeza esgrimiendo el poder de su mayor enemigo, el tártaro, contra su enemigo menor, los príncipes rusos. Sólo podía esgrimir el poder del tártaro bajo falsos pretextos. Obligado a disgregar ante sus amos la fuerza que en realidad acumulaba, tuvo que deslumbrar a sus compañeros de esclavitud con un poder que no poseía. Para solucionar este problema se sirvió de los trucos de la más abyecta esclavitud, transformándolos en un sistema, y puso en práctica éste con la paciente labor de un esclavo. La propia fuerza declarada sólo podía ser admitida como una intriga en un sistema de intrigas, corrupción y usurpación solapada. No podía atacar antes de haber envenenado. La unidad de propósito se convirtió en él en duplicidad de acción. Insinuarse con el uso fraudulento de una potencia hostil, debilitar a dicha potencia por el mismo hecho de emplearla, y destruirla al fin por medio de los efectos producidos por su propia instrumentalidad... esta política se la inspiró a Iván Kalita el carácter peculiar tanto de la raza dirigente como de la raza esclavizada.

Su política fue también la política de Iván III. Y sigue siendo la política de Pedro el grande y de la Rusia moderna, no importa los cambios que hayan tenido lugar en el nombre, la situación y el carácter de la potencia hostil utilizada. Pedro el grande es realmente el creador de la política rusa moderna, pero sólo pudo serlo después de despojar al antiguo método moscovita de su carácter local y aditamentos accidentales, mezclarle una fórmula abstracta, generalizar sus objetivos y ensalzar su meta, que de ensanchar ciertos límites de poder ha evolucionado hasta la aspiración del poder ilimitado. Metamorfosó a Moscovia en la Rusia moderna con la generalización de su sistema, no con la mera adición de algunas provincias.

Para resumir. Moscovia nació y creció en la terrible y abyecta escuela de la esclavitud mongola. Adquirió su fuerza convirtiéndose en un virtuoso del arte de la servidumbre. Incluso después de haberse emancipado, Moscovia continuó representando su papel tradicional del esclavo como amo. Por fin, Pedro el grande supo conjugar la astucia política del esclavo mongol con la orgullosa aspiración del amo mongol, al que Gengis Jan había legado su conquista de la tierra.

Si el estado moscovita ya había elaborado en su seno todos los elementos esenciales de la política de Pedro el grande, y si anteriormente la expansión incesante del imperio había sido la idea dominante de toda la actividad de los soberanos moscovitas, sin embargo no fue

hasta el advenimiento de Pedro el grande que esta política dispuso de una base segura, luego de que la misma plantó los fundamentos para la expansión de Rusia en dirección hacia el oeste.

Hasta el reinado de Pedro el grande, uno de los rasgos notables de la raza eslava —que ha provocado el asombro de todos los estudiosos— residió en haberse instalado generalmente en el interior del continente, abandonando las costas y el mar a otras razas, no eslavas. Por doquiera que los eslavos se aproximaron al mar, resultaron sometidos a una dominación extranjera. El pueblo ruso compartió este destino con todos los demás eslavos: este pueblo eminentemente continental no estuvo en condiciones —antes de Pedro el grande— de abrirse un acceso sobre el mar, a excepción del mar Blanco, que está cubierto de nieve por completo durante nueve sobre doce meses. El sitio en el cual se levanta actualmente Petersburgo fue durante un milenio objeto de disensión entre fineses, suecos y rusos. Las costas del Báltico que ahora pertenecen a Rusia, las costas del mar Negro, todo esto sólo fue conquistado después de la muerte de Pedro el grande. Más aún: como si hubiera sido menester evidenciar perfectamente los rasgos antimarítimos de la raza eslava, debe decirse que hasta el presente ninguna parte de la costa báltica se ha tornado todavía verdaderamente eslava, no más —por otra parte— que las costas circasianas y mingrelianas del mar del Norte.

Desde el inicio Pedro el grande rompió con todas las tradiciones de la raza eslava: “Lo que Rusia necesita es el agua”, y estas palabras se convirtieron en el *leitmotiv* de toda su vida. En su primera guerra con Turquía, dirigía sus objetivos hacia la conquista del mar de Azov; en la segunda, al mar Negro; en la guerra contra Suecia, al Báltico y, por fin, en sus empresas bélicas en Persia, al mar Caspio:

La tierra resulta suficiente para un sistema de conquistas territoriales limitadas, pero el mar es indispensable para un proyecto de agresión universal. La conversión de Moscovia, un país interior, en un imperio con costas marítimas fue lo que permitió remplazar los límites tradicionales de la política moscovita por aquella atrevida síntesis que, combinando el método de invasión del esclavo mongol con las tendencias de conquista universal del amo, forma la base de la moderna diplomacia rusa.

Si se quisiera explicar la política de Pedro el grande por el motivo, primeramente, de que una gran nación no podría existir sin acceso al mar, luego por el hecho de que Rusia no podía dejar en manos extranjeras las desembocaduras del Neva, del Don, del Dniéper y del Bug, y finalmente que Pedro el grande sólo tomó posesión de lo estrictamente necesario para el desarrollo de su país, se olvidaría un punto esencial: el duro esfuerzo implícito en la transferencia de la capital

imperial del interior del continente a las costas marítimas, la osadía característica con la que erigió la nueva capital sobre la primera franja de la costa báltica que conquistó en el Báltico, casi al alcance de los cañones de la frontera; todo esto dio como resultado una capital excéntrica respecto de sus posesiones.

En nuestros días aún prosigue una viva polémica dentro de la literatura rusa sobre el juicio que debe merecer la época de Pedro el grande. Las principales corrientes —los eslavófilos y los elementos pro occidentales, (*zapadniki*) en sus más recientes variantes— se definen o bien con odio o bien mediante la aprobación calurosa de Pedro el grande. Para los eslavófilos, Pedro el grande sacrificó a Rusia ante el Occidente decadente; para los *zapadniki*, por el contrario, la aproximó a la civilización europea. En toda esta polémica sobre la significación de la obra de Pedro el grande, que inaugura el período petersburgués de la historia rusa, resulta difícil encontrar una definición más expresiva que la de Marx:

Transferir el trono de los zares desde Moscú a San Petersburgo equivalía a colocarlo en una situación donde no estaría a salvo, ni siquiera de los insultos, hasta que fuese conquistada toda la costa, desde Libau hasta Tornea —obra que no se completó hasta 1809 con la conquista de Finlandia—. “San Petersburgo es la ventana desde la que Rusia puede contemplar a Europa”, dijo Algarotti. Fue desde el principio un desafío a los europeos, un incentivo para ulteriores conquistas para los rusos. [...] San Petersburgo, el *centro periférico* del imperio, apuntó inmediatamente a una periferia que aún ha de delimitarse.

Así pues, no es la mera conquista de las provincias bálticas lo que diferencia la política de Pedro el grande de la de sus antepasados, pero es la transferencia de la capital lo que revela el verdadero significado de sus conquistas bálticas. San Petersburgo no era, como Moscovia, el centro de una raza, sino la sede de un gobierno; no era fruto del lento trabajo de un pueblo, sino la creación instantánea de un hombre; no el medio del que irradian las peculiaridades de un pueblo de tierra adentro, sino la extremidad marítima donde se pierden; no el núcleo tradicional de un desarrollo nacional, sino la sede deliberadamente elegida de una intriga cosmopolita. Con el traslado de la capital, Pedro cortó los vínculos naturales que unían el sistema de usurpación de los antiguos zares moscovitas con las naturales habilidades y aspiraciones de la gran raza rusa. Estableciendo su capital a la orilla de un mar, desafió abiertamente los instintos antimarítimos de aquella raza, y la degradó a un mero instrumento de su mecanismo político [...] Con el traslado de la capital, Pedro proclamó que él, por el contrario, pretendía que sus logros en el este fueran conseguidos partiendo del oeste. Si el esfuerzo de la zona oriental se veía estrechamente circunscrito por el carácter estacionario y las relaciones limitadas de los pueblos asiáticos, el esfuerzo de Occidente era ilimitado y universal gracias al carácter variable y las

relaciones universales de la Europa occidental. El traslado de la capital denotó este pretendido cambio de influencia, que la conquista de las provincias bálticas hizo posible, dando inmediatamente a Rusia la supremacía entre los vecinos estados del norte; situándola en contacto inmediato y constante con todos los puntos de Europa; colocando los cimientos de un vínculo material con las potencias marítimas, que gracias a esta conquista dependerían de Rusia para sus suministros navales; una dependencia que no pudo existir mientras Moscovia, el país que producía la mayor parte de pertrechos navales, no tuvo salidas propias al mar; mientras Suecia, la potencia que poseía estas salidas, no tenía el país donde estaban asentadas.

Si los zares moscovitas, que realizaban sus usurpaciones principalmente por medio de los khanes tártaros, se vieron obligados a *tartarizar* Moscovia, Pedro el grande, decidido a utilizar a Occidente, se vio obligado a *civilizar* a Rusia. Al apoderarse de las provincias bálticas, consiguió también las herramientas necesarias para este proceso. No sólo le proporcionaron diplomáticos y generales, los cerebros con los que realizar su sistema de acción política y militar en Occidente, sino que al mismo tiempo le facilitaron una multitud de burócratas, maestros de escuela y sargentos instructores, que darían a los rusos ese barniz de civilización que los adapta a los adelantos técnicos de los pueblos occidentales, *sin imbuirles sus ideas*. [Cursivas de Riazánov.]

Ni el mar de Azov, ni el mar Negro ni el mar Caspio podían abrir a Pedro este pasaje directo a Europa. [...] De las cuatro guerras que constituyen la vida militar de Pedro el grande, la primera, contra Turquía, cuyos frutos se perdieron en una segunda guerra turca, continuó en un aspecto la lucha tradicional con los tártaros. En otros aspecto no fue más que el preludio de la guerra contra Suecia, de la cual la segunda guerra turca constituye sólo un episodio, y la guerra persa un epílogo. Así pues, la guerra contra Suecia, que se prolongó durante veintiún años, absorbe casi por completo la vida militar de Pedro el grande. Tanto si consideramos su propósito, como sus resultados o su duración, podemos llamarla con justicia *la guerra de Pedro el grande*. Toda su creación gira alrededor de la conquista de la costa báltica.

Marx dice haber encontrado así la clave del enigma de la existencia del coloso ruso. Simultáneamente, descubre dónde se sitúa la fuente de la esclavitud anglo-rusa que pesa sobre la Europa de su tiempo.

El mero hecho de que la conversión de Moscovia en Rusia fue consecuencia de su transformación de un país semiasiático de tierra adentro en una importante potencia marítima del Báltico tendría que hacernos llegar obligatoriamente a la conclusión de que Gran Bretaña, la principal potencia marítima de aquella época —una potencia marítima que, además, se hallaba en las mismas puertas del Báltico, donde mantenía desde mediados del siglo xvii la actitud de árbitro supremo—, debió contribuir de algún modo

a este gran cambio, que debió ser la principal ayuda o el principal impedimento a los planes de Pedro el grande, que durante la prolongada y mortal contienda entre Suecia y Rusia debió influir en la balanza, y que si no la encontramos agotando todos sus recursos para salvar a los suecos, podemos estar seguros de que ha empleado todos los medios a su disposición para ayudar al moscovita. Y, sin embargo, en lo que comúnmente se llama historia, Gran Bretaña aparece apenas en el plano de este gran drama, y está representada más como espectador que como actor. La auténtica historia demostrará que los janes de la Horda de oro no influyeron más decisivamente en los planes de Iván III y sus predecesores que los gobernantes del Reino Unido en los planes de Pedro I y sus sucesores.

En este punto debemos ver qué dice la “historia real”.

4. EL YUGO TÁRTARO Y EL ABSOLUTISMO EN RUSIA

La “irresistible influencia” de Rusia, que desde el siglo XVIII sorprendía a quien se interrogaba sobre ella, influencia de la que ya no se podía dudar en la primera mitad del siglo XIX, constituía un enigma para la *intelligentsia* rusa que sentía la presión política del coloso ruso directamente sobre sus espaldas y un enigma no menos difícil de resolver para la de Europa occidental. El desarrollo y el fortalecimiento del estado, junto a la pasividad total de la “sociedad”, transformaron todo el pueblo ruso en una masa compacta lanzada por el absolutismo ruso sobre la balanza de la política exterior con una decisión que no se detenía ante ningún sacrificio. Cuando el antagonismo entre el “estado” y la “sociedad” se manifestaba más abiertamente en Europa occidental, el contraste entre Europa occidental y Rusia aparecía tanto más fuerte. Los señores de Europa miraban con gran envidia al absolutismo ruso, puesto que no estaba limitado por ningún parlamento, mientras los demócratas lo odiaban ardientemente; sin embargo para unos y otros no cabía ninguna duda que la fuerza política de Rusia en el exterior se basaba en el predominio incontrastable del absolutismo. Y viceversa, la política exterior y sus éxitos, que representaban el aspecto más impresionante del zarismo ruso, fortalecían todavía más su posición dentro del país y le ayudaban a reprimir cualquier intento de oposición. Aún hoy los más autorizados representantes de las ciencias históricas rusas establecen una demarcación neta entre Europa occidental y Rusia. En occidente la sociedad civil [*bürgerliche Gesellschaft*] ha dado lugar al estado y nos proporciona la clave para la comprensión del proceso de desarrollo histórico. En Rusia, en cambio, el estado ha creado la “sociedad civil” rusa y ha constituido la fuerza motriz de su historia. Veamos, por ejemplo, lo que dice Miliukov:

La cuestión reside en que el estado en nuestro país ha ejercido una enorme influencia sobre la organización de la sociedad, mientras en occidente la organización de la sociedad ha condicionado la forma del estado. El estado en Europa ha sido construido orgánicamente, digamos, desde dentro empezando desde el suelo hasta los pisos superiores [...]. *En nuestro país (en Rusia) el desarrollo histórico ha tomado una dirección opuesta, desde arriba hacia abajo* [...]. El estado ruso no tenía que luchar sólo contra las prerrogativas y los privilegios de los individuos o de los grupos sociales, tenía que dar vida ante todo a estos grupos sociales y estimularlos a actuar, con el objeto de utilizar esta actividad para sus propias finalidades.¹⁹

Esta descripción tradicional la compartían también los revolucionarios rusos. Para ellos no cabía duda de que en Rusia “las formas sociales debían su existencia al estado”, que éste creaba las clases sociales a su medida e indicaba la dirección que tenía que seguir todo el desarrollo social, que era el principal responsable de la opresión y de la explotación de las clases trabajadoras. Esta tesis, relacionada con la idealización de las formas de la aldea en la Rusia premoscovita, fue considerada cierta por Bakunin y Tkachev y constituyó la base de la táctica y de la actividad política del partido *Narodnaia Volia*.^[23] El absolutismo ruso se transformó en un triste legado de tiempos lejanos que no tenía ninguna raíz reciente y constituía por tanto un obstáculo para el desarrollo social.

Mientras los primeros escritores sobre la historia rusa se habían preocupado más bien de demostrar que la autocracia era útil y que Rusia tenía que agradecer a sus autócratas, la nueva escuela quería demostrar cuán necesaria y justificada racionalmente era la autocracia por las condiciones impuestas desde fuera, bajo cuyo signo se desarrollaba la historia del país. Estas concepciones adquirieron vigor en los años sesenta y se enfrentaron inmediatamente con la opinión de las corrientes democráticas que se referían al significado de las palabras “pueblo” y “sociedad” en la historia rusa desde sus orígenes: allí donde los historiadores señalados veían un proceso orgánico de desarrollo, los últimos vislumbraban una lucha encarnizada entre el “estado” y el “pueblo”. Éstos vieron en la invasión tártara el factor que había ayudado a los príncipes de Moscú a llevar a cabo definitivamente la ruptura con las tradiciones de la Rusia de Kiev.

La mayor autoridad científica en la que se apoyaban quienes sostenían estas concepciones era el íntimo amigo de Chernishevski, el conocido historiador ruso Kostomarov. Éste expresó sus ideas de manera completa y sistemática en la monografía *El origen de la auto-*

¹⁹ P. Miliukov, *Apuntes sobre la historia de la civilización rusa*, San Petersburgo, 1898, pp. 115-117.

gracia en la antigua Rusia, que se publicó quince años después de los artículos de Marx. La coincidencia entre algunas ideas fundamentales de este trabajo y las concepciones de Marx sobre el significado del yugo tártaro llega a veces a ser una verdadera concordancia literal, como demuestra esta cita por ejemplo:

En el período anterior a la invasión tártara no se habían formado en Rusia las bases para la autocracia de la época sucesiva y existía todavía menos una aspiración consciente hacia ella [...]. La conquista tártara determinó un cambio rápido e imprevisto [...]. Hasta aquel momento Rusia no había tenido un soberano que la dominara; ahora éste apareció por primera vez en la figura del conquistador que suscitaba terror, el jan. Rusia conquistada por las armas se convirtió en su botín de guerra, en su propiedad; todos los rusos, desde el príncipe hasta el último de los siervos, se convirtieron, sin excepción, en sus esclavos. Y en esta esclavitud Rusia halló su unidad, en la que no había pensado en el período en que era libre. Los janes enaltecieron la posición del mayor de los príncipes, le dieron poder y fuerza militar [...]. Pero esta posición la obtuvo con la devoción y el servilismo ante el soberano [...]. Postrarse ante el conquistador fue la única garantía de paz para el país.²⁰

Marx no ahorra tinta para describir todas las monstruosidades cometidas por los príncipes de Moscú. Lo mismo hacen Kostomarov y sus seguidores. Mientras éstos últimos separan los príncipes respecto al pueblo, destruyendo sin piedad la leyenda del valor personal de los Iván, Demetrio y Basilio moscovitas y poniendo en evidencia la encarnizada resistencia y la heroica lucha del pueblo contra los tártaros; Marx, sin embargo, no atribuye al pueblo ruso las cualidades que reconoce a los españoles. Condicionado por su idea fundamental, se olvida, sin embargo, de que también los españoles necesitaron más de un siglo para acabar con la dominación de los árabes. Kostomarov, en cambio, quien con su crítica sin ambages demolió la leyenda del valor personal del príncipe Demetrio Donskoi que infligió a los tártaros la primera grave derrota, describe la batalla de Kulikovo (1380)^[24] con palabras usadas generalmente en las descripciones de la batalla de las Navas de Tolosa.

Marx tiene plena razón cuando señala la profunda diferencia entre la Rusia normanda (de Kiev) y la moscovita. De la misma manera que el imperio de los Otones no puede ser definido como la cuna de la que surgió en Brandeburgo, así la Rusia de Kiev no puede conside-

²⁰ N. Kostomarov, *El origen de la autocracia en la Antigua Rusia*, en *Obras*, San Petersburgo, 1905, vol. v, pp. 5-95.

rarse la cuna de la de Moscú. Pero de ahí no se deduce de ninguna manera la tesis relativa a que entre estos dos períodos de la historia rusa haya una contradicción insuperable. No se puede olvidar siquiera el hecho de que la invasión tártara no provocó sacudidas a la Rusia de Kiev en las condiciones en que se hallaba durante el período de florecimiento entre el siglo xi y xii. Aunque ya durante tal período de florecimiento ésta se hallara a lo largo del camino por el cual las corrientes nómadas de las zonas más internas de Asia se lanzaban hacia Europa occidental, aunque durante esta época tuviera que combatir contra los jázaros, pechenegos y polovstios, consiguió sin embargo defenderse ante estos ataques. Kiev era entonces una ciudad comercial floreciente, situada a lo largo del sendero de los intercambios entre los países escandinavos y Constantinopla. Apenas Alemania superó el sistema de la economía nacional, Kiev dejó de ejercer su función de mediación entre los países escandinavos y Constantinopla. En efecto, Alemania hasta aquel momento había quedado al margen de las principales vías del comercio mundial, aunque tuviera un pequeño contacto a través del Rin, pero el comienzo de las cruzadas y el desplazamiento del foco del comercio mundial desde Constantinopla hacia Italia le brindaron esta oportunidad. Los productos de la caza y de la pesca del interior de Rusia que hasta entonces se dirigían a Kiev, a partir de este momento son transportados a través de Pskov y de Novgorod hasta el Báltico, donde el comercio cambia de repente sus características precisamente en los siglos xii y xiii y las ciudades de Lubeck y Wisby empiezan a florecer rápidamente. En el momento de la invasión tártara, Kiev había perdido desde hacía tiempo su importancia comercial y el centro de la vida política y económica se había trasladado desde el suroeste hacia el noreste.

En la historia de la formación del estado en Rusia el peligro tártaro desempeñó la misma función que el peligro turco en Austria-Hungría o el peligro sarraceno en España. Este peligro obligó al país a emplear todas las fuerzas militares, hasta el punto de llegar a decidir la lucha interna a favor de quien podía contar con la mayor fuerza militar; pero esta cuestión no se resolvió por las cualidades personales de los Austrias, de los Hohenzollern o de los descendientes de Rjurik, sino por las capacidades económicas y financieras de los territorios regidos por estas dinastías.

La mejor demostración de eso es la historia de la autocracia rusa, que, según la opinión general, se instaló definitivamente en Rusia a partir del reino de Iván III. La autocracia no parece haber sido de ninguna manera la única fuerza motriz del desarrollo social en todo el período que va de las "relaciones precapitalistas" hasta la época de las grandes reformas en la década del sesenta del siglo xix. Sus carac-

eres y también su forma externa cambiaban continua e ininterrumpidamente. Al igual que en Europa occidental, Rusia conoció también el proceso de desarrollo de la monarquía fundada en los estamentos [Stände]. Y si este proceso, así como la disolución de la monarquía basada en los estamentos, se ha prolongado en Rusia, si la dominación de la monarquía absoluta duró más que en algunos países de Europa occidental, este hecho puede y tiene que explicarse de la misma manera que el análogo desarrollo de la monarquía absoluta en Prusia y en Austria. Los elementos por los que surgió el absolutismo en Rusia no aparecen como un propio producto específico, así como los que generaron el absolutismo en Prusia no podrían ser considerados un producto de este último país.

Marx no tuvo en cuenta las condiciones internas del desarrollo del absolutismo en Rusia. Por lo tanto, en su descripción desaparecen dos siglos de historia rusa, desde Iván III hasta Pedro I, que se caracterizan por un cambio fundamental en las clases sociales. Es suficiente recordar el hecho de que a comienzos de este período encontramos todavía una clase de campesinos libres, mientras bajo Pedro I quedarán definitivamente sometidos a la condición de siervos. Como en Alemania, la fase capitalista de la agricultura se anuncia también como la fase de la gran hacienda agraria basada en el trabajo obligatorio de los siervos. La victoria de la monarquía absoluta sobre la vieja nobleza hereditaria fue pagada por la clase de los campesinos libres, quienes fueron víctimas de la nueva nobleza. En la época en que precisamente el absolutismo ruso, con todo el esplendor de su potencia, entra en el escenario europeo, aquél se convierte definitivamente en un arma en las manos de la nobleza. El siglo XVIII es la época del predominio absoluto de la nobleza que llega a su culminación durante el reinado de Catalina II, esta "amiga" devota de los enciclopedistas europeos.

Marx, habiendo desatendido toda la historia interna de Rusia desde Iván III hasta Pedro I, se cerró el camino para comprender la política exterior rusa. El hecho de que a Rusia no le sirviera la fuerza que, según las palabras de Marx, había sustraído a la Horda de oro lo demuestra la historia rusa del siglo XVI y XVII. El país se vio obligado a una lucha sin cesar: por el norte con Suecia, por el oeste con Livonia y Polonia, por el sur con los tártaros de Crimea y luego con los turcos, por el oriente con los tártaros otra vez. De la misma manera que repetidas veces se ha hecho para la historia prusiana, los historiadores rusos describen el proceso de transformación de Rusia en una monarquía militar a través de la influencia ejercida por estas guerras ininterrumpidas que destruyeron muchos territorios de la Rusia moscovita de un modo mucho más duro y sistemático respecto a la dominación de los tártaros. El jan de Crimea se comportó ante los sucesores de Gengis

Jan con la máxima desfachatez y pretendió sus tributos de un modo igualmente prepotente al de los janes de la Horda de oro. Aunque los venecianos, el papa y el emperador Maximiliano a fines del siglo xv intenten atraer a Moscú en la lucha contra el "peligro turco", pasarán, sin embargo, doscientos años antes de que Rusia aparezca en el siglo xvii fortalecida a tal punto que deje de ser una *quantité negligeeable* en la política europea.

Una de las causas que retardaron el ritmo del desarrollo de Rusia era la misma que según Marx explicaba la parálisis del desarrollo de Alemania desde el siglo xvi, es decir, el nuevo desplazamiento de las vías comerciales. Es significativo que la encarnizada lucha por la dominación del Báltico entre Polonia y Livonia por un lado y Moscú por otro haya tenido lugar en la época en que el centro del comercio mundial se trasladaba desde el meridiano del Báltico hasta las orillas del océano Atlántico. La decadencia de las ciudades hanseáticas representó para el comercio de Novgorod un golpe más duro respecto a su dependencia de Moscú. La competencia de las ciudades de Livonia y de los mercados suecos dio el último golpe a la Hansa, ya en plena decadencia. Su importancia política disminuye contemporáneamente a su fuerza económica. La dominación sobre el Báltico pasó de los polacos a los suecos, quienes cerraron definitivamente a los rusos esta salida. Narva, que los rusos habían conquistado en 1558, fue cedida de nuevo a los suecos en 1581. De esta manera Rusia, cuyo comercio, después de la adquisición de Kazán y Astracán, había registrado un fuerte impulso, perdió la posibilidad de la propia presencia comercial en el Báltico y precisamente en el momento en que Siberia fue anexada al imperio ruso y que el Volga se convirtió en un río ruso a lo largo de todo su curso.

De esta manera, Rusia estaba amenazada por un total estancamiento económico. Sin embargo, el comercio con Europa occidental, que hasta entonces había tenido lugar principalmente a través del Báltico, halló una nueva salida. Los ingleses abrieron una nueva vía a través del mar Báltico. Para comprender el surgimiento de las relaciones entre Inglaterra y Rusia en el siglo xviii, tenemos que ver la función que Inglaterra ejerció en la "europeización" de Rusia.

5. LA EUROPEIZACIÓN DE RUSIA A TRAVÉS DEL COMERCIO INGLÉS

La importantísima función ejercida por el sistema colonial como uno de los momentos más significativos de la acumulación originaria de capital nos hace olvidar a menudo que Inglaterra, el país clásico del capitalismo, no tuvo colonias hasta el siglo xvii y que sólo a par-

tir de la segunda mitad del siglo xvii se puede hablar de Inglaterra como una potencia colonial.

Mientras Portugal y España se adueñaban gradualmente del Nuevo Mundo y del comercio de los productos asiáticos, los ingleses estaban ocupados en liberarse de su dependencia respecto a las ciudades de la Hansa, en cuyas manos se hallaba su comercio exterior. En 1553 se organizó una expedición que tenía que llegar a las Indias siguiendo la ruta del Norte. La expedición fue un fracaso. Su jefe, Willoughby, y sus dos embarcaciones se fueron a pique, mientras el capitán de la tercera embarcación, la "Buena suerte", Richard Chancellor, fue arrojado contra la costa del mar Blanco en la desembocadura del Dvina septentrional. Desde allí se dirigió a Moscú, donde fue recibido con gran amistad por Iván el terrible.²¹ Cuando Chancellor regresó a Londres, su compañía obtuvo una patente de monopolio comercial con Rusia y todos los países que hubiera descubierto. Se trataba de la compañía de los *Merchant Adventurers for the Discovery of Lands, Countries, Isles, not before known or frequented by any English*, más conocida con el nombre de *Muscovy* o *Russian Company*, como la denomina también Marx. Después de la *Merchant Adventurers of England*,^[25] que había obtenido su patente en 1505, era la más importante compañía de comercio reglamentado del siglo xvi.

A la *Russian Company* se le concedió el derecho de libre comercio para toda Rusia y para cualquier mercancía.

Los holandeses siguieron las huellas de los ingleses. Puesto que se habían presentado más tarde que los ingleses, obtuvieron menos privilegios y tuvieron que aceptar en muchas ocasiones su intermediación. Las relaciones entre estos dos competidores demostraron pronto una cierta tirantez y los holandeses intentaron por todos los medios expulsar a los ingleses de su posición de monopolio. Denunciaban el hecho de que Inglaterra comerciaba productos de otros países y ponía fletes increíblemente altos.

A cambio de los privilegios concedidos a los ingleses Iván el terrible esperaba obtener la ayuda de Inglaterra en la lucha contra Polonia y Suecia. Pero Isabel rechazó decididamente estipular una alianza con Rusia, no porque temiera un fortalecimiento de Rusia, sino porque semejante alianza podía resultar útil sólo para Rusia mientras que para Inglaterra no presentaba ninguna ventaja.

A medida que Inglaterra se consolidaba como estado comercial, sus intereses se contraponían mayormente con los de España, la más grande potencia mercantil del siglo xvi, que dominaba la parte occidental del Mediterráneo

²¹ Livonia, Polonia y Suecia no querían que llegaran a Rusia ni armas ni técnicos. Poco tiempo antes había fracasado un intento de trasladar a Rusia

y aspiraba a la dominación monopólica en el océano. En casi todos los lugares en que el comercio inglés intentaba desarrollarse, hallaba el camino cerrado o por lo menos obstaculizado por España [...]. En el siglo xvi el español era el "enemigo hereditario" de Inglaterra, la encarnación de todas las monstruosidades para un británico.²²

Este enfrentamiento determinó toda la política exterior de Inglaterra bajo el reinado de Isabel. Había sido poco prudente tener nuevos enemigos inmediatamente antes de la expedición de la *Armada*, con mayor razón ante el hecho de que las relaciones comerciales anglo-rusas en el mar Blanco habían creado fuertes resentimientos entre los estados que tenían salida al Báltico.

El decidido rechazo de Inglaterra exasperó a la postre al zar, quien, después de una carta dirigida a Isabel con tono enojado, quitó a los ingleses en 1570 todos los privilegios y el derecho de comercio con Persia.

La *Russian Company* puso inmediatamente el grito en el cielo y se dirigió a Isabel para rogarle que salvara el comercio inglés de la ruina. Sólo en 1580 el enojado Iván volvió a ser más amable, viéndose obligado a pedir a Inglaterra que le proporcionara medios para la guerra con Suecia y Polonia. Isabel se apresuró a satisfacer su petición y en la primavera de 1584 se enviaron a Rusia 13 buques bien equipados para la guerra. Fue rechazada en cambio una nueva propuesta de Iván para concluir una alianza contra Stefan Batory.^[28] No obstante las intrigas de los holandeses Iván tuvo que ratificar todos los privilegios a los ingleses, puesto que en aquel tiempo perdió definitivamente todas sus posesiones en el Báltico. Cuando murió Iván el terrible poco después (1584), el *Djak* (Secretario de estado) Schelkalov, uno de los más encarnizados enemigos de los ingleses y protector de los mercantes alemanes (acusado después por los ingleses de haber sido corrompido por los holandeses), se expresó de esta manera con los enviados diplomáticos de Inglaterra: "Ha muerto el zar inglés."²³

Vale la pena señalar que mientras Inglaterra puso gran atención en las relaciones comerciales con Rusia, rechazó en cambio cualquier alianza política con este país, comportándose así como con una colonia. En aquel momento tenía poca importancia para Inglaterra la cuestión de quién habría predominado en el Báltico. No tenía ninguna intención de apoyar ni a Suecia ni a Rusia. Ante todo estaban sus intereses

algunas decenas de artesanos, tipógrafos y médicos. El emperador Rodolfo II no demostraba mejor actitud.

²² Karl Kautsky, *Thomas More und seine Utopie*, Stuttgart, 1907, pp. 237-238.

²³ N. Kostomarov, *El comercio del estado moscovita en los siglos XVI y XVII*, en *Obras*, Petrogrado, 1906, vol. viii, p. 284.

comerciales y el deseo de mantener el monopolio del comercio con Rusia a través del mar Blanco, donde tenía en menor medida la competencia de los holandeses y de los suecos. En 1584, se fundó una nueva ciudad en la desembocadura del Dvina cuyo nombre fue "Novija Kolmogorij", cambiado en 1637 por el de Arkángel. Hasta la fundación de San Petersburgo fue el más importante puerto comercial de Rusia y a través de él tenía lugar toda la actividad comercial del país. Los artículos más importantes exportados a Inglaterra eran: pieles y pellizas, lino, cáñamo, fibras para cuerda, madera para las construcciones navales, sebo, pez y alquitrán; los ingleses, en cambio, llevaban a Rusia sobre todo tejidos de algodón y de seda, quincallería, azúcar, papel y metales.

El denominado "Período de los torbellinos",^[27] después de la extinción de la casa de los Rjurik, se advirtió con evidencia en el movimiento de las mercancías de Inglaterra.

En 1617 se concluyó la paz en Stolbovo y el embajador inglés se escandalizó por las intrigas de los representantes diplomáticos de Holanda, quienes resultaron ser también intermediarios. Los ingleses empezaban a advertir la competencia de los holandeses que en aquel momento conquistaron una posición de predominio en el comercio del Báltico. A esto hay que añadir el hecho de que la oposición de los mercaderes de Moscú, con quienes la nueva dinastía de los Románov tenía que enfrentarse seriamente, se fortalecía más y más.

Los mercaderes moscovitas consiguieron finalmente que fuera denegado a los ingleses el derecho de libre comercio con Persia. Era sólo el primer paso. La revolución inglesa ofreció finalmente la esperada ocasión para quitar a los ingleses los privilegios de los que habían gozado por casi un siglo. Fueron los holandeses, protestantes y republicanos, quienes se mostraron muy indignados contra este pueblo de rebeldes y, junto con los mercaderes de Moscú, atizaron con gran ardor al gobierno ruso contra ellos.

En 1646 los mercaderes de Moscú se quejaron ante el zar Alejo contra los mercaderes extranjeros y le imploraron para que les salvara de la ruina.

Todos los ramos del comercio que hasta ahora estaban en nuestras manos nos han sido arrebatados por los ingleses y los alemanes, razón por la que hemos vuelto a nuestros anteriores oficios y no viajamos más hacia Arkángel. Los ingleses "han sembrado el hambre en todo el Estado moscovita: compran carne, pan y otros géneros alimenticios y los exportan hacia su país". A estas quejas añadieron otro argumento que convenció al gobierno: los ingleses "roban los tributos del zar". Además afirmaron que los mercaderes ingleses no podían apelar ya

a su patente, puesto que “los mercaderes ingleses han sido desconocidos por el rey Carlos y es el cuarto año que luchan contra él”.

Sólo el 1 de junio de 1649, después de la ejecución de Carlos I, todos los mercantes ingleses fueron expulsados de Moscú y de las otras ciudades ante el úcase del zar: “Nuestro gran señor acaba de saber que todos los ingleses sin excepción se han manchado con un enorme delito: han matado a su rey Carlos y ante semejante delito no hay lugar para ellos desde ahora en adelante en el estado de Moscú.”

Sin embargo, la indignación no era tan fuerte para renunciar completamente al comercio inglés. Los ingleses conservaron el derecho de entrar en Arkángel, pero perdieron el derecho de comerciar con libertad de aduanas. Para la *Russian Company* representó sin duda un golpe sensible.

Los daños eran graves, pero no irreparables. Los ingleses se vieron obligados a renunciar a las exenciones sobre los derechos de aduanas para su comercio. Los holandeses habían conseguido la paridad en su concurrencia con los ingleses.

Sin embargo, Rusia ya desde entonces se hallaba atada a Europa por medio de los fuertes hilos del comercio exterior. Precisamente en el siglo xvii empezó, bajo la influencia de ingleses y holandeses, el llamado proceso de “europeización” de Rusia.

La economía monetaria, cuyo desarrollo se vio frenado en el siglo xvi durante el proceso de desplazamiento de las vías del comercio, empezó a difundirse con rapidez precisamente después del “Período de los torbellinos” (a comienzos del siglo xvii).

A lo largo de las vías más importantes que conducían a Moscú y desde allí seguían hasta Arkángel surgieron muchos nuevos centros comerciales. Desde Moscú salían seis vías de comercio: “Moscú constituía el centro del comercio de todo el país. Su importancia había crecido por el hecho de que los mismos gobernantes participaban en las operaciones comerciales, puesto que el mismo zar —como decía un inglés— era el primer mercante de Rusia.”²⁴ Las mercancías se transportaban desde Moscú y pasando por Jaroslav, Rostov y Perejaslav, hasta Vologda, donde los ingleses compraban el lino que llegaba hasta ahí y tenían un depósito para sus mercancías; desde allí las transportaban hasta Arkángel. En el centro de Rusia, floreció, además de Moscú, Nivzhni Novgorod que durante el siglo xvii se transformó en un lugar de depósito para todo tipo de mercancías traídas de todos los puntos: desde Astracán llegaban mercancías asiáticas, desde Arkángel mercancías de Europa occidental, desde Kazán productos de Siberia y desde Moscú los productos locales destinados a Oriente.

²⁴ N. Kostomarov, *op. cit.*, p. 284.

Nivzhni Novgorod se convirtió también en un centro importante para el comercio de cereales, donde se compraban y desde allí se transportaban hacia las provincias del norte. Los grandes mercaderes cubrían todo el país gracias a una red articulada de agentes menores y así pusieron las manos sobre todo el comercio interior.

En el siglo xvii, con la ayuda de holandeses, ingleses y de los mercaderes de Hamburgo, comenzó la penetración de la industria en Rusia.

En la segunda mitad del siglo xvii Moscú se convirtió en un centro al que afluían en masa artesanos, técnicos, aventureros y charlatanes. Según el testimonio de Olearius^[28] hacia la mitad del siglo xvii había en la sola Moscú alrededor de mil familias protestantes, sobre todo formadas por ingleses, escoceses y holandeses. El "barrio alemán" (*Nemetskaia Sloboda*) era alemán sólo de nombre.^[29] Había ahí muchísimos ingleses y escoceses. La misma revolución que había dado la oportunidad al gobierno moscovita de arrebatar los privilegios concedidos a los ingleses también había empujado hacia Moscú, por hostilidad contra Cromwell, a los varios Drummond, Hamilton, Dalziel, Crawford, Leslie, Gordon. En este clima, Pedro se adueñó no sólo de la cultura europea sino que sintió también simpatía por la dinastía inglesa de los Estuardos.

El proceso de centralización política de Rusia empieza desde antes de la época de Pedro el grande. Antes de su reinado ya habían sido emprendidas una serie de reformas en el sector militar y en el de la organización de las finanzas. El desarrollo de la economía monetaria ofreció la posibilidad de transformar muchos servicios y tributos cobrados en productos por pago en dinero. Las dietas provinciales (*Zemskij Sobory*), que habían ejercido una función importante en los siglos xvi y xvii, fueron suprimidas. Tuvo lugar una reforma de las administraciones provinciales y municipales. La especificidad de las formas exteriores con que se verificó en Rusia el proceso de formación de la monarquía absoluta no disminuye de ninguna manera la semejanza de sus caracteres fundamentales respecto al correspondiente proceso que tiene lugar en Europa occidental, así como lo ha descrito Karl Kautsky en su *Thomas More*:

Era natural que el nuevo poder político central cristalizara en torno a la persona del soberano, que constituyera el vértice de la administración centralizada y del ejército. Sus intereses y los intereses del ejército eran los mismos [...]. El comercio tenía necesidad del ejército para defender sus intereses sea en el exterior como en el interior [...]. Pero el nuevo estado no sólo tenía necesidad del príncipe como señor supremo de la guerra. Era necesario también como jefe de la administración estatal. El aparato de la administración feudal, con su particularismo, estaba en disgregación, pero

el nuevo instrumento administrativo centralizado, la burocracia, se hallaba apenas en los comienzos. El centralismo político, que resultaba una necesidad económica para la producción de mercancías en el momento en que el desarrollo comercial anunciaba la afirmación del modo de producción capitalista, que tenía que estimular la centralización económica y, antes bien, estaba determinado y era favorecido por ésta, este centralismo, pues, tenía necesidad al principio de un personal superior que fuera suficientemente fuerte para mantener la unidad de la administración ante las distintas exigencias de los varios componentes de la sociedad, y en particular de la nobleza. Esta fuerza la poseía únicamente el jefe militar. La concentración de todos los instrumentos de poder del aparato militar y administrativo en una sola mano, en una palabra el absolutismo del príncipe, era una necesidad económica para la época de la Reforma y aún después.²⁵

Esta necesidad económica existía también en Rusia. Y ahí halló en Pedro el grande una personalidad que, con su energía y su devoción a la idea del estado, comparte el nivel de los representantes típicos de este tipo de gobernantes. Marx vio en Pedro un moderno tártaro solamente porque no había reconocido en él al verdadero producto del capitalismo europeo en ascenso: si Rusia pertenecía a Asia o a Europa era una cuestión ya resuelta definitivamente desde fines del siglo xvii. Los padrinos de Rusia, sus preceptores, eran los dos países más importantes en aquel tiempo por el comercio y por la industria: Inglaterra y Holanda.

6. SIGNIFICACIÓN DEL COMERCIO RUSO PARA INGLATERRA

Los intercambios comerciales entre Inglaterra y Rusia tenía por sí solos una gran importancia. En el curso de la segunda mitad del siglo xvi, dicho comercio, junto con la piratería marítima y el tráfico de esclavos, constituyó para Inglaterra una de las principales fuentes de la acumulación primitiva de capital. Cuando fue quebrado el monopolio de la Hansa germánica en el Báltico, Holanda adquirió allí la hegemonía hasta el siglo xviii. La tentativa de los ingleses por arrancarles la herencia de la Hansa fue en principio un fracaso: durante todo un siglo, la *Eastland Company* no logró romper la posición privilegiada de Holanda. Si le creemos a Child,^[26] el comercio holandés era entonces diez veces más importante que el inglés a fines del siglo xvii.

La *Russian Company* desempeñó entonces un papel importante en otro sentido, al organizar la caza de la ballena en Spitzberg.

²⁵ Karl Kautsky, *Thomas More und seine Utopie*, cit., pp. 17-18.

La oposición entre los holandeses y los ingleses, que desembocó en una ruptura abierta durante Cromwell, estuvo alimentada en la primera mitad del siglo xvii por la competencia en el comercio colonial, así como también por la lucha en torno del mercado nórdico y ruso. El comercio con Rusia no resultaba menos lucrativo que el comercio colonial.

Así fue como se formaron en Rusia los “intereses británicos” que reclamaban una protección diplomática. Como en los Países Bajos, los estados escandinavos y Alemania, los miembros de la sociedad de los *Merchant Adventurers of England* desempeñaron las funciones de representantes diplomáticos en todos los países donde tenían intereses. Con toda naturaleza, pues, los comerciantes de la *Russian Company* fueron los representantes diplomáticos de Inglaterra. En el momento de la conclusión de la paz en Stolbovo,^[31] el miembro del consejo de administración de esta sociedad —Merick— representó a Inglaterra.

El sistema colonial hizo madurar, como plantas en un invernadero, el comercio y la navegación. Las “sociedades” Monopolia (Lutero) constituían poderosas palancas de la concentración de capitales. La colonia aseguraba a las manufacturas en ascenso un mercado donde colocar sus productos y una acumulación potenciada por el monopolio del mercado.^[32]

Desde 1550 hasta 1650, las sociedades de monopolio desempeñaron una función esencial en Inglaterra, y Europa permaneció como el principal campo de su actividad. A la sombra de estas sociedades de monopolio se expandió la industria lanera. Si Inglaterra pudo asegurarse, desde el principio del siglo xviii, la supremacía comercial, fue debido a su hegemonía industrial, ya adquirida en aquel momento. Para su atención, de todos modos, la Compañía de las Indias Orientales desempeñó un papel menor hasta el fin del siglo xvii en comparación con el de los *Merchant Adventurers of England*, que procuraba sus mercados a la industria lanera a través de Hamburgo y de Amberes, y de la *Russian Company*, que organizaba la venta en Rusia.

En dichas condiciones, se entenderá mejor que la *Russian Company* ejerciera una gran influencia y pudiera “armar jaleo” en Inglaterra. Se sabe —como surge del estudio de las relaciones entre Inglaterra y Rusia durante todo este período— que se le prestó mucha atención a dicho “jaleo”. Al fin de cuentas, entre los miembros de la sociedad de comercio rusa y hamburguesa figuraban numerosos representantes de la capa de los “gentlemen”. Así, encontramos en la lista de los miembros de la compañía hamburguesa nombres tan ilustres como

los de Sidney, el conde de Leicester, el conde de Carlisle,²⁶ lord Churchill, lord Ashley, en tanto que los fundadores de la *Russian Company* no son otros que el marqués de Winchester, los condes de Arundel, de Bedford y de Pembroke.

En la primera parte del siglo xvii, su "jaleo" no era sin embargo lo suficientemente fuerte como para cubrir el de los representantes de otros intereses "británicos". Si las relaciones entre las compañías de Rusia y de Hamburgo siguieron siendo siempre amistosas, a partir de fines del siglo xvi se vieron surgir compañías cuyos intereses no concordaban, y de lejos, con los de la *Russian Company*. En efecto, la expansión de estos últimos —a diferencia de la Compañía de Hamburgo— no dependía solamente de la provisión de artículos manufacturados ingleses a Rusia, sino también del curso fructuoso de la pesca de la ballena en el helado mar del Norte y el comercio de tránsito con la seda persa por Rusia. Resultaba completamente natural que sus intereses entraran en conflicto con los de la *Eastland Company*, que —fundada en 1579 para el comercio con el Báltico— no tomaba evidentemente muy en serio la prohibición que se le había formulado de comerciar con Rusia por el Narva, y lo mismo ocurría con la *Turkey Company*, fundada en 1581, que inmediatamente se dedicó a organizar la compra de la seda cruda en Persia. Si la competencia de la primera se reveló como poco peligrosa, la concurrencia con la segunda no hizo sino acrecentarse a todo lo largo del siglo xvii; entre otros motivos, porque la ejecución de Carlos I no había tenido absolutamente ningún efecto sobre los sultanatos turcos.²⁷ Sin embargo, esta competencia sólo ganó un terreno, el del comercio de la seda cruda, donde la *Russian Company* y la *Turkey Company* se enfrentaron bien pronto a un rival infinitamente más peligroso: la Compañía de las Indias Orientales. Y aunque la *Russian Company* no abandonó en el siglo xviii las esperanzas de apropiarse del comercio de la seda de Persia, tuvo que —a partir de fines del siglo xvii— concentrar toda su atención sobre el comercio de las mercancías rusas. Efectivamente, la pesca de la ballena había perdido su importancia debido a que el número de cetáceos había disminuido considerablemente ya que se había creado la *Hudson Bay Company* en América del Norte en 1670. De ese lado despuntaba además una amenaza para el comercio de los diferentes materiales navales (*naval stores*).

Tal era la situación de la *Russian Company* a principios del siglo

²⁶ El mismo que intentó vanamente en 1664 restablecer los privilegios comerciales de los ingleses en Rusia.

²⁷ Un año antes de la ejecución de Carlos, el 8 de agosto de 1648, Ibrahim I había sido igualmente destituido y asesinado. Fue el primer sultán que sufrió tal destino.

xviii. En 1699 llegaron a su fin las eternas pendencias que giraban en torno de los pretendidos *interlopers*, es decir, de los ingleses que resultaban atraídos por los altos beneficios del comercio ruso que, por no querer pagar la fuerte cotización para ingresar como miembros, comerciaban sin el consentimiento de la compañía: dicha cotización fue reducida a 5 libras, y el comercio cesó de hecho de ser monopolístico. La *Russian Company* continuó sin embargo representando los intereses comerciales con Rusia, tanto en la *City* como en el parlamento.

Pero, como vimos, ésta no era la única sociedad comercial, y al lado de su “jaleo” se elevó el de otras compañías interesadas o el de otras categorías de comerciantes y de industriales. No cabe ninguna duda de que dichos grupos buscaban por todos los medios a su disposición influir sobre el gobierno en el sentido de sus intereses y plegar la política del mismo a su voluntad. Pero en la medida en que los intereses industriales y comerciales se tornaban complejos, al mismo tiempo que las relaciones exteriores con los diferentes países se multiplicaban, la lucha entre esos diversos grupos se hacía encarnizada. Pero es claro que la sociedad que triunfó fue aquella cuyos intereses privados del momento se correspondían mejor con la orientación general de la política exterior que, en última instancia, está determinada por los intereses comunes de todo el comercio “nacional”.

Bajo el reinado de Isabel, la política exterior inglesa estuvo determinada por la oposición entre Inglaterra y España. Las relaciones con Francia conservaban en general un carácter amistoso, en la medida en que Francia proseguía su combate tradicional contra los Habsburgo de España.

Durante la primera mitad del siglo xvii, la lucha entre Inglaterra y Holanda por la hegemonía del mercado mundial no cesó de avivarse, hasta convertirse —a partir de Cromwell— en una guerra de larga duración. Desde 1675 Francia se transformó, a su vez, en enemiga hereditaria de Inglaterra, como ya había ocurrido durante la guerra de los Cien años, mientras la Holanda vencida se transformaba, según la fórmula de Federico II, en la “chalupa” del navío inglés. Los aliados de Francia se convirtieron así en los enemigos de Inglaterra, y viceversa. El llamado sistema del equilibrio político fue determinado por la oposición entre Francia y sus aliados, por una parte, y por Inglaterra, Austria y Holanda, por la otra.

Rusia no halló sitio en una de estas combinaciones. A fines del siglo xvii, el peligro turco había impulsado al papa a Venecia y al emperador Maximiliano a emprender la tentativa fracasada de implicar a Rusia en los asuntos europeos. Pero ahora, a la inversa, Rusia

se vio obligada —cada vez más a medida que se aproximaba el siglo xvii— a buscar una alianza con los estados europeos.

Los enemigos inmediatos de Rusia eran en ese momento Polonia, Suecia y Turquía. Ahora bien: en todos esos países predominaba la influencia de Francia, que la utilizaba en contra de los Habsburgo. Pero en la medida en que la política exterior de Inglaterra no estuviera determinada por su antagonismo con Francia, la alianza anglo-rusa resultaba políticamente imposible. Esto fue lo que terminaron por entender también los diplomáticos moscovitas, y no importunaron más a Inglaterra con sus ofertas. Al estar poco familiarizados con los asuntos políticos de Europa occidental, propusieron en 1687 una alianza a Luis XIV, quien les contestó categóricamente: “Reina una hostilidad eterna entre Francia y el zar; por el contrario, una paz eterna así como una sólida amistad entre el sultán y el rey.” Rusia participó en la Santa liga contra los turcos, pero se la trató como a una potencia de tercer orden. Hasta la guerra nórdica, Rusia jamás fue tomada en consideración en las combinaciones políticas de Europa occidental.

La situación cambió al comienzo del siglo xviii, cuando la guerra de sucesión de España coincidió con la guerra nórdica. Ahora sí existía la posibilidad de una alianza entre Inglaterra y Rusia, pero esta posibilidad ¿se transformó en realidad, tal como piensa Marx? La oligarquía que había ocupado el poder en Inglaterra después de 1689 sostuvo realmente, de acuerdo con la *Russian Company*, a Rusia de manera sistemática, con el fin de arruinar a Suecia. La historia real nos ha mostrado ya que no fueron los janes tártaros los que crearon el absolutismo de Pedro, que Moscovia fue europeizada por el capital anglo-holandés y que Inglaterra no fue más “responsable” del surgimiento de Moscovia que del surgimiento nipón. Veamos ahora si es cierto que la historia real muestra que los hombres de estado ingleses del siglo xviii han sido constantemente los auxiliares de Pedro I.

7. LA GUERRA DEL NORTE

Marx tiene toda la razón cuando atribuye una enorme importancia a la guerra del Norte en el nacimiento del poderío ruso. De hecho, Suecia perdió su supremacía en el norte como consecuencia de dicha guerra, y la hegemonía política sobre el Báltico pasó a Rusia, que la mantuvo hasta el último cuarto del siglo xix.

En los tres años 1700, 1800 y 1900, la extensión de las costas de los Países Bálticos evoluciona más o menos del siguiente modo, tomando como referencia la longitud de las costas danesas sobre el Báltico:

	1700	1800	1900
Dinamarca	1	1	1
Alemania	3	2,5	5
Suecia	10	7	7
Rusia	0	3,5	10

Este cuadro evidencia el crecimiento de la extensión de las costas rusas.²⁸

Marx también tiene razón cuando afirma que la guerra del Norte representa un punto de viraje, en el sentido de que Rusia se convirtió gracias a ella en un estado europeo. Sólo después de que hubo encontrado en el oeste un punto de apoyo seguro, pudo Rusia extenderse enseguida hacia el sur y el este, con el objeto de retomar finalmente, con una fuerza acrecentada, su impulso hacia el oeste, y desempeñar a partir del reinado de Catalina II un papel decisivo en el destino de Europa.

El historiador ruso Soloviev caracteriza del siguiente modo la significación de esta guerra:

El período oriental, confinado a las estepas, de la historia rusa llegó entonces a su fin, y comenzó el período occidental. Por primera vez desde su repliegue tradicional hacia el Este, en dirección de las estepas ante las tribus germánicas, los eslavos se volvieron hacia el Oeste y obligaron a los alemanes a cederles una parte de las costas interiores del Norte que ellos ya habían empezado a germanizar.²⁹

Marx muestra aún más claramente las consecuencias del traslado de la residencia imperial desde Moscú hasta San Petersburgo. Se explica que atribuya el éxito de esta decisión a la iniciativa personal de Pedro sólo por el hecho de no haber comprendido el desarrollo interno de Rusia en el siglo xvii que creó las condiciones preliminares indispensables para la fundación de San Petersburgo. San Petersburgo tomó originariamente el lugar de Arkángel. Es significativo que inmediatamente después de que Pedro ordenara el transporte de todos los artículos de exportación a Petroburgo, la suma de las exportaciones desde Arkángel disminuyera casi en la misma medida (2 049 000 rublos) en que aumentó la cifra de las exportaciones desde Petroburgo (2 135 000 rublos). El valor total de las exportaciones de estas dos ciudades inicialmente no se modificó. Pedro había cam-

²⁸ Véase Kirchhof, *Seendacht in der Ostsee*, Kiel, 1907, p. 9.

²⁹ Soloviev, *Historia de Rusia*, vol. xvii, p. 387.

biado sencillamente la dirección de las mercancías rusas transportadas hacia Occidente. La economía se demostró también en esta ocasión más fuerte que la política. El intento de trasladar de nuevo la residencia imperial a Moscú, después de la muerte de Pedro, concluyó en un fracaso. Ahora se había abierto definitivamente una puerta hacia Europa.

Mientras los historiadores rusos están convencidos de que Inglaterra ha puesto sistemáticamente obstáculos ante la lucha de Pedro contra Suecia, Marx afirma, por el contrario, que Pedro pudo resistir ante Carlos XII gracias a la ayuda de Inglaterra. Los historiadores rusos, que explican la política de Inglaterra basándose en sus intereses comerciales, no consideran de ninguna manera la circunstancia que para Inglaterra estaban en juego en Rusia importantes intereses comerciales; aquélla "temía", dice Martens, "el fortalecimiento de la influencia rusa en el Báltico". Marx, por el contrario, acusa a Inglaterra de haber favorecido el surgimiento de un fuerte enemigo en el Bósforo para defender a los mezquinos intereses de un grupito de mercantes que con sus quejas cubrían el comportamiento delictivo de los ministros ingleses. Los historiadores rusos y Marx han tratado, en la misma medida, los acontecimientos de principios del siglo XVIII a través del prisma de las simpatías y de las antipatías propias de la segunda mitad del siglo XIX.

En 1900, es decir casi contemporáneamente a la nueva edición del trabajo de Marx, se publicó en *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. XIV, un artículo sobre el mismo tema que reproduce un informe presentado en la *Royal Historical Society* y que llevaba por título "Observaciones sobre la correspondencia diplomática entre Inglaterra y Rusia en la primera mitad del siglo XVIII".

La señora D'Arcy Collyer, autora del artículo, consideraba indispensable señalar ante todo que había trabajado sobre un material muy desarticulado: "Pienso que la política del gobierno inglés respecto a este período de relaciones diplomáticas con Rusia se puede estudiar con detalle sólo sobre la base de los manuscritos conservados en el *Record Office* del *British Museum*." Y basándose en estos documentos llegaba a conclusiones que a veces parecen una repetición literal de las extraídas por Marx.

Sin embargo, para reconstruir la "historia real" de las relaciones anglo-rusas no se puede olvidar el hecho de que la guerra del Norte fue contemporánea a la guerra de sucesión española. Al mismo tiempo que se organizaba una coalición contra Carlos XII en el norte, se estaba preparando una nueva coalición contra Luis XIV en el sur. Ambas guerras fueron combatidas en territorio europeo. Mientras la guerra de sucesión española, junto con el problema del dominio del

Mediterráneo, decidió la supremacía sobre el Atlántico y por lo tanto la cuestión relativa al comercio mundial del siglo XVIII, es decir a quien habría tocado la supremacía y el dominio en el Nuevo Mundo, en la guerra del Norte se decidió la cuestión del dominio en el Báltico que se había transformado, más aún que el Mediterráneo, en un mar interior, una simple vía de abastecimiento. El momento en que el mar Báltico por una parte y el Mediterráneo por otra representaban los depósitos más importantes del comercio europeo había pasado ya desde hacía tiempo. Lo que para los estados del Báltico era una cuestión política vital, es decir la supremacía en este mar, desde el punto de vista de Inglaterra y de los países europeos tenía un interés enteramente local. Holanda, que había aprovechado la decadencia de la Hansa para adueñarse de la supremacía comercial en el Báltico, e Inglaterra, que la había sustituido, querían ahora solamente que quedara libre el paso a través del Sund y por esto apoyaban ora a Dinamarca ora a Suecia. Los estados bálticos y Rusia representaban así solamente objeto de explotación económica. Suecia y Polonia navegaban políticamente en aguas de Francia y ésta, de vez en cuando, a cambio de moneda constante, atizaba a estos países contra los Austrias, como hacía con Turquía. Para los teóricos del equilibrio político europeo Suecia era un país extraeuropeo igual que Rusia.

En la época en que todavía estaba en pleno desarrollo la guerra de sucesión española, un escritor afirmaba lo siguiente:

No hay necesidad de advertir al lector que con el término Europa entendemos, en el sentido más estricto, las naciones que participan, en uno u otro bando, a la guerra en curso actualmente contra Francia, sin querernos ocupar de las vicisitudes de los suecos o de los moscovitas, de los húngaros o de los turcos. Ciertamente, éstos forman parte de Europa, pero, puesto que son las partes occidentales y la central las que dominan sobre todo en Europa, por tradición y hábito se puede usar legítimamente la palabra Europa sólo para esta parte.³⁰

Pero los hechos transforman enseguida este modo de ver las cosas. Resultó claro inmediatamente que los intereses de Inglaterra, Francia y Austria dependían demasiado de los resultados de la guerra del Norte y que ni Europa occidental ni la oriental podían quedar separadas del norte. Lo que se había verificado desde hacía tiempo en el terreno económico tenía que ser reconocido ahora también en el político. Los estados europeos podían sin duda desear aún la vuelta a la

³⁰ *The balance of Europe*, Londres, 1711. Citado por E. Kaeber, *Die Idee des europäischen Gleichgewichts in der publizistischen Literatur des sechzehnten bis zur Mitte des achtzehnten Jahrhunderts*, Berlín, 1907, p. 78.

época en que Rusia se consideraba perteneciente a Asia, pero sus deseos eran tan irrealizables como las apasionadas aspiraciones de la oposición surgida en Rusia contra Pedro y cuya finalidad era conseguir la separación entre Rusia y Europa.

Lo característico de la lentitud con que se transformaban las concepciones políticas consistía en el hecho de que la potencia recién conseguida por Rusia no influyera, en cuanto tal, sobre el equilibrio europeo y que se hallara enseguida una solución al problema. Puesto que las relaciones internas entre las potencias alemanas estaban ligadas a las de las potencias europeas en general y se pensaba que el equilibrio alemán habría garantizado el equilibrio europeo, ganó así terreno la idea de un equilibrio en el norte relacionado con los intereses de todos.

Pero hasta la conclusión de la guerra de sucesión española, Inglaterra estaba totalmente absorbida por la lucha contra Francia y sólo en conexión con este problema se decidió respecto a las relaciones con Suecia. Había que impedir una alianza entre Suecia y Francia y concomitantemente evitar una guerra entre Turquía y Austria. Todos los esfuerzos de la diplomacia inglesa y holandesa se concentraron entonces en estos objetivos.

Francia concluyó una alianza defensiva el 9 de julio de 1698 con Suecia no obstante la fuerte oposición en este caso del partido anti-francés en Suecia. Guillermo II consiguió, sin embargo, en 1700, en nombre de Holanda e Inglaterra, llevar a cabo con Suecia una alianza semejante, la misma a la cual Marx se refiere repetidas veces. Las relaciones entre Suecia y Rusia eran entonces amistosas. Carlos XI no sólo permitió a Pedro comisionar 600 cañones en Suecia, sino que incluso le prometió regalarle 300 cañones, lo que se cumplió después de su muerte. Estaba teniendo lugar la guerra contra Turquía. No existía ninguna razón para temer una guerra entre Suecia y Rusia. Nadie ponía en duda la superioridad de la potencia sueca.

¿Pero si, no obstante todo eso, Inglaterra hubiera actuado precisamente en sentido contrario, sin mantener sus compromisos con Suecia y hubiera apoyado a Rusia? De nuevo la historia real nos da la respuesta. Hemos visto que los diplomáticos de Moscú se habían resignado en fin de cuentas ante la imposibilidad de obtener la adhesión de Inglaterra a una alianza política, a pesar de las ventajas que obtenía del comercio con Rusia. Hemos visto el fracaso con que terminó el intento de estrechar una alianza con Francia. La participación en la alianza contra los turcos demostró que Austria también estaba interesada en ayudar a Rusia en contra de Turquía sólo por lo que podía resultarle útil.

Pero era necesario tener aliados. Después del desafortunado intento de la misión diplomática de Carlisle en 1664 y después del empeño desplegado por los holandeses en sus intrigas contra los privilegios de la *Russian Company*, los ingleses decidieron aprovechar la primera ocasión favorable para reconquistar sus precedentes posiciones de monopolio en Rusia. Esta ocasión se presentó con el viaje de Pedro a Holanda y a Inglaterra. En octubre de 1697 los enviados ingleses encabezados por lord Pembroke, de la venerable estirpe de los Pembroke que fueron los fundadores de la *Russian Company*, entregaron un documento colectivo al gobierno ruso. En este documento recordaban el hecho de que “los ingleses habían tenido relaciones comerciales y de amistad con Rusia antes que todos los otros pueblos europeos, con grandes ventajas para ambos pueblos” y pedían por tanto que “los hombres de comercio ingleses consiguieran de nuevo la plaza que habían utilizado por tantos años y las acostumbradas libertades de comercio sin gravámenes”. Al mismo tiempo pedían al gobierno ruso que les concediera el monopolio de la importación del tabaco. Pedro I, a pesar de su simpatía por los ingleses, no podía restablecer los privilegios abrogados en 1649; sin embargo, les concedió el monopolio para la importación de aquella “hierba nicotínica llamada tabaco”. En 1702, a pesar de las fuertes protestas de los mercaderes rusos, los ingleses obtuvieron el monopolio para el comercio y la exportación de lino de Rusia. Como recompensa por sus *avances*, Pedro obtuvo de los ingleses solamente hermosas palabras y de parte de Guillermo II el regalo de una vieja fragata. Inglaterra no escuchó las ofertas.

En 1704 Whitworth fue enviado a Rusia en calidad de representante diplomático extraordinario. Tenía que convencer a Pedro de que Inglaterra, en el caso de que se hubiera concluido la paz entre Rusia y Suecia, habría considerado sus intereses. El verdadero objetivo de esta misión era obtener nuevos privilegios para los ingleses, añadir nuevos monopolios al del tabaco y del lino. Tenía el derecho a comprar y exportar de Rusia pez alquitrán y otras materias necesarias para la expansión de las construcciones navales “en nuestro reino”.

Whitworth fue recibido con gran solemnidad. Pedro quería destacar de este modo el interés con que miraba a las buenas relaciones con Inglaterra. Whitworth, en cambio, se comportó en Rusia con extrema arrogancia y desprecio.

Y sin embargo Pedro I soportó todo. Whitworth explica esta gran predisposición de Pedro por su deseo de que Inglaterra asumiera una función mediadora entre Rusia y Suecia que facilitara la conclusión de una paz respetable para Rusia.

Veamos ahora cómo trataban a los embajadores rusos en Londres. A fines de 1706 Pedro envió allí a N. Matveev, embajador ante La Haya.

Tenía que explicar a los ingleses cuán ventajoso les habría resultado si Rusia hubiera poseído buenos puertos en el Báltico: las mercancías rusas habrían sido transportadas a Inglaterra todos los años, con rapidez y sin riesgos, no como ocurría ahora desde Arkángel; las mercancías rusas habrían costado menos porque las puertas del Báltico habrían quedado cerca de Moscú y de las otras ciudades más importantes y conectadas a través de cómodas vías de navegación.⁸¹

Todavía más. Puesto que Pedro sabía que había que dirigirse al gobierno inglés con otros argumentos más, le ofreció, por medio de Matveev, su entrada en la *Grande Alliance* contra Luis XIV. Pedro hubiera aceptado ceder, en caso extremo, todas sus conquistas en el Báltico comprendida Narva; rechazaba solamente la restitución de Petersburgo. “No hay que pensar siquiera en esta restitución.”

Sin embargo, los ministros ingleses tomaron el pelo a Matveev y le dirigieron sólo “melifluas palabras pero estériles”. Transcurrieron algunos meses. Con la llegada de Marlborough no cambió la situación. Pedro estaba dispuesto a cederle un principado ruso, a elección Kiev, Vladimir o Siberia, y a asegurarle un vitalicio de 50 000 táleros. Los acosados ministros ingleses declararon finalmente a Matveev que no podían ejercer ninguna mediación. El profesor Martens, conocedor de las intenciones de la “pérfida Albión”, explica esta actitud porque “el gobierno inglés no quería que se pensara que Rusia se había convertido en un Estado báltico”. Pero Marlborough y Godolfin declararon a Matveev, según lo que afirma éste: “¿Vale la pena, sólo por las ventajas comerciales que se obtendrían en Moscú, exasperar al rey sueco teniendo en cuenta además su potencia actual y el hecho de que nosotros estamos en guerra con Francia?”⁸²

Estas conversaciones tenían lugar precisamente en el momento en que Carlos XII se hallaba en la cumbre de su potencia, había concluido la paz de Altranstadt,^[33] se había convertido en “el árbitro de Europa” y, como un nuevo Gustavo Adolfo, con el pretexto de la defensa de los protestantes, estaba preparando el ataque al imperio de los Austrias, un momento en que Francia por un lado y la *Grande Alliance* por otro intentaban por todos los medios echar de su parte a Carlos XII. Marlborough acababa de regresar a Londres después de una visita a Carlos XII, durante la cual junto con el emperador había conseguido, a fuerza de grandes esfuerzos, calmar al rey sueco. Para quitarle el pretexto de intervenir en las cuestiones internas del imperio, le había asegurado que habrían concedido satisfacción a los protestantes de Silesia.

⁸¹ Soloviev, *Historia de Rusia*, vol. xv, p. 195.

⁸² *Ibidem*.

Matveev estaba muy indignado con la *Russian Company*: "Ha sido muy fatigoso tratar con estas ratas de mercantes ingleses, pero ninguno de ellos, excepto Stales, me ha echado una mano o me ha dado una respuesta cualquiera." Pero su exacerbación llegó al máximo cuando el 21 de julio de 1708 fue detenido por una deuda de 50 esterlinas y los hombres de la policía, después de haberlo golpeado con creces, lo encerraron en la cárcel, de donde salió en libertad sólo gracias a la fianza del mercante Stales.

No hay que sorprenderse si nuestro pobre asiático, después de una tan clara demostración de los buenos modales europeos, se sintiera feliz cuando el 30 de julio de 1708 pudo abandonar finalmente Londres y sentirse liberado de la necesidad de tener que ver todavía con este "pueblo" enemigo de Jesucristo, "infame e impío".³³

No obstante la escasa consideración que tenía por Rusia, el gobierno inglés también se preocupó, pero se tranquilizó enseguida, apenas Whitworth escribió desde Petroburgo que "aquí las cuestiones de honor no las toman muy en cuenta" y que "los moscovitas pueden resultar peligrosos sólo para quienes tienen miedo de ellos y el mejor modo para volverlos razonables consiste en no hacerles concesiones".

El 27 de septiembre de 1708 Lewenhaupt fue derrotado en Lesnaja y el 27 de junio (8 de julio) de 1709 Carlos XII fue derrotado en Poltava. En el informe que envió a sus hombres sobre la batalla de Poltava, añadía en un poscriptum que "con ello habían sido puestos los fundamentos de Petroburgo". Se trataba de los fundamentos del edificio de un estado entero y de su política. "Desde entonces", añade Ranke, "Rusia empezó a dictar la ley en el Norte".³⁴

La situación ahora cambió de golpe. Pedro regresó a Moscú como triunfador y fue felicitado con las palabras más lisonjeras por Whitworth. De acuerdo con las tradiciones inglesas del siglo xvi saludó a Pedro con el título de "Imperator" y se mostró tan satisfecho que, no obstante todas las faltas que había cometido en Rusia, obtuvo como regalo un retrato de Pedro repleto de brillantes. Después de un comportamiento que hubiera sido aprobado incluso por un David Urquhart, adoptó de repente el opuesto.

El 5 de febrero de 1710 Whitworth, en nombre de la reina, presentó las excusas por las ofensas sufridas por Matveev y, mientras entregaba al zar un ejemplar de las actas parlamentarias apenas publicadas relativas a las prerrogativas de los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la corte de St. James, le explicó que no había

³³ Todo este episodio se halla descrito con abundancia de detalles en Soloviev, *Historia de Rusia*, vol. xv, pp. 318-319.

³⁴ Ranke, *Die Grossen Mächte*, en *Sämtliche Werke*, vol. xxiv, p. 18.

ninguna posibilidad de castigar a quienes habían ofendido a Matveev. Pedro, después de convencerse de que la reina inglesa, ante “la pérdida de los antiguos derechos reales”, no tenía la posibilidad de comportarse con sus súbditos de la misma manera como lo había hecho con los soldados rebeldes de su guardia personal, aceptó tales excusas. El profesor Martens, que aún después de doscientos años demuestra su ardiente indignación contra la “pérfida Albión”, explica esta indulgencia porque “el gran reformador no podía sacrificar los más altos intereses políticos de Rusia por el justo sentimiento de indignación suscitado por los avatares londinenses de Matveev”. Pero abrigaba siempre la esperanza de obtener la mediación de Inglaterra en el tratado de paz con Suecia. El 9 (20) de agosto fue signado un tratado entre Inglaterra y Rusia en virtud del cual “Su Majestad Imperial considera útil y oportuno, para facilitar el comercio marítimo, unificar los flotantes, los anclajes y las señales luminosas de su estado con los de la nación británica”.³⁵

¿La victoria de Poltava provocó en los ministros ingleses la misma reacción que en Whitforth? ¿Habían tomado ya conciencia del hecho nuevo representado por la supremacía militar de Rusia respecto a Suecia? No. A ello contribuyó el mismo Pedro, quien con su obtusa pretensión de echar a Carlos XII de Turquía provocó una nueva guerra y sólo en 1711 abandonó esta empresa ante sus nefastas consecuencias no sin haber sacrificado Azov y Taganrog y haber dejado los eslavos del sur, que se habían levantado en armas contando con su apoyo, a merced de los turcos.

En este episodio de la guerra del Norte encontramos por primera vez los rasgos característicos de la nueva política de conquista de Rusia, o sea aquel “error” del que siempre se quejan los patriotas rusos y que consiste en no saber concentrarse nunca en un solo objetivo y en no saber resolver un problema cuando hay otro abierto. Dicho en términos menos eufemistas, este “error” no es más que la avidez sin límites del imperio ruso. En el transcurso de los siglos XVIII y XIX la cuestión de Oriente se confunde con la cuestión sueca y polaca, y obstaculiza, con gran dolor para los teóricos de la *Realpolitik* rusa, el estímulo de Rusia hacia occidente, obligándola cada vez a dar concesiones o bien a la “astuta y noble” Prusia, bien a la siempre “ingrata” Austria.

Pero con este episodio nos encontramos también ante otro fenómeno no menos interesante. Si la *Russian Company*, tan odiada por Marx, a pesar de su rusofilia no consiguió llegar a concluir una alianza

³⁵ Este tratado se halla transcrito en la traducción alemana de la época por Martens, *op. cit.*, pp. 20-23.

entre Inglaterra y Rusia, la *Turkey Company*, aunque su atención estuviera dirigida principalmente a combatir la influencia francesa en Constantinopla, empezó muy temprano a hostilizar a Rusia, mucho antes que lo hicieran los autores de los folletos descubiertos por Marx.

Si las relaciones entre Rusia e Inglaterra en el siglo xvii fueron en la mayoría de los casos dirigidas por los miembros de la *Russian Company*, las cosas empezaron a cambiar ya en el siglo xviii, aunque las numerosas quejas de los representantes diplomáticos ingleses sobre el retraso en el pago de sus sueldos nos hagan comprender la dependencia material en que se hallaron respecto a los mercantes ingleses en Rusia, es decir, de la *Russian Company*. En Turquía la cuestión era aún más sencilla. Allí el cuerpo diplomático inglés recibía hasta 1803 el sueldo de la *Turkey Company*. Y si hasta el siglo xviii los principales competidores en el comercio de Levante habían sido los franceses, a comienzos del siglo xviii la *Turkey Company* empezó su política antirusa. Su influencia se empezó a advertir en el congreso de Carlowitz.^[34]

Los detalles pertenecen a la historia de la cuestión de Oriente; en este sentido hay que señalar sin embargo que la clave para explicar la política de la "pérfida Albión" en el cercano Oriente en el transcurso del siglo xviii y la actitud autónoma de los embajadores ingleses en Constantinopla hay que buscarla aquí. Los embajadores ingleses en Constantinopla pusieron a menudo el ministerio de St. James ante los hechos consumados y aunque no siempre fueran capaces, como tampoco la *Russian Company*, de llevar a cabo su política en un caso antirusa y en otro antifrancesa, sin embargo constituyeron siempre un factor significativo de la política exterior inglesa y favorecieron en buena medida la agudización de las contradicciones internas de esta política, paralelamente a la complejidad creciente de los intereses comerciales de Inglaterra.

Después que Pedro consiguió retirarse con mucho esfuerzo de la guerra turca, se volcó hacia occidente con el mismo ciego entusiasmo con el que se había dirigido hacia el Prut. La guerra de sucesión española no había terminado aún. Para defenderse ante nuevas complicaciones en el Norte, Inglaterra, Holanda y Alemania y el imperio germánico habían hecho pública, el 10 de marzo de 1710, una declaración dirigida contra Pedro I, en la cual se proclamaba la neutralidad en todos los territorios alemanes y por lo tanto también en Pomerania. Pedro entró en Pomerania con el pretexto de llevar a cabo una maniobra diversionista contra Suecia.

El 17 de abril de 1711 murió el emperador José I y le sucedió Carlos, el pretendiente al trono de España. Los *tories*, que habían conseguido derrotar a los whigs, aprovecharon esta ocasión para con-

cluir la paz con Francia el 8 de octubre de 1711. A principios de 1714 terminaba la guerra de sucesión española. Ahora Inglaterra tenía las manos libres.

Si Marx indudablemente se ha equivocado al juzgar la política inglesa hasta 1714, ¿podemos afirmar que pudo tener razón en el examen del período sucesivo a 1714? Pedro se había instalado ciertamente de manera estable en el Báltico, había ocupado Finlandia y había establecido sus propios campamentos militares en Alemania. Carlos XII se quedaba sin duda aún en Turquía con una obstinación que resultaba incomprensible para sus contemporáneos. Pero a pesar de todo, si Inglaterra hubiera escuchado las voces que le preanunciaban la existencia de un nuevo peligro ruso y hubiera ayudado a Suecia, habiendo reanudado la alianza defensiva de 1700, Rusia hubiera sido empujada una vez más hacia el centro de Asia. ¡Qué vemos en cambio! Precisamente en este momento (1715) Inglaterra concluye una alianza con Rusia y abre las hostilidades militares contra Suecia.

Marx señala:

Durante el año 1715 se concertó una alianza de los países del Norte de Europa, entre Rusia, Dinamarca, Polonia, Prusia y Hannover para el reparto, no de Suecia en sí, sino de lo que podemos llamar el imperio sueco. Este reparto representa el primer gran acto de la diplomacia moderna, la premisa lógica para el reparto de Polonia. Los tratados de este tipo relativos a España han acaparado el interés de la posteridad porque fueron los precursores de la guerra de sucesión, y el reparto de Polonia llamó aún más la atención porque su último acto se representó en un escenario contemporáneo. Sin embargo, no puede negarse que fue el reparto del imperio sueco el que inauguró la era moderna de política internacional. Este tratado para el reparto del imperio sueco no pretendió siquiera tener un pretexto, salvo la desgracia de su pretendida víctima. Por primera vez en Europa, no sólo se violaron todos los tratados, sino que dicha violación se convirtió en base común de un nuevo tratado. La propia Polonia, arrastrada por Rusia y personificada por ese epítome de la inmoralidad, Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia, fue colocada en primer plano de la conspiración, firmando así su propia sentencia de muerte y sin merecer siquiera el privilegio reservado a Odiseo por Polifemo: ser devorado en último lugar [...]. Su participación en este tratado lanzó a Gran Bretaña dentro de la órbita rusa, hacia la cual gravitaba cada vez más desde los días de la "gloriosa revolución". Jorge I, como rey del Reino Unido estaba ligado a una alianza defensiva con Suecia por el tratado de 1700 [...]. No obstante, como elector de Hannover declaró la guerra a Suecia, en la que participó como rey de Gran Bretaña.

No queremos entrar en la raíz de todos los errores contenidos en este párrafo, ni en la evaluación sin duda equivocada de los acontecimientos, ni en las contradicciones respecto a los artículos de la *Nueva*

Gaceta Renana de 1848 sobre la cuestión de Schleswig-Holstein. El error fundamental de estas afirmaciones es el mismo en el que caía Pedro cuando se indignaba contra Inglaterra porque, a pesar de su alianza con Jorge I, rechazaba apoyarlo en su lucha contra Suecia. Después de haber concluido una alianza contra Suecia con Jorge I en su calidad de elector de Brunswick-Luneburg (*en qualité d'Electeur de Brunswick-Luneburg*), alianza que renovaba simplemente la de 1710 con Hannover, Pedro estaba convencido de haber alcanzado finalmente la tan deseada alianza con Inglaterra.

Nos hallamos ante un extraño fenómeno de la historia mundial. Una serie de monarcas absolutos se alió con el señor de un pequeño principado alemán con la convicción plena de poder contar con Gran Bretaña en la misma medida que con el territorio de Luneburg. Este príncipe, Jorge I, a quien a su vez le había tocado un bocado tan exquisito como el trono de Gran Bretaña, abrigaba la esperanza, aunque no fuera muy consistente, de permanecer por mucho tiempo en este trono y aspiraba por tanto con todas sus fuerzas, junto con sus fieles súbditos de Hannover, a sacar provecho de esta situación lo antes posible y asegurarse nuevos territorios en Alemania, en concreto Bremen y Verden. Era su único objetivo y lo perseguía con la obstinación de un campesino pudiente que quiere adquirir una nueva finca.

Los ministros ingleses que sentían detrás de ellos la oposición de los *toriés* y que estaban convencidos al mismo tiempo de la necesidad de conservar la dinastía de Hannover, y con ello todos los resultados de la *Glorius Revolution*, oscilaban entre Jorge, a quien tenían que dar algunas concesiones, y el parlamento, para el que tenían que elaborar motivaciones adecuadas para encubrir con un velo constitucional su rendición ante los ministros de Hannover.

Durante toda la guerra del Norte Inglaterra no declaró jamás la guerra ni a Suecia ni a Rusia. Por el contrario, oficialmente fue siempre neutral. Sin embargo daba igual que Jorge estuviera en guerra contra Suecia, como ocurrió hasta 1719, o que se aliara con ella contra Rusia; de cualquier modo causaba la ira de su propio aliado porque no podía cumplir nunca las obligaciones a las que se había comprometido. Es difícil afirmar si Inglaterra provocó más daños a Suecia como enemigo o como aliado.

Pedro comprendió de inmediato que Jorge, como rey de Gran Bretaña, no tenía para él ningún valor y cuando se lanzó contra Mecklenburgo, se sorprendió incluso de que Jorge, quien hasta entonces había asistido tranquilamente a su constante presencia en otras partes de Alemania, comenzara de repente a protestar. Las relaciones entre los dos amigos de antes llegaron a ser tan difíciles que Jorge pensó en aprehender a Pedro. La expedición que, junto con los daneses, Pedro

emprendió contra el territorio sueco de Escania, situado precisamente ante Copenhague, terminó en un fracaso cuando estaba aún en preparación. Los aliados desconfiaban uno de otro.

En este período Carlos XII, mejor dicho sus consejeros Hertz y Syllenberg, este último embajador en Londres, decidieron deshacerse de las injerencias no solicitadas de Jorge de Hannover en su calidad de rey de Gran Bretaña. El defensor del protestantismo en Alemania, Carlos II, estableció tratativas, a través de sus consejeros, con los jacobitas, los seguidores del pretendiente inglés, católico, y con el ministro español Alberoni, para derrocar del trono a Jorge I. No es todo. Puesto que los suecos habían decidido utilizar el rencor de Pedro contra Jorge, entraron en contacto con él en el mismo momento en que el embajador ruso en La Haya, Kurakin, trataba con Alberoni. Todo este complejo juego diplomático se desmoronó cuando, a comienzos de 1717, el embajador sueco Syllenberg y algunos *tories* fueron detenidos en Londres. El gobierno inglés se apresuró a publicar la correspondencia de Syllenberg entre la que se hallaron cartas del médico personal de Pedro, Areskins.

La correspondencia de Syllenberg develó también otros secretos. Quien había sido posteriormente el jefe del partido sueco de los "Sombreros"^[35] además de talento diplomático poseía también una buena pluma. Algunos folletos, publicados simultáneamente en francés y en inglés, revelaban el juego diplomático para favorecer por un lado la restauración de los Estuardo en Inglaterra y por otro para intentar convencer a los ingleses que apoyaran a Carlos XII en interés del protestantismo, para poner fin al avance agresivo de los rusos contra sus intereses comerciales y para ayudar a los suecos a reconquistar los territorios perdidos.

Estos folletos empezaron a circular en 1715, después del regreso de Carlos XII de Turquía y en los comienzos de la actividad de Hertz. Además de los dos primeros folletos, publicados por Marx, hay todavía otros, que son seguramente de Syllenberg. Los argumentos de estos últimos son tan parecidos a los del *Northern Crisis* y del *Defensive Treaty* que resulta difícil no pensar que sean también fruto de la pluma de Syllenberg y de sus colaboradores. Todos estos folletos tratan la misma única cuestión. Los mercaderes ingleses y holandeses se habían apresurado a establecer relaciones comerciales con Narva y San Petersburgo. Para impedir tales relaciones, Carlos XII declaró el bloqueo de estos puertos y empezó a cortar la vía a los buques ingleses y holandeses. La situación se hizo más grave todavía cuando Pedro emanó el úcase por el que las mercancías que hasta ahora se dirigían a Arkángel tenían que ser exportadas por San Petersburgo.

Se comprende que ni los mercaderes ingleses ni los holandeses

podían cultivar el deseo de esperar hasta que Carlos XII hubiera reconquistado sus viejas posesiones territoriales. Estos folletos tenían precisamente el objetivo de demostrar que se equivocaban actuando así, que los intereses del protestantismo eran más importantes que los de algunos mercantes, que en esta cuestión no podía registrarse ninguna diferencia entre honorables tories y honorables whigs; y además todos estos argumentos iban acompañados con el estribillo de que la potencia rusa estaba creciendo continuamente.³⁶

¿Pero quiénes eran los mercantes ingleses que provocaban tanto clamor? Sobre este punto Marx tiene una respuesta inmediata: La *Russian Company*. Sin embargo, antes que Pedro cerrara el puerto de Arkángel, quien sufría los mayores daños causados por los buques corsarios suecos era la *Eastland Company*, que a menudo se confunde con la *Russian Company*. Por el contrario, en un primer momento gozaba de una posición ventajosa y ganaba el doble. Tenía el monopolio para la exportación de Rusia de las mercancías que Inglaterra entonces necesitaba. Algunas se explotaban también a través de Suecia pero con el desarrollo de la flota sueca resultó mucho más difícil la exportación del país de estos productos necesarios para las construcciones navales. En Suecia se formó una sociedad que obtuvo el monopolio para la venta de alquitrán (*Tar Company of Sweden*) y otros productos para las construcciones navales. El 1703 el parlamento inglés tuvo que establecer un premio para la exportación de estas materias desde las colonias americanas, pero esto en un principio dio escasos resultados. En un folleto se advierte a los ingleses sobre la extraordinaria potencia de Pedro con estas palabras: “El zar es indudablemente el dueño absoluto de tres cuartas partes del alquitrán del mundo, de todo el lino, de la mejor madera para arboladura y de todas las mercancías que fundamentalmente se adquieren en el Norte.”³⁷

Que la *Russian Company* no tuviera particulares motivos de sentirse satisfecha ante las conquistas de Pedro en el Báltico lo podemos constatar a través del siguiente argumento: “Tienen que admitir, sin embargo, que si el zar consigue establecer por lo menos un puerto en el Báltico, el comercio de Arkángel se derrumbará automáticamente, provocando daños para miles de conciudadanos nuestros.”³⁸ Se explica

³⁶ Estos folletos se hallan publicados en la colección de De Lamberty, *Mémoires pour servir à l'histoire du XVIII siècle*, etc., vol. ix, Amsterdam, 1735. Cf. *Lettre d'une personne de distinction de Rotterdam à un ami à Amsterdam, Lettre d'un ami à Dantzick*, etcétera.

³⁷ Lamberty, *Mémoire d'une personne intéressée et sensible au commerce de la mer Baltique*, vol. ix, p. 663.

³⁸ *Ibid.*, p. 225.

de este modo también el frío recibimiento que encontró Matveev por parte de los miembros de la *Russian Company*.

Pero en 1715 las dos compañías en competencia entre sí se fusionaron y, junto con los holandeses, defendieron la "libertad de comercio" con Petersburgo y Narva. Y si el autor o autora de los folletos declaró dirigiéndose a los holandeses: "Estaban dispuestos a pisotear esta libertad de comercio, como en Japón pisotearon la Cruz",³⁹ éstos le respondieron fríamente que para ellos era "completamente indiferente a quién pertenecieran las costas del Báltico, al zar o a Suecia".⁴⁰

Marx considera también que el comercio del Báltico en aquella época no tenía particular importancia por su volumen, sino sólo por sus características. Era la época en que se estaba registrando una revolución en las construcciones navales análoga a la que caracterizó la primera mitad del siglo XIX. La navegación de remos estaba llegando a su fin. Los galeones habían llegado a ser tan anacrónicos como hoy los barcos de vela. Los astilleros ingleses, holandeses y franceses competían entre sí en la construcción de grandes buques de vela. Para la fabricación de velas y cuerdas hacían falta enormes cantidades de lino y cánamo. Para un buque de normales dimensiones hacían falta 10 000 yardas de tela de vela de 24 pulgadas de anchura. Irlanda se transformó violentamente en un país productor de tela de vela (*Sail cloth*). Se importaba tela, en las mismas grandes cantidades, desde Alemania a través de Hamburgo. En la misma medida se consumaba: potasa (para preparar las velas), alquitrán y pez; después Inglaterra tuvo que importar madera para la arboladura, etc. En pocas palabras, estos materiales navales (*Naval Stores*) para la industria y el comercio de Inglaterra tenían la misma importancia que en el siglo XIX el sebo, el algodón y el hierro. El retraso en el abastecimiento de estos productos bloqueaba el trabajo en los astilleros.⁴¹

Pedro el "asiático", cuyo talento para las construcciones navales describía en términos tan entusiastas el autor del folleto sobre la *Northern Crisis*, se daba cuenta de esta situación así como también del hecho de poder influir sobre el parlamento en modo más fácil si conseguía levantar la opinión pública en contra del rey de Hannover. Había hecho propias las enseñanzas de Hertz y Syllenberg. Y un diplomático tan estrictamente moscovita como Kurakin estaba aprendiendo a conocer también este tipo de relaciones.

³⁹ *Ibid.*, p. 232.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 242.

⁴¹ "Si las naves del Báltico tardan en venir", escribe Townshensi en 1715, "puede verificarse una tal escasez de materiales para la construcción que Su Majestad no estaría en condiciones de equipar una flota la primavera próxima". Citado por I. Chance, "England and Sweden in the time of William III and Anne", en *English Historical Review*, octubre de 1901, p. 684.

Cuando en 1718 Carlos XII fue asesinado, no se sabe si por la bala de un danés o por manos de un mercenario de la oligarquía sueca, y desapareció cualquier peligro de invasión por parte de Suecia, Jorge I se apresuró a concluir una alianza con este país. Entonces Kurakin escribió desde Londres:

Es hora que por parte de Su Majestad empiecen las hostilidades para demostrar al parlamento y al pueblo la justa posición de Rusia y la injusta del rey y de los ministros. Tenemos que acercarnos a los jefes de los *tories* y contrastar con su apoyo la aprobación de los proyectos de la Corte por parte del parlamento; tenemos que inducir a los mercantes ingleses interesados en el comercio con Rusia a *publicar en Inglaterra sus peticiones bajo la forma de cartas anónimas dirigidas por un amigo a otro, de manera que el pueblo vea cuáles son los objetivos recónditos que el ministerio persigue limitando la libertad inglesa, los perjuicios que derivarán para el comercio en el Báltico, etcétera.*

¡Pedro I y sus ministros en el papel de defensores de la libertad inglesa! En esto los “asiáticos”, aunque imitaran de manera servil los artificios de sus maestros suecos, les superaban con su astucia práctica. El 28 de junio de 1719 Pedro hizo pública una declaración dirigida a todas las Cortes, pero que iba destinada sobre todo a Inglaterra y Holanda, en la que garantizaba la “libertad de comercio”; y contemporáneamente hizo pública otra destinada especialmente a los mercantes ingleses que comerciaban en el interior del imperio ruso.

Mientras tanto, las relaciones entre Inglaterra y Rusia empeoraban cada día más. En 1719, no sólo Hannover, sino también Inglaterra, se puso al lado de Suecia. El 23 de noviembre de 1720 el embajador ruso fue invitado a abandonar Londres, pero la guerra no fue declarada. Era Jorge de Hannover, y no Jorge de Gran Bretaña, quien estaba abiertamente en guerra con Pedro.

Pero la confusión entre Jorge de Hannover, rey de Gran Bretaña, y Jorge de Gran Bretaña, elector de Hannover, no es sólo de Marx o del autor del tercer folleto publicado por él y claramente inspirado por los intereses de Hannover; todavía hoy engaña a los historiadores de aquella época. En donde Marx veía una actitud rusófila, la oposición a Jorge I en Inglaterra veía una actitud servil hacia Hannover. Los historiadores hoy se esfuerzan para esclarecer este punto. Algunos ven en estos hechos la demostración de una dependencia respecto a los intereses de Hannover, otros intentan explicarlos con las intenciones recónditas y maquiavélicas de los ministros ingleses, otros, en fin, y en particular el historiador inglés Chance, intentan demostrar que Inglaterra era solidaria con Hannover sólo en la medida en que lo exigían sus intereses comerciales. Pero todos consideran igualmente

difícil separar Inglaterra y Hannover y se olvidan por completo que Jorge en Inglaterra era el cocinero y en Hannover el cochero, y que Inglaterra durante toda la guerra del Norte no entró en guerra ni con Suecia ni con Rusia.

Pero hemos dejado de lado, como Marx por lo demás, otra personalidad que en este enredo tuvo un papel de escaso relieve pero sin duda sacó muchas ventajas para sí. Se trata del Iván Kalita alemán, como lo denominaba un historiador ruso, Federico Guillermo I. Los "superiores intereses del estado" tenían que llevarlo a participar naturalmente en la división de los dominios suecos. "Resultó ventajoso para el rey ser aliado con el más poderoso, el más astuto y el más enérgico príncipe del Norte."⁴² Reconociendo las conquistas de Pedro, obtuvo también el reconocimiento de Stettin. El gran patriota alemán que había jurado no permanecer en paz hasta que el último sueco no hubiera dejado el suelo de Alemania se quedó completamente impasible ante la concentración de las tropas de Pedro en Mecklemburgo. "Federico Guillermo estaba más indeciso en esta ocasión que Dinamarca y Hannover" (Ranke). La competencia de Hannover era para él más temible que las requisiciones de los rusos. La amistad de Pedro era más ventajosa. Sin embargo se halló en una trágica situación cuando Jorge rompió con Pedro. Detrás de Jorge de Hannover estaba Jorge de Gran Bretaña. La guerra entre Inglaterra y Rusia parecía inevitable. "Federico Guillermo, situado en medio entre la potencia occidental y la oriental, intencionado por un lado a asegurarse definitivamente una gran conquista y contrario, por otro lado, a romper la alianza con Rusia, cayó en una agitación interior que le hizo concebir los propósitos más extremos y se enfermó."⁴³ Pero el temor ante la alianza entre Suecia y Jorge I, elector de Hannover pero también rey de Gran Bretaña, fue más fuerte respecto al temor que le inspiraba Pedro. El 17 de agosto de 1719 concluyó una alianza con Hannover e Inglaterra. Sobre la letra de cambio que había conseguido para Stettin estaba ahora, además de la firma de Pedro, también la de Inglaterra. En 1720 pareció evidente también para los suecos que Jorge podía poner a su disposición sólo las tropas de Hannover, es decir nada. Después de haber intentado satisfacer las pretensiones de Dinamarca y Prusia, para aislar a Pedro, después de haber satisfecho también a Jorge, Suecia se quedó ante Rusia completamente exhausta, sin ninguna esperanza para una mediación de Inglaterra, que entonces estaba ocupada en la quiebra de la Sociedad de los mares del sur, y

⁴² Ranke, *Zwölf Bücher preussischer Geschichte*, vol. III-IV, Leipzig, 1874, p. 12.

⁴³ *Ibid.*, p. 27.

tuvo que llegar a concluir la paz con Pedro en condiciones peores de las que habría obtenido algo antes.

Pedro rompió violentamente con los estadistas ingleses, tanto es así que las relaciones diplomáticas fueron restablecidas mucho tiempo después de su muerte. Los mismos ingleses que, escribiendo a Cancellor, habían llamado al zar "emperador de toda la Rusia", que por boca de Whitworth enseguida después de Poltava lo habían saludado como "Imperator", sólo en 1742 reconocieron a Rusia el derecho de definirse como imperio.

Pero más allá de su indignación contra los estadistas ingleses, Pedro no tocó el comercio inglés. Esto habría causado perjuicios a las exportaciones y por consiguiente a las entradas fiscales. En cambio, decidió golpear las importaciones inglesas, en otras palabras su industria de tejidos de lana.

Superada la enfermedad y el miedo de perder Stettin, Federico Guillermo se reconcilió con Pedro. Y "en 1724 Prusia consiguió el entero abastecimiento del vestuario para el ejército ruso. Inglaterra, con su rivalidad política hacia el zar, perdió el mercado ruso hasta 1730 e intentó luego recuperar en vano el tiempo perdido".

Prusia le sacó partido a su amistad con Rusia. Mientras Dinamarca, Rusia, Suecia y Alemania sufrían aún por las heridas recibidas durante la larga guerra, "sólo Prusia, cada año que transcurría, aparecía más fuerte y segura de sí misma".⁴⁴

Pero la guerra del Norte dejó también en herencia a Alemania la cuestión de Schleswig-Holstein, que ofreció a Rusia la primera ocasión de ejercer la función de árbitro de Alemania. Según el embajador prusiano en Londres, Bunsen, "el duro yugo bajo el que Rusia tuvo a Prusia y Austria hasta 1848" había empezado ya en 1717.

La historia real demuestra que los estadistas ingleses tienen tanta "culpa" por el advenimiento de Rusia como la tienen los janés tártaros. El verdadero culpable fue el capitalismo europeo, que convirtió a los Románov en sus *conquistadores* así como también transformó a los Hohenzollern en sus *commis voyageurs*.

⁴⁴ Droysen, *Geschichte der preussischen Politik*, vol. iv, p. 193. Es sin duda sorprendente el camaleonismo de este hombre de ciencia alemán en la defensa de las posiciones insostenibles en que lo coloca precisamente la noble política prusiana e igualmente sorprendente es su constante disponibilidad para encontrar un significado profundo en todas las improvisaciones y en todos los cambios de ruta de esta política.

8. LA ALIANZA ANGLO-RUSA EN EL SIGLO XVIII

El trabajo publicado por Marx analiza más o menos extensamente las relaciones entre Inglaterra y Rusia durante la guerra del Norte. Para el resto del siglo XVIII se limita, por lo menos en la parte de su trabajo conocida, a publicar tres cartas de los representantes diplomáticos ingleses y algunos fragmentos de un manuscrito. Sin embargo, estaba convencido de que estos documentos confirmaban su tesis principal.

Ya hemos visto cómo Marx, condicionado por su propia visión general, se perdió en el laberinto de los "secretos" y de las intrigas de la diplomacia internacional de principios del siglo XVIII. En lugar de llevar a cabo un análisis histórico de la situación internacional de la época, que habría demostrado claramente el significado subalterno de la guerra del Norte respecto a la lucha por el predominio en el Atlántico, describe la actitud de Inglaterra a principios del siglo XVIII como si ésta hubiera tenido que concentrar toda su atención hacia la lucha con Rusia. La "historia real" demuestra que Marx se ha equivocado también al atribuir toda la culpa de la política filorrusa de Inglaterra a los whigs. En efecto, si se puede hablar de simpatías por Rusia en relación con el partido inglés de la época, se trata más bien, como hemos visto, del partido tory.

La política exterior de los whigs fue determinada siempre por la oposición a Francia, con la que Inglaterra estaba en lucha en el Levante, en América y en Asia. Pero Inglaterra podía contraponerse a Francia solamente si conseguía encontrar algún aliado en contra de este país en el continente. En este caso habría podido explotar en contra de Francia su propia supremacía marítima en todas las partes del mundo. Por eso, sus relaciones con los estados fueron establecidas siempre con base en las relaciones que éstos mantenían con Francia. Si Inglaterra tuvo temporalmente, como después de la guerra de sucesión española cuando Francia renunció a toda política de agresión, "relaciones amistosas" con este país, fue sólo porque tenía relaciones hostiles o de tensión con los enemigos tradicionales de Francia. Entre éstos estaba ante todo Austria.

Cuando Karl Vogt en sus *Estudios sobre la actual situación de Europa* sostenía: "Inglaterra no ha podido nunca ir de acuerdo por mucho tiempo con Austria", Marx le respondía:

¡Qué extraño! La lucha común de Inglaterra y Austria contra Luis XIV dura, con breves interrupciones, desde 1689 hasta 1713, es decir un cuarto de siglo. En la guerra de sucesión austriaca Inglaterra combate casi seis años al lado de Austria contra Prusia y Francia. Sólo durante la guerra de los

Siete años Inglaterra se alía con Prusia contra Austria y Francia, pero ya en 1760 lord Bute^[36] planta en tronco a Federico el grande para proponer alternativamente al ministro ruso Golitsyn y al ministro austríaco Kaunitz el “desmembramiento de Prusia” [...]. Inglaterra protestante siente antipatía por Austria católica, Inglaterra liberal siente antipatía por Austria conservadora, Inglaterra librecambista siente antipatía por Austria proteccionista, Inglaterra financieramente sólida siente antipatía por Austria bancarrotera. *Pero el elemento patético ha sido siempre extraño a la historia inglesa.*⁴⁵

Sin embargo, los numerosos intereses materiales que ataban Inglaterra a Austria, le ataban también a Rusia. Además en este caso había una diferencia que no desapareció en todo el siglo xvii. Sólo en Turquía había una contraposición directa entre Rusia e Inglaterra y sólo a finales del siglo xviii se añadió la existente en Asia por causa de la India oriental. En todos los demás países, Inglaterra y Rusia podían entrar en conflicto sólo en consecuencia de las posiciones que Rusia asumía respecto a Francia o Austria. De eso dependía si sus intereses coincidían o entraban en colisión, en Suecia, en Polonia y también en Turquía, donde, hasta el último cuarto del siglo xviii, el contraste directo entre Inglaterra y Rusia pasaba a segundo plano respecto al conflicto con Francia.

Hemos visto que desde 1714 había intervenido un nuevo elemento en la política exterior de Inglaterra: la casa de Hannover que fue causa de confusión en cuanto obligó a los whigs, en un primer momento, a tomar en consideración los intereses de Jorge de Hannover, que no siempre coincidían con los de Jorge de Gran Bretaña. Los whigs aseguraron en estas condiciones a Inglaterra los frutos de la *Glorious Revolution*, la emancipación de la hegemonía francesa. Alrededor de la dinastía de Hannover se alinearon los defensores de los privilegios del Banco de Inglaterra, los acreedores del estado que al escuchar la palabra “Estuardo” apretaban la bolsa atemorizados, los influyentes accionistas de la Compañía de las Indias orientales, etc. Aunque de mala gana éstos hicieron concesiones a los representantes del Hannover, suscitando así cada vez los ataques de la oposición a la casa de Hannover, es decir los *tories*, quienes además no se cansaban de denunciar que esta política de los *whigs* tenía que tomar en cuenta, por lo menos en una cierta medida, los intereses del Hannover a pesar de que expresaron el deseo de intervenir lo menos posible en los acontecimientos del continente.

Si la causa principal de la ruptura entre Pedro y Jorge fue la ocupación de Mecklemburgo, la garantía que Dinamarca obtuvo de Inglaterra por la posesión de Schleswig-Holstein constituía una nueva man-

⁴⁵ Karl Marx, *Herr Vogt*, Londres, 1860, p. 71.

zana de discordia, por lo menos hasta que subsistiera el peligro de que Rusia atacara Dinamarca por cuenta del duque de Holstein, yerno de Pedro el grande. Con la desaparición de sus reivindicaciones dinásticas, durante el reinado de la zarina Ana Ivanovna (1730-1740), se puso fin, a partir de 1731, a uno de los motivos de hostilidad entre Rusia e Inglaterra; Austria accedió a un acuerdo con Inglaterra sobre la cuestión de la Compañía de Ostende, cuya concurrencia provocaba sendas reacciones por parte de la Compañía inglesa de las Indias orientales y por parte de la holandesa, e Inglaterra reconoció la Pragmática sanción.^[37] De este modo surgió aún un nuevo motivo para el acercamiento entre Inglaterra y Rusia, país este que entonces tenía estrechos lazos con Austria. En 1731 Inglaterra dio el primer paso para reanudar las relaciones diplomáticas con Rusia, enviando allí a Rondeau. Los "gritos" de la *Russian Company* fueron finalmente escuchados. Como escribe el propio Rondeau, su principal objetivo consistía en ser "un instrumento para reanimar un ramo de industria tan importante para nosotros como las manufacturas de lana, que desde hacía algunos años se hallaba en una situación de depresión".⁴⁶ Por medio de Rondeau se entregó a la *Russian Company* un interesante *memorandum* sobre la situación del comercio con Rusia (del 7 de octubre de 1732).

Los ingleses adquieren: dos terceras partes de todo el cáñamo, más de la mitad de las pieles, igualmente por lo que respecta al lino, más de tres cuartas partes de la tela, igualmente por lo que se refiere al hierro, toda la potasa, gran parte de ruibarbo, de colapez, de cerda y de cera. En cambio, las importaciones de Inglaterra han disminuido casi a la mitad. Hasta 1724, el tejido para los soldados había sido comprado a los ingleses, después de 1724 en Prusia. Si consiguiéramos quitar el monopolio a los prusianos, esto frenaría el desarrollo de la industria de los tejidos de lana en Prusia y sus exportaciones.⁴⁷

Inglaterra y Rusia mantuvieron entre ellos relaciones de hostilidad desde 1719 hasta 1731, pero puesto que Inglaterra no podía prescindir de las exportaciones de Rusia, ésta no podía prescindir de la importación de sus productos en Inglaterra. Para Rusia estas exportaciones no eran solamente una necesidad económica, sino también financiera, porque, si hubieran terminado, esto habría significado la pérdida de los tributos, que se cobraban sobre todo a través de las tarifas sobre las exportaciones. Por la ruptura de las relaciones anglo-rusas sufrieron solamente las manufacturas inglesas, mientras sacaron ventajas los prusianos. Si añadimos que la fuerte tarifa proteccionista impuesta por Pedro en 1724 fue sustituida en 1731 por otra inspirada en el libre

⁴⁶ *Recopilación de la Sociedad histórica rusa*, vol. LXVI, pp. 176-177.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 578.

intercambio, se comprende el griterío levantado por los adversarios de la política de los Hannover en Inglaterra. Esta política amenazaba con llevar a los ingleses a la pérdida de todo el mercado ruso en favor de los concurrentes.

En 1734 se estipuló un contrato de comercio entre Rusia e Inglaterra que concedía a Inglaterra la cláusula de nación más favorecida, ya obtenida por Prusia con el tratado de 1724. Y de inmediato Rondeau podía comunicar triunfante a los ministros ingleses que había conseguido una orden del gobierno ruso de 4 000 yardas de paños para el ejército en favor de los mercantes ingleses, "lo que había angustiado mucho a los prusianos".

Pero el acercamiento en el plano comercial no significó aún, por mucho tiempo, un acercamiento político. Desde este punto de vista Rusia seguía siendo todavía un pobre diablo, que no tenía mucho que ofrecer. Después de la muerte de Pedro estaba totalmente absorbida por la lucha entre los sostenedores de las reformas de Pedro y sus adversarios. Si tenía alguna función en la política internacional era sólo como aliada de Austria. Esta situación cambió solamente después de la guerra de sucesión polaca (1733-1735) y, en estrecha conexión con ésta, después de la nueva guerra entre Austria y Rusia contra Turquía (1736-1739). Los éxitos inesperados de las tropas rusas bajo el mando de Múnich y Lascy tuvieron tanto más peso por el hecho de que contemporáneamente las tropas austríacas habían sufrido una derrota tras otra.⁴⁸ Aunque Austria a la postre hubiera llegado a una paz separada, sin informar a su aliado, y aunque Rusia hubiera tenido que renunciar a la mayor parte de sus conquistas, su prestigio militar creció en medida muy evidente. Sólo en esta época, a principios de los años cuarenta, Rusia se convirtió en un miembro con iguales derechos entre las potencias europeas.

Empezó la guerra de sucesión austríaca (1741). Austria, que había sido debilitada por la última guerra con Turquía, tenía ahora un vecino peligroso también en Alemania: Prusia. En Suecia, Polonia, Alemania occidental y Turquía prevalecía la influencia francesa. Una alianza con Rusia, en esta situación, adquiriría una gran importancia.

Se entiende que ahora San Petersburgo o Moscú, en cualquier lugar se hallara la Corte del zar, se convertirían en un centro para la actividad de la diplomacia europea, el terreno en el que competían entre sí los ministros de varias Cortes europeas para obligar o convencer al gobierno ruso a ayudar a María Teresa y mantener de este modo el equilibrio europeo.⁴⁹

⁴⁸ Precisamente a estos hechos se refiere la carta de Rondeau publicada por Marx. Hoy se la puede leer en la *Recopilación de la Sociedad histórica rusa*, vol. LXXX, pp. 13-19.

⁴⁹ Soloviev, *Historia de Rusia*, vol. XXI, p. 201.

Por primera vez desde hacía dos siglos ocurría que no fuera Rusia la que proponía a Inglaterra estipular una alianza, sino viceversa. Y sólo a partir de este momento, en las instrucciones para los representantes ingleses en Petroburgo, empezaban a aparecer siempre con mayor frecuencia las afirmaciones sobre la natural alianza entre Inglaterra y Rusia.

En 1742 se llegó a concluir la primera alianza defensiva entre Inglaterra y Rusia; pero, si bien no obligaba a Inglaterra a entrar en campo como aliada en caso de guerra entre Rusia y Turquía, por otra parte para Rusia esta obligación valía sólo en el caso de una guerra *limitada en el continente europeo*. Precisamente contra esto iban dirigidos los principales ataques de la oposición en Inglaterra, denunciando el hecho de que el tratado de alianza tuviera valor solamente para Jorge de Hannover. En 1747 se registró un nuevo convenio entre Inglaterra y Rusia, por el cual Rusia tenía que enviar al Rin un cuerpo de 30 000 hombres. Eran los primeros soldados rusos que aparecían en el corazón de Alemania.

Tampoco la guerra de Siete años pudo romper esta alianza, aunque el tratado de Westminster (16 de enero de 1756)^[38] obligara a Inglaterra a echar por la fuerza cualquier potencia no alemana que entrara en Alemania con las armas. Inglaterra se limitó a financiar a Federico II y dejó de lado a Rusia. El embajador inglés Keith se quedó en San Petersburgo por todo el período de la guerra e hizo todos los esfuerzos para separar a Austria y Rusia de Francia. Las tropas rusas destruyeron despiadadamente Prusia oriental, Pomerania y la Marca, pero Inglaterra no movió un dedo para cumplir sus compromisos. Y de nuevo nos hallamos ante un fenómeno característico. Las exportaciones desde Rusia hacia Inglaterra no disminuyeron, más bien crecieron; mientras las importaciones desde Inglaterra hacia Rusia en 1760 eran inferiores incluso respecto a 1730. A partir de estos datos Marx extrae siempre la misma conclusión, es decir que la amistad con Rusia causaba perjuicios a los intereses comerciales de Inglaterra porque la exportación inglesa hacia Rusia disminuyó constantemente hasta 1760. Pero esta conclusión es tan equivocada como la que hemos visto antes. Ante cada enfriamiento de las relaciones entre Rusia e Inglaterra, las exportaciones de esta última caían inmediatamente, mientras las de la primera continuaban creciendo.⁵⁰

Ciertamente, junto con este aspecto principal, hay otro muy concreto, que el mismo Mehring indica: “[...] ningún ministro inglés podía tocar los negocios del Báltico. Cuando Pitt tomó el timón exclu-

⁵⁰ En 1730, 258 802 libras esterlinas, en 1760, 576 265 libras esterlinas. Me baso intencionadamente en los datos mencionados por Marx.

sivamente en sus manos no disimuló ante el rey de Prusia el hecho de que Federico no habría podido ver nunca aplicado aquel punto del tratado de Westminster".⁵¹ Por esto Inglaterra no dejó escapar la primera ocasión que se le presentó para abandonar a Federico II a su destino.

Solamente ahora hemos llegado a la fecha en que Rusia empezó a ejercer, en la política europea, aquella función que le valió ser por mucho tiempo el árbitro de los destinos del continente.

Jamás la situación mundial fue más favorable para los planes de conquista de los zares que en 1762, cuando, después de haber asesinado al marido, subió al trono la prostituta de rango Catalina II. Europa estaba dividida en dos campos desde la guerra de los Siete años.⁵²

Sin duda Inglaterra había dado un duro golpe a la potencia colonial de Francia en América y en India, pero en Europa se hallaba en una "splendid isolation". Después de haber roto con sus viejos aliados y de haber tratado a Federico como a un limón exprimido, se acercó aún más a su "natural aliado", Rusia, pero la actitud de Catalina II ante estos avances era tanto más fría, cuanto más se exasperaba la lucha entre los partidos en Inglaterra y cuanto más llenas de tensiones estaban las relaciones entre Inglaterra y las colonias norteamericanas.

Este conjunto de circunstancias da un tono particular a la correspondencia de los representantes diplomáticos ingleses obligados a hacer concesiones a Rusia, los cuales se esforzaban para disminuir su amplitud recurriendo a la más baja y servil adulación ante la Semirámides del Norte. Y ponían mayor celo en la medida en que sabían mejor, circunstancia que escapó a la consideración de Marx, que toda su correspondencia oficial estaba controlada por la policía rusa y que incluso la mayor parte de las cartas oficiales llegaban al destinatario sólo después de que una copia quedaba en las manos del gobierno ruso. A medida que la situación de Inglaterra aparecía más difícil, Rusia se comportaba con mayor frialdad. Catalina estaba dispuesta a formar parte de una alianza defensiva, pero no quería oír hablar de un pacto de carácter ofensivo porque "ella aborrecía la expresión 'ofensivo'".⁵³ Pero aceptaba la alianza defensiva sólo en el caso de que Inglaterra considerara como *casus foederis* la guerra contra Turquía y apoyara financieramente la política rusa en Suecia y Polonia. Precisamente de esta

⁵¹ Franz Mehring, *La leggenda di Lessing*. Edic. italiana, Roma, 1952, p. 152.

⁵² Friedrich Engels, "Die auswärtige Politik des russischen Zarentums", en *Die Neue Zeit*, 1890, p. 150. [Incluido en el presente volumen.]

⁵³ *Diaries and correspondence of James Harris*, vol. 1, p. 169.

época son las cartas de Macartney y Harris citadas por Marx: una fue escrita al principio de este período y la otra al final. Ambos formaban parte de los miembros más capaces y escrupulosos del mundo diplomático inglés; ambos abundaban en cumplidos hacia la Corte de San Petersburgo. No sólo no eran instrumentos ciegos en las manos de Catalina, sino que además han dejado, en especial Harris, la más impía y aguda descripción de la Corte de entonces.⁵⁴

Ignorando los “gritos” de la *Turkey Company* o, lo que era lo mismo, de los embajadores ingleses en Constantinopla, ignorando las protestas siempre más fuertes de la *East-India Company*, Inglaterra no sólo asistió sin protestar al desarrollo de la primera guerra turca de Catalina II, que empezó en 1768, sino que también fingió no darse cuenta que la flota rusa enviada al Mediterráneo se hallaba *de facto* bajo el mando de oficiales ingleses, y a través del almirantazgo inglés, había sido equipada con marineros ingleses; no sólo apoyó la flota rusa en el curso de toda la guerra, sino que protestó también enérgicamente cuando se enteró de las intenciones de Francia de ir en ayuda de Turquía para destruir la flota rusa. Cuando llegó a Petroburgo la noticia de la celebración de la paz de Küçük Qanairge (1774), Catalina expresó en un baile de la Corte el deseo de ver en su mesa de juego sólo rostros llenos de satisfacción e invitó, junto al danés, al embajador inglés. Cuando Federico II le dio el consejo de calmar a Austria a expensas de Polonia y, en alianza con ella y María Teresa —emocionada hasta las lágrimas—, efectuó el primer desmembramiento de Polonia (1772), Inglaterra se preocupó por sus intereses comerciales en Danzig y dio su visto bueno sólo cuando Federico II, con el edicto del 11 de mayo de 1774, garantizó a los ingleses el mantenimiento de sus privilegios.⁵⁵

Por lo que respecta a Rusia esta actitud inglesa no trajo consigo

⁵⁴ La carta de Macartney publicada por Marx no se halla en la correspondencia preparada por la *Royal Historical Society*, aunque se hallen referencias a dicha carta. Las cartas fueron examinadas detenidamente antes de su publicación, pero es posible encontrar en ellas una gran cantidad de anotaciones incisivas y que dan en el blanco. Por lo que se refiere a la carta de Harris, hemos visto que esta carta ya había sido publicada en 1844. Marx no se dio cuenta que el autor en esta carta había hecho un breve resumen de su actividad de cinco años en la Corte de San Peterburgo para demostrar la inutilidad de quedarse aún allí. Es significativo que su correspondencia —en extractos— haya sido publicada solamente en 1844. Para el autor del volumen *La cour de Russie il y a cent ans*, las cartas de Harris constituyen la fuente principal para la descripción de la Corte de San Petersburgo, una descripción que no puede ser considerada favorable a Rusia.

⁵⁵ W. Michael, *Englands Stellung zur ersten Teilung Polens*, Hamburgo, 1890.

ninguna ventaja para aquella camarilla que sostenía el “régimen personal” de Jorge III.

Deseando de todo corazón nuevas dificultades para los ingleses, Catalina tomó sus concesiones como si le fueran debidas y como agradecimiento les creó nuevos problemas. En 1774 las colonias norteamericanas, los futuros Estados Unidos, se separaban de Inglaterra. Cada derrota del monarca inglés en la lucha con sus súbditos en revuelta procuraba gran alegría a Catalina; respondió con un rechazo a la petición de Jorge de enviar a América un cuerpo auxiliar de 20 000 hombres y dejó este noble negocio a los príncipes alemanes. En 1779 aconsejó a Simolin en Londres de mantenerse “en un terreno muy general y en la vaguedad” y preparó la “neutralidad armada” de 1780, para proteger el comercio marítimo de los estados neutrales con las potencias que se hallaban en guerra contra Inglaterra, neutralidad que en definitiva iba dirigida en contra de esta última. Rechazó las protestas de Harris con palabras llenas de benevolencia y de estupor, como si Inglaterra no pudiera ser perjudicada por esta “neutralidad armada”.

Jorge III y sus súbditos, que no toleraban que una potencia extranjera interviniera “entre ellos y sus súbditos en revuelta”, en 1781 ofrecieron a Catalina la isla de Menorca y, cuando el ministro North fue sustituido por Fox, se declararon incluso dispuestos a reconocer la guerra contra Turquía como *casus foederis*; pero Catalina mantuvo su rígida actitud de rechazo. Era el tiempo en que incluso los más expertos diplomáticos del *ancien régime*, también en Austria, Francia y Prusia, estaban convencidos de la inevitable declinación de la potencia inglesa.

Ante el rechazo de Catalina Inglaterra respondió estipulando otra alianza con Prusia en 1784. Era una rebelión con todas las reglas de dos “esclavos” contra su propio patrón. Pero el primer intento de Pitt en 1791 de declarar la guerra a Rusia para defender a Turquía demostró la fuerza de los intereses materiales que ligaban a Rusia e Inglaterra.

Como jefe de quienes eran contrarios a la guerra con Rusia se destacó Fox, el cual en la Cámara de los Comunes pronunció un vehemente discurso contra Pitt:

Fox ha hablado como un ángel —anotó el embajador ruso en Londres, S. R. Voronzov—. Ha demostrado que la maldita neutralidad armada, que suscita tanta indignación contra Rusia, había sido obra de la corte de Berlín y que también Suecia había tenido su parte importante en ella [...]. Ha demostrado cuán justa fuera la actitud de la emperatriz en esta guerra, ha subrayado la importancia de los lazos que unen nuestro país con Inglaterra y ha conseguido finalmente convencer a algunos amigos de Pitt, los cuales se han pronunciado también en el mismo sentido.

En la misma carta añade: "Dentro de algunos días la Compañía rusa entregará un *memorandum* al ministerio sobre los peligros que corre el comercio."⁵⁶

Los *whigs* eran ahora quienes conducían por tanto la campaña en favor de Rusia. ¿Y de quién eran los gritos que resonaban junto a los tonos de ruiseñor de Fox? También ahora eran los de la *Russian Company*.⁵⁷

Pero cometeríamos el mismo error que Marx si olvidáramos los sólidos intereses materiales que estaban detrás de estos "cómplices" de Rusia y que eran estos intereses los que determinaban las líneas rectoras de tal política.

La amistad de Inglaterra hacia Rusia era la misma, pero su fundamento material había cambiado no sólo respecto al siglo xviii, sino también respecto a 1760. Estamos al principio de la revolución industrial. A la cabeza de la agitación rusófila, además de una parte de la *City* de Londres, además de Norwich y de Wakefield, estaban también las nuevas ciudades industriales de Leeds y Manchester. Rusia, que hasta 1760 había tenido importancia para las exportaciones inglesas sólo respecto a la industria de los tejidos de lana, se transforma ahora en un mercado para los productos de la industria algodonera. Por lo que se refiere a las importaciones, por otro lado, Rusia, mientras seguía siendo el principal proveedor de materiales para las construcciones navales, pasó a ser también un proveedor de materias primas para la gran industria inglesa.

Y si, aún a finales del siglo xviii, Voronzov y los otros colaboradores de Catalina estaban convencidos de que la suspensión de las relaciones comerciales entre Rusia e Inglaterra habría causado más perjuicios a esta última, el bloque continental, con el que Napoleón intentó impedir en toda Europa las importaciones de Inglaterra, les demostró como fuera una ilusión muy peligrosa para los intereses comerciales de Rusia.

Desde 1815, el año de las leyes sobre el trigo y de la cesión de Varsovia, principal centro de abastecimiento de cereales para el mer-

⁵⁶ Archivo del príncipe Voronzov, vol. ix, p. 190: Catalina encargó a Voronzov comprarle un busto de mármol del "gran ordador" y lo instaló en Zarskoe Selo, entre el busto de Demóstenes y el de Cicerón.

⁵⁷ El escaso conocimiento de la historia de esta sociedad es evidente por el hecho de que los autores de una obra especializada sobre las "Compañías privilegiadas reglamentadas", Cawston y Keane (*The early chartered companies*, Londres, 1896, pp. 35-59), están convencidos de que la *Russian Company* "se fue a la ruina por agotamiento de su función a fines del siglo xviii". En cambio, todavía en 1852, Mac Culloch (*Dictionary of Commerce*) habla de esta compañía como si estuviera en actividad. Schmoller la confunde con la *Eastland Company*.

cado inglés, a Rusia, las buenas relaciones con Rusia, esta "vieja", "natural" aliada de Inglaterra, fueron festejadas con todos los tonos de la literatura librecambista.

Así, en el curso de los siglos, se transformó el fundamento material de la amistad entre Rusia e Inglaterra. ¡Quien desprecia, compra! Y la *Russian Company*, que desde hacía tiempo había perdido cualquier importancia como "compañía privilegiada para el comercio", continuó durante el siglo XIX ensalzando las ventajas de la alianza con Rusia. Poco antes de la abolición de las leyes sobre el trigo (1847), esperada con gran impaciencia por Rusia, Robert Peel, en un brillante discurso durante el banquete anual de la *Russian Company*, expresó el augurio de una visita a Inglaterra del zar de Rusia, el gendarme de Europa. Concluyó su discurso con un brindis a la "eterna amistad entre Gran Bretaña y Rusia". Y en fin, cuando, contra la voluntad de casi todos los hombres políticos ingleses, estalló la guerra de Crimea (1854), se reveló, y no podía ser de otro modo, una nueva semblanza de guerra.

Incluso los tories, que desde los tiempos del joven Pitt consideraban su misión específica la defensa de los intereses turcos contra Rusia y seguían con preocupación los acontecimientos rusos en Asia central, tuvieron que hacer cuentas con este estado de hecho. El período "heroico" de las guerras antijacobinas en el transcurso de la revolución francesa habían demostrado que también un enemigo de Rusia como Pitt no dudaba en aliarse con ella cuando se hallaba en juego la defensa del bien supremo de la sociedad capitalista.

9. LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA Y LA REVOLUCIÓN

El hecho de que Marx cite todavía en su polémica con Vogt su trabajo sobre las relaciones diplomáticas entre Rusia e Inglaterra en el siglo XVIII y retome las más importantes de sus conclusiones demuestra que él, a comienzos de los años sesenta, se había quedado aún con su concepción precedente. El desarrollo interno de Rusia desde Pedro I hasta Alejandro II quedó fuera de su campo de investigación. No se dio cuenta de la evolución conjunta del absolutismo ruso durante este período y subestimó el desarrollo económico de Rusia y su estrecha ligazón con el inglés. No vio el hecho de que Rusia en los siglos XVI y XVII constituía una de las más importantes colonias de Inglaterra capitalista, que en el siglo XVIII el florecimiento de la industria de construcciones navales en Inglaterra y por consiguiente también su hegemonía comercial durante todo el período de las manufacturas se basaba en las exportaciones de Rusia, que aún en los años sesenta

del siglo XIX Rusia era el país que abastecía la gran industria inglesa con materias primas y proporcionaba el pan a los ilotas de esta industria. No vio, en una palabra, que la sumisión y la explotación de las clases burguesas de las varias naciones europeas por obra del déspota del mercado mundial, Inglaterra, era posible, entre otras razones, sólo gracias a la ayuda de los déspotas de Rusia.⁵⁸

El absolutismo ruso fue siempre para él algo inmutable. En *Herr Vogt* (1860) escribía aún: “La emancipación de los siervos se dirige simplemente a la plena realización de la autocracia a través de la destrucción de las barreras que el gran autócrata ha hallado hasta ahora en muchos pequeños autócratas de la nobleza rusa, cuyo poder se basa sobre la servidumbre de la gleba, y en las comunidades campesinas autóctonas, cuyo fundamento material, la propiedad común, tiene que ser destruida por esta así llamada emancipación.” El absolutismo ruso podría propugnar así su política agresiva. Y no sólo esto. “La emancipación de los siervos en las intenciones del gobierno ruso centuplicaría además el impulso agresor de Rusia.”^[39]

Ya entonces Engels expresaba una concepción distinta, y en las palabras de Marx veo una polémica encubierta contra él. En su folleto *Saboya, Niza y Rin* (1860) Engels describía:

Por el momento hemos hallado un aliado en los siervos de la gleba rusos. La lucha que ya ha estallado en Rusia entre la clase dominante y la dominada de la población rural, socava desde ahora el entero sistema de la política exterior rusa. Este sistema era posible hasta que Rusia no tenía ningún desarrollo político interno. Pero este tiempo se acabó. El desarrollo agrícola e industrial incrementado por el gobierno y por la nobleza ha crecido en un grado tal que no soporta más las condiciones sociales existentes. Su sustitución es por un lado una unidad y por otra es imposible sin un cambio violento. Con la Rusia existente desde Pedro el grande hasta Nicolás caerá también la política exterior de esta Rusia.^[40]

Y Engels tenía razón. Ya entonces señalaba con toda razón que el motivo fundamental de la hegemonía europea de Rusia consistía en el principio que inspiraba toda la política exterior de Catalina II, que Rusia hacía todo lo posible para que las otras potencias europeas se enfrentaran y debilitaran peleándose entre sí. Y por lo que respecta a la base de esta potencia, la inmutabilidad y la estabilidad de la

⁵⁸ Coincidiendo con todo esto él mismo había indicado, en su *Contribución a la crítica*, lo siguiente: “que el dinero sea una mercancía, los rusos lo han comprendido desde el principio, como lo demuestra no sólo la importación inglesa de trigo desde 1838 hasta 1842, sino también toda la historia de su comercio”.

política exterior rusa, señalaba también cuál iba a ser la fuerza que habría podido destruirla: el desarrollo político interno del país.

Ya la revuelta de los decabristas pareció un presagio de desventuras. Y el continuo crecimiento del movimiento revolucionario en Rusia demostraba siempre más que Rusia estaba perdiendo la peculiaridad que aún en 1848 le había permitido mirar desde arriba, con soberano desprecio, al “occidente marchito”.

Yo que no podía encontrar términos bastante duros para condenar a los demás por sus pecados tan negros me parece, y yo los ponía aún más oscuros, pero no estaban nunca bastante condenados, y me bendecía a mí mismo, y me sentía cerca del Señor. . . y ahora en cambio soy yo el pecador.^[41]

Precisamente la conciencia de que el feudalismo traía consigo la revolución envenenó la vida de Nicolás I durante su reinado; precisamente la conciencia de esto le llevó a ejercer una función de verdugo en su país y de gendarme en toda Europa y le obligó a embrollar el impulso de su política exterior.

En los años sesenta del siglo *xxx*, precisamente cuando con la ayuda de Alemania y con la benévola neutralidad de Francia y Austria, fue definitivamente aplastada la revolucionaria Polonia, que había sido una bola de plomo atada al pie del coloso ruso en 1795-1796 así como también en 1831 y en 1859, se había desarrollado en Rusia el movimiento revolucionario, este hijo “ilegítimo” de la Rusia “asiática” y del capitalismo europeo. Desde entonces la política exterior del absolutismo ruso perdió definitivamente su fatal inmutabilidad. Y aunque las nuevas divisiones y las nuevas divergencias, en especial la división que siguió a la guerra franco-alemana, que desencadenó una hostilidad entre las potencias europeas todavía mayor de la que siguió a la guerra de los Siete años, daban al absolutismo ruso nueva fuerza vital; sin embargo, el hecho que tuviera que enfrentarse con el movimiento revolucionario dentro del país le obligaba a quedarse todas las veces a mitad de camino. Más aún. Lo que una vez había sido el objetivo principal se transformó ahora en un medio para un fin distinto. La construcción de la tradicional política exterior agresiva se transformó en el único medio para postergar el estallido de la revolución en el interior.

Ahora, ya no se llevaban más a cabo guerras de conquista cuando Europa estaba debilitada por revoluciones y contrastes, sino cuando el “desarrollo político interno” las imponía. Resultaba evidente que las guerras podían concluir con éxito sólo si satisfacían las exigencias mínimas del movimiento revolucionario. La política exterior del zarismo,

que con la inmutabilidad había perdido uno de sus principales rasgos, iba así paso a paso hacia la bancarrota, a *consecuencias de esta contradicción interna*. La rapacidad del absolutismo ruso se había mantenido igualmente, pero ahora faltaba la fuerza para satisfacerla.

El primero, no sólo en la literatura europea, sino también en la rusa, que descubrió todas estas contradicciones fue Engels. Ya en su brillante crítica a los errores de los "populistas", su réplica a Tkachev⁵⁹ había mencionado el carácter de clase del absolutismo ruso, su dependencia de determinadas condiciones económicas y sociales. Y cuando el desarrollo interno elevó en un primer plano al proletariado de las ciudades, cuando surgió la socialdemocracia rusa, bosquejó un artículo, destinado en especial a la primera revista socialdemócrata rusa, su esquema genial *La política exterior del zarismo ruso*.⁶⁰

Demostraba allí que no obstante se hubiera desarrollado a partir de Pedro el grande, no obstante hubiera crecido su influencia en Europa, Rusia empezó a ejercer su función de árbitro en Europa sólo con Catalina II. Demostraba además que los indudables éxitos de la política exterior del imperio ruso se debían no tanto a las cualidades personales de sus diplomáticos sino a las condiciones generalmente favorables de la situación política europea, que ellos aprendieron a aprovechar y hubieran aprovechado aún mejor si no hubiera existido Polonia, este "clavo en la carne de Rusia". Desarrolló las ideas expresadas ya en 1859 y demostró que el desarrollo interno de Rusia acercaba siempre más el día en que el pueblo ruso habría tenido voz para determinar la política del país y para enfrentar las propias cuestiones internas, habría quitado al absolutismo ruso el desahogo necesario para ocuparse de pequeñeces del tipo de la conquista de Constantinopla, de India o del dominio mundial. Engels ha sido buen profeta. Comprendió el punto nodal de la cuestión. Pero así perdía cada vez más sentido el viejo esquema de la política exterior de la democracia europea, que Marx y Engels habían hecho propio en sus principales rasgos: por un lado Europa occidental y por otro Rusia asiática; por un lado la revolución, por otro la central de la reacción en Europa, al absolutismo. Las concepciones tradicionales se habían consolidado mucho y la socialdemocracia internacional sólo con mucho esfuerzo había modificado sus propios puntos de vista sobre una serie de "cuestiones" que la sociedad burguesa había planteado. De esta manera la democracia burguesa operaba en el terreno de la política exterior con los conceptos superados de raza y estados revolucionarios y reaccionarios, sin analizar

⁵⁹ *Soziales aus Russland*, 1875, publicado en la recopilación, *Internationales aus dem "Volksstaat"*. [Cf. *Acerca de la cuestión social en Rusia*, en Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 90.]

⁶⁰ Dicho trabajo de Engels es incluido en el presente volumen.

el proceso histórico que transformaba el carácter social de un determinado gobierno y la composición de clase del pueblo que “había merecido” aquel gobierno.

Pero de las invectivas lanzadas por Marx contra la esclavitud anglo-rusa, y como elemento contradictorio respecto a ellas, deriva también el reconocimiento que en la base de la decadencia de Europa después de 1848, estaba una central de la reacción distinta del absolutismo ruso: la burguesía de toda Europa que había traicionado su misión histórica; el capitalismo europeo que alimenta también al absolutismo ruso.

Esta situación nunca se había manifestado con tanta evidencia como en 1905, el año de la revolución. Fue el trastrocamiento de la historia de 1848. La revolución, que en 1848 empujaba desde occidente hacia oriente y que se detuvo ante los confines polacos, ahora llamaba a las puertas de Europa occidental. El zar, que en 1848 amenazaba la democracia de Occidente, era ahora prisionero del proletariado ruso. Engels se demostró una vez más un buen profeta:

El día que la fortaleza principal cae en las manos de la revolución desaparecen también los últimos restos de la confianza y la seguridad en sí mismos de los gobiernos reaccionarios europeos; entonces no pueden esperar otra ayuda sino la suya propia y experimentarán inmediatamente lo que significa. ¡Y si fueran capaces de poner en marcha sus ejércitos para restablecer la autoridad del zar, sería una curiosa ironía de la historia mundial!

Y es esta ironía la que se ha verificado. En San Petersburgo circulaban en aquel tiempo voces insistentes, y la prensa reaccionaria rusa no sólo las desmentía sino que las retomaba triunfalmente, según las cuales el emperador alemán estaba concentrando sus tropas en las fronteras polacas.

Así como Marx y Engels, y con ellos el proletariado alemán más avanzado, en 1848 dirigían sus miradas con apasionada esperanza a Inglaterra, así en 1905 el proletariado ruso, en su lucha heroica contra el absolutismo ponía sus esperanzas en la revolución social en Europa occidental. Pero no llegó ninguna ayuda y, después de haber consumido la energía revolucionaria acumulada hasta entonces, debió sucumbir en esa lucha desigual. *¡Vae victis!* Pero si, sobre los cadáveres de los combatientes y ante los patíbulos levantados cada día por el zar, viles filisteos y calculadores politiqueros, con la saña propia de áridos pedantes, presentan al proletariado ruso la cuenta de sus errores y graznan como cornejas: “La revolución ha muerto”; tenemos que responder: “Por cuantas culpas pueda tener el proletariado ruso, por muchos errores que pueda haber cometido, su ‘error’ más grande reside en que su revolución ha sido una revolución de carácter nacional, cuando detrás del absolutismo estaba el capital internacional.”

Si la revolución de 1848 concluyó con una derrota, puesto que el absolutismo ruso y la fracasada revolución en Inglaterra restringieron sus fuentes de vida, la revolución rusa estaba destinada a la derrota en medida aún mayor, porque la revolución se quedó encerrada en los límites nacionales y no se desarrolló en el resto de Europa. Si no asume un carácter internacional, “no tiene otras perspectivas que las de quedarse en un piadoso deseo sin fundamento”.

Como en 1848, también hoy el proletariado del más desarrollado estado burgués de Europa es aún demasiado débil para impedir a la burguesía de su país que conduzca la propia política exterior reaccionaria. Como entonces, el zar ruso se vanagloria aún hoy de su “estrecha” amistad con Inglaterra. Y si entonces la burguesía inglesa permitía al zar ruso que se paseara sin molestias por Hungría, así ahora, de acuerdo con Liachov, en el interés del absolutismo ruso en Rusia y del inglés en India, condena a muerte la libertad de Persia.^[42]

KARL MARX

**REVELACIONES SOBRE LA HISTORIA DIPLOMATICA
SECRETA DEL SIGLO XVIII**

CAPÍTULO PRIMERO

1. MÍSTER RONDEAU A HORACE WALPOLE^[1]

Petersburgo, 17 de agosto de 1736^a

[...] De todo corazón deseo [...] que sea posible convencer a los turcos de que den el primer paso, porque esta Corte parece resuelta a no escuchar razones con tal de mortificar a la Puerta, que en todas las ocasiones ha hablado de los rusos con el mayor desprecio, lo cual es intolerable para la zarina y sus actuales ministros. En lugar de agradecer a sir Everard Fawkner y a míster Thalman (embajador británico y holandés respectivamente en Constantinopla) la información de las buenas intenciones de los turcos, el conde Oestermann^[2] o quiere creer en la sinceridad de la Puerta, y pareció sorprenderle mucho que les hubieran escrito (al gabinete ruso) sin orden del rey y de los Estados generales^[3] o sin el expreso deseo del Gran visir, y que su carta no hubiera sido concertada con el ministro del emperador en Constantinopla [...].

He enseñado al conde Biron^[4] y al conde Oestermann las dos cartas que el Gran visir ha escrito al rey, diciéndoles al mismo tiempo que de no ser por su gran deseo de leerlas, no se las hubiese enseñado a causa de las insultantes expresiones hacia esta Corte contenidas en ambas. El conde Biron dijo que esto no tenía importancia, ya que están acostumbrados a ser tratados de este modo por los turcos. Expliqué a Sus Excelencias que no debían manifestar a la Puerta que habían visto estas cartas, pues ello agravaría aún más la situación en lugar de contribuir a mejorarla [...].

2. SIR GEORGE MACARTNEY AL CONDE DE SANDWICH^[5]

San Petersburgo, 1 (12) de marzo de 1765

Altamente secreto.²

“...Ayer míster Panin^[6] y el vicescanciller, junto con míster Osten, el ministro danés, firmaron un tratado de alianza entre esta Corte y la de Co-

¹ Esta carta se refiere a la guerra contra Turquía, iniciada por la zarina Ana en 1735. El diplomático británico en San Petersburgo informa sobre sus esfuerzos para inducir a Rusia a concluir la paz con los turcos. Los pasajes omitidos carecen de importancia.

² El Reino Unido estaba negociando en aquel momento un tratado comercial con Rusia.

³ Siempre ha sido un punto de controversia entre los historiadores la cues-

penhague. En una de las cláusulas, una guerra con Turquía se convierte en un *casus foederis*; y cuando ello se produzca, Dinamarca se compromete a pagar a Rusia un subsidio de 500 000 rublos al año, en plazos trimestrales. Además, en un artículo altamente secreto, Dinamarca promete romper todos los contactos con Francia, pidiendo sólo un tiempo limitado para tratar de obtener los pagos atrasados que le adeuda la Corte de Francia. En todo caso, aceptará inmediatamente los designios de Rusia en Suecia, y actuará completa, aunque no abiertamente, en colaboración con ella en dicho país. O yo me engaño o el señor Gross⁴ ha interpretado mal sus instrucciones, cuando dijo a Vuestra Señoría que Rusia tenía la intención de traspasar a Gran Bretaña todo el peso de la acción en Suecia. Por mucho que esta Corte desee que paguemos una gran proporción de todas las obligaciones pecuniaras, estoy seguro de que siempre PREFERIRÁ llevar el mando en Estocolmo. Su objetivo, su ardiente deseo es hacer causa común con Gran Bretaña y Dinamarca para aniquilar totalmente los intereses franceses en esa zona. Esto no puede hacerse ciertamente sin un gasto considerable; pero Rusia, actualmente, no parece tan insensata como para esperar que LO PAGUEMOS TODO. Se me ha insinuado que 1 500 libras anuales por nuestra parte serían suficientes para salvaguardar nuestros intereses e impedir de modo concluyente que los franceses vuelvan a tener influencia en Estocolmo.

Los suecos, muy conscientes y mortificados por la situación de dependencia en que se encuentran desde hace muchos años, miran con extremo recelo a todas las potencias que intervienen en sus asuntos, y en particular a sus vecinos los rusos. Tal es la razón que se me ha dado de que esta Corte desee que ellos y nosotros actuemos sobre bases SEPARADAS, aunque preservando entre nuestros respectivos ministros una confianza sin reservas. Que nuestro primer esfuerzo no debe ir encaminado a establecer una facción bajo el nombre de una facción rusa o inglesa; sino, ya que incluso los hombres más sabios sienten la imposición de un mero nombre, a procurar que nuestros amigos se distinguan como los amigos de la libertad y la independencia. En el momento presente tenemos cierta superioridad, y en general la nación está persuadida de lo ruinosos que han sido sus contactos con Francia, que, de continuarse, causarían la destrucción de sus propios intereses. El señor Panin no desea en absoluto que se introduzca el menor cambio en la constitución de Suecia.⁵ Desea que la autoridad real sea preservada, aunque sin ser fortalecida, y que los privilegios del pueblo continúen sin violación. Sin embargo,

tión de si Panin estaba o no al servicio de Federico II de Prusia, y si lo estaba a espaldas de Catalina o por orden suya. No cabe duda de que Catalina II, a fin de identificar a las cortes extranjeras con los ministros rusos, permitía a éstos que se identificasen ostensiblemente con las cortes extranjeras. En cuanto a Panin, la cuestión queda decidida por un documento auténtico que creemos no ha sido nunca publicado. Prueba que, una vez al servicio de Federico II, se vio obligado a permanecer en él si estimaba en algo su honor, su fortuna y su vida.

⁴ El ministro ruso en Londres.

⁵ La oligárquica Constitución establecida por el Senado después de la muerte de Carlos XII.

al principio le inspiraba cierto temor el espíritu ambicioso e intrigante de la reina, pero la gran vigilancia ministerial del conde Oestermann ha calmado ya por completo sus aprensiones al respecto.

Esta nueva alianza con Dinamarca, y el éxito en Suecia, del cual esta Corte no tiene la menor duda, harán posible que míster Panin, con la ayuda apropiada, realice su grandioso plan de unir las potencias del Norte.⁶ Nada faltará entonces para su total perfección como no sea la conclusión de un tratado con Gran Bretaña. Estoy seguro de que esta Corte lo desea ardientemente. La emperatriz se ha expresado más de una vez en términos que lo insinuaban con claridad. Su ambición es formar con esta unión una especie de contrapartida del pacto de familia,⁷ y luchar cuanto sea posible contra todas las opiniones de las cortes de Viena y Versalles, que la irritan con especial resentimiento. Sin embargo, no quiero ocultar a Vuestra Señoría que no podemos esperar tal alianza a menos que accedamos, en una cláusula secreta, a pagar un subsidio en caso de una guerra turca, pues no se solicitará dinero de nosotros excepto en una emergencia de esta naturaleza. Me enorgullece haber convencido a esta Corte de la insensatez de esperar subsidios en tiempo de paz, y de que una alianza en términos de igualdad será más segura y honorable para ambas naciones. Puedo asegurar a Vuestra Señoría que, siendo una guerra con Turquía un *casus foederis*, la inserción en el tratado o en un artículo secreto de este hecho será una condición *sine qua non* en todas las negociaciones que llevemos a cabo con esta Corte. Esta obstinación del señor Panin al respecto se debe al accidente que a continuación voy a mencionar. Cuando se gestionaba el tratado entre el emperador y el rey de Prusia, el conde Bestuzhev,⁸ que es enemigo mortal de este último, propuso la cláusula turca, convencido de que el rey de Prusia jamás la admitiría, y ufano con la esperanza de hacer fracasar la negociación. Pero el viejo político se equivocó en sus conjeturas, porque Su Majestad consintió inmediatamente en la proposición con la condición de que Rusia no concertase ninguna alianza con otra potencia si no era en los mismos términos.⁸ Esto es lo que realmente sucedió, y para confirmarlo vino hace unos días a visitarme el conde Solme, el ministro prusiano, quien me comunicó que si esta Corte tiene intención de concertar una alianza con la nuestra sin la mencionada cláusula, sus órdenes son de oponerse a ello con toda energía. Me han llegado rumores de que si Gran Bretaña fuese menos inflexible respecto a dicha cláusula, Rusia lo sería también en la de los derechos de exportación del tratado comercial, del cual

⁶ Así nos enteramos por sir George Macartney de que lo que se conoce comúnmente por el "gran concepto de la alianza del Norte" de lord Chatham^[7] fue, de hecho, el "grandioso plan de unir a las potencias del Norte" de Panin. Chatham fue engañado con la paternidad del plan moscovita.

⁷ El pacto entre los Borbones de Francia y España fue concertado en agosto de 1761, en París.

⁸ Esto fue un subterfugio por parte de Federico II. El método para obligar a Federico a la alianza rusa nos lo explica con claridad el señor Koch, profesor de diplomacia y maestro de Talleyrand. "Federico II —dice—, al ser abandonado por el gabinete de Londres, no tuvo otra solución que aliarse a Rusia." (Véase su *Historia de las revoluciones europeas*.)

el señor Gross dijo a Vuestra Señoría que esta Corte no se desviaría nunca. Me aseguró al mismo tiempo una persona que disfruta de toda la confianza del señor Panin, que si concertamos el tratado de alianza, el tratado comercial le seguirá *passibus aequis*; que entonces este último sería arrancado de manos del Colegio de comercio, donde han tenido lugar tantas disputas y altercados, y se discutiría entre el ministro y yo mismo, por lo que estaba seguro de que todo se arreglaría para satisfacción nuestra, siempre que la cláusula turca fuese admitida en el tratado de alianza. También me dijeron que si los españoles atacaban Portugal, podíamos contar con 15 000 soldados rusos a nuestro servicio para enviar a dicha misión. Debo rogar a Vuestra Señoría que en ninguna circunstancia haga mención al señor Gross del artículo secreto del tratado danés.

[...] Me temo que ese caballero no desea el bien del Reino Unido.⁹

⁹ Horace Walpole caracteriza su época con las palabras "*Era la moda de la época pagar un favor con oro*". En todo caso, el texto pone de manifiesto que tal era la moda de Rusia al negociar con Gran Bretaña. El conde de Sandwich, a quien sir George Macartney podía atreverse a dirigir este despacho, se distinguió diez años después, en 1775, como primer lord del Almirantazgo en la Administración del Norte, oponiéndose con vehemencia a la moción de lord Chatham en favor de un *arreglo equitativo de las dificultades americanas*. "No podía creer que fuese (la moción de Chatham) iniciativa de un noble inglés; antes le parecía obra de algún americano." En 1777 volvemos a oír a Sandwich profiriendo que "arriesgaría hasta la última gota de sangre y el último chelín del tesoro nacional antes que permitir que Gran Bretaña fuese desafiada, acosada y gobernada por sus súbditos rebeldes". El conde de Sandwich, tan conocido por implicar al Reino Unido en guerra con sus colonias de Norteamérica, y con Francia, España y los Países Bajos, era constantemente acusado en el Parlamento por Fox, Burke, Pitt, etcétera, de mantener una fuerza naval insuficiente para la defensa del país; de oponer deliberadamente al enemigo reducidas fuerzas inglesas cuando las de éste eran numerosas; de dirigir erróneamente el servicio *en todos sus departamentos*. (Véase los debates en la Cámara de los Comunes del 11 de marzo de 1778; 31 de marzo de 1778; febrero de 1779; la moción de censura de Fox contra lord Sandwich; 9 de abril de 1779, la apelación al rey para el cese de lord Sandwich, acusado de conducta indigna en su puesto; 7 de febrero de 1782, la moción de Fox de que había habido grandes irregularidades en la organización de los asuntos navales durante el año 1781.) En esta ocasión Pitt imputó a lord Sandwich "todos nuestros desastres y desgracias navales". La mayoría ministerial contra la moción fue sólo de 22 en una cámara de 388 diputados. El 22 de febrero de 1782, una moción similar contra lord Sandwich fue desestimada por una mayoría de sólo 19 votos de un total de 453. De hecho, la administración del conde de Sandwich fue tan funesta, que más de treinta distinguidos oficiales abandonaron el servicio naval, o declararon que no podían actuar bajo el sistema existente. Durante toda su permanencia en el cargo, se abrigaron serios temores sobre las consecuencias de las disensiones que existían en la Marina. Además, el conde de Sandwich fue acusado abiertamente, y, por lo que permiten afirmar las pruebas circunstanciales, declarado culpable de MALVERSACIÓN. (Véase los debates en la Cámara de los lores del 31 de marzo de 1778; 9 de abril de 1779, y siguientes.) Cuando fue rechazada la moción de su cese del cargo el 9 de abril de 1779, treinta y nueve pares expresaron su protesta.

3. SIR JAMES HARRIS A LORD GRANTHAM^[9]

Petersburgo, 16 (27 de agosto) de 1782

(Privado.)

[...] A mi llegada aquí encontré la Corte muy diferente de como se me había descrito. Lejos de demostrar alguna parcialidad hacia Gran Bretaña, su actitud era enteramente francesa. El rey de Prusia (que gozaba entonces de gran ascendiente ante la emperatriz) ejercía su influencia contra nosotros. El conde Panin le ayudaba con todas sus fuerzas; Lacy y Corberon, los ministros de los Borbones, eran astutos e intrigantes; el príncipe Potemkin^[10] estaba bajo su influencia; y toda la tribu que rodeaba a la emperatriz (los Shuvalov, Stroganov, Chernischev) eran lo que todavía son, *garçons perruquiers de Paris*. Los acontecimientos secundan sus esfuerzos. La ayuda que los franceses simulaban prestar a Rusia arbitrando sus disputas con la Puerta, y la unión de las dos Cortes, inmediatamente después, para actuar como mediadoras en la Paz de Teschen^[11] contribuyó mucho a su mutua reconciliación. Por consiguiente, no me sorprendió que mis negociaciones con el conde Panin, *desde febrero de 1778 a julio de 1779*, no tuvieran éxito, ya que su intención era evitar, y no promover, una alianza. Las concesiones que hicimos para obtenerla fueron en vano. Siempre apuntaba nuevas dificultades y tenía preparados nuevos obstáculos. En el curso de las negociaciones resultó un grave daño de mi aparente confianza en él. Panin se aprovechó de ella para usar, en sus informes a la emperatriz, no el lenguaje y los sentimientos que yo expresaba, sino el lenguaje y los sentimientos que él deseaba oírme expresar. También tuvo mucho cuidado en ocultarme las opiniones y sentimientos de la emperatriz; y mientras a ella le describía a Gran Bretaña como obstinada, reservada y altiva, a mí me describía a la emperatriz como disgustada, aburrida e indiferente en todo lo relativo a nuestros intereses; y estaba tan convencido de haber logrado evitar cualquier entendimiento con su doble engaño que, cuando yo le presenté la declaración española, se atrevió a decirme, ministerialmente, *“que Gran Bretaña, por culpa de su conducta altiva, se había acarreado a sí misma todas sus desgracias, que ahora no podían ser mayores; que debíamos acceder a cualquier condición para obtener la paz; y que no podíamos esperar ni ayuda de nuestros amigos ni clemencia de nuestros enemigos”*. Tuve la fuerza suficiente para no dar rienda suelta a mis sentimientos en esta ocasión [...]. Me dirigí, sin pérdida de tiempo, al príncipe Potemkin, y por este conducto la emperatriz accedió a verme a solas en Peterhoff. Durante esta entrevista tuve la suerte de borrar la mala impresión que tenía de nosotros, y exponiendo nuestra situación en su verdadera perspectiva, y LOS INSEPARABLES INTERESES DE GRAN BRETAÑA Y RUSIA, conseguí que resolviera firmemente ayudarnos. *Esta resolución me la comunicó expresamente con palabras*. Cuando trascendió la noticia (y el conde Panin fue el primero en saberla), se convirtió en mi implacable e inveterado enemigo. No sólo obstaculizó con falsedades y el despliegue de toda su influencia, mis negociaciones públicas, sino que empleó todos los medios que podía

sugerirle la malicia más mezquina y vengativa para desacreditarme e insultarme personalmente; sus infames acusaciones se hubiesen convertido sin duda en infames ataques físicos, de haberme tenido en sus manos. Esta persecución inflexible aún continúa; ha sobrevivido a su ministerio. *Pese a la positiva seguridad que recibí de la propia emperatriz*, encontró los medios para hacerla vacilar y después alterar su decisión. En ello le ayudó con entusiasmo su prusiana Majestad, que entonces tenía tanto interés en frustrar nuestros planes como ahora lo tiene en promoverlos. Sin embargo, no me desanimó este primer contratiempo, y, renovando mis esfuerzos, *he logrado por dos veces, durante el curso de mi misión, llevar a la emperatriz al borde (!) de declararse amiga nuestra*, y en sendas ocasiones, *mis esperanzas se basaron en sus propias palabras*. La primera fue cuando *nuestros enemigos inventaron la neutralidad armada*;¹⁰[12] la otra, CUANDO LE FUE OFRECIDA MENORCA.^[13]

Aunque en la primera de estas ocasiones encontré la misma oposición que antes, me veo obligado a decir que la causa principal de mi fracaso fue el modo sumamente torpe con que respondimos a la famosa declaración de neutralidad de febrero de 1780. Como yo sabía muy bien de qué lado proveniría el golpe, me hallaba preparado para esquivarlo.

*Mi opinión era: "Si Gran Bretaña se siente lo bastante fuerte como para prescindir de Rusia, abandonemos en seguida estas doctrinas de última moda; pero si la situación requiere ayuda, acomodémosnos a la necesidad del momento, reconozcámosles como parte de RUSIA, y con un oportuno acto de complacencia, asegurémosnos un amigo poderoso."*¹¹ Mi opinión no fue aceptada; recibí una respuesta ambigua y cortés; *parecíamos igualmente temerosos de aceptarles o rechazarles. Se me ordenó que me opusiera en secreto a ellos, y en público simulara aquiescencia*, y algunas expresiones imprudentes de uno de sus funcionarios confidenciales, en una conversación con el señor Simolin,^[13] que estaban en directa contradicción con el prudente y cordial lenguaje que aquel ministro oyese de lord Stormont,^[16] irritaron en grado sumo a la emperatriz, y fortalecieron la *antipatía y la mala opinión* que tenía de aquella administración.¹²

¹⁰ Sir James Harris finge creer que Catalina II no fue la autora de la neutralidad armada de 1780. Es una de las grandes estratagemas de la corte de San Petersburgo para dar a sus propios planes la forma de proposiciones sugeridas e impuestas por cortes extranjeras. La diplomacia rusa se deleita con estos *quoae pro quo*. Así pues, a la corte de Floridablanca se le hizo responsable de la neutralidad armada, y a través de un informe dirigido a Carlos III por dicho vanidoso español, vemos lo inmensamente halagado que se siente ante la idea de haber inventado la neutralidad armada, y persuadido a Rusia de que la apoyase.

¹¹ Este mismo sir James Harris, tal vez más conocido por el lector bajo el nombre de conde de Malmesbury, es ensalzado por los historiadores ingleses como el hombre que impidió que el Reino Unido renunciase al derecho de visita en las negociaciones de la paz de 1782-1783.^[14]

¹² Podría inferirse de este pasaje, y otros similares que se encuentran en el texto, que Catalina II había sorprendido a un verdadero tártaro en lord North.^[17] a cuya Administración se refiere sir James Harris. Esta falsa impresión desapa-

Nuestros enemigos se aprovecharon de estas *circunstancias* [...]. YO SUGERÍ LA IDEA DE OFRECER MENORCA A LA EMPERATRIZ, *porque, como me parecía evidente que en la paz nos veríamos obligados a hacer sacrificios, era más sensato hacerlos en favor de nuestros amigos que de nuestros enemigos.* LA IDEA FUE PLENAMENTE ACEPTADA EN LA PATRIA,¹³ y nada podía ser más

recerá si recordamos el simple hecho de que el primer reparo de Polonia tuvo lugar bajo la Administración de lord North, sin ninguna protesta por su parte. En 1773, cuando aún continuaba la guerra de Catalina contra Turquía, y sus conflictos con Suecia adquirían gravedad, Francia se preparó para enviar al Báltico una poderosa flota. D'Aiguillon, ministro francés de Asuntos Exteriores, comunicó este plan a lord Stormont, entonces embajador inglés en París. A lo largo de una detallada conversación, D'Aiguillon se extendió sobre los ambiciosos planes de Rusia, y el interés común que debían unir a Francia y al Reino Unido en una resistencia conjunta. En respuesta a esta comunicación confidencial, fue informado por el embajador inglés de que "si Francia enviaba sus barcos al Báltico, serán seguidos inmediatamente por una flota británica; que la presencia de dos flotas no tendría por efecto más que una neutralidad; y por mucho que la corte inglesa deseara preservar la armonía existente entre el Reino Unido y Francia, era imposible prever las contingencias que podrían surgir de una colisión accidental". Como consecuencia de estas amenazas, D'Aiguillon dio contraorden a la escuadra de Brest, pero ordenó el equipamiento de un armamento en Toulon. "Al tener noticia de estos nuevos preparativos, el gabinete británico hizo instantáneas y vigorosas demostraciones de resistencia; lord Stormont recibió orden de declarar que todos los argumentos empleados con respecto al Báltico debían aplicarse igualmente al Mediterráneo. También se presentó una instancia al ministro francés, acompañada por una demanda de que se hiciese llegar hasta el rey y el consejo. Esto produjo el efecto deseado; se anuló la orden de armamento, los marineros fueron licenciados, y se evitaron las posibilidades de una guerra total."

"*Lord North* —dice el complaciente escritor de quien hemos citado las últimas líneas— *sirvió así efectivamente la causa de su aliada (Catalina II), y facilitó el tratado de paz (de Kügük Qanairge)*^[18] *entre Rusia y la Puerta.*" Catalina II recompensó los buenos servicios de lord North, primero negándole la ayuda que le había prometido en caso de una guerra entre el Reino Unido y las colonias de Norteamérica, y en segundo lugar, inventando y dirigiendo la neutralidad armada contra Gran Bretaña. Lord North NO SE ATREVIÓ a *corresponder, como le aconsejó sir James Harris*, a esta traición restituyendo a Rusia, y sólo a Rusia, los derechos marítimos de Gran Bretaña. De ahí la irritación en el sistema nervioso de la zarina; su repentina e histórica actitud al repetir su "mala opinión" de lord North, su "antipatía" hacia él, su "profunda aversión" por él, y su "total falta de confianza", etc. Con el fin de dar un ejemplo que sirviera de aviso a la Administración Shellbourne, sir James Harris trazó una minuciosa imagen psicológica de los sentimientos de la zarina, y de la desgracia en que cayó la Administración North por insultar esos mismos sentimientos. Su receta es muy sencilla: dar a Rusia, como amiga nuestra, todo aquello por lo cual consideraríamos enemiga nuestra a cualquier otra potencia, si así nos lo pidiera.

¹³ Es, pues, un hecho que el gobierno inglés, no satisfecho con haber convertido a Rusia en una potencia en el Báltico, hizo todo lo que pudo por convertirla también en una potencia mediterránea. Al parecer, el ofrecimiento de Menorca a Catalina II se hizo a fines de 1779 o principios de 1780, poco después

perfectamente calculado al meridiano de esta corte que las juiciosas instrucciones que recibí de lord Stormont. Todavía no me explico por qué falló este proyecto. *Nunca vi a la emperatriz más entusiasmada por una medida, antes de que yo hubiese recibido plenos poderes para tratar de ella, y nunca me sentí tan sorprendido como cuando la vi cambiar de actitud, una vez tuve en mi poder la autorización.* Lo atribuí en mi pensamiento a la arraigada aversión que sentía por nuestro gabinete, y su total falta de confianza en él; pero ahora me siento más inclinado a creer que consultó al emperador (de Austria) al respecto, y que éste no sólo la convenció para que rechazase el ofrecimiento, sino que reveló el secreto a Francia, haciéndolo público. De otro modo no puedo explicarme este rápido cambio de actitud en la emperatriz, en particular sabiendo que el príncipe Potemkin (fuera cual fuese su posición en otras transacciones) se mostraba cordial y sinceramente a favor de ésta, y deseaba su éxito tanto como yo mismo, según los datos que yo conocía entonces y otros que he llegado a saber después. Observará usted,

del ingreso de lord Stormont en el gabinete North, el mismo lord Stormont que hemos visto obstaculizando los intentos franceses de resistencia a Rusia, y a quien ni sir James Harris puede negar el mérito de haber escrito "instrucciones perfectamente calculadas al meridiano de la corte de San Petersburgo". Mientras el gabinete de lord North, por sugerencia de sir James Harris, ofrecía la isla de Menorca a los *moscovitas*, los comunes ingleses y el pueblo temblaban de miedo al pensar que los *Hannover* (?) pudiesen arrebatarles "una de las llaves del Mediterráneo". El 26 de octubre de 1775, el rey, en su discurso de apertura, había informado entre otras cosas al Parlamento de las propias palabras de sir James Graham en respuesta a por qué no se había mantenido el bloqueo mientras se desarrollaba la negociación del "plan". "No quisieron cargar con tal responsabilidad." ¡La responsabilidad de ejecutar sus órdenes! El despacho citado es el único que fue leído, excepto otro de fecha posterior. Enviado al parecer el 5 de abril, en el cual "se ordena al almirante que haga uso del más amplio poder discrecional en el bloqueo de los puertos rusos del mar Negro", no fue leído, como tampoco las respuestas del almirante Dundas. El almirantazgo envió tropas *hannoverianas* a Gibraltar y el puerto de Mahón (Menorca) para reemplazar a los regimientos británicos que debían salir de dichas guarniciones para dirigirse a América. Lord John Cavendish propuso una enmienda a la moción, condenando con severidad el hecho de "confiar a extranjeros fortalezas tan importantes como Gibraltar y Puerto Mahón". Tras muchos acalorados debates, en los que se atacó furiosamente la medida de confiar Gibraltar y Menorca, "las llaves del Mediterráneo", como se las calificaba, a *extranjeros*, lord North, reconociendo ser el promotor de tal medida, se sintió obligado a introducir una *declaración de indemnidad*. Sin embargo, estos extranjeros, estos hannoverianos, eran súbditos del rey inglés. Después de entregar virtualmente Menorca a Rusia en 1780, lord North estaba totalmente justificado, naturalmente, al tratar el 22 de noviembre de 1781, en la Cámara de los Comunes, "con completo desdén la insinuación de que los ministros estaban al servicio de Francia".

Observemos, en *passant*, que lord North, uno de los ministros más viles y malvados de que puede jactarse el Reino Unido, dominaba a la perfección el arte de mantener a la cámara en continuas carcajadas, del mismo modo que lord Sunderland en su tiempo y lord Palmerston en el nuestro.

milord, que *la idea de tener a la emperatriz como bondadosa mediadora iba unida a la propuesta cesión de Menorca.*

Como esta idea ha sido causa de lo ocurrido después, y nos ha acarreado todos los dilemas de la actual mediación, es necesario que explique cuáles eran entonces mis opiniones, y me exonere de la culpa de haber puesto a mi corte en una situación tan embarazosa. *Mi deseo y mi intención eran que ella fuese la única mediadora, sin ningún país asociado;* si Vuestra Señoría ha leído lo que pasó entre ella y yo en diciembre de 1780, habrá advertido que yo tenía poderosas razones para imaginar que sería una mediadora amistosa, e incluso parcial.¹⁴ Yo sabía, como es natural, que ella no estaba a la altura de la tarea, pero también sabía cuán halagada se sentiría su *vanidad* por esta distinción, y comprendía que una vez comprometida, persistiría, implicándose inevitablemente en nuestra disputa, en particular cuando se supiera (y, desde luego, se sabría) que le habíamos hecho el regalo de Menorca. La adición a la mediación de la otra Corte imperial (Austria) dio al traste con este plan. No sólo proporcionó a la zarina una excusa para no cumplir su palabra, sino que la molestó y mortificó; y fue bajo esta impresión que traspasó todo el asunto al colega que nosotros le habíamos asignado, y ordenó a su ministro en Viena que aceptase implícitamente todo cuanto propusiera aquella corte. De ahí proceden todos los males posteriores. Yo mismo jamás podría creer que la corte de Viena, en tanto sea el príncipe Kaunitz^[20] quien toma las decisiones, puede desear el bien para Gran Bretaña o el mal para Francia. No fue en este sentido que traté de promover su influencia aquí, sino porque *encontré la de Prusia en constante oposición a mí;* y porque creí poder librarme así de mi mayor obstáculo. Me equivoqué, y, por una singular fatalidad, las cortes de Viena y Berlín no parecen haber estado nunca de acuerdo excepto en el deseo de perjudicarnos aquí.¹⁵ La proposición referente a Menorca fue mi última tentativa de inducir a la emperatriz a adoptar una actitud clara. Yo había agotado mi fuerza y mis recursos; la libertad con que le hablé en la última entrevista, aunque respetuosa, la *disgustó;* y desde este momento hasta el cese de la última Adminis-

¹⁴ Cuando lord North fue sustituido por la Administración Rockingham el 27 de marzo de 1782, el famoso Fox^[19] remitió propuestas de paz a los Países Bajos por mediación del *ministro ruso*. Ahora bien, ¿cuáles fueron las consecuencias de esta *mediación rusa* tan ensalzada por sir James Harris, el servil contable de los sentimientos, humores y caprichos de la zarina? Después de convenir artículos preliminares de paz con Francia, España y los Estados americanos, resultó imposible llegar a un acuerdo similar con los Países Bajos. Nada se obtendría aparte de un simple cese de las hostilidades. La *mediación rusa* fue tan poderosa, que el 2 de septiembre de 1783, sólo un día antes de concertar *tratados definitivos* con América, Francia y España, los Países Bajos condescendieron a tratar los *preliminares de paz*, y ello no como consecuencia de la *mediación rusa*, sino gracias a la influencia de Francia.

¹⁵ No perjudicó en absoluto al Reino Unido que las cortes de Viena y París impidieran el plan del gabinete británico de ceder Menorca a Rusia, y que Federico de Prusia se resistiera al plan del gran Chatham de una Alianza del Norte bajo los auspicios moscovitas.

tración, me he visto reducido a actuar a la defensiva... He tenido más dificultad en impedir que la emperatriz nos haga daño de la que tuve nunca cuando trataba de inducirla a hacernos el bien. Fue para evitar el mal que me pronuncié en favor de la aceptación de *su única mediación entre nosotros y los Países Bajos, cuando su Majestad Imperial se ofreció a ello. El extremo disgusto que expresó ante nuestra negativa* justificó mi opinión; y TOMÉ LA DETERMINACIÓN, cuando se nos ofreció por segunda vez, *de resaltar la necesidad de aceptarla* (PESE A SABER QUE ESTABA EN CONTRADICCIÓN CON LOS SENTIMIENTOS DE MI SUPERIOR), ya que creía firmemente que si la rechazábamos de nuevo, la emperatriz, *en un momento de ira*, se uniría a los holandeses en contra nuestra. Por suerte, *todo ha ido bien*; nuestra *juiciosa* conducta ha hecho que dirija hacia ellos el *mal humor* que antes le inspirábamos nosotros, y ahora es tan parcial a nuestra causa como antes lo era a la de ellos. *Con el nuevo ministerio en Gran Bretaña, mi camino es más fácil*; el nuevo y gran derrotero iniciado por su *predecesor*,¹⁶ y *que usted, milord, ha seguido*, están operando un cambio muy ventajoso a nuestro favor en el continente. Realmente, creo que sólo los sucesos que le atraen especialmente pueden inducir a Su Majestad Imperial a tomar una parte activa; pero hay ahora una *fuerte corriente amistosa* en nuestro favor; ella aprueba nuestras decisiones; *confía* en nuestro ministerio y *demuestra aquella predilección que ciertamente siente por nuestro país*. Nuestros enemigos lo saben y lo advierten; y esto los mantiene alerta. Tal es la imagen sucinta, pero exacta de lo ocurrido en esta Corte desde el día de mi llegada a San Petersburgo hasta el momento actual. De ella pueden deducirse varias cosas.¹⁷ Que la emperatriz es gobernada por sus pasiones, y no por la razón y la discusión; que sus prejuicios son muy fuertes, fácilmente adquiridos, y una vez fijos, irrevocables; mientras que, por el contrario, no hay un camino seguro hacia su buena opinión, la cual, una vez conquistada, está sometida a una fluctuación perpetua, y varía al capricho de los incidentes más banales; que no se puede estar seguro de ella hasta que está bien embarcada en un plan; pero que una vez embarcada, jamás se retracta, y sigue hasta donde sea necesario; que posee inteligencia, una mente elevada y una sagacidad extraordinaria, pero le falta *criterio, precisión de ideas, reflexión y L'ESPRIT DE*

¹⁶ El predecesor es Fox. Sir James Harris establece una escala completa de administraciones británicas según el grado en que disfrutaron del favor de su todopoderosa zarina. Pese a lord Stormont, el conde de Sandwich, lord North y el propio sir James Harris; pese a la división de Polonia, las amenazas de D'Aiguillon, el Tratado de Kutchuk-Kainardji y la pretendida cesión de Menorca, la Administración de lord North es relegada al punto más bajo de la escala celestial; por ella ha subido muy arriba la Administración Rockingham, cuya alma fue Fox, famoso por sus ulteriores intrigas con Catalina; pero en el extremo superior vemos a la Administración Shellbourne, cuyo canciller del Exchequer fue el celebrado William Pitt. En cuanto a lord Shelburne, Burke exclamó en la Cámara de los Comunes que "si no era una Catalina o un Borgia en su moral, solamente podía atribuirse a su inteligencia".

¹⁷ Sir James Harris olvida la deducción principal, que el embajador de Gran Bretaña es agente de Rusia.

COMBINAISON (!!). Que sus ministros son o bien ignorantes o indiferentes al bienestar del estado, y actúan con pasiva sumisión a su voluntad, o por motivos de partidos e intereses particulares.¹⁸

4. (MANUSCRITO) INFORME SOBRE RUSIA DURANTE EL COMIENZO DEL REINADO DEL EMPERADOR PABLO, REDACTADO POR EL REVERENDO L. K. PITT; CAPELLÁN DE LA FACTORÍA DE SAN PETERSBURGO, Y PARIENTE CERCANO DE WILLIAM PITT¹⁹

Extracto

Apenas puede existir duda respecto a los verdaderos sentimientos de la difunta emperatriz de Rusia en relación con las grandes cuestiones que durante los últimos años han convulsionado todo el sistema político europeo. Ciertamente, presintió desde el comienzo la fatal tendencia de los nuevos principios, pero tal vez no le desagradó ver a todas las potencias europeas enzarzadas en una lucha que, proporcionalmente a su violencia, ponía de relieve su propia importancia. Es más que probable que el estado de las provincias polacas recién adquiridas fuera igualmente un punto que tuvo considerable influencia sobre la conducta política de Catalina. Los terribles efectos del temor de una rebelión en el territorio últimamente conquistado parecen haber afectado en grado sumo a las potencias aliadas, que en el período inicial de la revolución estuvieron a punto de reinstaurar en Francia el gobierno derrocado. El mismo temor de revolución en Polonia, que dividió la atención de las potencias aliadas y precipitó su retirada, disuadió igualmente a la emperatriz de Rusia de entrar en el gran teatro de la guerra, hasta que una serie de circunstancias convirtió el avance de los ejércitos franceses en un mal más peligroso que el que pudiera resultar para el imperio ruso de las operaciones activas. . . Las últimas palabras que, según se dice, pronunció la emperatriz, fueron dirigidas a su secretario cuando le dio permiso para retirarse en la mañana de su muerte: "Di al príncipe (Zubov)^[21] que venga a verme a las doce, y me recuerde que debo firmar el tratado de alianza con el Reino Unido."

Después de divagar ampliamente sobre los actos y extravagancias del emperador Pablo, el reverendo míster Pitt continúa como sigue:

Sólo cuando se hacen estas consideraciones, es posible una estimación de la naturaleza de la última sucesión de la coalición, y de las incalculables indignidades infligidas al gobierno de Gran Bretaña. . . PERO LOS VÍNCULOS QUE LA

¹⁸ En el siglo XVIII, los despachos de diplomáticos ingleses que llevan al frente la inscripción sacramental "Privado" son despachos que el ministro a quien van dirigidos debe ocultar al rey. Que tal era el caso puede comprobarse en la *Historia de Inglaterra* de lord Mahon.

¹⁹ "Quemar después de mi muerte." Tales eran las palabras añadidas al manuscrito por el caballero a quien iba dirigido.

UNEN (A GRAN BRETAÑA) AL IMPERIO RUSO HAN SIDO FORMADOS POR LA NATURALEZA; Y SON INVOLABLES. Ambas naciones, unidas, casi podrían desafiar a todo el mundo; divididas, la fuerza e importancia de cada una disminuye FUNDAMENTALMENTE. El Reino Unido tiene razones para lamentar que el cetro imperial sea empuñado en Rusia con tal inconsistencia, pero es sólo el soberano de Rusia quien divide los imperios.

El reverendo concluye su informe con estas palabras:

Por lo que puede colegir en estos momentos la comprensión humana, la desesperación de un individuo airado parece un medio más probable para terminar con el presente marco de opresión que cualquier otra combinación más sistemática de medidas para devolver al trono de Rusia su dignidad e importancia.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los documentos publicados en el primer capítulo abarcan desde el reinado de la zarina Ana hasta el comienzo del reino del emperador Pablo, comprendiendo así la mayor parte del siglo XVIII. A finales de aquel siglo, el dogma ortodoxo y abiertamente profesado de la diplomacia inglesa era, como dijo el reverendo mister Pitt, “*que los vínculos que unen a Gran Bretaña con el imperio ruso han sido formados por la naturaleza; y son inviolables*”.

Al leer estos documentos, hay algo que nos asombra aún más que su contenido, a saber, su forma. Todas estas cartas son “confidenciales”, “privadas”, “secretas”, “altamente secretas”; pero a pesar de su secreto y su calidad de privadas y confidenciales, los estadistas ingleses conversan entre sí a propósito de Rusia y sus gobernantes en un tono de terrible reserva, abyecto servilismo y cínica sumisión, que incluso nos chocaría en los despachos públicos de los estadistas rusos. Para ocultar sus intrigas a las naciones extranjeras, los diplomáticos rusos recurren al secreto. El mismo método es adoptado por los diplomáticos ingleses para poder expresar libremente su devoción a una corte extranjera. Los despachos secretos de los diplomáticos rusos están penetrados de un cierto perfume equívoco. Se trata en parte de la *fumée de fausseté*, como dijo el duque de Saint-Simon, y en parte de esa coqueta exhibición de la propia superioridad y la propia astucia que presta a los informes de la policía secreta francesa su carácter inconfundible. Incluso los magistrales despachos de Pozzo di Borgo^[22] muestran esta mancha común de la *littérature de mauvais lieu*. En esto, los despachos secretos ingleses resultan muy superiores. No fingen superioridad, sino estupidez. Por ejemplo, ¿puede haber algo más estúpido que el hecho de que el señor Rondeau informe a Horace Walpole que ha revelado al ministro ruso las cartas dirigidas por el Gran Visir turco al rey de Gran Bretaña, pero que al mismo tiempo dijo a dichos caballeros que no debía habérselas comunicado, puesto que contenían algunas observaciones insultantes para la corte rusa, y que no lo hubiese hecho “*de no haber sido por su gran deseo de leerlas*”, y entonces ruegue a Sus Excelencias que no dejen saber a la Puerta que las han leído (esas cartas)? A primera vista, la infamia del acto queda oculta bajo la estupidez del hombre. O sir George Macartney. ¿Puede haber algo más estúpido que su felicidad porque Rusia parecía lo bastante “sensata” como para esperar que Gran Bretaña “pagase todos

LOS GASTOS” del capricho de Rusia “por llevar el mando en Estocolmo”, o que su ilusión de “haber persuadido a la corte rusa” de que no fuese tan “insensata” como para pedir a Gran Bretaña, en tiempo de paz, subsidios para una eventual guerra contra Turquía (a la sazón aliada del Reino Unido); o su advertencia al conde de Sandwich de que “no mencionara” al embajador ruso en Londres los secretos que le comunicase a él el canciller ruso en San Petersburgo? ¿O puede haber algo más estúpido que la confidencia de sir James Harris al oído de lord Grantham sobre el carácter de Catalina II, a quien falta “criterio, precisión de ideas, reflexión, y L’ESPRIIT DE COMBINAISON”?²⁰

Por otra parte, qué decir de la cínica osadía con que sir George Macartney informa a su ministro que, debido a la mortificación que sienten los suecos por el hecho de depender de Rusia, la corte de San Petersburgo ha encargado a Gran Bretaña que la sustituya en su política en Estocolmo, ¡bajo la bandera británica de libertad e independencia! O de sir James Harris, aconsejando a Gran Bretaña regalar Menorca y el derecho de visita a Rusia, además del monopolio de mediación en los asuntos mundiales, y todo ello no para conseguir alguna ventaja material, ni siquiera una concesión formal por parte de Rusia, sino sólo “un fulgor de amistad” de la emperatriz, y la transferencia a Francia de su “mal humor”.

Los despachos secretos rusos se basan en el sencillo principio de que Rusia sabe que no tiene ningún interés común con otras naciones, y que cada nación tiene que ser persuadida por separado de que es la única que comparte intereses comunes con Rusia. Los despachos ingleses, por el contrario, jamás se atreven ni a insinuar que Rusia tiene intereses comunes con Gran Bretaña, y sólo tratan de convencer al Reino Unido de que tiene intereses rusos. Los propios diplomáticos ingleses nos dicen que éste era su único argumento cuando se enfrentaban con potentados rusos.

Si los despachos ingleses que hemos hecho públicos fuesen dirigidos a amigos íntimos, sólo demostrarían la infamia de los embajadores que los escribieron. Pero, dirigidos en secreto al propio gobierno británico, ponen a éste para siempre en la picota de la historia; y al parecer, esto fue intuido incluso por los escritores liberales, ya que ninguno se ha atrevido a publicarlos.

Surge de modo natural la cuestión de la fecha de origen de este carácter ruso de la diplomacia inglesa, que se convirtió en tradicional en el curso del siglo XVIII. Para aclarar este punto hemos de retro-

²⁰ O bien, para observar afectación de estupidez en tiempos más recientes, ¿hay algo en la historia diplomática parecido a la proposición de lord Palmerston al mariscal Soult (en 1839) de que atacase por sorpresa los Dardanelos para poder prestar al sultán la ayuda de la Flota anglo-francesa contra Rusia?[²³]

ceder a la época de Pedro el grande, que, en consecuencia, constituirá el tema principal de nuestras indagaciones. Nos proponemos iniciar esta tarea con la reproducción de unos panfletos ingleses escritos en la época de Pedro I, que o bien han escapado a la atención de los historiadores modernos, o se les ha antojado que no la merecían. Sin embargo, bastarán para refutar el prejuicio común de escritores continentales e ingleses de que los designios de Rusia no fueron comprendidos o sospechados en Gran Bretaña hasta una época posterior y demasiado tardía; de que las relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y Rusia no eran más que la consecuencia natural de los mutuos intereses materiales de los dos países; y de que, por lo tanto, si acusáramos a los estadistas británicos del siglo xviii de rusofilia cometeríamos un imperdonable *hysteron proteron*.^[24] Si hemos demostrado a través de la lectura de los despachos ingleses que en la época de la zarina Ana, el Reino Unido ya traicionaba a sus propios aliados en favor de Rusia, por los panfletos que ofrecemos a continuación veremos que, ya con anterioridad a la época de Ana, en la época de la ascendencia rusa sobre Europa, cuyo origen data del reinado de Pedro I, los planes de Rusia fueron comprendidos, y la complicidad de estadistas británicos en estos planes fue denunciada por escritores ingleses.

El primer panfleto que presentaremos al público se titula *La crisis del Norte*. Se imprimió en Londres en 1716, y se refiere a la pretendida *invasión de Escania*^[25] por Dinamarca, Gran Bretaña y Rusia.

Durante el año 1715 se concertó una alianza de los países del Norte de Europa, entre Rusia, Dinamarca, Polonia, Prusia y Hannover para el reparto, no de Suecia en sí, sino de lo que podemos llamar el imperio sueco. Este reparto representa el primer gran acto de la diplomacia moderna, la premisa lógica para el reparto de Polonia. Los tratados de este tipo relativos a España han acaparado el interés de la posteridad porque fueron los precursores de la Guerra de sucesión, y el reparto de Polonia llamó aún más la atención porque su último acto se representó en un escenario contemporáneo. Sin embargo, no puede negarse que fue el reparto del imperio sueco el que inauguró la era moderna de política internacional. Este tratado para el reparto del imperio sueco no pretendió siquiera tener un pretexto, salvo la desgracia de su pretendida víctima. Por primera vez en Europa, no sólo se violaron todos los tratados, sino que dicha violación se convirtió en base común de un nuevo tratado. La propia Polonia, arrastrada por Rusia y personificada por ese epítome de la inmoralidad, Augusto II,^[26] elector de Sajonia y rey de Polonia, fue colocada en primer plano de la conspiración, firmando así su propia sentencia de muerte y sin merecer siquiera el privilegio reservado a Odiseo por Polifemo: ser devorado en último lugar.

Carlos XII predijo su destino en el manifiesto lanzado contra el rey Augusto y el zar desde su exilio voluntario de Bender.^[27] El manifiesto está fechado el 28 de enero de 1711.

Su participación en este tratado lanzó a Gran Bretaña dentro de la órbita rusa, hacia la cual gravitaba cada vez más desde los días de la "gloriosa". Jorge I, como rey del Reino Unido, estaba ligado a una alianza defensiva con Suecia por el tratado de 1700. No sólo como rey de Gran Bretaña, sino también como elector de Hannover, era uno de los fiadores e incluso una de las partes directas del tratado de Travendal,^[28] que prometía a Suecia la defensa de los territorios de los que el tratado preveía privarle. Incluso debía en parte a dicho tratado su dignidad como elector alemán. No obstante, como elector de Hannover declaró la guerra a Suecia, en la que participó como rey de Gran Bretaña.

En 1715, los confederados ya habían despojado a Suecia de sus provincias prusianas, y acto seguido introdujeron a los moscovitas en suelo alemán. En 1716 convinieron invadir el territorio sueco propiamente dicho, llevar a efecto una invasión armada de Escania, la extremidad meridional de Suecia, que ahora estaba constituida por los distritos de Malmö y Kristianstadt. En consecuencia, Pedro de Rusia llevó consigo un ejército moscovita desde Prusia, que dispersó por Sjaelland^[29] para enviarlo desde allí a Escania bajo la protección de las flotas inglesa y holandesa que habían acudido al Báltico con el pretexto de proteger el comercio y la navegación. Ya en 1715, cuando Carlos XII se hallaba sitiado en Stralsund,^[30] ocho barcos de guerra ingleses, prestados por Gran Bretaña a Hannover y por Hannover a Dinamarca, habían reforzado notablemente la marina danesa e incluso izado la bandera de dicho país. En 1716, la marina británica estaba al mando del zar en persona.

Cuando todo estuvo dispuesto para la invasión de Escania, surgió una dificultad de donde menos se esperaba. Aunque el tratado estipulaba únicamente la presencia de treinta mil moscovitas, Pedro, en su magnanimidad, había hecho desembarcar en Seeland a cuarenta mil; pero ahora que estaban a punto de dirigirse a Escania, descubrió de improviso que de los cuarenta mil sólo podía disponer en realidad de quince mil. Esta declaración no sólo paralizó el plan militar de los coligados, sino que pareció amenazar la seguridad de Dinamarca y de Federico IV, su rey, ya que gran parte del ejército moscovita, apoyado por la flota rusa, ocupaba Copenhague. Uno de los generales de Federico propuso repentinamente lanzar la caballería danesa sobre los moscovitas y exterminarlos, mientras los barcos de guerra ingleses quemaban la flota rusa. Incapaz de cualquier acción que requiriese cierta grandeza de espíritu, cierta fuerza de carácter y cierto desprecio

por la seguridad personal, Federico IV rechazó la atrevida proposición, y se limitó a asumir una actitud defensiva. Escribió entonces una sumisa carta al zar, insinuando que había renunciado a la aventura de Escania, y pidiendo al zar que hiciese lo propio y se retirase a sus fronteras: una súplica que este último no tuvo más remedio que atender. Cuando por fin Pedro abandonó Dinamarca con su ejército, la corte danesa creyó oportuno dirigir a las cortes europeas un informe público de los incidentes y problemas que habían frustrado la pretendida invasión de Escania; y este documento constituye el punto inicial de *La crisis del Norte*.

En una carta dirigida al barón Görtz,^[31] fechada en Londres, 23 de enero de 1717, y escrita por el conde Gyldenborg,^[32] hay algunos pasajes en los que este último, embajador sueco en la corte de St. James, parece atribuirse la paternidad de *La crisis del Norte*, título que, sin embargo, no cita. Pero cualquier duda sobre si es él el autor de aquel violento panfleto se disipará al leer, aunque sea superficialmente, los escritos del conde, como sus cartas a Görtz.

LA CRISIS DEL NORTE; O REFLEXIONES IMPARCIALES SOBRE LA POLÍTICA DEL ZAR; PROVOCADA POR LAS RAZONES DE MYNHEER VON STOCKEN PARA APLAZAR LA INVASIÓN DE ESCANIA, UNA COPIA DE LAS CUALES SE ADJUNTA; TRADUCIDA VERBALMENTE SEGÚN LA COPIA EXISTENTE EN LA OFICINA DEL SECRETARIO ALEMÁN EN COPENHAGUE, 10 DE OCTUBRE DE 1716. LONDRES, 1716^[33]

1. *Prefacio*. . . Éste (el presente opúsculo) no va destinado a los pasantes de abogados, sino que es muy conveniente que sea leído por los auténticos estudiantes de las leyes de las naciones; cualquier contable perderá el tiempo leyendo más allá de su prefacio, pero cualquier comerciante de Inglaterra (y en especial, los que comercian en el Báltico) lo encontrará de interés. Los holandeses (como nos han dicho más de una vez los correos y los carteros) están intentando enmendar, si pueden, algunos artículos referentes al comercio con el zar, pero hasta ahora no han logrado gran cosa. Como son un pueblo frugal, constituyen un buen ejemplo a imitar por nuestros comerciantes; pero si por una vez podemos superarlos en el intento de conseguir una situación mejor para ellos y para nosotros, seamos lo bastante inteligentes para constituir el ejemplo, y que sean ellos nuestros imitadores. Este pequeño tratado demostrará cómo puede hacerse en esta coyuntura en lo referente a nuestro comercio en el Báltico. No deseo que se ocupe de él ningún *político de café*; por el contrario deseo hacerle saber que no es compañía grata para mí. Las personas versadas en la ciencia del estado hallarán en él materia muy apropiada para emplear sus aptitudes en la especulación, que antes abandonaron con negligencia, pensando (demasiado superficial-

mente) que no era digna de ser tenida en cuenta. Ningún partidista acérrimo encontrará en él lo que busca; pero todos los *whigs honestos*, y todos los *tories honestos* podrán leerlo para su mutua satisfacción... No es apropiado, en fin, para un *whig* violento y presbiteriano, ni para un *tory* jacobino, inquieto e insatisfecho.

2. *Razones aducidas por Mynheer von Stocken para retrasar la invasión de Escania*

Es indudable que la mayoría de las cortes estarán sorprendidas de que la invasión de Escania no haya sido llevada a cabo, pese a los grandes preparativos hechos para este fin; y de que todas las tropas del zar, que se encontraban en Prusia, fuesen transportadas a Seeland, no sin gran dificultad y peligro, en parte por sus propios barcos y en parte por los de Su Majestad el rey danés y otros navíos; y de que dicha invasión haya sido aplazada. Por ello Su Majestad el rey de Dinamarca, con objeto de exonerarse de imputaciones y reproches, creyó oportuno ordenar que se entregase a todas las personas imparciales el siguiente informe verdadero. Dado que los suecos fueron totalmente expulsados de sus dominios *alemanes*, no quedaba, según todas las reglas de la política y razones de guerra, otro remedio que atacar vigorosamente al aún obstinado rey de Suecia en el mismo corazón de su país; y de este modo, con la ayuda de Dios, obligarle a una paz ventajosa y duradera para los aliados. Tanto el rey de Dinamarca como el zar de Rusia eran de esta opinión, y acordaron, a fin de realizar tan acertado plan, celebrar una entrevista, que (pese a ser la presencia del rey danés muy necesaria en su propia capital, debido a la invasión de Noruega, y a que el embajador moscovita, M. Dolgoruki, había insinuado otros lugares) tuvo lugar en Ham y Horn, cerca de Hamburgo, después de que el rey danés esperase allí al zar durante seis semanas. En esta conferencia, celebrada el 3 de junio, fue acordado entre ambas majestades, tras varios debates, que la invasión de Escania se efectuaría sin falta este año, y se ultimaron y acordaron todos los detalles relacionados con ella. Tras lo cual el rey danés se apresuró a volver a sus dominios, y dio órdenes para que noche y día se hiciesen preparativos con el fin de que la Flota estuviese dispuesta a hacerse a la mar. También llegaron de todos los rincones de sus dominios los barcos de transporte, causando enormes daños y perjuicios al comercio de sus súbditos. De este modo Su Majestad (como reconoció el propio zar a su llegada a Copenhague) hizo lo posible para cumplir lo pactado y realizar la invasión, de cuyo éxito todo dependía. Ocurrió, sin embargo, que antes de que se decidiera la invasión en la conferencia de Ham y Horn, el rey danés se había visto obligado a proteger a su invadido y muy oprimido reino de Noruega con el envío de una considerable escuadra de su flota, bajo el mando del vicealmirante Gabel, y dicha escuadra no podía regresar de allí hasta que el enemigo se retirase de dicho reino; por lo que la necesidad impidió al vicealmirante regresar antes del 12 de julio, cuando el rey danés le envió órdenes concretas de volver con la máxima urgencia, si el tiempo y el viento lo permir-

tían, pero le detuvo este último, que soplabá en dirección contraria [...]. Los suecos eran muy poderosos en el mar, y el zar no consideró prudente que el resto de los daneses, en conjunción con los barcos de guerra que entonces se hallaban en Copenhague, transportasen a las tropas rusas desde Rostock antes de la llegada de la mencionada escuadra a las órdenes del vicealmirante Gabel. Cuando llegó por fin en el mes de agosto, la flota aliada se hizo a la mar; y se llevó a cabo el transporte de dichas tropas hasta Seeland, aunque con grandes dificultades y peligros, y con tal pérdida de tiempo, que la invasión no pudo disponerse hasta el mes de septiembre. Ahora, cuando se hubieron hecho todos estos preparativos para la invasión y el embarque de los ejércitos, el rey danés se aseguró de que la invasión se produjese en el plazo de pocos días, lo más tarde el 21 de septiembre.

Entonces, los generales y ministros rusos pusieron algunas objeciones a los de Dinamarca, y después, el 17 de septiembre, declararon en una conferencia que Su Majestad el zar, considerando la situación, era de la opinión de que no se obtendrían en Escania ni botín ni provisiones, y que en consecuencia no era aconsejable intentar la invasión este año, y que debía aplazarse hasta la primavera siguiente. Es fácil de imaginar lo sorprendido que esto dejó al rey danés; en especial porque si el zar había cambiado de opinión respecto a estos planes tan solemnemente concertados, podría haberlo declarado antes, ahorrando al rey danés varias toneladas de oro, gastado en los necesarios preparativos. En una carta fechada el 20 de septiembre, el rey danés comunicó con muchos pormenores al zar que, pese a estar muy avanzada la estación, la invasión podía realizarse fácilmente con fuerzas tan superiores, y que tenía la seguridad de que la cosecha había sido muy abundante en Escania, por lo que no dudaba de encontrar un espléndido botín; y además, el hecho de tener comunicación abierta con sus propias tierras hacía muy fácil el transporte. El rey danés adujo también razones de mucho peso por las que la invasión debía llevarse a cabo este año, y rechazar enteramente la idea de aplazarla hasta la primavera.

No sólo él hizo estas reflexiones al zar; TAMBIÉN EL MINISTRO DE SU MAJESTAD BRITÁNICA CON RESIDENCIA AQUÍ, Y EL ALMIRANTE NORRIS,^[34] las secundaron de modo insistente; Y POR ORDEN EXPRESA DEL REY, SU SEÑOR, intentaron convencer al zar de que llevase adelante los planes de invasión; pero el zar declaró en su respuesta que seguía decidido a aplazar la fecha de la invasión, pero que si el rey danés insistía en efectuarla ahora, él sólo le ayudaría, de acuerdo con el tratado concertado cerca de Stralsund, con los quince batallones y mil caballos estipulados en él; que en la primavera siguiente contribuiría con todo lo demás, y no podría decirse que abandonaba este asunto. El rey danés no podía, sin correr un grave peligro, emprender tan magna operación sólo con su propio ejército y dichos quince batallones; en otra carta escrita al zar el 23 de septiembre le pidió que añadiese otros trece batallones, en cuyo caso el rey danés intentaría la invasión este año; pero tampoco esto pudo obtener del zar, que se negó rotundamente a través de su embajador el día 24 del mismo mes; a lo cual el rey danés, en su carta del 26, declaró al zar que si las cosas estaban así, no deseaba

que las tropas rusas siguiesen en sus dominios, y esperaba que fuesen transportadas con la máxima rapidez; de este modo se ahorraría los gastos de transporte, que le costaban cuarenta mil *rix-dollars* al mes, y sus súbditos se verían libres de las intolerables contribuciones que ahora sufrían. El zar no pudo menos que acceder a esto, y en consecuencia fueron embarcadas todas las tropas rusas, que debieron esperar el primer viento favorable para zarpar. Hay que dejar a la Providencia y al tiempo el descubrimiento de qué puede haber inducido al zar a una resolución tan perjudicial para la Alianza del Norte, y tan ventajosa para el enemigo común.^[35]

[3.] Si queremos hacer un verdadero examen de los hombres, y presentarlos a nuestros intelectos bajo una luz apropiada, *hemos de considerar* primero las *naturalezas*, y después, sus *finés*; y mediante este método de examen, aunque su conducta esté al parecer rebosante de intrincados recovecos y perplejidades, y semeje un laberinto de opiniones encontradas, podremos llegar a los rincones más profundos, orientarnos en el laberinto más difícil, y penetrar por fin en los mayores secretos de su mente, y resolver todos sus misterios. . . El zar. . . es, por naturaleza, de temperamento enérgico y emprendedor, y su genio es eminentemente político; en cuanto a sus fines, se desprende de su gobierno, con el cual es señor arbitrario de los estados y honores de su pueblo, que si el ejercicio de todas las políticas pudiese ofrecerle la obtención y acumulación de imperios y riqueza, estaría perpetuamente tramando con la mayor astucia y ambición la forma de conseguirlos. No cabe duda de que suyos deben ser todos los fines que puede inspirar un deseo insaciable de opulencia y un ansia ilimitada de poder.

Las preguntas que hemos de formularnos son estas tres:

1. ¿Por qué medios puede alcanzar estos fines?
2. ¿A qué distancia de él, y en qué lugar, puede obtener estos fines más ventajosamente?
3. ¿Y cuándo, usando los métodos apropiados, puede conseguir estos fines?

Las posesiones del zar eran prodigiosas, vastas en extensión; todo el pueblo a sus órdenes, no era más que su esclavo, y toda la riqueza del país sería suya con sólo pronunciar una palabra. Sin embargo, el país, aunque grande en extensión, no producía mucho. Cada vasallo tenía sus armas, y debía convertirse en soldado al ser llamado; pero nunca fueron soldados, ni hubo nadie entre ellos que comprendiese dicha profesión; y aunque el zar tenía toda su riqueza, no existía un comercio importante ni mucho dinero, y en consecuencia su tesorería, cuando hubo amasado cuanto pudo, era muy escasa. Se hallaba, pues, en mala situación para satisfacer esos dos apetitos naturales, sin riqueza para mantener un ejército ni soldados entrenados en el arte de la guerra. La primera prueba que dio este príncipe de su genio y de una ambición noble y necesaria en un monarca que desee prosperar fue no creer a ninguno de sus súbditos más sabio que él o más dotado para gobernar. Consideró a su propia persona como la más dotada para viajar por los restantes reinos del mundo y estudiar política para el desarrollo de sus domi-

nios. Entonces pretendió muy raramente adoptar actitudes hostiles contra aquellos que estaban instruidos en la ciencia de las armas; sus acciones militares fueron casi siempre contra turcos y tártaros, que, como él, tenían muchos hombres en sus filas, y, como el suyo, su ejército se componía de una muchedumbre ruda e ignorante, que aparecía en el campo como una milicia sin orden ni disciplina. Esto le congraciaba con sus vecinos cristianos, puesto que les protegía de las hordas infieles. Pero cuando se le ocurrió mirar hacia las regiones más cultivadas del mundo cristiano, se dirigió a su umbral como un político innato.

No tenía intención de arriesgarse a aventuras que le acarreasen pérdidas; no, siguió la máxima de que *lo prudente y necesario para él de momento era llevar, como Sansón, la fuerza en la cabeza y no en las armas*. Sabía que sólo disponía de muy pocos lugares apropiados para el comercio, y todos ellos situados en el mar Blanco, demasiado remoto, helado la mayor parte del año, y nada apropiado para una flota de barcos de guerra; pero conocía muchos otros lugares favorables de sus vecinos del Báltico, que estaban a su alcance si se decidía a alargar la mano y apoderarse de ellos. Los contemplaba con nostalgia, pero lleno de prudencia volvía la cabeza hacia otro lado, y en secreto acariciaba la agradable idea de conseguirlos a su debido tiempo. Para no inspirar celos, no pide ayuda a sus vecinos para que instruyan a sus hombres en las armas. Eso equivaldría a pedir a una persona diestra, con quien uno tiene intención de batirse en duelo, que primero le dé clases de esgrima. *Se dirigió a Gran Bretaña*, a cuyo poderoso rey sabía que su creciente poder no le causaría celos, y para el cual su vasta nación estaba descuidada y abandonada, como me temo que sigue estando en la actualidad. Estuvo presente en todos nuestros ejercicios, leyó todas nuestras leyes, inspeccionó nuestro régimen militar, civil y eclesiástico; y sin embargo, esto era lo que menos necesitaba, la parte más insignificante de su cometido. Gradualmente, cuando se fue acostumbrando a nuestra gente, visitó nuestros muelles, fingiendo no tener interés en cualquier perspectiva comercial, sino sólo una gran afición (el mero efecto de la curiosidad) por la construcción de barcos. Instaló su corte, podríamos decir, en nuestro astillero, tanta fue la asiduidad con que prodigó allí su presencia imperial, y sea dicho en honor de su gloria inmortal por el arte y la industria, el gran zar, al descender muy a menudo a ello, sabía manejar un hacha como el mejor de nuestros artífices; y como el monarca tenía buena cabeza para las matemáticas, en poco tiempo llegó a ser un experto naviero real. El hecho de construir para su diversión uno o dos barcos, y luego otros dos o tres, y después dos o tres más, no significaría nada desde el momento que los barcos estaban destinados a ser vendidos por las *potencias marítimas*^[36] que podían, si querían, dominar el mar. Sería una cuestión insignificante, en la cual ni siquiera valía la pena pensar.

Pues bien, además de esto, consiguió astutamente ganarse la buena voluntad de muchos de nuestros mejores trabajadores, conquistando su corazón con sus familiaridades y condescendencias. Entonces ofreció a muchos de ellos grandes primas y ventajas si iban a instalarse a su país, a lo cual ellos accedieron gustosamente. Poco tiempo después, envía a algunos ministros y

funcionarios, que negocian para conseguir más obreros, más oficiales de tierra, y también marineros elegidos, que allí podrían ser promocionados y acaso nombrados oficiales. En realidad, incluso ahora, cualquier marino experto que participe en nuestro tráfico al puerto de Arkángel, si tiene la menor chispa de ambición y un ardiente deseo de estar en servicio, sólo tiene que ofrecerse al departamento de marina del zar, e inmediatamente obtiene el cargo de teniente. Además de esto, el príncipe ha encontrado el modo de tomar por la fuerza en su servicio los más capaces marineros de nuestros barcos mercantes, dando a los capitanes en su lugar al mismo número de rudos moscovitas, a los cuales después, en propia defensa, se vieron obligados a educar para sus puestos. Y esto no es todo; durante la última guerra colocó a cientos de sus súbditos, tanto nobles como simples marineros, a bordo de *nuestros barcos, de las flotas francesa y holandesa*; y ha mantenido desde entonces y sigue manteniendo a muchos de ellos en *nuestros astilleros y en los astilleros holandeses*.

Pero al comprender que todos estos esfuerzos encaminados a mejorarse a sí mismo y a sus súbditos eran superfluos, mientras no existiera un puerto de mar donde poder construir una flota propia, y desde el cual exportar los productos de su país, y viendo que el rey de Suecia poseía dos de los mejores, me refiero a Narva y Revel,^[37] de los cuales sabía que dicho príncipe jamás se separaría de buen grado, resolvió por fin arrancárselos por la fuerza. La extrema juventud del rey de Suecia parecía un factor favorable para intentar esta empresa, pero aun así no quiso arriesgarse solo al peligro, y convenció a otros príncipes para que participasen en el reparto del botín. Y los reyes de Dinamarca y Polonia fueron lo bastante débiles como para servir de instrumentos en los grandes y ambiciosos planes del zar. Es cierto que en su primera tentativa sufrió un gran descalabro, pues todo su ejército fue derrotado por un puñado de suecos en Narva. Pero quiso la suerte que el rey de Suecia, en lugar de completar esta gran victoria obtenida sobre él, volviese inmediatamente sus armas contra el rey de Polonia, de quien era enemigo personal, ya que consideraba a aquel príncipe uno de sus mejores amigos, y estaba a punto de concertar con él la alianza más estricta, cuando el polaco invadió inesperadamente la Livonia sueca y puso sitio a Riga. Esto era en todos los respectos lo que más convenía al zar; y previendo que cuanto más se prolongase la guerra con Polonia, más tiempo tendría él para recuperarse de su primera derrota y tratar de conquistar Narva, procuró que dicha guerra durase lo más necesario para que su fuerza superase a la del rey de Suecia; quien, por su parte, aunque ganó varias señaladas victorias, nunca podría vencer totalmente a su enemigo mientras éste recibiese continuos refuerzos de su país hereditario. Y si el rey de Suecia no hubiese penetrado, contra todas las predicciones, directamente en la propia Sajonia, obligando al rey de Polonia a firmar la paz, el zar hubiera tenido el tiempo necesario para dar a sus planes una mayor madurez. Esta paz fue uno de los mayores engaños del zar, pues por su causa se quedó solo en la guerra. Tuvo, no obstante, el consuelo de haber conquistado *Narva*, y puesto los cimientos de su ciudad favorita, *San Petersburgo*, y de su puerto, sus muelles y sus arsenales; trabajos de cuya perfección se admiran cuantos los han contemplado.

Pedro hizo todo lo posible para llegar a un acuerdo. Ofreció condiciones muy ventajosas, reteniendo para sí únicamente *San Petersburgo*, una insignificancia según él, pero con la cual se había encariñado; e incluso por ella estaba dispuesto a dar satisfacciones. Pero el rey de Suecia conocía demasiado bien la importancia de aquel lugar para dejarlo en manos de un príncipe ambicioso, dándole con ello una salida al Báltico. Esta fue la única vez desde la derrota de Narva en que las armas del zar sólo se utilizaron en defensa propia. Es muy posible que también en esta ocasión hubiesen conocido la derrota, a no ser que el rey de Suecia (actuando por indicación de alguien desconocido hasta el momento), en lugar de recorrer la mínima distancia hasta Novgorod y Moscú, se dirigió hacia Ucrania, donde su ejército, después de grandes pérdidas y sufrimientos, fue totalmente derrotado en Poltava.^[38] Cuán fatal fue este período para los sucesores suecos, y cuán grande fue la liberación para los moscovitas, puede comprenderse por el hecho de que el zar celebra anualmente, con gran solemnidad, el aniversario de aquel día, a partir del cual sus planes empezaron a ser cada vez más ambiciosos. Ahora exigía la totalidad de *Livonia*, *Estonia*, y la parte mejor y más extensa de *Finlandia*, y después, aunque de momento sería condescendiente y dejaría en paz al resto de Suecia, sabía que podría añadirla fácilmente a sus demás conquistas cuando se le antojase. El único obstáculo para sus proyectos lo constituían sus vecinos del norte; pero como las *potencias navales*, e incluso los príncipes alemanes estaban tan ocupados con su guerra contra Francia, parecían haber olvidado totalmente al norte, de manera que sólo quedaban Dinamarca y Polonia para oponerse a él. El primero de estos reinos, desde que el rey Guillermo, de gloriosa memoria, concertó la paz con Holstein y, por lo tanto, también con Suecia, disfrutaba de una tranquilidad ininterrumpida, durante la cual había tenido tiempo de enriquecerse mediante un comercio libre y cuantiosos subsidios de las potencias navales, y estaba en situación, si se unía a Suecia —lo cual entraba en sus planes— de detener los avances del zar y evitar oportunamente el peligro que suponían. El otro reino, me refiero a Polonia, era sabiamente gobernado por el rey Estanislao,^[39] quien, debiendo en cierto modo su corona al rey de Suecia, no podía, tanto por gratitud como por un verdadero interés por el bien de su país, dejar de oponerse a los designios de un vecino demasiado ambicioso. El zar era demasiado astuto para no hallar remedio a todo esto: dijo al rey de Dinamarca que el rey de Suecia tenía muy pocas fuerzas, y que se le presentaba una excelente oportunidad, durante la larga ausencia de dicho príncipe, para cortar definitivamente las alas a la vez que él mismo se engrandecía a su costa. Alentó en el rey Augusto el profundo resentimiento por la pérdida de la corona polaca, la cual le dijo que ahora podría recuperar sin la menor dificultad. De este modo convenció inmediatamente a ambos príncipes. Los daneses declararon la guerra a Suecia sin aducir siquiera un pretexto verosímil, e invadieron Escania, donde sufrieron una grave derrota. El rey Augusto hizo su entrada en Polonia, donde ha reinado desde entonces el mayor desorden, *debido en gran parte a las intrigas moscovitas*. Ocurrió que estos nuevos aliados, a quien el zar sólo había atraído con el propósito de servirse de ellos para sus ambiciones, fueron al principio más

necesarios incluso de lo que había sospechado; porque al declarar la guerra los turcos, ellos impidieron que los suecos se uniesen a los turcos para atacarle; pero cuando pasó aquella breve tormenta, breve gracias a la sabia conducta del zar y a la avaricia y locura del Gran visir,^[40] utilizó a sus dos amigos en la forma que había planeado, y después les persuadió para que concertasen una alianza con él, que serviría para cargarles con todo el peso y los riesgos de la guerra, con el propósito de debilitarlos completamente, al igual que a Suecia, mientras *se preparaba para eliminarlos, uno detrás de otro*. Les ha colocado en una serie de situaciones difíciles; sus ejércitos se han visto diezmados por batallas y largos sitios, mientras empleaba los suyos propios en conquistas fáciles y más provechosas para él, o los mantenía a cargo de príncipes neutrales... lo bastante cerca para que se adelantasen a pedir una parte del botín sin haber hecho nada para lograrlo. Su conducta ha sido igualmente astuta en el mar, donde su flota se ha mantenido siempre lejos del peligro y a gran distancia de dondequiera que hubiese alguna probabilidad de un encuentro entre daneses y suecos. Él esperaba que cuando las flotas de estas dos naciones se hubiesen destruido mutuamente, la suya quedaría dueña del Báltico. Todo esto mientras procuraba que sus hombres mejorasen, con el ejemplo de los extranjeros y bajo su mando, en el arte de la guerra [...]. Su flota no tardará en superar considerablemente en número a la de suecos y daneses unidos. No tiene nada que temer por este lado, ya que no pueden impedir que él dé el último toque a su magna y gloriosa empresa. Tras lo cual, *pongámonos en nosotros; será con toda certeza nuestro rival, y tan peligroso para nosotros como ahora parece inofensivo*. Tal vez entonces, cuando sea demasiado tarde, recordemos las palabras de nuestros propios ministros y comerciantes sobre sus intenciones de acaparar el comercio en el norte, y de recibir todas las mercancías de Turquía y Persia a través de los ríos que está uniendo y haciendo navegables desde el Caspio o el mar Negro hasta San Petersburgo. *Entonces nos extrañaremos de nuestra ceguera al no sospechar sus designios* cuando oímos las obras prodigiosas que ha realizado en Petersburgo y Revel; de este último lugar dice el *Daily Courant* con fecha de 23 de noviembre:

La Haya, 17 de noviembre

“Los capitanes de los barcos de guerra de los estados, que han visitado Revel, advierten que el zar ha puesto el puerto y las fortificaciones de dicho lugar en unas condiciones defensivas tales, que puede pasar por una de las fortalezas más considerables, no sólo del Báltico, sino incluso de Europa.”

Dejemos aparte ahora lo relativo a su situación naval, comercio, manufacturas, y otras obras de su política y su poder, y considerémosle en relación con sus actos en esta última campaña, especialmente de la famosa invasión de Escania que iba a realizar junto con sus aliados, y veremos que incluso en esto ha actuado con su astucia acostumbrada. No cabe duda de que fue el rey de Dinamarca quien propuso esta invasión. Creía que sólo un fin rápido a la guerra que inició tan imprudente e injustamente salvaría a su país de la ruina y de los osados intentos del rey de Suecia, ya contra Noruega o contra

Seeland y Copenhague. Tratar por separado con aquel príncipe era algo que no podía hacer, sabiendo que no entregaría un solo centímetro de terreno a un enemigo tan injusto; y temía que un congreso de paz, suponiendo que el rey de Suecia accediera a él en las condiciones propuestas por sus enemigos, llevaría las negociaciones más allá de lo conveniente para el estado de sus asuntos. Invita, por consiguiente, a todos sus aliados a atacar al rey de Suecia, invadiendo su país, donde, después de derrotarle, como era de suponer dada la superioridad de las fuerzas que emplearían en la empresa, podrían obligarle a firmar inmediatamente la paz en términos satisfactorios para ellos. Ignoro hasta qué punto aceptaron el proyecto sus aliados; pero ni los *prusianos* ni la corte de *Hannover* aparecieron *abiertamente* en el proyecto, y *no sé hasta qué punto debía apoyarlo la flota inglesa, bajo el mando de sir John Norris; otros podrán juzgarlo por la declaración del propio rey de Dinamarca:* pero el zar se adhirió prontamente a él. Con ello obtuvo un nuevo pretexto para llevar a cabo una campaña más a costa de otros pueblos; para introducir de nuevo a sus tropas en el imperio y tenerlas así acuarteladas y mantenidas, primero en Mecklenburgo^[41] y después en Seeland. Entre tanto, dirigió su atención hacia *Wismar*, y hacia una isla sueca llamada *Gotland*. Si, por sorpresa, podía arrancar la primera de manos de sus aliados tendría un buen puerto de mar desde el cual transportar cuando quisiera a sus tropas al interior de los estados alemanes, sin pedir permiso al rey de *Prusia* para pasar libremente por sus territorios; y si, mediante una invasión rápida, podía arrebatarse la isla a los *suecos*, se convertiría en el dueño del mejor puerto del Báltico. Fracasó en ambos proyectos, porque *Wismar* estaba demasiado bien defendida para ser tomada por sorpresa, y sus aliados no le prestaron ayuda en la conquista de *Gotland*. Entonces empezó a ver con otros ojos la proyectada invasión de Escania. Encontró que la empresa era contraria a sus intereses, tanto si tenía éxito como si no. Porque si lo tenía, y el rey se veía obligado a firmar una paz general, sabía que sus intereses serían los menos atendidos; pues tenía la certeza de que sus aliados los sacrificarían con tal de obtener ellos condiciones ventajosas. Si la empresa fracasaba, además de perder la crema de un ejército entrenado y disciplinado con tanto trabajo, adivinaba que la flota inglesa impediría al rey de Suecia cualquier ataque contra Dinamarca; de manera que tenía ser el más perjudicado de todos, pues sería obligado a renunciar a todo cuanto hubiese conseguido arrebatarse a Suecia. Estas consideraciones le decidieron a no participar en la invasión; pero le convenía declararlo lo más tarde posible; primero, porque así sus tropas serían mantenidas más tiempo por los daneses; segundo, porque entonces podría ser demasiado tarde para que el rey de Dinamarca pidiera las tropas necesarias a sus otros aliados, con objeto de realizar la invasión sin él; y por último, porque obligando a los daneses a correr con los gastos de los preparativos necesarios, les debilitaría aún más, aumentaría su dependencia de él, y les convertiría así en una presa fácil.

De este modo fue calculando sus intenciones y ocultándolas hasta que estuvo muy próximo el momento de la invasión, y entonces, repentinamente, se niega a participar en ella y la aplaza hasta la primavera siguiente, con la promesa de que *entonces cumplirá su palabra*. Pero, como nos dicen algunos

de nuestros periódicos, con una condición: *que no pueda conseguir de Suecia una paz ventajosa*. Este pasaje, junto con el informe de que disponemos acerca de su tratado de paz por separado con el rey de Suecia, es un nuevo ejemplo de su astucia y su política. De este modo ha conseguido dos bazas importantes, cada una para un determinado fin. Sin duda, el zar sabe que es muy difícil para él llegar a un acuerdo con el rey de Suecia. Porque si bien él, por su parte, jamás consentiría en renunciar a los puertos de mar, por los cuales había iniciado esta guerra, y que son absolutamente necesarios para la realización de sus grandes y vastos designios, también el rey de Suecia consideraría totalmente contrario a sus intereses renunciar a dichos puertos, si encontrara algún medio de evitarlo. Sin embargo, el zar conoce tan bien el espíritu grande y heroico del rey de Suecia, que está seguro de que el interés no le permitiría renunciar, pero tal vez ganaría la partida su sentido del honor. Esto le permite juzgar con razón que el rey de Suecia debe estar menos exasperado contra él, que a pesar de haber iniciado una guerra injusta, ha pagado muy a menudo un precio muy alto por ella, que contra algunos de sus aliados, que aprovechándose de la mala suerte de Su Majestad, cayeron sobre él sin la menor generosidad, y decretaron en un tratado el reparto de sus territorios. El zar, a diferencia de los confederados, que no perdieron ocasión para prodigar actos insultantes (documentos altaneros y humillantes manifiestos), se mostró más próximo al genio de su gran enemigo, refiriéndose siempre con la mayor cortesía a su hermano Charles, como él le llama, afirmando que es el más grande general de Europa, e incluso declarando públicamente que confiará más en una palabra suya que en los discursos más solemnes, juramentos o tratados de sus propios aliados. Estas cortesías pueden quizá causar una impresión profunda en la noble mente del rey de Suecia, y convencerle de que es mejor sacrificar un verdadero interés a un enemigo generoso, que hacer menores concesiones a aquellos que le han maltratado, a veces inhumanamente. Pero si con esto no consigue nada, el zar habrá logrado, por lo menos, inquietar a sus aliados con estas negociaciones unilaterales; y, como sabemos por los periódicos, hacerles aún más solícitos de que siga en la alianza con ellos, lo cual debe costarles muchos ofrecimientos y promesas. Entre tanto, él deja a daneses y suecos enzarzados en una guerra, debilitándose mutuamente, y entonces se dirige al imperio y contempla a sus príncipes protestantes; y, con diversos pretextos, no sólo cruza sus territorios con las tropas que regresan de Dinamarca, sino que también hace avanzar lentamente hacia Prusia a las tropas que durante todo este tiempo ha mantenido en Polonia, so pretexto de ayudar al rey frente a sus descontentos súbditos, de cuyos disturbios él ha sido el principal fomentador. Considera que el emperador está en guerra con los turcos, y descubre, por consiguiente, ya que la propia experiencia se lo ha enseñado, lo incapaz que es Su Majestad Imperial de demostrar su autoridad en la protección de los miembros del imperio. Sus tropas permanecen en Mecklenburgo, pese a que se solicita con insistencia su marcha. Sus respuestas a requerimientos de esta índole aducen razones tales, que parece como si quisiera dar nuevas leyes al imperio.

Ahora supongamos que el rey de Suecia considera más honorable con-

certar la paz con el zar y cargar el peso de su resentimiento sobre sus menos generosos enemigos. ¿Qué posición adoptarán hacia él los príncipes del imperio, incluso los que aceptaron imprudentemente a cuarenta mil moscovitas para asegurar la tranquilidad de dicho imperio contra diez mil o doce mil suecos, qué posición adoptarán a su respecto mientras el emperador esté librando una guerra contra los turcos? Y los polacos, cuando por fin hagan la paz entre ellos (si están en condiciones de emprender algo después de una guerra tan larga), están obligados por un tratado a prestar su ayuda contra aquel enemigo común de la cristiandad.

Algunos dirán que deduzco cosas demasiado importantes de una base poco firme. Mi respuesta es aconsejar a tales críticos que miren atrás y reflexionen en por qué les enseño desde su origen a esta entidad tan minúscula: que crece, superando dificultades formidables, casi imposibles, hasta alcanzar una entidad tal, que incluso *sus defensores, los holandeses, confiesan que ya es demasiado formidable para la tranquilidad, no sólo de sus vecinos, sino de Europa en general.*

Pero entonces dirán que no tiene disculpa alguna para concertar con los suecos una paz por separado, sin consultar con los daneses, ni para declarar la guerra a otros príncipes, con algunos de los cuales está unido por una alianza. Quien no vea la respuesta a estas objeciones, sin duda, no ha considerado ni la naturaleza ni los fines del zar. Los holandeses confiesan además *que hizo la guerra contra Suecia sin ningún pretexto específico.* Quien hace la guerra sin ningún pretexto específico puede concertar la paz del mismo modo y hacer una nueva guerra igualmente sin ningún pretexto. Su Majestad imperial (de Austria), como un príncipe sabio, cuando se vio obligado a hacer la guerra a los otomanos, lo hizo como debía, con todas sus fuerzas. Pero ¿no puede el zar, que también es un príncipe sabio y poderoso, imitar este ejemplo con los príncipes vecinos, que son protestantes? Si esto hiciera, y tiemblo al decirlo, no es imposible que en esta era del cristianismo *llegase a quedar abolida, hasta cierto punto, la religión protestante;* y entre los cristianos, los *griegos y romanos* volvieran a ser los únicos pretendientes al imperio universal. La mera posibilidad lleva consigo una clara advertencia para las potencias marítimas y todos los demás príncipes protestantes, de que tramiten la paz en Suecia y refuercen de nuevo sus armas, sin las cuales ningún preparativo puede ponerles suficientemente en guardia; y esto debe hacerse pronto y sin tardanza, *antes de que el rey de Suecia, ya sea por desesperación o por venganza, se ponga en manos del zar.* Porque según una cierta máxima (que todos los príncipes debieran observar, y que el zar observa demasiado para la paz de la cristiandad), el hombre sabio no debe perder el tiempo con ceremonias, y sólo *seguir* las oportunidades. No seguir, sino *correr* incluso tras ellas. En lo que se refiere al zar, me atrevo a decir que es demasiado sabio para dejarse adelantar en este respecto. Nada hay que contribuya tanto a la prosperidad de nuestras empresas como el aprovechamiento de las oportunidades; porque el tiempo lleva consigo el momento de la oportunidad. Si se deja escapar, todos los proyectos fracasan.

En resumen, las cosas parecen haber llegado a una *crisis* en la cual los suecos deben intentar obtener la paz en el menor tiempo posible, y en las con-

diciones compatibles con su honor y la seguridad del interés protestante, que no pueden ser otra cosa sino todas las posesiones que tenía anteriormente en el imperio. Como en todas las demás cosas, también en política hay que preferir una certeza bien probada a una incertidumbre, por muy probables que sean las suposiciones en que se base. Pues bien, ¿acaso puede haber algo más cierto que el hecho de que las provincias que Suecia ha tenido en su imperio le fueron otorgadas para que estuviese más próxima y fuese más capaz de asegurar el interés protestante, que acababa de salvar junto con las libertades del imperio? ¿Puede haber algo más cierto que el hecho de que dicho reino ha salvaguardado dicho interés en todas las ocasiones durante casi ochenta años? ¿Puede haber algo más cierto que lo escrito por la difunta reina Ana sobre el actual monarca sueco, en una carta dirigida a él (Carlos XII), y en época de un *ministerio whig*: “Como un verdadero príncipe, héroe y cristiano, el objeto principal de sus esfuerzos ha sido promover el temor de Dios entre los hombres: y ello sin insistir en su interés particular”?

Por otra parte, ¿no es sumamente improbable que esos príncipes que ahora quieren repartirse las provincias suecas del imperio se erijan en protectores de los intereses protestantes de aquella zona, en lugar de los suecos? *Dinamarca* es ya tan pobre, y seguramente lo será mucho más antes de que finalice la guerra, que muy poca ayuda podrá esperarse de ella durante muchos años. En Sajonia, la perspectiva no puede ser peor con un príncipe católico, así que sólo quedan las dos ilustres casas de Hannover y Brandenburgo, con el poder suficiente para dirigir al resto de príncipes protestantes. Por consiguiente, pasemos a considerar lo que ocurre actualmente en el ducado de Mecklenburgo y lo que puede suceder al interés protestante, y pronto sabremos cuán equivocado puede estar nuestro cálculo. El pobre ducado que acabamos de mencionar ha sido asolado por las tropas moscovitas, y en este estado continúa; los electores de Brandenburgo y Hannover están obligados, tanto como directores del círculo de la Baja Sajonia, como en su calidad de vecinos y príncipes protestantes, a salvar a otro estado del imperio y país protestante de la cruel opresión de una potencia extranjera. Pero, veamos, ¿qué han hecho? El elector de Brandenburgo, cauteloso por miedo a que los moscovitas invadan por un lado a su electorado, y por el otro, desde Livonia y Polonia, su reino de Prusia; y el elector de Hannover, igualmente cauteloso en lo referente a sus países hereditarios, no han considerado en esta acuciante coyuntura que sea de su interés acudir a otros medios que las representaciones. ¿Con qué resultados? Los moscovitas todavía están en Mecklenburgo, y si un día se marchan de allí, el país se hallará tan arruinado que no podrá subsistir.

Parece lógico que se devuelva al rey de Suecia todo cuanto ha perdido en beneficio del zar; y ello parece ser el *interés común de ambas potencias marítimas*. Deben estar dispuestas a actuar: *Países Bajos*, porque allí es una máxima “que el zar se engrandece demasiado, y no se le puede permitir que se instale en el Báltico, y además, no se puede abandonar a Suecia; *Gran Bretaña*, porque, si el zar realiza sus vastos y prodigiosos planes, será, con la ruina y conquista de Suecia, nuestro vecino más cercano y temible.

Además, estamos obligados por un tratado concertado en el año 1700 entre el rey Guillermo y el actual rey de Suecia, en virtud del cual el rey Guillermo ayudó al rey de Suecia, cuando estaba en circunstancias mejores, con grandes sumas de dinero, varios centenares de piezas de ropa, y cantidades considerables de pólvora.

Pero algunos políticos (*a los que no asusta la fuerza creciente y las habilidades del zar*), pese a ser astutos como zorros, no ven o simulan no ver que el zar pueda llegar algún día a esgrimir tanto poder como para perjudicarnos en nuestra isla. A ellos es fácil repetirles cien veces la misma respuesta, en espera de que al fin la asimilen: *que lo que ha sido puede volver a ser*; y si no ven que puede llegar a la cumbre del poder, que se fijen bien, porque ya ha llegado, y del modo más increíble, lo confieso. Que estas personas *incrédulas* analicen con atención la *naturaleza*, los *fines* y los *designios* de este gran monarca; encontrarán que están muy arraigados, y que en sus planes hay una prodigiosa dosis de prudencia y previsión, y que sus fines se realizan a la larga por una especie de magia en su política; y después, ¿se atreverán a no reconocer que deberíamos temerlo todo de él? Como su deseo es que no fracasen los designios de su mente, no asigna un día determinado para su cumplimiento, sino que los deja para el momento en que surgen tiempos y ocasiones propicios, como esos curiosos artistas de China, que templan hoy el molde de una vasija que será elaborada dentro de cien años.

Existe entre nosotros otra clase de políticos miopes, que entienden más de intrigas cortesanas y gobierno inmediato que de verdadera política y preocupación por el interés de su país. Estos caballeros ponen totalmente su fe en el criterio ajeno; a cualquier cosa que se les proponga, preguntan: ¿está bien visto en la corte?, ¿cuál es la opinión de su partido al respecto?, ¿está el partido contrario a favor o en contra de ello? Así forman su propio criterio, y basta que sus astutos dirigentes tilden a cualquier cosa de *liberalismo* o *jacobinismo*, para que esas gentes, sin profundizar más en la materia, la defiendan o la ataquen ciegamente. Tal parece ser actualmente el caso del tema que nos ocupa. Cualquier cosa dicha o escrita a favor de Suecia y de su rey es atribuida inmediatamente a una pluma *jacobina*, y rechazada de modo automático, sin ser leída o considerada. He sabido de caballeros que han ido tan lejos como para afirmar públicamente, y con toda vehemencia, que el rey de Suecia era católico romano, y que el zar era un buen protestante. Ésta es realmente una de las mayores desgracias que afligen a nuestro país, y hasta que empecemos a ver con nuestros propios ojos, y averiguar por nosotros mismos la verdad de las cosas, caminaremos sin rumbo hacia Dios sabe dónde. La ayuda a Suecia conforme a nuestros tratados y nuestro legítimo interés no tiene nada que ver con las causas de nuestros partidos. En vez de buscar y adoptar cualquier pretexto para arruinar a Suecia, tendríamos que apoyarla abiertamente. ¿Podría nuestra herencia protestante encontrar un amigo mejor o un partidario más decidido?

Concluiré este escrito recapitulando brevemente lo que hasta aquí he dicho. Puesto que el zar no sólo ha replicado al rey de Dinamarca instando a lo contrario, sino que también ha contestado a nuestro almirante Norris que persistiría en su decisión de aplazar la invasión de Escania, y, según

algunos periódicos, está decidido a no realizarla tampoco en una fecha aplazada, si puede concertar la paz con Suecia; todos los príncipes, y nosotros en particular, deberíamos temer sus designios, como los que he mencionado, y pensar en la manera de evitarlos, y de cortar a tiempo sus alas demasiado ambiciosas, lo cual no puede hacerse con efectividad, primero, si las potencias marítimas no empiezan a mantenerle a raya, y si cierta nación poderosa, que le ha ayudado a encumbrarse, no logra hacerle recapacitar hablándole en el lenguaje de un campesino español, que al acercarse a una imagen santa, cuya elaboración recuerda muy bien, y no hallando la expresión respetuosa que debe usar, le dice: “No es preciso que seas tan orgullosa, porque te conocemos de cuando eras un ciruelo.” El próximo paso es devolver al rey de Suecia, al concertar la paz, todo cuanto ha perdido; esto disminuirá inmediatamente el poder del zar, pues nada más puede hacerlo en aquellas comarcas. Espero que no resulte cierto al final que los que han estado luchando contra aquel rey hayan luchado, en general, contra sí mismos. Si los suecos recobran sus dominios, y humillan las ambiciones del zar, aún podrán decir a sus vecinos, como hizo el antiguo héroe griego a quien sus compatriotas enviaban siempre al exilio cuando les había prestado un servicio, pero al que reclamaban en su ayuda siempre que volvían a necesitarle: “Esa gente —dijo— me utiliza como si fuese una palmera. Rompen mis ramas continuamente y, sin embargo, si estalla una tormenta, corren hacia mí y no encuentran un lugar mejor para refugiarse.” Pero si no los recobran, sólo podré exclamar una frase de la *Andrea* de Terencio:

Hocine credibile est aut memorabile
Tanta vecordia innata cuiquam ut siet,
Ut malis gaudeant?^[42]

4. *Post scriptum.* Me hago la ilusión de que esta pequeña historia es de naturaleza tan curiosa, y sobre cuestiones que hasta ahora no han sido observadas, que lo considero con orgullo como un valioso regalo de Año Nuevo para el mundo actual; espero que la posteridad lo aceptará como tal durante muchos años, y lo leerá en dicho aniversario, y lo llamará su *Toque de advertencia*. Yo también he de tener, como otros, mi *Exegi Monumentum*.^[43]

CAPÍTULO TERCERO

Para comprender una época histórica concreta, hemos de traspasar sus límites y compararla con otras épocas históricas. Para juzgar a los gobiernos y sus actos, debemos medirlos según sus propios tiempos y la conciencia de sus contemporáneos. Nadie condenará a un estadista británico del siglo xvii por creer en la brujería, si encuentra al propio Bacon catalogando a la demonología en la lista de las ciencias. Por otra parte, si los Stanhope, Walpole, Townshend, etc.,^[44] fueron sospechosos, perseguidos y denunciados en su propio país y por sus propios coetáneos, acusados de complicidad con Rusia, no servirá de nada proteger su política con la conveniente pantalla del prejuicio y la ignorancia comunes a su tiempo. Por consiguiente, al principio de la evidencia histórica que vamos a analizar situaremos unos panfletos ingleses totalmente olvidados, impresos en la época de Pedro I. Sin embargo, limitaremos estas *pièces de procès* preliminares a tres panfletos, que ilustran, desde tres puntos de vista diferentes, la conducta de Gran Bretaña respecto a Suecia. El primero, *La crisis del Norte* (que aparece en el capítulo II), revela el sistema general de Rusia y los peligros que acechan al Reino Unido con la rusificación de Suecia; el segundo, llamado *El tratado defensivo*, juzga los actos del Reino Unido a la luz del tratado de 1700; y el tercero, titulado *La verdad no es más que la verdad, sea cual fuere su época*, prueba que las modernas intrigas que encumbraron a Rusia hasta la posición de principal potencia del Báltico estaban en flagrante oposición a la política tradicional de Gran Bretaña durante el transcurso de todo un siglo.

El panfleto llamado *El tratado defensivo* no lleva fecha de publicación. No obstante, en un pasaje se afirma que, para reforzar la flota danesa, ocho barcos de guerra ingleses se quedaron en Copenhague “el año antepenúltimo”, y otro pasaje alude a la concentración de la flota aliada para la expedición de Escania, efectuada “el verano pasado”. Como el primer suceso tuvo lugar en 1715, y el último hacia finales de verano de 1716, es evidente que el panfleto fue escrito y publicado en la primera parte del año de 1717. El tratado defensivo entre el Reino Unido y Suecia, cuyos artículos comenta el panfleto en forma de preguntas, se concertó en 1700 entre Guillermo III y Carlos XII, y no expiraría hasat 1719. Sin embargo, durante casi todo este período vemos al Reino Unido ayudando continuamente a Rusia y luchando contra Suecia, ya sea con intrigas secretas o abiertamente,

aunque el tratado nunca fue rescindido ni llegara a declararse la guerra. Este hecho es, tal vez, aún menos extraño que la *conspiration de silence* con que los historiadores modernos han logrado ocultarlo, entre los cuales se cuentan historiadores nada parcos en censura contra el gobierno británico de aquella época por haber destruido la flota española en aguas de Sicilia^[45] sin una previa declaración de guerra. Pero entonces, por lo menos, el Reino Unido no estaba ligado a España por un tratado defensivo. ¿Cómo, pues, explicar esta postura tan opuesta en casos similares? La piratería cometida contra España fue una de las armas empuñadas por los ministros whigs que abandonaron el gabinete en 1717, para importunar a sus restantes colegas. Cuando estos últimos instaron al parlamento, en 1718, a declarar la guerra a España, sir Robert Walpole se levantó de su asiento en los comunes, y en un virulento discurso denunció los últimos actos ministeriales “como contrarios a las leyes de las naciones y un incumplimiento de solemnes tratados”. “Sancionarlos del modo propuesto —dijo— no puede tener otro objeto que proteger a ministros conscientes de haber hecho algo erróneo, y que, después de iniciar una guerra contra España, ahora quieren convertirla en la guerra del parlamento.” Como la traición a Suecia y la complicidad con los planes de Rusia nunca se convirtió en un pretexto ostensible para una pelea doméstica entre los dirigentes whigs (bastante unánimes sobre estos puntos), ni traición ni complicidad obtuvieron los honores de crítica histórica tan aireada sobre el incidente con España.

La mejor manera de ver la afición de los historiadores modernos a recibir consignas de los intrigantes oficiales es la de leer sus reflexiones sobre los intereses comerciales del Reino Unido con respecto a Rusia y Suecia. Nada ha sido más exagerado que las dimensiones del comercio abierto a Gran Bretaña por el enorme mercado de la Rusia de Pedro el grande y sus inmediatos sucesores. Afirmaciones carentes del más mínimo sentido crítico se han ido trasladando de un estante a otro de las bibliotecas, hasta convertirse por fin en mobiliario histórico, que sucesivos historiadores irían heredando sin darles siquiera el *beneficium inventarii*. Algunas cifras estadísticas incontrovertibles bastarán para eliminar estos falsos lugares comunes.

COMERCIO BRITÁNICO ENTRE 1697-1700

	<i>Libras</i>
Exportaciones a Rusia	58 884
Importaciones de Rusia	112 252
Total	171 136

Exportaciones a Suecia	57 555
Importaciones de Suecia	<u>212 094</u>
Total	269 649

Durante el mismo período la totalidad de las exportaciones del Reino Unido ascendía a	3 525 906
Importaciones	<u>3 482 586</u>
Total	7 008 492

En 1716, después de que cayeran en manos de Pedro I todas las provincias suecas del Báltico y de los golfos de Finlandia y Botnia, las exportaciones e importaciones con Rusia eran:

Exportaciones	113 154
Importaciones	<u>197 270</u>
Total	310 424

Exportaciones a Suecia	24 101
Importaciones de Suecia	<u>136 959</u>
Total	161 060

En la misma época, la totalidad de exportaciones e importaciones británicas alcanzó la cifra de 10 000 000 de libras esterlinas. Comparándola con la de 1697-1700, se verá que el incremento del comercio con Rusia queda equilibrado con la disminución del comercio con Suecia, y que lo añadido a uno fue sustraído al otro.

En 1730, éstas fueron las cifras:

Exportaciones a Rusia	46 275
Importaciones de Rusia	<u>258 802</u>
Total	305 077

Así pues, quince años después de la consolidación de la posición moscovita en el Báltico, el comercio británico con Rusia había descendido en 5 347 libras esterlinas. Como el comercio general del Reino Unido alcanzó en 1730 la suma de 16 329 001 libras esterlinas, el comercio con Rusia no llegó a 1/53 parte del valor total. Treinta años después, en 1760, la contabilidad entre Gran Bretaña y Rusia está así:

Exportaciones a Rusia	39 761
Importaciones de Rusia	536 504
Total	576 265

mientras que el comercio general del Reino Unido totalizaba 26 361 760 libras esterlinas. Comparando estas cifras con las de 1706, vemos que el total del comercio con Rusia, después de casi un siglo, se ha incrementado en la insignificante suma de 265 841 libras. Que Gran Bretaña sufrió pérdidas positivas en sus nuevas relaciones comerciales con Rusia bajo Pedro I y Catalina I resulta evidente al comparar, por un lado, las cifras de exportaciones e importaciones, y por otro, las sumas gastadas en las frecuentes expediciones navales al Báltico que Gran Bretaña emprendió durante el reinado de Carlos XII, a fin de vencer su resistencia a Rusia, y, después de su muerte, por la confesada necesidad de vigilar las aventuras marítimas de Rusia.

Otra ojeada a los datos estadísticos de los años 1697, 1700, 1716, 1730 y 1760, muestra que el comercio británico de exportación a Rusia disminuía continuamente, excepto en 1716, cuando Rusia absorbió todo el comercio sueco de la costa oriental del Báltico y el golfo de Botnia, y aún no había encontrado la oportunidad de someterlo a sus propios reglamentos. De 58 884 libras esterlinas, cifra de las exportaciones británicas a Rusia durante los años 1697-1700, cuando Rusia no tenía salida al Báltico, bajó a 46 275 en 1730, y a 39 761 en 1760, mostrando una disminución de 19 123; o sea, alrededor de una tercera parte de la cantidad original en 1700. Así pues, si desde la absorción de las provincias suecas por parte de Rusia el mercado británico aumentó su demanda de materias primas rusas, el mercado ruso se mostró reacio a comprar manufacturas británicas, circunstancia que no parecía favorable a dicho comercio en unos momentos de pleno auge de la doctrina de la balanza comercial. Buscar el origen del incremento del comercio anglo-ruso en tiempos de Catalina II nos apartaría demasiado del período que estamos considerando.

Así pues, llegamos, en general, a las siguientes conclusiones: durante los primeros sesenta años del siglo xviii, el comercio total anglo-ruso constituyó una fracción diminuta del comercio general del Reino Unido, digamos que menos de 1/45 parte. Su incremento repentino durante los primeros años del dominio ruso en el Báltico no afectó en absoluto la balanza general del comercio británico, ya que fue una simple transferencia de la cuenta sueca a la cuenta rusa. En los últimos tiempos de Pedro I, así como bajo sus inmediatas sucesoras, Catalina I y Ana, el comercio anglo-ruso decayó sensiblemente; durante toda la época, a partir de la instalación definitiva de Rusia en las provincias del Báltico, la exportación de productos británicos a Rusia

disminuyó continuamente, de manera que al final era solamente una tercera parte del volumen original cuando dicho comercio aún estaba limitado al puerto de Arkángel. Ni los contemporáneos de Pedro I, ni la siguiente generación británica cosecharon ningún beneficio del avance de Rusia a las orillas del Báltico. En general, el comercio de Gran Bretaña en el Báltico era insignificante en relación con la capital, pero importante respecto a su carácter. Proporcionaba al Reino Unido las materias primas para sus almacenes marítimos. Que, desde este último punto de vista, el Báltico era más seguro en manos de Suecia que en poder de Rusia, fue demostrado no sólo por los panfletos que aquí reproducimos, sino por las declaraciones de los propios ministros británicos. Por ejemplo, Stanhope escribió a Townshend el 16 de octubre de 1716: "Es seguro que si nadie le pone obstáculos durante tres años, el zar será dueño absoluto en aquellos mares."²¹

Pero si ni la navegación ni el comercio general del Reino Unido estaban interesados en prestar ayuda a los solapados planes de Rusia contra Suecia, existía, en cambio, una pequeña fracción de comerciantes británicos cuyos intereses eran idénticos a los rusos: la Compañía de comercio rusa.^[46] Fueron ellos quienes clamaron contra Suecia. Véase, por ejemplo:

Los comerciantes ingleses han sido víctimas de varias ofensas durante su estancia en los dominios del rey de Suecia, hecho que prueba lo peligroso que puede ser para la nación británica depender de Suecia sólo para el suministro de los almacenes navales, cuando se podría comerciar con almacenes similares en los dominios del emperador de Rusia.

[“El caso de los comerciantes que operan en Rusia”, una petición al parlamento, etcétera.]

Fueron ellos los que en los años 1714, 1715 y 1716 se reunieron regularmente dos veces por semana antes de la apertura del parlamento, para expresar en mítines públicos las quejas de los comerciantes británicos contra Suecia. Los ministros se fiaron de esta reducida fracción; incluso se preocuparon de apoyar sus demostraciones, como puede verse por las cartas dirigidas por el conde Gyllenborg al barón Görtz, fechadas el 4 de noviembre y el 4 de diciembre de 1716, para que no les faltase ni la sombra de un pretexto para llevar adonde se les antojara a su “mercenario parlamento”, como lo llama Gyllenborg. La influencia de estos comerciantes británicos que operaban en Rusia

²¹ En el año 1657, cuando las cortes de Dinamarca y Brandenburgo acudieron a los moscovitas para invadir Suecia, instruyeron a su ministro que llevase el asunto de modo que el zar no pudiese instalarse en el Báltico, porque “no sabrían qué hacer con un vecino tan molesto”. (Véase *Historia de Brandenburgo*, de Puffendorf.)

se hizo patente de nuevo en el año 1765, y nuestra propia época ha sido testigo del caso de un comerciante ruso que trabajaba para su propio interés en el Ministerio de comercio, y del de un canciller del Exchequer, en interés de un primo empleado en el comercio de Arkángel.

La oligarquía que, después de la "Gloriosa", usurpó la riqueza y el poder a costa del pueblo británico, se vio naturalmente en la necesidad de buscar aliados, no sólo en el extranjero, sino también en nuestro propio país. Los encontraron en lo que los franceses llamarían *la haute bourgeoisie*, representada por el Banco de Gran Bretaña, los prestamistas, los acreedores del estado, la compañía de las Indias Orientales y otras compañías mercantiles, los grandes fabricantes, etc. Con qué aplicación administraron los intereses materiales de esa clase puede verse en toda su legislación doméstica: leyes bancarias, leyes proteccionistas, reglamentos de los pobres, etc. En cuanto a su *política exterior*, quisieron darle por lo menos la apariencia de estar totalmente dirigida por el interés mercantil, apariencia tanto más fácil de conseguir cuanto que el interés exclusivo de una u otra pequeña fracción de dicha clase se identificaría siempre con esta o aquella medida ministerial. Entonces la fracción interesada clamaba por el comercio y la navegación, y la nación la coreaba estúpidamente.

Así pues, por aquella época incumbía al gabinete el *onus* de inventar *pretextos mercantiles*, por fútiles que fueran, para sus medidas de política exterior. En nuestra propia época, los ministros británicos han traspasado esta carga a las naciones extranjeras, dejando a los franceses, los alemanes, etc., la molesta tarea de descubrir los motivos *secretos* y *ocultos* de sus acciones. Lord Palmerston, por ejemplo, da un paso en apariencia muy perjudicial para los intereses materiales de Gran Bretaña. Al otro lado del Atlántico, o del canal, o en el corazón de Prusia, surge un filósofo del estado que se devana los sesos tratando de desentrañar los misterios del maquiavelismo mercantil de la "pérfida Albión", del cual se supone a Palmerston ejecutor resuelto y sin escrúpulos. Demostraremos, *en passant*, con algunos ejemplos recientes, las desesperadas maniobras a que se han visto impulsados aquellos extranjeros que se sienten obligados a interpretar los actos de Palmerston según su idea de lo que debe ser la política comercial británica. En su valiosa obra *Histoire Politique et Sociale des Principautés Danubiennes*, Elias Regnault, sorprendido por la conducta rusa de antes y durante los años 1848-1849, de míster Colquhoun, cónsul británico en Bucarest, sospecha que Gran Bretaña tiene algún interés material secreto en impedir el desarrollo del comercio de los principados. El extinto doctor Cunibert, médico particular del viejo Milosh, aporta, en su relato más interesante de las intrigas rusas en Servia, una curiosa

descripción del modo en que lord Palmerston, a través del coronel Hodges, vendió a Milosh^[47] a Rusia mientras fingía protegerle contra ella. Completamente seguro de la integridad personal de Hodges, y del celo patriótico de Palmerston, el doctor Cunibert va un poco más lejos que Elias Regnault. Sospecha que el Reino Unido está interesado en perjudicar al comercio turco. El general Mieroslowski,^[48] en su última obra sobre Polonia, llega casi a insinuar que el maquiavelismo mercantil indujo a Gran Bretaña a sacrificar su propio *prestigio* en Asia Menor, renunciando a Kars.^[49] Como último ejemplo pueden servir las recientes elucubraciones de los diarios parisienses, al acecho de las fuentes secretas de los celos comerciales que inducen a Palmerston a oponerse a la apertura del istmo del canal de Suez.^[50]

Pero volvamos a nuestro tema. El pretexto mercantil inventado por los Townshend, Stanhope, etc., para las demostraciones hostiles contra Suecia, fue el siguiente: hacia fines de 1713, Pedro I ordenó que todo el cáñamo y otros productos de sus dominios destinados a la exportación fuesen llevados a San Petersburgo en lugar de a Arkángel. Entonces la regencia sueca, durante la ausencia de Carlos XII, y el propio Carlos XII, a su regreso de Bender, declaró el bloqueo a todos los puertos bálticos ocupados por los rusos. En consecuencia, los barcos ingleses que rompían el bloqueo eran confiscados. El ministerio británico hizo público entonces que los comerciantes de su país tenían derecho a comerciar en aquellos puertos según el artículo XVII del tratado defensivo de 1700, en virtud del cual se permitía al comercio británico, con excepción del contrabando de guerra, operar en los puertos del enemigo. Como la falsedad y lo absurdo de este pretexto están claramente expuestos en el panfleto que reproducimos a continuación, sólo observaremos que el caso se había fallado más de una vez en contra de las naciones comerciales, no ligadas por tratado, como Gran Bretaña, a defender la integridad del imperio sueco. En el año de 1561, cuando los rusos tomaron Narva, e hicieron lo posible para establecer allí su comercio, las ciudades hanseáticas, principalmente Lübeck, intentaron dominar este tráfico. Eric XIV, entonces rey de Suecia, se resistió a estas pretensiones. La ciudad de Lübeck consideró esta resistencia como algo insólito, ya que desde tiempo inmemorial había comerciado con los rusos, y apeló al derecho común de las naciones de navegar en el Báltico, a condición de que sus navíos no llevaran contrabando de guerra. El rey contestó que no ponía en duda la libertad de las ciudades hanseáticas de comerciar con Rusia, sino sólo con Narva, que no era un puerto ruso. Nuevamente en el año de 1579, como los rusos habían renovado las hostilidades con Suecia, los daneses recordaron también su derecho de navegación a Narva, en virtud de

su tratado, pero el rey Johan demostró la misma firmeza que su hermano Eric al sostener lo contrario.

En sus abiertas demostraciones de hostilidad contra el rey de Suecia, así como en el falso pretexto en que se fundaban, el Reino Unido parecía seguir el ejemplo de los Países Bajos, que declarando un acto de piratería la confiscación de sus barcos, había publicado dos proclamações contra Suecia en 1714.

En un respecto, el caso de la legislación de los Países Bajos era el mismo que la del Reino Unido. El rey Guillermo había concertado el tratado de defensa tanto con los Países Bajos como con Gran Bretaña. Además, el artículo XVI del tratado de comercio, concertado entre los Países Bajos y Suecia en 1703, estipulaba expresamente que no debía permitirse ninguna clase de navegación a los puertos bloqueados por uno de los aliados. El principio entonces común en los Países Bajos de que "nadie podía impedir a los comerciantes que llevaran su mercancía adonde quisieran" era tanto más impertinente cuanto que, durante la guerra que terminó con la paz de Riswick,^[51] la república de los Países Bajos había declarado el bloqueo a Francia, había prohibido a las potencias neutrales todo comercio con dicho reino, e interceptado todos los barcos que se dirigían a Francia o procedían de ella, sin tener en cuenta su cargamento.

En otro respecto, la situación de los Países Bajos era diferente de la de Gran Bretaña. Perdida su grandeza comercial y marítima, los Países Bajos habían entrado ya en su época de decadencia. Como Génova y Venecia, la apertura de nuevas rutas comerciales supuso el eclipse de su antigua supremacía mercantil. Se vieron forzados a prestar su capital a otras naciones, que ya era demasiado importante para los navíos de su propio comercio. Empezaron a inclinarse hacia donde podían obtener mayores intereses. Rusia, por lo tanto, resultó ser un inmenso mercado, menos por su comercio que por su gasto en capital y en hombres. Hasta el momento actual, los Países Bajos han continuado siendo el banquero de Rusia. En la época del zar Pedro suministraron a Rusia barcos, oficiales, armas y dinero, hasta el punto que su flota, como observa un escritor contemporáneo, hubiera debido llamarse holandesa más que moscovita. Se ufanaban de haber enviado el primer barco mercante europeo a San Petersburgo, y de haber obtenido del zar Pedro los privilegios comerciales con la misma adulación mezquina que caracteriza sus relaciones con Japón.^[52] Aquí pues, había unos cimientos mucho más sólidos que en Gran Bretaña para la rusificación de los estadistas, a los que Pedro tendió una trampa durante su estancia en Amsterdam y La Haya en 1697, con los que después siguió comunicándose por medio de sus embajadores, y con quienes renovó su influencia personal durante otra estancia en Amster-

dan en 1716-1717. Sin embargo, si se considera la fuerte influencia que el Reino Unido ejerció sobre los Países Bajos durante el primer decenio del siglo XVIII no puede caber la menor duda de que las proclamaciones contra Suecia por parte de los Estados generales nunca hubieran sido publicadas sin el consentimiento previo y la instigación del Reino Unido. Las íntimas relaciones existentes entre los gobiernos de Gran Bretaña y Países Bajos sirvieron más de una vez al primero para sentar precedentes en nombre de los Países Bajos, pero de acuerdo con los cuales estaban resueltos a actuar en nombre de Gran Bretaña. Por otra parte, no es menos cierto que los estadistas de los Países Bajos fueron empleados por el zar para influir en los estadistas británicos. Así Horace Walpole, hermano del "Padre de la corrupción", el cuñado del ministro, Townshend, y el embajador británico en La Haya durante 1715-1716, fueron evidentemente embaucados por sus amigos de los Países Bajos en favor de los rusos. Y como pronto veremos, Theyls, secretario de la embajada de los Países Bajos en Constantinopla, trabajaba al mismo tiempo para las embajadas de Gran Bretaña y los Países Bajos ante la Sublime puerta, durante el período más crítico de la lucha a muerte entre Carlos XII y Pedro I. El tal Theyls, en un escrito suyo, declara abiertamente que es un mérito de su nación haber sido el devoto y recompensado agente de las intrigas rusas.

CAPÍTULO CUARTO

El tratado defensivo concertado en el año 1700, entre su extinta Majestad, el rey Guillermo, de gloriosa memoria, y Su Majestad el rey de Suecia, Carlos XII. Publicado por expreso deseo de varios miembros de ambas cámaras del parlamento.^[53]

*Nec rumpite foedera pacis,
Nec regnis praeferte fidem.*^[54]

Sila, Lip. II.

Artículo I. Establece entre los reyes de Suecia y el Reino Unido una perpetua amistad, sincera y constante, una liga en buena correspondencia, de modo que jamás molestarán mutuamente o por separado sus reinos, provincias, colonias o súbditos, dondequiera que estén situados, *ni permitirán o aprobarán que otros lo hagan, etcétera.*

Artículo II. Además, cada uno de los aliados, sus herederos y sucesores, estarán obligados a proteger y desarrollar, con todos los medios a su alcance, el provecho y el honor del otro, a detectar y advertir a su aliado (en cuanto llegue a su conocimiento) de todos los peligros inminentes, conspiraciones y designios hostiles dirigidos contra él, a luchar contra ellos en la medida de lo posible y a evitarlos mediante consejo y ayuda; y, por consiguiente, *no será legal que ninguno de los aliados, ya sea por sí solo o con el concurso de algunos más, hagan o intenten algo en perjuicio del otro o que le acarree pérdidas en sus tierras o dominios, cualesquiera y dondequiera que estén, ya sea por tierra o por mar; ninguno de los dos favorecerá de algún modo a los enemigos del otro, si redunda en su perjuicio, etcétera.*

Pregunta I. ¿Corresponden las palabras en cursiva con nuestra conducta actual, cuando nuestra flota actúa en unión de los enemigos de Suecia, *el zar manda nuestra flota, nuestro almirante acude a consejos de guerra, y no sólo está enterado de todos sus designios, sino que junto con nuestro propio ministro en Copenhague* (como el rey de Dinamarca ha confesado en una declaración pública) *animó a los aliados del Norte a una empresa enteramente destructiva para nuestra aliada Suecia, como era la proyectada invasión de Escania el verano pasado?*

Pregunta II. ¿De qué modo podemos explicar el pasaje del primer artículo en el que se estipula que un aliado no puede hacer o intentar algo en perjuicio del otro o que le acarree pérdida en sus tierras y dominios; para justificar en particular que en el año 1715, cuando la estación estaba demasiado avanzada para aducir el pretexto habitual de acompañar y proteger nuestro comercio, que entonces ya había llegado a su destino sano y salvo, dejásemos ocho barcos de guerra en el Báltico, con órdenes de unirse a la línea de batalla de los daneses, con lo cual les hacíamos muy superiores en

número a la flota sueca, que no pudo acudir en socorro de Stralsund, por lo que fuimos *nosotros la causa de que Suecia perdiese la totalidad de sus provincias prusianas*, e incluso del *extremo peligro que corrió la persona del rey de Suecia*, al cruzar el mar antes de la rendición de la ciudad?

Artículo m. Por un tratado defensivo especial, los reyes de Suecia y Gran Bretaña se comprometen mutuamente “a una estricta alianza, para defenderse a sí mismos, así como a sus reinos, territorios, provincias, estados, súbditos, posesiones, y también sus derechos y libertades de navegación y comercio, tanto en el mar del Norte, el Occidental y el Británico, comúnmente llamado el Canal, el Báltico y el Sund; así como los privilegios y prerrogativas pertenecientes a cada uno de los aliados en virtud de tratados y convenios, costumbres heredadas, leyes de las naciones, derecho hereditario, contra cualquier agresor o invasor de Europa por mar o por tierra, etcétera.

Pregunta. Siendo según la ley de las naciones derecho y prerrogativa indiscutibles de cualquier rey o pueblo, en caso de una gran necesidad o ruina inminente, utilizar todos los medios que ellos juzguen más convenientes para su preservación; habiendo sido además prerrogativa y práctica constante de los suecos durante varios cientos de años, en caso de una guerra con sus más terribles enemigos, los moscovitas, prohibir todo comercio con ellos en el Báltico; y puesto que también se estipula en este artículo que, entre otras cosas, *un aliado debe defender las prerrogativas pertenecientes al otro, incluso por costumbres heredadas y la ley de las naciones*: ¿cómo es que ahora nosotros, cuando el rey de Suecia está más necesitado que nunca de tal prerrogativa, no sólo la disputamos, sino que la usamos como pretexto para una abierta hostilidad contra él?

Artículos iv, v, vi v vii. Establecen el número de fuerzas de los ejércitos auxiliares que Gran Bretaña y Suecia deben enviarse mutuamente en caso de invasión del territorio de una de las dos potencias, o si su navegación es “obstaculizada o interceptada” en uno de los mares enumerados en el artículo m. La invasión de las provincias *prusianas* de Suecia está expresamente incluida como un *casus foederis*.

Artículo viii. Se estipula que el aliado que no sea atacado actuará primero como un mediador pacífico; pero si la mediación fracasa, “las fuerzas mencionadas se enviarán sin demora; y los confederados no desistirán hasta que la parte atacada haya encontrado plena satisfacción en todo”.

Artículo ix. Dicho aliado requiere la “ayuda estipulada, y *elija*, si quiere, las fuerzas mencionadas o una ayuda mayor, ya sea en soldados, barcos, munición o dinero”.

Artículo x. Los barcos y ejércitos servirán “bajo el mando de quien los ha requerido”.

Artículo xi. Pero si ocurre que las fuerzas mencionadas no guardan proporción con el peligro, suponiendo que tal vez el agresor cuenta con la ayuda de las fuerzas de sus confederados, entonces uno de los aliados, tras breve solicitud, estará obligado a ayudar al que ha sido atacado con tantas fuerzas como pueda reunir con seguridad y conveniencia, tanto por mar como por tierra...

Artículo xii. Será legal para ambos aliados y sus súbditos atracar sus

barcos de guerra en sus puertos respectivos y pasar el invierno en ellos. Negociaciones más precisas sobre este punto tendrán lugar en Estocolmo, pero "entre tanto, los artículos del tratado concertado en Londres, 1661, relativos a la navegación y el comercio seguirán en pleno vigor, igual que si estuvieran insertados aquí palabra por palabra".

Artículo xiii. . . . Los súbditos de cada uno de los aliados. . . no les servirán (a los enemigos de uno de los aliados) de ningún modo, ni en tierra ni en el mar, como marineros o soldados, y, por lo tanto, les será prohibido bajo pena de severo castigo.

Artículo xiv. Si uno de los reyes aliados. . . está en guerra con un enemigo común, o se ve amenazado por cualquier rey de los estados limítrofes. . . en sus propios reinos o provincias. . . , y pudiendo darse el caso de que aquel que requiere ayuda se vea obligado en virtud de este tratado a enviar ayuda: en tal caso el aliado amenazado no tendrá obligación de enviar la ayuda prometida. . .

Pregunta i. ¿No creemos en conciencia que el rey de Suecia ha sido atacado por todos sus enemigos del modo más injusto; y en consecuencia no estamos convencidos de que le debemos la ayuda estipulada en estos artículos; no nos la ha pedido él, y por qué le ha sido negada hasta ahora?

Pregunta ii. Dado que estos artículos establecen en los términos más claros el modo en que Gran Bretaña y Suecia deben ayudarse mutuamente, ¿puede uno de los dos aliados prescribir al otro, que requiere su ayuda, un modo de prestársela no expresado en el tratado?; y si el otro aliado no cree conveniente aceptar esta clase de ayuda, pero sigue insistiendo en el cumplimiento del tratado, ¿puede éste aprovechar la circunstancia como un pretexto, no sólo para negar la ayuda estipulada, sino también para tratar a su aliado de manera hostil, y unirse contra él con sus enemigos? Si esto no está justificado, y así nos lo dice el sentido común, ¿de qué modo se puede considerar razonable el argumento que alegamos para tratar al rey de Suecia como lo hacemos, *id est*, de que exigiendo un cumplimiento liberal de su alianza con nosotros, *no acepta el tratado de neutralidad para sus provincias prusianas*, que le propusimos hace algunos años, un tratado que, sin mencionar su parcialidad en favor de los enemigos de Suecia, y el hecho de que en él sólo tratábamos de asegurarnos nuestros propios intereses y de impedir cualquier disturbio en el imperio mientras estábamos en guerra con Francia, el rey de Suecia no tenía motivos para calificar como de buena fe, ya que debía concertarlo con los mismos enemigos que habían roto, cada uno de ellos, otros varios tratados al comenzar la presente guerra contra él, y que iba a ser garantizado por las potencias que habían garantizado los tratados incumplidos, sin haber hecho valer después su garantía?

Pregunta iii. ¿Cómo se puede conjugar la afirmación del artículo vii sobre que *al ayudar a nuestro aliado atacado no desistiremos hasta que haya hallado satisfacción en todo*, con nuestros esfuerzos en sentido contrario por ayudar a los enemigos de aquel príncipe, todos ellos agresores injustos, no sólo a arrebatarle una provincia tras otra, sino también a seguir tranquilamente en posesión de ellas, culpando además al rey de Suecia no someterse sumisamente?

Pregunta iv. El tratado concertado entre Gran Bretaña y Suecia en 1661, confirmado en el artículo xi, prohíbe expresamente que *uno de los aliados o sus súbditos* presten o vendan a los enemigos del otro barcos de guerra o barcos para la defensa; el artículo xiii del tratado actual prohíbe también expresamente a los súbditos de uno de los aliados *ayudar de cualquier modo a los enemigos del otro lo que resultaría en dificultades y pérdidas para dicho aliado*. ¿No habríamos acusado a los suecos del más grave incumplimiento de este tratado si, durante nuestra última guerra con los franceses, ellos les hubiesen prestado su propia flota, para facilitarles la ejecución de sus planes contra nosotros, o si, pese a nuestras esperanzas en contrario, hubiesen permitido a sus súbditos proporcionar a los franceses barcos de cincuenta, sesenta y setenta cañones? Pues bien, si recordamos en cuántas ocasiones nuestra flota ha ayudado últimamente a que se cumplan los designios de los enemigos de Suecia, incluso en los momentos más críticos, y que *el zar de Moscovia tiene actualmente en su flota más de una docena de barcos construidos en Gran Bretaña*, ¿no será muy difícil para nosotros excusar en nosotros mismos lo que sin duda hubiésemos condenado en otros?

Artículo xvii. La obligación no se extenderá hasta el punto de prohibir toda amistad y comercio mutuo con los enemigos de dicho aliado (el que requiere ayuda); porque, suponiendo que uno de los aliados envía sus auxilios y no está directamente involucrado en la guerra, será legal para sus súbditos comerciar con el enemigo del aliado que libra la guerra, y también negociar directamente con él todas las mercancías que no sean expresamente consideradas como contrabando, lo cual quedará establecido en un tratado comercial especial.

Pregunta i. Como este artículo es el único de los veintidós en cuyo cumplimiento tenemos ahora ocasión de insistir a los suecos, la cuestión es saber si nosotros hemos cumplido con respecto a Suecia todos los demás artículos, como era nuestro deber, y si al exigir al rey de Suecia el cumplimiento de este artículo, hemos prometido que por nuestra parte cumpliremos el resto; en caso contrario, ¿no pueden decir los suecos que nos quejamos injustamente del incumplimiento de un solo artículo, cuando tal vez nosotros somos culpables de haber violado los puntos más importantes o incluso actuado contra todo el tratado?

Pregunta ii. ¿La libertad de comercio de que en virtud de este artículo disfruta un aliado con los enemigos del otro no ha de tener limitación alguna en cuanto a tiempo y lugar? En suma, ¿puede ser extendida hasta el punto de destruir el mismo objeto de este tratado, que es garantizar la seguridad de los dos reinos?

Pregunta iii. Si en las últimas guerras los franceses se hubiesen adueñado de Irlanda o Escocia, y ya fuera en puertos nuevos, o en los antiguos, intentado por medio del comercio establecerse con mayor firmeza en su nueva conquista, nosotros, en tal caso, ¿hubiésemos considerado a los suecos nuestros verdaderos aliados y amigos de haber ellos insistido en este artículo para comerciar con los franceses en dichos puertos que antes nos pertenecían, y suministrarles productos necesarios para la guerra, e incluso barcos arma-

dos, con lo cual a los franceses les hubiera sido más fácil hostigarnos en la propia Gran Bretaña?

Pregunta iv. De haber intentado nosotros evitar este comercio tan perjudicial, y para lograrlo, interceptado todos los barcos suecos que se dirigieran a dichos puertos, ¿no habríamos protestado enérgicamente si los suecos hubiesen aprovechado el incidente para unir su flota a la francesa y ser así la causa de que perdiésemos alguno de nuestros dominios, e incluso hubiesen aprobado la invasión de nuestro país, poniendo su flota a disposición de los presuntos invasores?

Pregunta v. ¿No resultaría, después de un examen imparcial, que tal es exactamente el caso cuando nosotros insistimos en comerciar libremente en los puertos que el zar ha arrebatado a Suecia, y en nuestra conducta actual evitando el rey de Suecia intenta evitarlo?

Pregunta vi. ¿No hemos detenido y confiscado barcos suecos desde la época de Oliverio Cromwell hasta 1710, en todas nuestras guerras con Francia y los Países Bajos, aunque no se dirigían a puertos prohibidos, y en número mucho mayor de lo que lo han hecho los suecos con nuestros barcos, y han aprovechado los suecos esta circunstancia para unirse a nuestros enemigos, y enviar escuadras de barcos en su ayuda?

Pregunta vii. Si estudiamos atentamente el estado del comercio, y su funcionamiento durante muchos años, ¿no descubriremos que el comercio de los lugares arriba mencionados no era tan necesario para nosotros, al menos no tanto como lo debe ser la preservación de una nación protestante aliada, y mucho menos como para constituir una razón justa para *hacer la guerra a dicha nación, que, aunque no declarada, la ha perjudicado más que los esfuerzos combinados de todos sus enemigos?*

Pregunta viii. Si, como ocurrió hace dos años, este comercio se convirtió en más necesario que antes para nosotros, es fácil de probar que la única causa fue el hecho de que el zar nos obligase a renunciar a nuestra antigua ruta comercial a Arkángel, y a dirigimos a San Petersburgo, y el hecho de que nosotros accediéramos a ello. ¿No tendríamos, pues, que achacar todos los inconvenientes que esto nos ha ocasionado a la persona del zar y no a la del rey de Suecia?

Pregunta ix. ¿No volvió a permitimos el zar, en las primicias de 1715, comerciar por la antigua ruta de Arkángel, y no recibieron nuestros ministros noticia de ello mucho antes de que nuestra flota fuese enviada aquel año para proteger nuestro *comercio de Petersburgo*, que en virtud de la decisión del zar, volvía a ser tan innecesario como antes?

Pregunta x. ¿No declaró el rey de Suecia que si abandonábamos el comercio de *San Petersburgo*, etc., que él consideraba ruinoso para su nación, no pondría obstáculo alguno a nuestro comercio, ni en el Báltico ni en ninguna otra parte; pero que si no le dábamos esta mínima prueba de amistad, él no sería la causa de que pagasen los inocentes por los pecadores?

Pregunta xi. Nuestra insistencia en seguir comerciando en los puertos prohibidos por el rey de Suecia, lo cual, además de sernos innecesario, constituye apenas la décima parte de nuestro comercio en el Báltico, ¿no ha ocasionado grandes peligros para nuestros barcos, y enormes gastos en flotas de

protección? Nuestra unión con los enemigos de Suecia justifica plenamente el resentimiento de Su Majestad, ¿lo ha llevado al extremo de confiscar sin distinción todos nuestros barcos y efectos, dondequiera que los encontrase, ya fuese dentro o fuera de sus reinos?

Pregunta XII. Si no fuésemos tan aficionados a nuestro comercio con los puertos del Norte en general, ¿no sería mejor política considerar los riesgos que amenazan a dicho comercio con la inminente ruina de Suecia, y con el hecho de que el zar se está convirtiendo en el único dueño del Báltico y de todos los productos navales que allí obtenemos? ¿No hemos sufrido mayores dificultades y pérdidas en dicho comercio por culpa del zar, que en el comercio que sólo ascendió a unas sesenta mil libras (de las cuales, podrían discutirse las dos terceras partes) y que nos obligó a enviar al Báltico veinte barcos de guerra con órdenes de atacar a los suecos dondequiera que los encontraran? Y, sin embargo, este mismo zar, este ambicioso y peligroso príncipe, ¿no ostentó el mando de toda la flota confederada, como se llamó, cuya mayor parte la constituían nuestros barcos? Es el primer ejemplo en la historia de un potentado extranjero ostentando el mando de la flota británica, el baluarte de nuestra nación; ¿y no acompañaron después nuestros barcos de guerra a los barcos que transportaban las tropas del zar, a su regreso de Seeland, protegiéndolas de la flota sueca, que de otro modo les hubiera causado grandes descabros?

Pregunta XIII. Supongamos ahora que, por el contrario, hubiésemos atendido las grandes y frecuentes quejas de nuestros comerciantes respecto a los malos tratos que reciben del zar, y que hubiésemos enviado a nuestra flota a demostrar nuestro descontento a dicho príncipe, evitando así sus ambiciosos y perniciosos designios incluso para con nosotros, ayudando a Suecia según este tratado, y restaurando la paz en el Norte. ¿No hubiera sido todo ello más beneficioso para nosotros, más necesario, honorable y justo, y más conforme con nuestro tratado?; ¿y no se hubieran podido emplear mejor las cien mil libras que han costado a la nación nuestras expediciones del Norte?

Pregunta XIV. Si preservar y asegurar nuestro comercio contra los suecos ha sido el único y verdadero objeto de todas nuestras medidas en lo referente a los problemas del Norte, ¿por qué dejamos hace dos años ocho barcos de guerra en el Báltico y en Copenhague, cuando ya no teníamos ningún comercio que proteger, y por qué el verano pasado el almirante Norris, aunque él y los de los Países Bajos contaban, en conjunto, con veintiséis barcos de guerra, y eran en consecuencia demasiado fuertes para que los suecos intentasen algo contra nuestro comercio protegido por su convoy; por qué permaneció en el Sund dos meses enteros de la mejor estación, sin acompañar a nuestros comerciantes y a los de los Países Bajos a los diversos puertos donde debían hacer escala, con lo cual permanecieron en el Báltico hasta época tan tardía que su regreso fue extremadamente peligroso, tanto para sus barcos de guerra como para los nuestros? ¿No es probable que el mundo piense que las esperanzas de obligar al rey de Suecia a firmar una paz infame y desventajosa, por la cual se agregarían a los dominios de Hannover los ducados de Bremen y Verden, o cualquier otra ambición,

ajena, si no contraria a los verdaderos intereses de Gran Bretaña, ha tenido mayor influencia sobre todos estos actos de nuestra conducta que *el pretendido apoyo a nuestro comercio?*

Artículo xviii. Dado que parece conveniente para la preservación de la libertad de navegación y comercio en el mar Báltico el mantenimiento de una firme y exigente amistad entre los reyes de Suecia y Dinamarca, los anteriores reyes de Suecia y Dinamarca se comprometieron mutuamente, no sólo en los públicos artículos de paz elaborados en el campamento de Copenhague el 27 de mayo de 1660, y en las ratificaciones del convenio intercambiado entre ellos, a observar sagrada e inviolablemente todas y cada una de las cláusulas contenidas en dicho convenio, sino que también declararon juntos a... Carlos II, rey de Gran Bretaña... un poco antes de que se concertase el tratado entre Gran Bretaña y Suecia en el año 1665, que se atenderían sinceramente... a todos... los artículos de dicho tratado de paz... a lo cual Carlos II, con la aprobación y consentimiento de los mencionados reyes de Suecia y Dinamarca, se comprometió a garantizar dichos convenios, un tiempo después del tratado concertado entre el Reino Unido y Suecia del 1 de marzo de 1665, o sea, el 9 de octubre de 1665... Tras lo cual, un instrumento de paz entre... los reyes de Suecia y Dinamarca fue concertado poco después de éstos en Lunden, Escania, en 1679, que contiene una expresa repetición y confirmación de los tratados concertados en Roskild, Copenhague y Westfalia; por consiguiente... el rey de Gran Bretaña se compromete por la fuerza de este tratado... a que si uno de los dos reyes, de Suecia y Dinamarca, consintiera en la violación de todos los artículos o de uno o varios de ellos, y en consecuencia, si uno de los dos reyes causara el perjuicio de la persona, provincias, territorios, islas, bienes, dominios y derechos del otro, que por la fuerza de los convenios tantas veces referidos y concertados en el campamento de Copenhague el 27 de mayo de 1660, como también los concertados en el... de paz en Lunden, Escania, en 1679, fueron atribuidos a quienquiera que estuviese interesado y comprendido en las palabras de la paz; si alguno de ellos maquinase, conviniese secretamente o intentase provocaciones, daños o violencia por las armas, entonces el... rey de Gran Bretaña... procederá ante todo, con su intervención, a hacer las veces de amigo y aliado real, procurando que no sean violados los ya mencionados convenios y todos los artículos contenidos en ellos, y, por lo tanto, la preservación de la paz entre ambos reyes; pero si después, el rey que ha iniciado las provocaciones, contrarias a todos los acuerdos y a los artículos comprendidos en ellos, no acepta las advertencias... entonces el rey de Gran Bretaña... ayudará al rey perjudicado como ha quedado establecido y convenido en los presentes acuerdos entre los reyes de Gran Bretaña y Suecia.

Pregunta. ¿No nos dice claramente este artículo cómo superar los obstáculos que podría encontrar nuestro comercio en el Báltico, en caso de una disputa entre los reyes de Suecia y Dinamarca, obligando a estos dos príncipes a cumplir con todos los tratados de paz concertados entre ellos desde 1660-1670, y en caso de que uno de ellos actuara de modo hostil contra dichos tratados, ayudando al otro contra el agresor? ¿Por qué, entonces, no utilizamos tan justo remedio contra un mal que tanto nos per-

judica? ¿Puede alguien, por parcial que sea, negar que el rey de Dinamarca, aunque en apariencia amigo sincero del rey de Suecia desde la paz de Travendal hasta que salió de Sajonia contra los moscovitas, se volvió contra él inmediatamente después, aprovechándose injustamente de la fatal batalla de Pultava? ¿No es, pues, el rey de Dinamarca el violador de todos los tratados mencionados, y en consecuencia el verdadero responsable de los obstáculos con que tropieza nuestro comercio en el Báltico? ¿Por qué, en nombre de Dios, no ayudamos a Suecia contra él, en obediencia a este artículo, y por qué, en cambio, nos declaramos abiertamente en contra del perjudicado rey de Suecia, le enviamos insolentes y amenazadores documentos a propósito de la menor ventaja que consiga sobre sus enemigos, como hicimos el verano pasado cuando penetró en Noruega, e incluso ordenamos a nuestra flota que actúe abiertamente contra él en unión de los daneses?

Artículo xix. Existirá una “más estricta confederación y unión entre los mencionados reyes de Gran Bretaña y Suecia en el futuro, *para la defensa y preservación de la religión protestante, evangélica y reformada*”.

Pregunta 1. ¿Cómo nos unimos a Suecia, de acuerdo con este artículo, para *afianzar, proteger y preservar la religión protestante*? ¿No permitimos que dicha nación, que siempre ha sido un baluarte de esta religión, sea destruida despiadadamente? ¿*No contribuimos nosotros mismos a su destrucción*? ¿Y por qué todo esto? Porque nuestros comerciantes han perdido barcos por valor de sesenta mil libras. *Esta pérdida, y no otra, fue la pretendida razón de que, en el año 1715, enviásemos nuestra flota al Báltico, con un costo de doscientas mil libras*; y en cuanto a lo que han sufrido desde entonces nuestros comerciantes, aunque lo atribuyamos a nuestras amenazadoras cartas, así como a las abiertas hostilidades contra el rey de Suecia, no tendremos más remedio que admitir que el resentimiento de dicho príncipe ha sido muy moderado.

Pregunta 2. ¿Cómo podrán otros príncipes, y especialmente los protestantes como nosotros, confiar en nuestra sinceridad cuando les queremos hacer creer en nuestro celo al gastar millones de vidas y dinero por el interés protestante, pero sólo por una de sus ramas, *me refiero a la sucesión protestante aquí*, cuando ven que al poco tiempo de tener lugar dicha sucesión, nosotros, por sólo sesenta mil libras (porque no debemos olvidar que esta mísera suma fue nuestro primer pretexto para enemistarnos con Suecia), nos disponemos a socavar los mismos cimientos de dicho interés general, contribuyendo como lo hacemos a sacrificar enteramente a Suecia, el antiguo y sincero protector de los protestantes, entregándola a merced de sus vecinos, algunos de los cuales son papistas declarados, otras cosas peores, y algunos sólo tibios protestantes?

Artículo xx. Por consiguiente, para que en este acuerdo se establezca una fe recíproca de los aliados y su perseverancia en lo convenido... los dos reyes arriba mencionados se comprometen mutuamente y declaran que... no se apartarán ni un ápice del genuino buen sentido de todos y cada uno de los artículos de este tratado bajo ningún pretexto de amistad, provecho, tratado anterior, acuerdo y promesa, o bajo ninguna bandera;

sino que ejecutarán fiel y completamente, ya por sí solos o con sus ministros o súbditos, todo cuanto han prometido en este tratado... sin ninguna vacilación, excepción o excusa...

Pregunta I. Puesto que este artículo da por sentado que en el momento de concertar el tratado no teníamos ningún compromiso contrario a él, y que sería muy injusto que después, mientras este tratado continuase en vigor, es decir durante dieciocho años a partir del día de su firma, contrajéramos compromisos de tal clase, ¿cómo podemos justificar ante el mundo nuestra reciente conducta hostil al rey de Suecia, que en apariencia obedece a un tratado nuestro con los enemigos de dicho príncipe, o *se debe a alguna corte que en la actualidad controle nuestras medidas?*

Pregunta II. Las palabras de este artículo... ¿cómo, en nombre del honor, la fe y la justicia, corresponden a los *mezquinos y lastimosos pretextos* de que nos servimos ahora, no sólo para no ayudar a Suecia tal como estipula este tratado, *sino también para obrar con tanta energía para destruirla?*

Artículo XXI. Este tratado durará dieciocho años, antes de cuyo término los reyes aliados pueden... renovarlo.

Ratificación del susodicho tratado. Nosotros, después de ver y considerar este tratado, lo aprobamos y confirmamos en todos y cada uno de sus artículos y cláusulas actuales. Aprobamos lo mismo para nosotros, nuestros herederos y sucesores; asegurando y dando nuestra real palabra de que cumpliremos y observaremos sinceramente y de buena fe todos los compromisos en él contenidos, y para mejor confirmación de ello hemos ordenado que se estampe en él nuestro gran sello de Gran Bretaña, en nuestro palacio de Kensington, a 25 de febrero, año de gracia 1700, y año onceavo de nuestro reino (Guglielmus Rex).²²

Pregunta. ¿Cómo puede cualquiera de nosotros que se declare en favor de la última revolución, y sea un agradecido y verdadero devoto de la gloriosa memoria del rey Guillermo... soportar con la mínima paciencia que de dicho tratado (si puedo repetir las palabras del artículo XX), del que *no se apartarán bajo ningún pretexto de provecho ni bajo ninguna bandera*, especialmente uno tan insignificante y mezquino como el aducido para emplear durante dos años nuestros barcos, nuestros hombres y nuestro dinero *para lograr la ruina de Suecia*, esa misma Suecia que nuestro grande y sabio monarca prometió solemnemente defender y preservar, y a la cual siempre consideró de la mayor importancia para salvaguardar el interés protestante en Europa?

²² El tratado fue concertado en La Haya el 6 y 16 de enero de 1700, y ratificado por Guillermo III el 5 de febrero de 1700.

Antes de empezar un análisis del panfleto titulado *La verdad no es más que la verdad, sea cual fuere su época*, con el que concluiremos la *introducción* a las revelaciones diplomáticas, parecen oportunas algunas observaciones preliminares sobre la historia general de la política rusa.

La abrumadora influencia de Rusia ha tomado por sorpresa a Europa en diferentes épocas, ha inquietado a los pueblos de Occidente, y ha sido resistida como una fatalidad o sólo con convulsiones. Pero al lado de las fascinación ejercida por Rusia, hay un escepticismo siempre latente que la persigue como una sombra, que crece con ella, mezclando estridentes notas de ironía con los gritos de pueblos agónicos, y burlándose de su grandeza en una actitud teatral adoptada para deslumbrar y engañar. Otros imperios han abrigado las mismas dudas en sus comienzos; Rusia se ha convertido en un coloso sin deshacerse de ellas. Es el único ejemplo de la historia de un inmenso imperio, cuyo poder, incluso después de logros de resonancia mundial, nunca ha dejado de ser considerado más como una cuestión de fe que una cuestión de hecho. Desde el comienzo del siglo XVIII hasta nuestros días, ningún autor, tanto si quería ensalzarla como criticarla, consideró posible empezar sin antes probar la existencia de Rusia.

Pero ya seamos espiritualistas o materialistas con respecto a Rusia —tanto si consideramos su poder como un hecho palpable, o como la mera visión de las conciencias culpables de los pueblos europeos—, la cuestión sigue siendo la misma: “¿Cómo logró este poder, o esta ilusión de poder, adquirir tales proporciones como para inspirar por un lado un apasionado reconocimiento, y por otro la airada negativa de que esté amenazando al mundo con un ensayo de monarquía universal?” A principios del siglo XVIII Rusia era considerada como un hongo monstruo extemporizado por el genio de Pedro el grande. Schloezer^[55] creyó haber descubierto algo al enterarse de que tenía un pasado; y en los tiempos modernos, escritores como Fallmerayer,^[56] siguiendo inconscientemente la pista recorrida por los historiadores rusos, han afirmado con toda claridad que el espectro septentrional que asusta a la Europa del siglo XIX ya proyectaba su sombra sobre la Europa del siglo IX. Según ellos, la política de Rusia empieza con los primeros Ruríkidas,^[57] y con algunas interrupciones, naturalmente, ha continuado hasta la hora presente.

Desdoblan ante nosotros antiguos mapas de Rusia, cuya porción europea es aún mayor de la que ahora posee; su perpetuo movimiento de expansión, desde el siglo IX al XI, se pone de relieve ansiosamente; nos enseñan a Oleg^[58] lanzando ochenta y ocho mil hombres contra Bizancio, colgando su escudo como un trofeo en las puertas de aquella capital, y dictando un tratado ignominioso al imperio inferior; a Igor^[59] haciéndolo tributario suyo; a Sviatoslav^[60] exclamando con euforia: “Los griegos me proporcionan oro, telas preciosas, arroz, frutas y vino, Hungría me surte de ganado y caballos; de Rusia obtengo miel, cera, pieles y hombres”; a Vladimir^[61] conquistando Crimea y Livonia, arrebatando una de sus hijas al emperador griego,^[62] como hizo Napoleón con el emperador germano, conjugando la fuerza militar de un conquistador del norte con el despotismo teocrático de los porfirógenos,^[63] y convirtiéndose a la vez en el dueño de sus súbditos en la tierra y en su protector en el cielo.

No obstante, pese al plausible paralelismo sugerido por estos recuerdos históricos, las políticas de los primeros Ruríkidas difiere fundamentalmente de la Rusia moderna. No fue ni más ni menos que la política de los bárbaros germanos que inundaron Europa —la historia de las naciones modernas no empieza hasta que ha pasado el diluvio. El período gótico de Rusia en particular constituye sólo un capítulo de las conquistas normandas. Del mismo modo que el imperio de Carlomagno precede a la fundación de la Francia moderna, y la Prusia e Italia modernas, así el imperio de los Ruríkidas precede a la fundación de Polonia, Lituania, las colonias del Báltico, Turquía y la propia Moscovia. El rápido movimiento de expansión no fue resultado de planes muy meditados, sino consecuencia natural de la organización primitiva de la conquista normanda —vasallaje sin feudos, o feudos que sólo consistían en tributos—, mientras la necesidad de nuevas conquistas se mantenía viva gracias a la afluencia ininterrumpida de nuevos aventureros nórdicos, ansiosos de gloria y de botín. Los jefes, que pronto desearon el reposo, fueron obligados a seguir adelante por la Liga de los creyentes, y en Rusia como en la Normandía francesa, llegó también el momento en que los jefes despacharon a nuevas expediciones a sus incontrolables e insaciables compañeros de armas, con el único objeto de deshacerse de ellos. Las guerras y la organización de la conquista por parte de los primeros Ruríkidas no difieren en nada de las de los normandos en el resto de Europa. Si a las tribus eslavas no sólo se las sometía por la espada, sino también por mutuo acuerdo, esta singularidad se debe a la posición excepcional de aquellas tribus, colocadas entre una invasión septentrional y otra oriental, y uniéndose a la primera como protección de la segunda. El mismo hechizo mágico que atraía a otros

bárbaros del Norte a la Roma de Occidente impulsaba a los nórdicos a la Roma de Oriente. La misma emigración de la capital rusa —Rurikidas la fijó en Novgorod, Oleg la trasladó a Kiev, y Sviatoslav intentó establecerla en el reino búlgaro— prueba concluyentemente que el invasor sólo tanteaba el camino, y consideraba a Rusia como una mera etapa antes de seguir en busca de un imperio en el sur. Si la Rusia moderna ansía la posesión de Constantinopla para establecer su dominio sobre el mundo, los Rurikidas, por el contrario, se vieron obligados por la resistencia de Bizancio, gobernada por Juan I Zimisce, a establecer definitivamente su dominio en Rusia.

Puede objetarse que vencedores y vencidos se amalgamaron más rápidamente en Rusia que en cualquier otra conquista de los bárbaros del Norte, que los jefes pronto colaboraron y se mezclaron con los eslavos —como demuestran sus matrimonios y sus nombres. Pero es preciso recordar que la Liga de los creyentes, que formaba a la vez su guardia y su consejo privado, permaneció compuesta exclusivamente de elementos nórdicos; que Vladimir, que marca el auge, y Jaroslav,^[64] que marca el principio de la decadencia de la Rusia gótica, fueron sentados en el trono por las armas de los varegos.

Si hay que reconocer alguna influencia eslava en esta época, es la de Novgorod, un estado eslavo, cuyas tradiciones, políticas y tendencias eran tan antagonistas a las de la Rusia moderna, que una sólo podía fundar su existencia sobre las ruinas de la otra. Bajo Jaroslav se interrumpe la supremacía de los nórdicos, pero simultáneamente con ella desaparece la tendencia conquistadora del primer período, y comienza la decadencia de la Rusia gótica. La historia de esa decadencia, más aún que la de la conquista y formación, prueba el carácter exclusivamente gótico del imperio de los Rurikidas.

El incongruente, inmenso y precoz imperio aglomerado por los Rurikidas está, como los otros imperios de evolución similar, compuesto de territorios dependientes, dividido y subdividido entre los descendientes de los conquistadores, atormentado por guerras feudales y destrozado por la intervención de pueblos extranjeros. La autoridad suprema del Gran príncipe se desvanece ante las pretensiones rivales de setenta príncipes de la sangre. La tentativa de Andrés de Susda^[65] de recomponer algunos grandes miembros del imperio, trasladando la capital de Kiev a Vladimir, sólo consigue propagar la descomposición del sur hacia el centro. El tercer sucesor de Andrés renuncia incluso a la pretensión de la supremacía, aunque se le ofrece el título de Gran príncipe y el homenaje meramente nominal. Los conglomerados del sur y el oeste se convierten por turnos en lituanos, polacos, húngaros, livones, suevos. Kiev, la antigua capital, sigue destinos propios, después de reducir su categoría de sede del gran príncipe

pado a territorio de una ciudad. Así pues, la Rusia de los normandos desaparece completamente de la escena, y los escasos y débiles residuos que aún quedan de ella se disuelven ante la terrible aparición de Gengis Jan;^[66] el fango sangriento de la esclavitud mongola, y no la ruda gloria de la época normanda, forma la cuna de Moscovia, y la Rusia moderna no es más que una metamorfosis de Moscovia.

El yugo tártaro se prolongó desde 1237 a 1462, más de dos siglos; un yugo no sólo opresivo, sino deshonoroso y que pudría el alma del pueblo que se convertía en su víctima. Los tártaros mongoles establecieron un gobierno de terror sistemático, y la devastación y los asesinatos en masa formaban sus instituciones. Como eran escasos en número en comparación con sus enormes conquistas, querían magnificarlas con una aureola de consternación, y diezmar, mediante el asesinato a ultranza, las poblaciones que dejaban a su retaguardia. En su creación de comarcas desiertas se regían, además, por el mismo principio económico que ha despoblado los Highlands de Escocia y la Campania romana, la conversión de hombres en ovejas, y de tierras fértiles y comunidades populosas en pastos.

El yugo tártaro había durado ya cien años antes de que Moscovia emergiese de la oscuridad. Para sembrar la discordia entre los príncipes rusos, y asegurarse su servil sumisión, los mongoles habían restablecido la dignidad del gran principado. La lucha entre los príncipes rusos para lograr esta dignidad era, como ha dicho un autor moderno, “una lucha abyecta, una lucha de esclavos cuya arma principal era la calumnia, y que estaban siempre dispuestos a denunciarse mutuamente a sus crueles gobernantes; porfiando por un trono degradado, al que sólo podían ascender con manos sangrientas y parricidas —manos llenas de oro y manchadas de sangre—, al que no se atrevían a subir sin envilecerse, ni retener sin estar postrados de rodillas, temblando bajo la cimitarra de un tártaro, siempre preparados para lanzar a sus pies aquellas coronas serviles, y las cabezas que las ceñían”. En esta lucha infame, la rama de Moscú fue la que por fin ganó la carrera. En 1328, la corona del gran principado, arrebatada a la rama de Tver mediante denuncia y asesinato, fue recogida a los pies de Usbeck Jan por Yuri, el hermano mayor de Iván Kalita. Iván I Kalita,^[67] e Iván III,^[68] llamado el Grande, personifican el ascenso de Moscovia gracias al yugo tártaro, y la transformación de Moscovia en una potencia independiente con la desaparición de los tártaros. Toda la política de Moscovia, desde su primera entrada en la arena de la historia, está resumida en la trayectoria de estos dos individuos.

La política de Iván Kalita fue simplemente ésta: fingirse esclavo abyecto del jan, obtener así algo de poder, y entonces usarlo contra sus principescos rivales y sus propios súbditos. Para poder lograr este

objetivo, se introdujo entre los tártaros mediante cínicas adulaciones, haciendo frecuentes viajes a la Horda de oro,^[69] pidiendo humildemente la mano de princesas mongolas, demostrando un celo ilimitado por el interés del jan, ejecutando sus órdenes sin ningún escrúpulo, calumniando atrocemente a sus compatriotas, y convirtiéndose en verdugo, parásito y principal esclavo del tártaro. Dejaba perplejo al jan con continuas revelaciones de complots secretos. En cuanto la rama de Tver mostraba un ligero deseo de independencia nacional, iba corriendo a la Horda a denunciarlo. Siempre que encontraba resistencia, llamaba al tártaro para que la aplastase. Pero no era suficiente fingir esta personalidad; hacerla aceptable requería oro. Un soborno perpetuo del jan y de sus grandes era la única base segura sobre la que podría erigir su estructura de engaño y usurpación. Pero ¿cómo obtendría el esclavo el dinero para sobornar a su amo? Persuadió al jan para que le nombrase recaudador de impuestos de todos los territorios rusos. Una vez investido con este cargo, consiguió el dinero bajo falsos pretextos. Con la riqueza acumulada gracias al terror que inspiraba el tártaro, sobornó a los propios tártaros. Con oro indujo al primado a transferir su sede episcopal de Vladimir a Moscú, a la que convirtió en capital del imperio, porque era la capital religiosa, y unió el poder de la iglesia con el de su trono. Con oro indujo a los boyardos de los príncipes rivales a traicionar a sus jefes, y les atrajo hacia sí como su nuevo señor. Mediante la influencia conjunta del tártaro mahometano, la iglesia griega y los boyardos,^[70] une a los príncipes de los territorios dependientes en una cruzada contra el más peligroso de ellos, el príncipe de Tver; y entonces, después de provocar a sus recientes aliados con osadas tentativas de usurpar su poder, hasta obligarles a declarar una guerra por el bien común, no desenvaina la espada, sino que acude precipitadamente al jan. Con nuevos engaños y sobornos, le convence para que asesine a sus rivales bajo los más crueles tormentos. La política tradicional del tártaro era enfrentar a los príncipes rusos unos a otros, fomentar sus disensiones, equilibrar sus fuerzas, y no permitir que ninguno de ellos se consolidara. Iván Kalita se sirve del jan como instrumento para deshacerse de sus más peligrosos competidores, y sopesa todos los obstáculos que se interponen en su camino de usurpador. No conquista los territorios dependientes, sino que transforma subrepticamente los derechos de la conquista tártara en su exclusivo beneficio. Se asegura de la sucesión de su hijo por los mismos medios con que logró su ascenso al gran principado de Moscovia, esa extraña mezcla de realeza y esclavitud. Durante todo su reinado no se desvía ni una vez del criterio político que se ha trazado; se aferra a él con obstinada firmeza y lo lleva a cabo con metódica osadía. Así se convierte en el fundador del poder moscovita,

y, característicamente, su pueblo le llama Kalita, es decir, la bolsa, porque fue con la bolsa, y no con la espada, con la que se hizo con el poder. Durante su reinado se produce el repentino desarrollo del poder de Lituania, que desmembra los territorios rusos en Occidente, mientras el tártaro los presiona desde Oriente. Iván, no atreviéndose a negar la primera desgracia, parecía ansioso por exagerar la segunda. No iba a dejarse seducir por los hechizos de la gloria, los remordimientos de conciencia, o la lasitud de la humillación, antes de conseguir sus fines. Todo su sistema puede expresarse en estas palabras: el maquiavelismo del esclavo usurpador. Transformó su propia debilidad —la esclavitud— en la fuente de su fuerza.

La política seguida por Iván I Kalita es la misma de sus sucesores; éstos sólo tuvieron que ampliar el círculo de su aplicación. La practicaron en forma laboriosa, gradual e inflexible. Por lo tanto, de Iván I Kalita podemos pasar sin detenernos a Iván III, llamado el Grande.

Al comienzo de su reinado (1462-1505), Iván III era todavía tributario de los tártaros; su autoridad seguía siendo discutida por los príncipes de los territorios dependientes; Novgorod, la primera de las repúblicas rusas, dominaba el norte de Rusia; Polonia-Lituania se esforzaba por la conquista de Moscovia; y por último, los caballeros de Livonia aún no estaban desarmados. Al final de su reinado contemplamos a Iván III sentado en un trono independiente, a su lado la hija del último emperador de Bizancio, a sus pies Kazán, y el resto de la Horda de oro acudiendo a su corte; Novgorod y las otras repúblicas rusas, esclavizadas —Lituania empequeñecida, y su rey, un instrumento en manos de Iván, y los caballeros livones, vencidos. La asombrada Europa, al principio del reinado de Iván, apenas consciente de la existencia de Moscovia, oculta entre tártaros y lituanos, se deslumbró ante la repentina aparición de un inmenso imperio en sus límites orientales, y el propio sultán Bajazet, ante el cual temblaba toda Europa, oyó por primera vez el altivo lenguaje del moscovita. ¿Cómo alcanzó Iván estos importantes logros? ¿Acaso era un héroe? Los mismos historiadores rusos le describen como un cobarde declarado.

Examinemos brevemente sus principales actividades bélicas, por el orden en que las emprendió y ejecutó; sus luchas con los tártaros, con Novgorod, con los príncipes de los territorios dependientes, y por fin, con Lituania-Polonia.

Iván rescató a Moscovia del yugo tártaro, no con un golpe de suerte, sino mediante la paciente labor de casi veinte años. Su conquista, por consiguiente, pareció más una obra de la naturaleza que el producto del esfuerzo humano. Cuando finalmente expiró el monstruo tártaro, Iván apareció en su lecho de muerte como un médico que pronosticó y especuló sobre la muerte, y no como el guerrero que la había provo-

cado. El carácter de los pueblos se magnifica con su liberación de un yugo extranjero; el de Moscovia, en manos de Iván, pareció disminuir. Comparemos simplemente a España en sus luchas contra los árabes, con Moscovia en sus luchas contra los tártaros.

En el período de la ascensión de Iván al trono, la Horda de oro estaba debilitada desde hacía tiempo, debido a las violentas discusiones internas, a la separación de los tártaros Nogay, a la irrupción de Timur Tamberlán, al levantamiento de los cosacos y a la hostilidad de los tártaros de Crimea. Moscovia, por el contrario, gracias a que siguió firmemente la política trazada por Iván Kalita, se había convertido en una masa compacta, aplastada, pero al mismo tiempo unida por las cadenas tártaras. Los janés, como afectados por un encantamiento, habían continuado siendo instrumentos de la expansión y concentración moscovita. Deliberadamente, contribuyeron al incremento de poder de la iglesia griega, que en manos de los príncipes moscovitas resultó ser el arma más mortífera contra ellos.

Para rebelarse contra la Horda, el moscovita no tenía más que imitar a los propios tártaros. Pero Iván no se rebeló. Se confesó humildemente esclavo de la Horda de oro. Gracias al soborno de una mujer tártara, logró convencer al jan para que ordenase la evacuación de Moscú de los residentes mongoles. Por medio de actos similares, imperceptibles y subrepticios, fue arrancando al jan concesiones sucesivas, todas ellas ruinosas para su propio poder. De este modo, Iván no conquistó, pero minó la fuerza. No arroja al enemigo de sus baluartes, sino que maniobra para que los abandone. Al tiempo que continúa postrándose ante los enviados del jan, y proclamándose su servidor, elude el pago del tributo bajo falsos pretextos, empleando todas las estratagemas de un esclavo fugitivo que no se atreve a enfrentarse a su amo, y le rehúye. Por fin, el mongol despierta de su sopor, y suena la hora de la batalla. Iván, temblando ante la mera idea de un choque armado, intenta ocultarse tras su propio temor, y desarmar la furia de su enemigo haciendo desaparecer el objeto sobre el que descargará su venganza. Le salva la intervención de los tártaros de Crimea, sus aliados. Temiendo una segunda invasión de la Horda, reúne ostentosamente fuerzas tan desproporcionadas, que el solo rumor de su número evita el ataque frente a doscientos mil hombres. Obligado a volver, intenta negociar las condiciones de la esclavitud, y, por fin, contagiando a su ejército su propio temor servil, lo implica en una huida general y desordenada. Moscovia esperaba entonces su irreversible desgracia, cuando de improviso oye decir que un ataque a su capital organizado por el jan de Crimea ha obligado a retirarse a la Horda de oro, que en su retirada ha sido aniquilada por los cosacos y los tártaros Nogay. La derrota se convirtió así en victoria, e Iván había vencido a la

Horda de oro, no luchando él mismo, sino provocándola, con un fingido deseo de combate, a efectuar movimientos defensivos, que agotaron los restos de su vitalidad y la expusieron a los golpes fatales de las tribus de su propia raza, a las que Iván consiguió convertir en aliadas suyas. Cogió a un tártaro con otro tártaro. Como el inmenso peligro en que se había colocado no fue suficiente para despertar en él una sola virtud varonil, su milagroso triunfo no le cegó ni por un momento. Con cauta circunspección, no se atrevió a incorporar Kazán a Moscovia, y lo confió a soberanos pertenecientes a la familia de Menghi-Ghirei, su aliado crimeo, para que lo gobernasen en nombre de Moscovia. Con los despojos del tártaro vencido, encadenó al tártaro victorioso. Pero aunque demasiado prudente para asumir, ante los testigos de su desgracia, los aires de un conquistador, este impostor comprendió perfectamente que la caída del imperio tártaro debía ser deslumbrante, vista a distancia; que le conferiría una aureola de gloria y le facilitaría una magnífica entrada en el círculo de las potencias europeas. Por consiguiente, en el extranjero asumió la actitud teatral del conquistador, y consiguió ocultar, tras una máscara de altiva susceptibilidad e irritable orgullo, la obsequiosidad del siervo mongol, que aún recordaba haber besado los estribos del más insignificante enviado del jan. Imitaba en un tono más suave la voz de sus amos, que aún le inspiraba terror. Algunas expresiones corrientes de la moderna diplomacia rusa, tales como la magnanimidad, la dignidad herida del amo, son herencia de las instrucciones diplomáticas de Iván III.

Tras la rendición de Kazán, emprendió una expedición que había planeado durante mucho tiempo contra Novgorod, la primera república rusa. Si el derrocamiento del yugo tártaro era, a sus ojos, la primera condición para la grandeza moscovita, el derrocamiento de la libertad rusa era la segunda. Como la república de Viatka se había declarado neutral entre Moscovia y la Horda, y la república de Pskov, con sus doce ciudades, había mostrado síntomas de enemistad, Iván halagó a esta última y simuló olvidarse de la primera, mientras concentraba todas sus fuerzas contra Novgorod la grande, con cuya destrucción sabía que sellaría el destino de todas las restantes repúblicas rusas. Con la perspectiva de participar en el rico botín, le siguieron los príncipes de los territorios dependientes, y se aseguró la ayuda de los boyardos aprovechando el odio que sentían por la democracia de Novgorod. De este modo logró reunir tres ejércitos para el ataque a Novgorod, una fuerza desproporcionada. Pero entonces, a fin de no cumplir su palabra dada a los príncipes, y no comprometer su inmutable *Vos non vobis*, y al mismo tiempo temeroso de que Novgorod aún no estuviese madura por falta de tratamiento preparatorio, consideró oportuno mostrar una repentina moderación; contentarse con un

rescate y el reconocimiento de su soberanía; pero en el acta de sumisión de la república, introdujo algunas expresiones ambiguas que hacían de él su juez y supremo legislador. Entonces fomentó las disensiones entre patricios y plebeyos, tan enconadas en Novgorod como lo eran en Florencia. Gracias a algunas quejas de los plebeyos halló una excusa para volver a la ciudad, a cuyos nobles —a los que sabía hostiles— envió a Moscú cargados de cadenas, lo cual obró en contra de la antigua ley de la república de que “ninguno de sus ciudadanos serían juzgados o castigados fuera de los límites de su propio territorio”. Desde aquel momento se convirtió en el árbitro supremo. “Nunca —dicen los cronistas—, desde los tiempos de los Ruríkidas, había ocurrido nada parecido; jamás habían visto los grandes príncipes de Kiev y Vladimir a los habitantes de Novgorod sometidos a ellos como a sus jueces. Sólo Iván podía reducir a Novgorod a tal grado de humillación.” Siete años empleó Iván en corromper a la república por el ejercicio de su autoridad judicial. Entonces, cuando vio agotadas sus fuerzas, consideró llegado el momento para pronunciarse. Para quitarse la máscara de la moderación necesitaba que fuera Novgorod la que atentase contra la paz. Del mismo modo que antes había impulsado la resistencia pasiva, ahora estimuló un repentino arranque de pasión. Sobornó a un enviado de la república para que se dirigiese a él durante una audiencia pública, con el nombre de soberano, y él, inmediatamente, reclamó todos los derechos de un déspota, la autoaniquilación de la república.^[71]

Como había previsto, Novgorod replicó a su usurpación con una insurrección, una matanza de los nobles, y la rendición a Lituania. Entonces el moscovita contemporáneo de Maquiavelo se lamentó con el acento y el gesto de la indignación moral. “Fueron los habitantes de Novgorod quienes le eligieron su soberano; y cuando, accediendo a sus deseos, él asumió por fin dicho título, renegaron de él, tuvieron la osadía de enfrentarse a él ante Rusia entera; se atrevieron a derramar la sangre de sus compatriotas que continuaron fieles, y a traicionar al cielo y a la tierra santa de Rusia, introduciendo dentro de sus límites una religión y una dominación extranjeras.” Como después de su primer ataque a Novgorod se había aliado abiertamente a los plebeyos contra los patricios, ahora concertó una conspiración secreta con los patricios contra los plebeyos. Hizo marchar a las fuerzas unidas de Moscovia y sus vasallos contra la república. Ante su negativa a rendirse incondicionalmente, recurrió a la táctica tártara de vencer por agotamiento. Durante un mes cercó a Novgorod con un círculo de fuego y devastación, cada vez más próximo, mientras mantenía la espada en alto y vigilaba tranquilamente a la república, hasta que ésta pasó por todas

las fases de total desesperación, desaliento y resignada impotencia. Novgorod estaba esclavizada. También lo estaban las otras repúblicas rusas. Es curioso ver cómo Iván elegía el mismo momento de la victoria para forjar armas contra los instrumentos de dicha victoria. La unión de los dominios del clero de Novgorod con la corona le aseguró el medio de comprar a los boyardos, que desde ahora enfrentaría a los príncipes, y de comprar a los seguidores de los boyardos, a los que opondría a éstos. Es digno de observación el infinito cuidado de que siempre hizo gala Moscovia, y ahora la Rusia moderna, para ejecutar a las repúblicas. Novgorod y sus colonias encabezan la lista; sigue la república de los cosacos; Polonia la concluye. Para comprender la deglución rusa de Polonia, es preciso estudiar la ejecución de Novgorod, que duró desde 1478^[72] hasta 1528.

Parecía que Iván había arrebatado a los mongoles las cadenas con que aplastaban a Moscovia con el único fin de atar con ellas a las repúblicas rusas. Parecía esclavizar a estas repúblicas sólo para republicanizar a los príncipes rusos. Durante veintitrés años había reconocido su independencia, sufrido su petulancia, y aguantado incluso sus insultos. Ahora, con la derrota de la Horda de oro, y la caída de las repúblicas, había adquirido tanta fuerza, y los príncipes, por su parte, se habían debilitado tanto a causa de la influencia que el moscovita ejercía sobre sus boyardos, que la mera exhibición de fuerza por parte de Iván era suficiente para decidir la lucha. Sin embargo, al principio no se apartó de su método de circunspección. Eligió al príncipe de Tver, el más poderoso de los feudatarios, como primer objeto de sus operaciones. Empezó por obligarle a la ofensiva y a concertar una alianza con Lituania, entonces le denunció como traidor, después le indujo mediante coacción a sucesivas concesiones que destruían los sistemas defensivos del príncipe, seguidamente aprovechó la falsa posición en que dichas concesiones le colocaban con respecto a sus propios súbditos, y finalmente dejó que el sistema produjese sus consecuencias. La conclusión fue que el príncipe de Tver abandonó la lucha y huyó a Lituania. Tver se unió a Moscovia... Iván continuó con terrible energía la ejecución de su plan tan largamente meditado. Los otros príncipes se vieron degradados a simples gobernadores casi sin ofrecer resistencia. Quedaban aún dos hermanos de Iván. Uno fue persuadido para que renunciase a su territorio; el otro, llamado a la corte y tranquilizado con hipócritas demostraciones de amor fraterno, fue asesinado.

Ahora llegamos a la última gran lucha de Iván: la de Lituania. Iniciada con su ascensión al trono, no terminó hasta algunos años antes de su muerte. Durante treinta años mantuvo esta lucha dentro de los límites de una guerra diplomática, fomentando y aumentando las disensiones internas entre Lituania y Polonia, cimentando el des-

contento en los feudatarios rusos de Lituania, y paralizando a su enemigo con el reclutamiento de enemigos que luchasen contra él: Maximiliano de Austria, Matías Corvino de Hungría y, sobre todo, Esteban, el hospodar de Moldavia, con quien emparentó mediante un matrimonio, y por último, Menghi Ghirei, que resultó un arma tan poderosa contra Lituania como lo fuera contra la Horda de oro. Sin embargo, a la muerte del rey Casimiro^[73] y la ascensión al trono del débil Alejandro,^[74] cuando los tronos de Lituania y Polonia se desunieron temporalmente; cuando esos dos países mutilaron mutuamente sus fuerzas en una guerra; cuando la nobleza polaca, agotada por sus esfuerzos encaminados a debilitar el poder real y degradar a los *kajmini*^[75] y ciudadanos, abandonaron Lituania y permitieron que cediese ante las incursiones simultáneas de Esteban de Moldavia y de Menghi Ghirei; cuando de este modo se hizo evidente la debilidad de Lituania, entonces Iván comprendió que había llegado la oportunidad de usar la fuerza, y que las condiciones eran óptimas para conseguir sus propósitos. Aun así no pasó de una teatral demostración bélica la reunión de fuerzas gigantescas. Como había previsto, el fingido deseo de combate fue suficiente para que Lituania capitulara. Exigió el reconocimiento en un tratado de las incursiones hechas subrepticamente en tiempos del rey Casimiro, y obligó al mismo tiempo a Alejandro a una alianza con él, y a otra alianza con su hija, las cuales empleó para impedirle defenderse de los ataques instigados por su suegro, y a su hija que inspirase una guerra religiosa entre el intolerante rey católico y sus perseguidos súbditos de religión griega.^[76] En medio de estos disturbios se aventuró, por fin, a desenvainar la espada, y se apoderó de los territorios rusos dependientes de Lituania hasta Kiev y Smolensk.^[77]

La religión griega resultó en general uno de sus más poderosos medios de acción. Pero con el fin de proclamarse heredero de Bizancio, de ocultar el estigma de la esclavitud mongol bajo el manto de los porfirogénetos, de unir el advenedizo trono de Moscovia al glorioso imperio de San Vladimir, de dar en su propia persona una nueva cabeza temporal a la Iglesia griega, ¿a quién recurrió Iván? Al Papa romano. En la corte del Papa residía la última princesa de Bizancio.^[78] Iván la engañó jurándole apostatar de su religión, juramento del que después ordenó a su propio primado que le eximiera.

Una simple sustitución de nombres y fechas demostrará que entre la política de Iván III y la de la Rusia moderna no existe tan solo similitud, sino igualdad. Iván III, por su parte, no hizo más que perfeccionar la política tradicional de Moscovia, que heredó de Iván I Kalita. Iván Kalita, el esclavo mongol, adquirió su grandeza esgrimiendo el poder de su mayor enemigo, el tártaro, contra su enemigo

menor, los príncipes rusos. Sólo podía esgrimir el poder del tártaro bajo falsos pretextos. Obligado a disgregar ante sus amos la fuerza que en realidad acumulaba, tuvo que deslumbrar a sus compañeros de esclavitud con un poder que no poseía. Para solucionar este problema se sirvió de los trucos de la más abyecta esclavitud, transformándolos en un sistema, y puso en práctica éste con la paciente labor de un esclavo. La propia fuerza declarada sólo podía ser admitida como una intriga en un sistema de intrigas, corrupción y usurpación solapada. No podía atacar antes de haber envenenado. La unidad de propósito se convirtió en él en duplicidad de acción. Insinuarse con el uso fraudulento de una potencia hostil, debilitar a dicha potencia por el mismo hecho de emplearla, y destruirla al fin por medio de los efectos producidos por su propia instrumentalidad... , esta política se la inspiró a Iván Kalita el carácter peculiar tanto de la raza dirigente como de la raza esclavizada. Su política fue también la política de Iván III. Y sigue siendo la política de Pedro el grande y de la Rusia moderna, no importa los cambios que hayan tenido lugar en el nombre, la situación y el carácter de la potencia hostil utilizada. Pedro el grande es realmente el creador de la política rusa moderna, pero sólo pudo serlo después de despojar al antiguo método moscovita de su carácter local y aditamentos accidentales, mezclarle una fórmula abstracta, generalizar sus objetivos, y ensalzar su meta, que de ensanchar ciertos límites de poder ha evolucionado hasta la sapiración del poder ilimitado. Metamorfosó a Moscovia en la Rusia moderna con la generalización de su sistema, no con la mera adición de algunas provincias.

Para resumir, Moscovia nació y creció en la terrible y abyecta escuela de la esclavitud mongola. Adquirió su fuerza convirtiéndose en un virtuoso del arte de la servidumbre. Incluso después de haberse emancipado, Moscovia continuó representando su papel tradicional del esclavo como amo. Por fin, Pedro el grande supo conjugar la astucia política del esclavo mongol con la orgullosa aspiración del amo mongol, al que Gengis jan había legado su conquista de la tierra.

CAPÍTULO SEXTO

Un rasgo característico de la raza eslava debe llamar la atención de cualquier observador. Casi por doquier se ha establecido en un país interior, dejando las orillas del mar a otros pueblos no eslavos. Las tribus fino-tártaras ocuparon las orillas del mar Negro; los lituanos y fineses las costas del Báltico y del mar Blanco. Siempre que se asomaron al mar, como en el Adriático y parte del Báltico, los eslavos no tardaron en ser sometidos por un pueblo extranjero. Los rusos compartieron este destino común de la raza eslava. Su tierra natal, en la época en que aparecen por primera vez en la historia, era el país de las fuentes y el curso superior del Volga y sus afluentes, el Dniéper, el Don y el Dvina septentrional. Su territorio no tocaba el mar en ninguna parte, excepto en la extremidad del golfo de Finlandia. Tampoco pudieron antes de Pedro el grande conquistar ninguna salida al mar aparte de la del mar Blanco, que durante tres cuartas partes del año está helado y resulta inservible para la navegación. El lugar donde ahora se asienta San Petersburgo fue durante mil años un terreno disputado por finlandeses, suecos y rusos. Toda la costa restante, desde Polangen, cerca de Memel, hasta Torrea, la costa del mar Negro, desde Akerman a Redut Koleh, ha sido conquistada posteriormente. Y como prueba de esta peculiaridad antimarítima de la raza eslava, de toda esta línea de costa, ninguna porción de la costa báltica ha adoptado realmente la nacionalidad rusa, como tampoco la costa de Ciscaucasia y Mingrelia al este del mar Negro. Solamente la costa del mar Blanco, hasta el punto en que podía cultivarse, alguna porción de la costa norte del mar Negro, y parte de la costa del mar de Azov, han sido pobladas por habitantes rusos, los cuales, pese a las nuevas circunstancias en que se hallan situados, todavía se abstienen de hacerse a la mar, y se aferran obstinadamente a las tradiciones terrestres de sus antepasados.

Desde el principio mismo, Pedro el grande rompió con todas las tradiciones de la raza eslava. "Lo que Rusia necesita es agua." Estas palabras que dirigió como un reproche al príncipe Centemir están inscritas en la portada de su vida. La conquista del mar de Azov fue su objetivo en la primera guerra con Turquía, la conquista del Báltico en su guerra contra Suecia, la del mar Negro en su segunda guerra contra la Puerta, y la conquista del mar Caspio en su injustificable intervención en Persia. Para un sistema de incursiones terrestres, la tierra era suficiente; para un sistema de agresión universal, el agua

se hacía indispensable. La conversión de Moscovia, un país interior, en un imperio con costa marítima, fue lo que permitió remplazar los límites tradicionales de la política moscovita por aquella atrevida síntesis que, combinando el método de invasión del esclavo mongol con las tendencias de conquista universal del amo mongol, forma la base de la moderna diplomacia rusa.

Se ha dicho que ninguna gran nación ha existido ni hubiera podido existir en la situación interior del imperio original de Pedro el grande; que ninguna ha consentido en separarse de sus costas y las desembocaduras de sus ríos; que Rusia no podía dejar la desembocadura del Neva, salida natural de los productos del norte de Rusia, en manos de los suecos, como tampoco las desembocaduras del Don, Dniéper y Bug, y los estrechos de Kertch en manos de los nómadas y saqueadores tártaros; que las provincias bálticas, por su configuración geográfica, son naturalmente un corolario para la nación que ocupa el territorio que hay a sus espaldas; que, en una palabra, Pedro, por lo menos en este aspecto, no hizo sino apoderarse de lo que era absolutamente necesario para el desarrollo natural de su país. Desde este punto de vista, Pedro el grande pretendía, con su guerra contra Suecia, obtener una Liverpool rusa, y dotarla de su indispensable porción de costa.

Pero aquí se pasa por alto un hecho importante, el *tour de force* por el cual transfirió la capital del imperio desde el centro territorial a la extremidad marítima, la osadía característica con la que erigió la nueva capital sobre la primera franja de costa que conquistó en el Báltico, casi a tiro de la frontera, dando así deliberadamente a sus dominios un *centro periférico*. Transferir el trono de los zares desde Moscú a San Petersburgo equivalía a colocarlo en una situación donde no estaría a salvo, ni siquiera de los insultos, hasta que fuese conquistada toda la costa, desde Libau hasta Tornea —obra que no se completó hasta 1809 con la conquista de Finlandia. “San Petersburgo es la ventana desde la que Rusia puede contemplar a Europa”, dijo Algarotti. Fue desde el principio un desafío a los europeos, un incentivo para ulteriores conquistas para los rusos. Las fortificaciones actuales en la Polonia rusa son sólo un paso más en la ejecución de la misma idea. Modlin, Varsovia, Ivangorod son más que ciudades para mantener a raya a un país rebelde. Constituyen para Occidente la misma amenaza que lo fue San Petersburgo para el Norte hace cien años. Servirán para transformar a Rusia en Paneslavonia, del mismo modo que las provincias bálticas sirvieron para transformar a Moscovia en Rusia. San Petersburgo, el *centro periférico* del imperio, apuntó inmediatamente a una periferia que aún ha de delimitarse.

Así pues, no es la mera conquista de las provincias bálticas lo que diferencia la política de Pedro el grande de la de sus antepasados, pero

es la transferencia de la capital lo que revela el verdadero significado de sus conquistas bálticas. San Petersburgo no era, como Moscovia, el centro de una raza, sino la sede de un gobierno; no era fruto del lento trabajo de un pueblo, sino la creación instantánea de un hombre; no el medio del que irradian las peculiaridades de un pueblo de tierra adentro, sino la extremidad marítima donde se pierden; no el núcleo tradicional de un desarrollo nacional, sino la sede deliberadamente elegida de una intriga cosmopolita. Con el traslado de la capital, Pedro cortó los vínculos naturales que unían el sistema de usurpación de los antiguos zares moscovitas con las naturales habilidades y aspiraciones de la gran raza rusa. Estableciendo su capital a la orilla de un mar, desafió abiertamente los instintos antimarítimos de aquella raza, y la degradó a un mero instrumento de su mecanismo político. Desde el siglo xvi, Moscovia no había hecho adquisiciones importantes más que en la región de Siberia, y hasta el siglo xvi, las dudosas conquistas realizadas en el oeste y el sur habían sido consecuencia directa de los esfuerzos en el este. Con el traslado de la capital, Pedro proclamó que él, por el contrario, pretendía que sus logros en el este fueran conseguidos partiendo del oeste. Si el esfuerzo de la zona oriental se veía estrechamente circunscrito por el carácter estacionario y las relaciones limitadas de los pueblos asiáticos, el esfuerzo de Occidente era ilimitado y universal gracias al carácter variable y las relaciones universales de la Europa occidental. El traslado de la capital denotó este pretendido cambio de influencia, que la conquista de las provincias bálticas hizo posible, dando inmediatamente a Rusia la supremacía entre los vecinos estados del norte; situándola en contacto inmediato y constante con todos los puntos de Europa; colocando los cimientos de un vínculo material con las potencias marítimas, que gracias a esta conquista dependerían de Rusia para sus suministros navales; una dependencia que no pudo existir mientras Moscovia, el país que producía la mayor parte de pertrechos navales, no tuvo salidas propias al mar; mientras Suecia, la potencia que poseía estas salidas, no tenía el país donde estaban asentadas.

Si los zares moscovitas, que realizaban sus usurpaciones principalmente por medio de los janes tártaros, se vieron obligados a *tartarizar* Moscovia, Pedro el grande, decidido a utilizar a Occidente, se vio obligado a *civilizar* a Rusia. Al apoderarse de las provincias bálticas, consiguió también las herramientas necesarias para este proceso. No sólo le proporcionaron diplomáticos y generales, los cerebros con los que realizan su sistema de acción política y militar en Occidente, sino que al mismo tiempo le facilitaron una multitud de burócratas, maestros de escuela y sargentos instructores, que darían a los rusos

ese barniz de civilización que los adapta a los adelantos técnicos de los pueblos occidentales, sin imbuirles sus ideas.

Ni el mar de Azov, ni el mar Negro ni el mar Caspio podían abrir a Pedro este pasaje directo a Europa. Además, durante su vida, Taganrog, Azov, el mar Negro, con sus flamantes flotas rusas, puertos y astilleros, fueron abandonados de nuevo o regalados a los rusos. La conquista persa fue también una empresa prematura. De las cuatro guerras que constituyen la vida militar de Pedro el grande, la primera, contra Turquía, cuyos frutos se perdieron en una segunda guerra turca, continuó en un aspecto la lucha tradicional con los tártaros. En otro aspecto no fue más que el preludio de la guerra contra Suecia, de la cual la segunda guerra turca constituye sólo un episodio, y la guerra persa un epílogo. Así pues, la guerra contra Suecia, que se prolongó durante veintiún años, absorbe casi por completo la vida militar de Pedro el grande. Tanto si consideramos su propósito, como sus resultados o su duración, podemos llamarla con justicia *la guerra de Pedro el grande*. Toda su creación gira alrededor de la conquista de la costa báltica.

Supongamos ahora que ignoramos totalmente los detalles de sus operaciones, tanto militares como diplomáticas. El mero hecho de que la conversión de Moscovia en Rusia fue consecuencia de su transformación de un país semiasiático de tierra adentro en una importante potencia marítima del Báltico tendría que hacernos llegar obligatoriamente a la conclusión de que Gran Bretaña, la principal potencia marítima de aquella época —una potencia marítima que, además, se hallaba en las mismas puertas del Báltico, donde mantenía desde mediados del siglo xvii la actitud de árbitro supremo—, debió contribuir de algún modo a este gran cambio, que debió ser la principal ayuda o el principal impedimento a los planes de Pedro el grande, que durante la prolongada y mortal contienda entre Suecia y Rusia debió influir en la balanza, y que si no la encontramos agotando todos sus recursos para salvar a los suecos, podemos estar seguros de que ha empleado todos los medios a su disposición para ayudar al moscovita. Y, sin embargo, en lo que comúnmente se llama historia, Gran Bretaña aparece apenas en el plano de este gran drama, y está representada más como espectador que como actor. La auténtica historia demostrará que los janes de la Horda de oro no influyeron más decisivamente en los planes de Iván III y sus predecesores que los gobernantes del Reino Unido en los planes de Pedro I y sus sucesores.

Los panfletos que hemos reproducido, escritos como lo fueron por contemporáneos británicos de Pedro el grande, están lejos de caer en los errores comunes a historiadores de épocas posteriores. Denuncian enfáticamente a Gran Bretaña como el instrumento más poderoso de

Rusia. La misma actitud adopta el panfleto del que ahora haremos un breve análisis, y con el cual concluiremos la introducción a las revelaciones diplomáticas. Se titula: "*La verdad no es más que la verdad, sea cual fuere su época; o las actuales medidas de nuestro ministerio contra las vindicaciones moscovitas, etc., etc.* Humildemente dedicado a la Cámara de los comunes, Londres, 1719."^[76]

Los panfletos que hemos reproducido anteriormente fueron escritos poco tiempo después de que, en palabras de un moderno admirador de Rusia, "Pedro cruzase el mar Báltico como amo y señor al frente de las escuadras de todas las potencias del Norte, incluida Gran Bretaña, que se envanecía de navegar a sus órdenes". Sin embargo, en 1719, cuando se publicó *La verdad no es más que la verdad*, el aspecto de las cosas parecía haber cambiado por completo. Carlos XII había muerto, y el gobierno británico pretendía ahora estar de parte de Suecia y hacer la guerra a Rusia. Hay otras circunstancias relacionadas con este panfleto anónimo que reclaman una atención especial. Da a entender que se trata de un extracto de una relación que su autor, a su regreso de Moscovia en agosto de 1715, entregó por orden expresa de Jorge I al vizconde Townshend, entonces Secretario de estado.

Resulta una ventaja —nos dice— el hecho de que ahora ya pueda confesar que fui el primer afortunado en prever, o el primero que tuvo la honradez de advertir a nuestra Corte de la absoluta necesidad de que rompiéramos con el zar y le echásemos otra vez del Báltico. Mi relación descubrió sus fines con respecto a otros estados, e incluso con respecto al imperio, al cual, pese a ser una potencia interior, ofreció la anexión de Livonia como un electorado, a condición de ser admitido como un elector. Ello ya era una indicación de la ambición contemplada por el zar de asumir el título de autócrata. Como es la cabeza de la Iglesia griega, podría ser reconocido por las otras potencias como jefe del imperio griego. No necesito decir cuán difícil sería para nosotros reconocer dicho título, puesto que ya hemos hecho que un embajador se dirija a él con el título de Majestad Imperial, a lo cual los suecos aún no han convenido.

Agregado durante algún tiempo a la Embajada británica en Moscovia, nuestro autor, según él mismo declara, fue más adelante "*despedido, porque el zar así lo quiso*", después de

dar a nuestra Corte información acerca de sus asuntos, que está contenida en este documento; por lo que pido autorización para apelar al rey, y citar al vizconde Townshend, que oyó a Su Majestad pronunciar aquella exculpación. Y, sin embargo, pese a todo esto, me he pasado los últimos cinco años solicitando una cantidad de dinero que aún se me adeuda, gran parte de la cual gasté en el cumplimiento de un encargo de su difunta Majestad, la reina.

Nuestro autor contempla la actitud antimoscovita adoptada repentinamente por el gabinete Stanhope, con bastante escepticismo.

No pretendo con este documento negar al ministerio el aplauso que merecidamente recibirá del público cuando haya expuesto los motivos que le obligaron, hasta ayer, a acosar en todo a los suecos, pese a que fueran nuestros aliados igual que ahora; y a ayudar con todos los medios posibles al zar, con quien Gran Bretaña no tiene más vínculos que el de la amistad... En el momento de escribir estas líneas me entero de que el caballero que hace apenas tres años acompañó a los moscovitas al Báltico como una armada real que no se hallaba bajo nuestra protección ha sido autorizado de nuevo por las personas que ahora están en el poder para citar por segunda vez al zar en aquellas aguas. ¿Por qué razón y con qué fin?

El caballero al que se refiere es el almirante Norris, cuya campaña en el Báltico contra Pedro I parece realmente ser el modelo original según el cual se realizaron las recientes campañas navales de los almirantes Napier y Dundas.

La devolución de las provincias bálticas a Suecia es indispensable para el interés tanto comercial como político de Gran Bretaña. Tal es el tema de nuestro autor:

El comercio se ha convertido en la vida misma de nuestro estado; y los pertrechos navales son para nuestra flota lo que el alimento para la vida. Todo el comercio que sostenemos con las otras naciones de la Tierra es, todo lo más, lucrativo; este comercio del Norte es indispensable, y puede ser calificado con razón de *sacra embole* de Gran Bretaña, por ser el apoyo de todo nuestro comercio y nuestra seguridad en la patria. Del mismo modo que las manufacturas de lana y los minerales son los principales productos de Gran Bretaña, los pertrechos navales son los de Moscovia, y también de aquellas provincias del Báltico que el zar ha arrebatado recientemente a la corona sueca. Desde que dichas provincias están en manos del zar, Pernan es enteramente improductivo. En Revel no queda un solo comerciante británico, y todo el comercio que antes se realizaba en Narva es trasladado ahora a San Petersburgo... Los suecos nunca hubieran podido absorber las mercancías de nuestros súbditos, porque los puertos que poseían no eran más que rutas de paso para las mercancías y productos que se fabricaban detrás de aquellos puertos, en los dominios del zar. Pero en manos del zar, esos puertos bálticos ya no son rutas, sino almacenes de los países de tierra adentro que se encuentran en los dominios del zar. Teniendo ya a Arkángel en el mar Blanco, su posesión de un solo puerto en el Báltico significa nada menos que tener las *dos llaves de los almacenes generales de todos los pertrechos navales de Europa*; pues ya es sabido que los daneses, suecos, polacos y prusianos disponen de diferentes clases de dichos suministros en sus respectivos países. Si el zar absorbiese "la mercancía de la cual no podemos prescindir", ¿qué le ocurriría a nuestra flota? ¿Y qué sería de la seguridad de todo nuestro comercio en cualquier parte de la tierra?

En tal caso, si el interés del comercio británico exige la retirada del zar de los puertos del Báltico, el interés de nuestro estado debería consistir en otro impulso para intentar lograr ese fin. Por el interés de nuestro estado no me refiero ni a las medidas de partido de un ministerio, ni a ningún motivo particular de una Corte, sino precisamente a lo que es, y siempre debe ser nuestra preocupación inmediata, la seguridad, dignidad y provecho de la corona, así como el bienestar común de Gran Bretaña. Respecto al Báltico, se ha considerado “desde los primeros tiempos de nuestro poderío naval” de interés fundamental para nuestro estado, primero: impedir la aparición allí de cualquier nueva potencia marítima; y segundo: mantener el equilibrio de poder entre Dinamarca y Suecia.

Un ejemplo de la sabiduría y previsión de nuestros *anteriores estadistas verdaderamente británicos* es la paz de Stolbovo, en el año 1617.^[80] Jaime I fue el mediador de aquel tratado, por el cual el moscovita estaba obligado a renunciar a todas las provincias que entonces poseía en el Báltico, y a ser únicamente una potencia interior en esta zona de Europa.

Suecia y Dinamarca siguieron la misma política de impedir la aparición en el Báltico de una nueva potencia marítima.

¿Acaso hay alguien que no sepa que el intento del emperador de conseguir un puerto de mar en Pomerania fue uno de los principales motivos para que el gran Gustavo llevase sus armas hasta las entrañas de la casa de Austria? ¿Qué ocurrió, en tiempos de Carlos Gustavo,^[81] a la propia corona de Polonia, que además de ser en aquellos días la potencia más poderosa del Norte, poseía una larga franja de costa y algunos puertos en el Báltico? Los daneses, pese a estar unidos a Polonia por una alianza, nunca les permitieron, ni siquiera para ayudarles a luchar contra los suecos, tener una flota en el Báltico, y destruían todos los barcos polacos que encontraban.

En cuanto al mantenimiento del equilibrio de poder entre los estados marítimos del Báltico, la tradición de la política británica no es menos clara. “Cuando el poder de los suecos nos inquietó, pues amenazó con aplastar a Dinamarca”, mantuvimos en alto el honor de nuestro país restableciendo aquella desigualdad en el equilibrio de poder.

La Commonwealth británica envió al Báltico una escuadra que fue la causa del tratado de Roskilde (1658),^[82] confirmado después en Copenhague (1660). La pequeña fogata encendida por los daneses en tiempos del rey Guillermo II fue apagada con la misma rapidez por George Rock en el tratado de Copenhague.

Nunca se les ocurrió a los políticos de aquellos tiempos que, para equilibrar la balanza, lo mejor era el feliz *expediente de establecer una tercera potencia naval* en el Báltico... ¿Quién ha tomado esta medida contra Tyre, la ciudad magnífica, donde los mercaderes son príncipes y sus traficantes son los honorables de la Tierra? *Ego autem neminem nomino, quare irasci mihi nemo poterit, nisi qui ante de se noluerit confiteri.*^[83] La posteridad encontrará difícil creer que esto pueda haber sido *obra de alguna de las personas actualmente en el poder...* que *nosotros* hayamos abierto *San Petersburgo al zar únicamente a costa nuestra y sin ningún riesgo para él...*

La política más segura sería volver al tratado de Itolbowa, y no seguir permitiendo que el moscovita “anide en el Báltico”. Sin embargo, hay que reconocer que “en la actual situación” sería “difícil recobrar la ventaja que hemos perdido al no detener a tiempo el crecimiento del poder moscovita”. Un camino intermedio podría ser más conveniente.

Si resulta consistente con el bienestar de nuestro Estado que el moscovita tenga una salida al Báltico, ya que de los príncipes de Europa, él es aquel cuyo país más se beneficia vendiendo sus productos a los mercados extranjeros; en tal caso sería razonable esperar, por otra parte, que a cambio de nuestra consideración por sus intereses y el desarrollo de su país, Su Majestad el zar no exigiese nada que implicase inconvenientes para otro; y, por lo tanto, se contentase con barcos mercantes, y renunciase a los de guerra.

De este modo frustraríamos sus esperanzas de ser algún día algo más que una potencia inferior, pero desmentiríamos cualquier objeción de que tratamos al zar peor que a cualquier otro príncipe soberano. No pondré como ejemplo de ello a la república de Génova, o a la del duque de Curlandia, en el mismo Báltico; pero me referiré a Polonia y Prusia, las cuales, aunque ahora son ambas un reino, siempre se han contentado con la libertad de un tráfico abierto, sin insistir en poseer una flota. O hablaré del tratado de Falczin, entre el turco y el moscovita, por el cual Pedro se vio obligado no solamente a devolver Azov, y a desprenderse de todos los barcos de guerra que tenía en aquellas latitudes, sino también a contentarse con la libertad de tráfico en el mar Negro. Incluso una salida al Báltico para comerciar es ya mucho más de lo que moralmente podía esperar no hace mucho tiempo, después de su guerra con Suecia.

Si el zar se niega a estar de acuerdo con “un temperamento tan conciliador”, sólo sentiremos “el tiempo que perdimos empleando todos los medios a nuestro alcance para convencerle de que aceptase una paz ventajosa para Gran Bretaña”. La guerra se haría inevitable. En tal caso:

No sólo nuestro ministerio tendría que continuar sus medidas presentes, sino que el fuego de la indignación tendría que arder en el pecho de todo britá-

nico honesto ante el hecho de que un zar de Moscovia, que debe su fuerza naval a nuestras instrucciones, y su grandeza a nuestra magnanimidad, niegue tan pronto a Gran Bretaña las condiciones que hace pocos años aceptó gustosamente de la Sublime puerta.

Es nuestro interés en todos los sentidos que Suecia recupere las provincias bálticas que el moscovita le ha arrebatado. *Gran Bretaña ya no puede mantener el equilibrio en dicho mar, puesto que ha dejado al moscovita convertirse en potencia marítima.* Si hubiésemos cumplido con los artículos de nuestra alianza, concertada por el rey Guillermo con la corona sueca, aquella valiente nación hubiera sido siempre un impedimento lo bastante fuerte para la aparición del zar en el Báltico... El tiempo nos dará la razón; *la expulsión del moscovita del mar Báltico es ahora el principal objetivo de nuestro ministerio.*

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL ZARISMO RUSO¹

1

Nosotros, el partido obrero de Europa occidental,¹ tenemos un doble interés en la victoria del partido revolucionario ruso.

Primero, porque el imperio zarista ruso constituye al mismo tiempo la gran fortaleza principal, la posición de reserva y el ejército de reserva de la reacción europea; porque su mera existencia pasiva ya es una amenaza y un peligro para nosotros.

Pero segundo —y este punto aún no ha sido suficientemente destacado de nuestro lado—, porque merced a su incesante intervención en los asuntos de Occidente inhibe y perturba nuestro normal desarrollo, y eso con el fin de conquistarse posiciones geográficas que le aseguren el dominio de Europa y por consiguiente vuelvan imposible la victoria del proletariado europeo.²

Es mérito de Karl Marx haber sido el primero en recalcar repetidamente, desde 1848, que el partido obrero de Europa occidental, por esta última razón, se veía forzado a librar una guerra de vida o muerte con el zarismo ruso. Si actuó en el mismo sentido, es porque aquí también sólo soy el continuador de mi difunto amigo y recupero lo que no le fue dado hacer.³

¹ En el *Time*: No sólo los socialistas, sino todo partido progresista de cada país de Europa occidental.

² En el *Time*, la última parte de la frase reza así: y por consiguiente pulvericen toda posibilidad de progreso bajo el férreo talón del zar.

³ En el *Time*, en lugar de este párrafo, se inserta el pasaje siguiente: En Inglaterra no se puede escribir sobre política exterior rusa sin mencionar enseguida el nombre de David Urquhart. Durante cincuenta años éste se esforzó sin pausa por familiarizar a sus connacionales con las metas y métodos de la diplomacia rusa, materia que dominaba a la perfección; pero todo su esfuerzo sólo le acarreó burlas y la fama de ser un charlatán archiaburrado y cargoso. Claro que el filisteo habitual cuenta dentro de tal especie a cualquiera que hable insistentemente sobre cosas desagradables, por más importantes que sean. No obstante, Urquhart, que odiaba al filisteo pero no entendió ni su naturaleza ni la inevitabilidad histórica de su existencia en nuestra época, debía naufragar. Siendo él mismo un tory de la vieja escuela que veía que hasta entonces sólo los *tories* habían opuesto eficaz resistencia a Rusia en Inglaterra, y que el hacer y accionar de los liberales ingleses y extranjeros, incluido el conjunto del movi-

Incluso entre los revolucionarios rusos sigue dominando a veces un desconocimiento relativamente grande de esa faceta de la historia rusa. De un lado, porque en la misma Rusia sólo se tolera al respecto la leyenda oficial; del otro, y para más de uno, porque se menosprecia demasiado al gobierno zarista, considerándolo incapaz de hacer cualquier cosa racional: incapaz en parte por su limitación, y en parte por su corrupción. En rigor, esto es incluso correcto para la política interior; ahí aflora abiertamente la impotencia del zarismo. Pero no sólo se debe conocer las debilidades, sino también las fuerzas del adversario. Y la política exterior es, incondicionalmente, el lado donde el zarismo resulta fuerte, muy fuerte. En cierta medida, la diplomacia rusa constituye una moderna orden jesuítica, lo bastante poderosa para incluso superar en caso necesario los humores del zar y domeñar la corrupción en su propio interior a fin de esparcirse con tanta mayor holgura hacia afuera; una orden jesuítica originaria y preferentemente reclutada entre extranjeros: corsos como Pozzo di Borgo, alemanes como Nesselrode, baltoalemanes como Lieven, al igual que su fundadora Catalina II, que era extranjera.

La alta nobleza de la antigua Rusia aún tenía demasiados intereses mundanos privados y familiares y no poseía la confiabilidad incondicional que reclamaba el servicio de esta nueva orden, y como no se le podía imponer el desposeimiento personal y el celibato de los sacerdotes católicos jesuitas, hubo que contentarse con confiarle solamente y por

miento revolucionario en el continente, habitualmente constituía una ventaja para esa potencia, Urquhart creía que para contraponer una real resistencia a las intrusiones rusas uno debía ser tory (o si no turco), y que todo liberal y revolucionario, consciente o inconscientemente, era un instrumento de Rusia. Su permanente ocupación con la diplomacia rusa llevó a Urquhart a la convicción de que era algo omnipotente y el único factor realmente activo de la historia moderna en cuyas manos todos los demás gobiernos sólo resultaban instrumentos pasivos, de modo que no puede entenderse —si uno no conoce su igualmente exagerada evaluación de la fuerza de Turquía— por qué esa omnipotente diplomacia rusa no se adueñó ya hace rato de Constantinopla. Para reducir así toda la historia reciente desde la Revolución francesa a un ajedrez diplomático entre Rusia y Turquía en el que los demás estados europeos sólo son piezas de Rusia, el mismo Urquhart debió jugar a ser una especie de profeta oriental que en lugar de simples hechos históricos anunciaba una doctrina esotérica secreta con un lenguaje hiperdiplomático, lleno de misterio —doctrina que estaba llena de alusiones a hechos poco conocidos y apenas demostrados claramente alguna vez—, y que como infalible panacea contra la supremacía de la diplomacia rusa sobre la inglesa proponía volver a introducir la responsabilidad judicial de los ministros y sustituir el gabinete por el Consejo secreto. Urquhart fue hombre de grandes méritos y, por añadidura, un verdadero gentleman inglés de la vieja escuela, pero los diplomáticos rusos pudieron decir sin exagerar: “Si M. Urquhart n'existait pas, il faudrait l'inventer” [“Si el señor Urquhart no existiese, habría que inventarlo”].

lo pronto puestos secundarios y de representación, legaciones, etc., y así ir formando paulatinamente una escuela de diplomáticos locales. Hasta ahora sólo *un* ruso puro, Gorchákov, desempeñó el cargo supremo en esa orden; su sucesor, Von Giers, lleva nuevamente un nombre extranjero.

Es esta sociedad secreta, originariamente reclutada entre aventureros extranjeros, la que elevó a su presente plenipotencia al imperio ruso. Con férrea perseverancia; clavada fijamente la vista en la meta; sin arredrarse ante ningún perjurio, ante ninguna traición, ante ningún crimen alevoso, ante ningún servilismo; repartiendo a manos llenas los dineros del soborno; sin ensoberbecerse con ninguna victoria ni desanimarse con ninguna derrota; pasando por encima de los cadáveres de millones de soldados y de por lo menos un zar, esta banda tan inescrupulosa como talentosa contribuyó más que todos los ejércitos rusos a desplazar las fronteras de Rusia desde el Dniéper y el Duina hasta el otro lado del Vístula, hasta el Prut, el Danubio y el mar Negro; desde el Don y el Volga hasta el otro lado del Cáucaso y las fuentes del Oxus [Amur Daria] y el Jaxartes [Sir Daria]; a hacer grande, poderosa y temida a Rusia y a abrirle el camino al dominio del mundo. Pero de este modo también fortaleció hacia adentro el poder del zar. Para el público vulgar-patriótico, la gloria triunfal, las consecutivas conquistas, el poder y el brillo del zarismo contrapesan holgadamente todos sus pecados, todo su despotismo, toda su injusticia y arbitrariedad; la fanfarria del chovinismo se resarce holgadamente de todas las patadas. Y esto tanto más, cuanto menos se conoce en Rusia las causas reales y los pormenores de esos éxitos y se los sustituye con una leyenda oficial como la que intentan en todas partes (por ejemplo en Francia y en Prusia) los gobiernos bienintencionados para beneficio de los súbditos y promoción del patriotismo. O sea que aquel ruso que fuere chovinista tarde o temprano también caerá de rodillas ante el zarismo, como lo hemos experimentado con Tijonirov.

¿Pero cómo semejante banda de aventureros pudo llegar a conquistar tan poderosa influencia sobre la historia europea? Muy sencillo. No crearon algo nuevo de la nada, sino que sólo explotaron correctamente un estado de cosas existente. La diplomacia rusa tiene un basamento material muy palpable para todos sus éxitos.

Observemos a Rusia a mediados del siglo precedente. Territorio ya gigantesco por entonces, habitado por una raza de rara homogeneidad. Escasa población que, no obstante, se multiplica con rapidez; o sea seguro incremento de poder en virtud de la mera duración temporal. Esa población, espiritualmente estancada, sin ninguna iniciativa, pero, dentro de las barreras de su modo consuetudinario de existencia, utilizable incondicionalmente para todo; tenaz, valiente,

obediente, a la altura de todas las fatigas, material insuperable de soldados para las guerras de aquella época, en que decidía el combate de masas cerradas. El país mismo con sólo un flanco, el occidental, vuelto hacia Europa, o sea atacable tan solo por allí; sin centro cuya conquista pudiese forzar a la paz; protegido casi absolutamente contra una conquista por su intransitabilidad, su extensión, y su pobreza en fuentes de recursos: se daba un poderío inatacable para cualquiera que supiese hacer uso de él a fin de poder permitirse impunemente, desde aquí y en Europa, cosas que hubiesen acarreado guerra tras guerra a cualquier otro gobierno.

Fuerte hasta la inatacabilidad en la defensa, Rusia era correspondientemente débil en el ataque. La concentración, organización, equipamiento y movimiento de sus ejércitos en el interior chocaba con los más grandes obstáculos, y a todas las dificultades materiales se agregaba la ilimitada corrupción de funcionarios y oficiales. Todos los intentos de capacitar ofensivamente a Rusia en gran escala han naufragado hasta ahora, y probablemente naufrague con mayor razón el último y actual intento de introducir el servicio militar obligatorio.^[2] Aquí puede decirse que los obstáculos casi crecen tanto como el cuadrado de las masas a organizar, incluso dejando aparte la imposibilidad de hallar, con una población urbana tan exigua, la enorme cantidad de oficiales ahora necesaria. Esta debilidad nunca fue un secreto para la diplomacia rusa; por eso, de ser factible, siempre evitó la guerra; sólo la admitió como recurso extremo y, aún así, únicamente bajo las más favorables condiciones previas. Sólo le pueden sentar esas guerras donde los aliados de Rusia tienen que cargar con el fardo principal, entregar su territorio a la desolación del escenario bélico y poner la gran masa de los combatientes, y donde a las tropas rusas les toca el papel de las reservas que se salvan en la mayoría de las acciones, pero a quienes en todas las grandes batallas les toca el honor de la última decisión ligado con víctimas relativamente exiguas, como en la guerra de 1813-1815.^[3] Pero no siempre se puede tener una guerra bajo circunstancias tan ventajosas, y por eso la diplomacia rusa prefiere poner al servicio de sus fines los intereses y apetitos encontrados de las demás potencias, azuzar una contra otra a estas potencias y explotar sus enemistades en provecho de la política rusa de conquistas. El zarismo sólo libra guerra por propia cuenta y riesgo contra los decididamente más débiles como Suecia, Turquía y Persia y, así, tampoco le hace falta repartir con nadie el botín.

Pero volvamos a la Rusia de 1760. Este país homogéneo e inatacable tenía por vecinos a puros países que aparente o realmente se hallaban en decadencia y se acercaban a la disolución, o sea que eran

pura *matière à conquêtes*.⁴ En el norte Suecia, cuyo poder y prestigio se habían ido precisamente a pique porque Carlos XII intentó penetrar en Rusia, arruinando con ello a Suecia y evidenciando la inatacabilidad de Rusia. En el sur los turcos y sus tributarios, los tártaros de Crimea, escombros de una pasada grandeza; la fuerza ofensiva de los turcos quebrada desde hacía 100 años; su fuerza defensiva aún significativa, pero igualmente menguante; el mejor signo de esta creciente debilidad: los incipientes sacudones rebeldes entre los cristianos, eslavos, rumanos y griegos oprimidos que constituían la mayoría de la población de la Península balcánica. Estos cristianos, casi exclusivamente de rito griego, estaban así emparentados con los rusos por la religión, y además los eslavos —servios y búlgaros— que había entre ellos, lo estaban por su origen. O sea que a Rusia sólo le hacía falta proclamar su vocación de protectora de la Iglesia griega oprimida y de la esclavitud encadenada, y ahí quedaba preparado —bajo la cobertura de la liberación— el terreno para la conquista. Asimismo, al sur del Cáucaso, se encontraban bajo soberanía turca pequeños estados cristianos y armenios cristianos, ante quienes el zarismo podía arrogarse el título de “libertador”. Y luego, allí en el sur, sonreía al codicioso conquistador un trofeo como Europa no había ostentado después: la antigua capital del Imperio romano oriental, la metrópoli de todo el mundo greco-católico, la ciudad cuyo nombre ruso ya habla del dominio del Oriente y del prestigio que rodea a su poseedor a ojos de la cristiandad oriental: Constantinopla-Zargrad.

Pero Zargrad como tercera capital rusa junto a Moscú y Petersburgo no sólo quería decir dominio moral sobre la cristiandad oriental: también era la etapa decisiva para dominar Europa. Era la autocracia sobre el mar Negro, Asia Menor, la Península balcánica. Era, ni bien lo quisiese el zar, la clausura del mar Negro a todas las flotas mercantes o de guerra fuera de la rusa, su transformación en puerto militar ruso y en exclusivo campo de maniobra para la flota rusa, que a partir de esta segura posición de reserva podía hacer salidas a través del Bósforo fortificado y volver a refugiarse en ella tantas veces como se le ocurriera. Después a Rusia sólo le hacía falta conquistar igual dominio, directo o indirecto; de los estrechos de Sund y ambos Belt, y también sería inatacable por mar.

El dominio de la Península balcánica llevaría a Rusia hasta el mar Adriático, y esta frontera sudoccidental resultaría insostenible si la frontera occidental rusa en general no era correspondientemente desplazada y su esfera de poder significativamente extendida. Pero aquí las condiciones eran casi más favorables aún.

⁴ Puro asunto de conquistas.

Por lo pronto Polonia, en pleno desbarajuste, república nobiliar basada en la esquilación y opresión de los campesinos, con una constitución que al imposibilitar cualquier acción nacional convertía de ese modo al país en abierto botín de los vecinos. Desde comienzos de siglo sólo vivía, como decían los mismos polacos, gracias al desorden (*Polska nierzadem stoi*); el país entero era ocupado y atravesado incesantemente por tropas extranjeras, a quienes servía de taberna y fonda (*karczma zajezdna*, decían los polacos), pero donde por norma se olvidaban de pagar. Pedro el grande ya la había arruinado sistemáticamente: aquí tan solo hacía falta que sus sucesores se pusiesen manos a la obra. Y para ello seguían teniendo además un pretexto en virtud del "principio de la nacionalidad".^[4] Polonia no era un país homogéneo. Por la época en que la Gran Rusia se puso bajo el yugo mongol, Bielorrusia y la Pequeña Rusia encontraron protección contra la invasión asiática unificándose en el así llamado Reino lituano. Más tarde este reino se unificó por libre decisión con Polonia.^[5] Desde entonces, debido a la civilización superior de los polacos, la nobleza bielorrusa y pequeñorrusa se polonizó drásticamente; incluso en tiempos de la dominación jesuítica en Polonia, en el siglo xvi, los rusos greco-católicos de Polonia se vieron forzados a unificarse con la Iglesia romana. Esto brindó al zar de la Gran Rusia el bienvenido pretexto para reclamar el territorio otrora lituano como país de nacionalidad rusa pero oprimido por Polonia, aunque al menos los pequeños rusos, según Miklosich, el más grande de los eslavistas vivientes, no hablasen un dialecto meramente ruso sino un idioma aparte, y el ulterior pretexto de intervenir en favor de los griegos unidos^[6] como protector de la confesión griega, aunque ellos hacía rato que se habían reconciliado con su posición ante la Iglesia romana.

Más allá de Polonia había un segundo país que parecía quedar irremediablemente a merced del desbarajuste: Alemania. Desde la Guerra de los Treinta años, el Imperio romano-germánico sólo nominalmente seguía siendo un estado. La soberanía territorial de los príncipes imperiales se aproximaba cada vez más a la plena soberanía; su poder de desafiar al emperador, que en Alemania sustituía al *liberum veto* polaco,^[7] había quedado expresamente sentado bajo la garantía de Francia y Suecia en la paz de Westfalia,^[8] o sea que se hacía depender el fortalecimiento del poder central del consenso del extranjero, que tenía todo el interés de impedir ese fortalecimiento. Además, debido a sus conquistas alemanas, Suecia era miembro del Imperio alemán con voz y voto en las dietas imperiales. En cada guerra el emperador encontraba príncipes imperiales alemanes entre los coligados a sus enemigos extranjeros, o sea que, al mismo tiempo, cada guerra era una guerra civil. Casi todos los príncipes imperiales grandes

y medianos fueron comprados por Luis XIV y el país se arruinó económicamente tanto que sin esas afluencias anuales del dinero del soborno francés no hubiese habido posibilidad de guardar dinero en general como medio de circulación en el país.* Por eso hacía rato que el emperador no buscaba su fuerza en su imperio, que sólo le costaba dinero sin aportarle nada más que esfuerzos y preocupaciones, sino en sus países hereditarios austriacos, alemanes y extraalemanes. Y junto a la potencia dinástica austriaca, la prusiana ya empezó a desplegarse paulatinamente como rival.

Así estaban las cosas en Alemania en la época de Pedro el grande. Este hombre realmente grande —grande de modo muy distinto que Federico “el grande”, el obediente siervo de Catalina II, sucesora de Pedro— fue el primero en captar completamente la situación de Europa, tan maravillosamente favorable para Rusia. Así como frente a Suecia, Turquía, Persia y Polonia abarcó con clara mirada los rasgos fundamentales de la política rusa, constatándolos e inaugurando su ejecución —con mucha mayor claridad de lo que aconteció en su así llamado “testamento”, que parece la obra de un epígono—,^[9] también hizo lo mismo frente a Alemania. Alemania lo ocupó más que cualquier otro país fuera de Suecia. A Suecia debió quebrarla; a Polonia pudo tenerla ni bien estiró la mano; de Turquía aún estaba demasiado lejos, pero hacer pie firme en Alemania y conservar la posición que Francia aprovechaba tan holgadamente y que Suecia resultaba débil para aprovechar fue una tarea principal para él. Lo hizo todo a fin de convertirse en príncipe imperial alemán mediante la adquisición de territorio alemán, pero en vano; sólo pudo inaugurar el sistema de emparentarse con príncipes imperiales alemanes y explotar diplomáticamente las desaveniencias internas alemanas.

A partir de Pedro, esa situación se había seguido dislocando significativamente en favor de Rusia por obra del encunbramiento de Prusia. Con esto, al emperador alemán le creció dentro del mismo imperio un adversario casi condigno, que perpetuaba la escisión de Alemania y llevaba las cosas al extremo. Simultáneamente, este adversario siempre seguía siendo lo bastante débil como para tener que depender de la ayuda de Francia o de Rusia: mayormente de la ayuda de Rusia, de modo que cuanto más se emancipara del vasallazgo con respecto al Imperio alemán, tanto más seguramente quedase a merced del vasallazgo de Rusia.

Así, sólo restaban en Europa tres potencias más que considerar: Austria, Francia e Inglaterra. Y no era ningún arte difícil azucarar a

* Véase Gülich, *Geschichtliche Darstellung des Handels, etc.*, Jena, 1930, tomo 2, pp. 201-206.

una contra otra o sobornarlas con el cebo de la adquisición territorial. Inglaterra y Francia siempre seguían siendo rivales en el mar; a Francia se la podía tener creándole la perspectiva de adquisiciones territoriales en Bélgica y Alemania, y a Austria se la cebaba con fingidas ventajas a expensas de Francia, Prusia y, a partir de José II, también Baviera. O sea que aquí, aprovechando hábilmente los conflictos de intereses, se podían tener aliados fuertes y, en rigor, abrumadoramente fuertes para cualquier acción diplomática de Rusia. Y ahora, frente a esos países limítrofes en disgregación, frente a esas tres grandes potencias enmarañadas en eternos camorreos por la tradición, las condiciones económicas de vida, los intereses políticos o dinásticos o las apetencias de conquista, e invariablemente ocupadas en sus intentos de imponerse unas a otras por la astucia, la Rusia única, homogénea, juvenil, en rápido crecimiento, apenas atacable y completamente inconquistable, y además materia prima sin elaborar, casi carente de resistencias, modelable: ¡qué ocasión para gente con talento y ambición, para gente afanosa de poder, no importa dónde y cómo, con tal que sólo fuese real poder, una real palestra para su talento y su ambición! Y tal gente produjo el “ilustrado” siglo dieciocho en cantidad: gente que atravesaba toda Europa al servicio de la “humanidad”, que visitaba las cortes de todos los príncipes ilustrados —¿y qué príncipe no quería ser ilustrado por entonces?—, que se radicaba dondequiera encontrase un lugar favorable, una internacional “apátrida”, nobiliar-burguesa, de la Ilustración. Esta internacional cayó de rodillas ante la Semíramis del Norte, la igualmente apátrida Sofía Augusta de Anhalt-Zerbst, llamada Ekaterina II de Rusia, y de las filas de esta internacional fue de donde la misma Catalina extrajo los elementos para su orden jesuítica de la diplomacia rusa.

En su escrito sobre Tomás Moro, Karl Kautsky probó que la primera forma de la Ilustración burguesa, el “humanismo” de los siglos xv y xvi, acabó, con su desarrollo ulterior, en el jesuitismo católico. Exactamente del mismo modo vemos aquí que su segunda forma, plenamente madura, acaba en el siglo xviii en el jesuitismo moderno, la diplomacia rusa. Esta conversión en lo contrario, este arribo final a un punto polarmente contrapuesto al punto de partida, es el destino natural de todos los movimientos históricos que no tienen en claro sus causas y condiciones de existencia y por ende también están dirigidos hacia metas meramente ilusorias. La “ironía de la historia” los corrige implacablemente.

Ahora veamos cómo trabaja esa orden jesuítica, cómo utiliza las metas incesantemente cambiantes de las grandes potencias competidoras en cuanto medio de alcanzar su única meta, jamás cambiante, jamás perdida de vista: el dominio ruso del mundo.

II

La situación mundial nunca fue más favorable para los planes zaristas de conquista que en 1762, cuando tras el asesinato de su consorte, la gran puta Catalina II subió al trono. Europa entera estaba escindida en dos campos por la Guerra de los Siete años.^[10] Inglaterra había quebrado el poder marítimo francés en Norteamérica y en la India, y ahora dejaba en la estacada a su aliado continental, Federico II de Prusia. En 1762, éste estaba al borde del hundimiento cuando Pedro III de Rusia llegó al trono y desistió de la guerra contra Prusia; abandonado por su última y única aliada, Inglaterra; enemistado duramente con Austria y Francia y agotado por una lucha de supervivencia de siete años, no le quedaba otra opción que arrojarse a los pies de la recién coronada zarina. Con ello no sólo obtuvo poderosa protección sino [también] la candidatura al pedazo de Polonia que Prusia oriental mantenía separado del cuerpo de su monarquía, y cuya conquista era actualmente su meta vital. El 31 de marzo (11 de abril) de 1764, Catalina y Federico concluyeron en Petersburgo una alianza^[11] cuya cláusula secreta comprometía a ambos a mantener en pie la constitución polaca existente, ese óptimo medio de arruinar a Polonia, por la fuerza de las armas y contra todo intento de reforma. Así quedaba resuelta la futura partición de Polonia. Un pedazo de Polonia era el hueso que la zarina arrojaba a Prusia para que durante un siglo ésta se dejase atar tranquilamente a la cadena rusa.

No entraré en los pormenores de la primera partición de Polonia,^[12] pero resulta característico que, en esencia, y contra la voluntad de la anticuada María Teresa, la ejecutasen las tres grandes columnas de la Ilustración europea: Catalina, Federico y José. Los dos últimos, orgullosos de la iluminada sabiduría estatal con que pisoteaban las supersticiones de un derecho consuetudinario de gentes, fueron además lo bastante tontos para no ver cómo se vendían en cuerpo y alma al zarismo ruso participando de la rapiña polaca.

Nada podía ser más favorable para Catalina que estos ilustrados vecinos principescos. Ilustración:⁵ tal era en el siglo dieciocho la consigna del zarismo en Europa, así como liberación de los pueblos lo fue en el diecinueve. No hubo rapiña territorial, violencia ni opresión por parte del zarismo que no se perpetrase bajo el pretexto de la Ilustración,⁶ el liberalismo y la liberación de los pueblos. Y los pueriles

⁵ En el *Time*: "Progreso" e "Ilustración".

⁶ En el *Time*: del "progreso", de la "Ilustración".

liberales de Europa occidental, de Gladstone para abajo,⁷ lo creían, mientras que los conservadores, igualmente estúpidos, también creían a pie juntillas en el palabrerío de la protección de la legitimidad,^[13] la conservación del orden, la religión y el equilibrio europeo, y la sacralidad de los tratados que simultáneamente tenía en la boca la Rusia oficial. La diplomacia rusa había conseguido engatusar a los dos grandes partidos burgueses de Europa. A ella, y sólo a ella, se le permite ser en un mismo resuello legitimista y revolucionaria, conservadora y liberal, ortodoxa e ilustrada. Se comprende con qué desprecio mira cualquier diplomático ruso al Occidente “culto”.

Después de Polonia le llegó el turno a Alemania. Austria y Prusia se fueron a las manos en la Guerra de Sucesión bávara de 1778,^[14] nuevamente para provecho de nadie sino de Catalina. Rusia se había vuelto demasiado grande para seguir especulando como Pedro⁸ con una integración al Imperio alemán; ahora aspiraba a la posición que ya tenía en Polonia y que Francia poseía en el Imperio alemán: la de un garante del desorden alemán contra todo intento de reforma. Y obtuvo esa posición. En la paz de Teschen (1779), Rusia asumió junto a Francia la garantía de ese tratado de paz y de todos los anteriores tratados de paz con él ratificados, particularmente el de Westfalia, de 1648. Así quedó sellada la impotencia de Alemania, y Alemania declarada el futuro objeto de partición entre Francia y Rusia.

Turquía no fue olvidada. Las guerras rusas contra los turcos siempre caen en épocas en que Rusia tiene paz en la frontera occidental y Europa está ocupada en lo posible en otra cosa. Catalina libró dos guerras semejantes.^[15] La primera aportó conquistas junto al mar de Azov y la independencia de Crimea, que cuatro años después fue transformada en provincia rusa. La segunda desplazó la frontera de Rusia desde el Bug hasta el Dniéster. En ambas guerras los agentes rusos habían azuzado a los griegos a la insurrección contra los turcos. Naturalmente que, al final, los insurrectos fueron dejados en la estacada por el gobierno ruso.

Durante la guerra de independencia norteamericana, Catalina fue la primera en formular para sí y sus aliados en la⁹ “neutralidad armada” (1780) aquellas exigencias de restricción de los derechos reivindicados por Inglaterra para sus barcos de guerra en alta mar que, desde entonces, son una meta constante de la política rusa y, en cuanto a lo principal, fueron reconocidas en la paz de París de 1856 por

⁷ En el *Time*: Y los pueriles liberales de Europa occidental —de Gladstone para abajo— lo creen hasta el día de hoy.

⁸ En el *Time* se añade: mediante la adquisición de cualquier pequeño principado alemán.

⁹ En el *Time* se añade: en la así llamada [“neutralidad armada”] nórdica.

Europa y la misma Inglaterra.^[16] Sólo los Estados Unidos de Norteamérica no quieren saber nada de eso hasta el día de hoy.

El estallido de la Revolución francesa fue un nuevo golpe de suerte para Catalina. Muy lejos de temer la difusión de las ideas revolucionarias a Rusia, sólo vio en ello una nueva ocasión de enemistar entre sí a los estados europeos para que Rusia quedase con las manos libres. Tras la muerte de sus dos ilustrados amigos y vecinos, Federico Guillermo II en Prusia y Leopoldo en Austria habían ensayado una política independiente. La revolución brindó a Catalina la mejor ocasión para volverlos a encadenar a Rusia so pretexto de combatir a la Francia republicana y simultáneamente, mientras los ocupaba en la frontera francesa, hacer nuevas adquisiciones en Polonia. Ambas, Austria y Prusia, cayeron en la trampa. Y aunque Prusia —que desde 1787 a 1791 jugó de aliada de Polonia contra Catalina— reflexionó a tiempo, reivindicando esta vez una mayor participación en la rapiña polaca, y Austria debió ser igualmente conformada con un pedazo de Polonia, Catalina pudo volver a hacerse, con mucho, de la parte más grande del botín;^[17] casi toda Bielorrusia y la Pequeña Rusia se unificaron entonces con la Gran Rusia.

Pero esta vez la moneda tiene su reverso. Como la rapiña de Polonia reclamaba igualmente las fuerzas de la Coalición de 1792-1794,^[18] debilitó su fuerza ofensiva contra Francia hasta que ésta fue lo bastante fuerte para ganar sola la victoria. Polonia cayó, pero su resistencia había salvado a la Revolución francesa, y con la Revolución francesa comenzó un movimiento contra el que incluso el zarismo resulta impotente. Jamás olvidaremos esto de los polacos en Occidente. Por lo demás, como veremos, no es la única vez que los polacos han salvado a la revolución europea.

En la política de Catalina ya encontramos nítidamente dibujados todos los rasgos esenciales de la actual política rusa: incorporación de Polonia, aunque por lo pronto se deba seguir dejando a los vecinos una parte del botín; transformación de Alemania en el subsiguiente objeto de partición; Constantinopla como gran meta principal, que jamás hay que olvidar y que hay que ir expugnando lentamente; conquista de Finlandia para cobertura de Petersburgo e indemnización de Suecia por Noruega, que Catalina ofreció en Frederikshamn al rey Gustavo III;^[19] debilitamiento de la supremacía británica en el mar mediante restricciones concernientes al derecho de gentes; promoción de insurrecciones de los *raja*⁹ bis cristianos en Turquía y, finalmente, la feliz unificación del palabrero liberal y legitimista, con lo cual se

⁹ bis Súbditos no islámicos del Imperio Otomano.

le toma el pelo a la así llamada opinión pública según la demanda de los filisteos "cultos" de Europa occidental que creen en palabreríos.

Al morir Catalina, Rusia ya poseía más de lo que incluso el chovinismo nacional más exagerado pudiese anhelar. Todo lo que llevaba nombre ruso —hasta los pocos pequeños rusos de Austria— estaba bajo el cetro de su sucesor, que ahora se podía llamar con pleno derecho autócrata de todas las Rusias. No sólo se había expugnado el acceso al mar; tanto en el Báltico como en el mar Negro, Rusia poseía un amplio litoral y numerosos puertos. No sólo fineses, tártaros y mongoles, sino también lituanos, suecos, polacos y alemanes estaban bajo el dominio ruso. ¿Qué más quieren? Para cualquier otra nación, eso era un finiquito. Para la diplomacia zarista —a la nación no se le preguntaba— eso era sólo un fundamento para recién ahora empezar.

La Revolución francesa se había desfogado, generando a su vez un soberano, un Napoleón. O sea que aparentemente había dado razón a la superior sabiduría de la diplomacia rusa, que no se dejó amedrentar por el gigantesco alzamiento del pueblo. Ahora el encubramiento de Napoleón brindaba la ocasión para nuevos éxitos: Alemania maduraba de cara al sino de Polonia. Pero Pablo, el sucesor de Catalina, era testarudo, caprichoso, mañero; a cada instante salía al cruce de la acción de los diplomáticos; se volvía insoportable, debía ser alejado. Para llevar esto a cabo se encontraron con facilidad los oficiales palaciegos necesarios; Alejandro, el sucesor de la corona, estaba en el complot y lo encubrió; Pablo fue estrangulado y al punto empezó una nueva campaña para mayor gloria del nuevo zar, que por su modo de subir al trono se había convertido en siervo vitalicio de la banda de jesuitas diplomáticos.

Ésta dejó que Napoleón redujese cabalmente a escombros el Imperio alemán y llevase a su extremo el desbarajuste dominante. Pero cuando se llegó al arreglo de cuentas, Rusia volvió a sobresalir. La paz de Lunéville (1801)^[20] había adjudicado a Francia toda la margen izquierda alemana del Rin, determinándose que los príncipes alemanes así desposeídos tendrían que ser indemnizados en la margen derecha del Rin con posesiones de los estados imperiales eclesiásticos, obispos, abades, etc. Ahora Rusia clamó por su garantía adquirida en Teschen, en 1779: acerca del reparto de las indemnizaciones, ella y Francia —ambas garantes del desbarajuste del Imperio alemán— tendrían que decirse alguna palabra de peso. La desunión, la codicia y la habitual felonía imperial de los príncipes alemanes cuidaron de que esa palabra de Rusia y de Francia resultase la decisiva. Así fue que Rusia y Francia esbozaron un plan para repartir los territorios eclesiásticos entre los desposeídos, y que ese plan esbozado por el extranjero en interés del extranjero se elevó en todas sus piezas principales a ley

del Imperio alemán (Decreto de diputación de los estados, 1803).^[21]

La Confederación imperial alemana estaba efectivamente disuelta; Austria y Prusia actuaban como estados europeos autónomos y, al igual que Rusia y Francia, consideraban mero territorio de conquista a los estados imperiales menores. Ahora bien, ¿qué iba a ser de esos pequeños estados? Prusia aún era demasiado chica y demasiado joven para reivindicar la supremacía sobre ellos, y Austria acababa de perder el último vestigio de esa supremacía. Pero Rusia y Francia reivindicaban en conjunto la herencia del Imperio alemán. Francia había hecho saltar al viejo imperio por la fuerza de las armas, y presionaba con su inmediata vecindad a lo largo de todo el Rin sobre los pequeños estados; la gloria triunfal de Napoleón y de sus ejércitos franceses hizo el resto: arrojar a sus pies a los pequeños príncipes alemanes. ¿Y Rusia? ¿Ahora que casi podía tocar con la mano la meta por la que se afanaba desde hacía cien años; ahora que Alemania yacía postrada en plena disolución, muerta de cansancio, desvalida y perpleja; precisamente ahora tenía Rusia que dejar que el advenedizo corso le arrebatase el botín ante sus narices?

De inmediato la diplomacia rusa abrió una campaña para conquistar la supremacía sobre los pequeños estados alemanes. Estaba cantado que esto no resultaba posible sin una victoria sobre Napoleón. O sea que era menester ganar a los príncipes alemanes y a la así llamada opinión pública de Alemania, en la medida en que podía hablarse de ella por ese entonces. Los príncipes fueron trabajados diplomáticamente, y el filisteísmo literariamente. Mientras las lisonjas, amenazas, mentiras y sobornos rusos se repartían pródigamente en las cortes, al público se lo inundaba de misteriosos panfletos en los que se encomiaba a Rusia como a la única potencia que podía salvar a Alemania y tomarla bajo su eficaz protección, cosa a la cual tenía el derecho y el deber en virtud del tratado de Teschen de 1779. Cuando estalló la guerra de 1805, debió resultarle claro a cualquiera que mantuviese un poquito abiertos los ojos que ahora sólo se trataba de saber si los pequeños estados tenían que formar una Liga renana francesa o rusa.

El destino protegió a Alemania. Los rusos y austríacos fueron batidos en Austerlitz y, después de todo, la nueva Liga renana no fue un puesto de avanzada del zarismo.^[22] Al menos el francés era un yugo moderno que compelia a los príncipes alemanes a liquidar los más ignominiosos anacronismos de su modo de existencia vigente.

Tras Austerlitz vino la alianza prusiano-rusa, Jena, Eylau, Friedland y la paz de Tilsit, en 1807.^[23] Aquí se volvió a demostrar qué enorme ventaja tiene Rusia con su situación estratégicamente segura. Batida en dos campañas, adquirió nuevo territorio a costa de su hasta entonces

aliada, y la alianza con Napoleón para dividir el mundo: ¡a Napoleón Occidente, a Alejandro el Oriente!

El primer fruto de esta alianza fue la conquista de Finlandia. Sin ninguna clase de declaración de guerra, pero con el consenso de Napoleón, los rusos irrumpieron; la incapacidad, la desunión y la venalidad de los generales suecos aseguraron una fácil victoria; el osado cruce del congelado Báltico por parte de divisiones rusas forzó un violento cambio de monarca en Estocolmo y la cesión de Finlandia a Rusia.^[24] Pero como tres años después era inminente la ruptura de Alejandro con Napoleón, el zar hizo que el mariscal Bernadotte, elegido príncipe heredero de Suecia, fuese a Abo, y le prometió Noruega si adhería a la alianza de Inglaterra y Rusia contra Napoleón.^[25] Así fue que en 1814 se cumplió el plan de Catalina: Finlandia para mí, Noruega para ti.

Pero Finlandia sólo constituía el preludio. De lo que se trataba para Alejandro era, como siempre, de Zargrad. En Tilsit y Erfurt^[26] Napoleón le había prometido en firme la Moldavia y la Valaquia, dándole la perspectiva de una partición de Turquía de la que, sin embargo, tenía que excluirse Constantinopla. Rusia estaba en guerra con Turquía desde 1806; esta vez no sólo fueron los griegos sino también los servios quienes se insurreccionaron.^[27] Pero lo que sólo valía irónicamente para Polonia, valía de veras para los turcos: el desorden los mantenía. El inquebrantable soldado raso, hijo del inquebrantable campesino turco, halló justamente ocasión, gracias a ese desorden, de reparar lo que echaban a perder los corrompidos pasháes. Los turcos podían ser batidos, pero no derrotados, y el ejército ruso sólo progresaba con lentitud por el camino a Zargrad.

No obstante, el precio de esta "mano libre" en Oriente era la adhesión al sistema continental de Napoleón, la interrupción de todo comercio con Inglaterra,^[28] y esto, para la Rusia de entonces, equivalía a decir la ruina comercial. Era la época en que Eugenio Oneguín (en Pushkin) aprendía de Adam Smith cómo se enriquece un estado y cómo no le hace falta dinero con que sólo tenga superabundancia de productos, mientras que por el otro lado su padre no podía comprenderlo y debía hipotecar una finca tras otra.

Rusia sólo podía recibir dinero del comercio marítimo y de la exportación de sus productos brutos a Inglaterra, el principal mercado de entonces, y Rusia ya estaba occidentalizada en demasía como para poder vivir sin dinero. El bloqueo comercial se volvía insopportable. La economía era más poderosa que la diplomacia y el zar juntos; se reanudó sigilosamente la comunicación con Inglaterra; se rompieron los convenios de Tilsit, y la guerra estalló en 1812.

Napoleón, con los ejércitos unidos de todo Occidente, rebasó la

frontera rusa. Los polacos, que podían hacerse un juicio sobre el caso, le aconsejaron hacer alto en el Duina y el Dniéper, reorganizar Polonia y allí aguardar el ataque de los rusos. Un generalísimo del cuño de Napoleón debía ver que ése era el plan correcto. Pero Napoleón, en la altura vertiginosa y con la base insegura sobre la que estaba, ya no *podía* emprender campañas lentas. Le eran indispensables éxitos rápidos, victorias deslumbrantes y acuerdos de paz conquistados por asalto. Hizo oídos sordos al consejo polaco, fue hacia Moscú y así llevó justamente a París a los rusos.

La aniquilación del gran ejército napoleónico en la retirada de Moscú dio la señal de la insurrección general contra la supremacía francesa en Occidente. En Prusia se insurreccionó el pueblo entero, compeliendo al cobarde Federico Guillermo III a guerrear contra Napoleón. Ni bien Austria estuvo lista con sus preparativos, se asoció a los rusos y a los prusianos. Tras la batalla de Leipzig,^[29] cayó la Liga renana de Napoleón, y apenas dieciocho meses después de la entrada de Napoleón en Moscú, Alejandro, dueño y señor de Europa, entraba en París.

Turquía, traicionada por Francia, había concluido la paz en Bucarest, en 1812, sacrificando la Besarabia a los rusos. El congreso de Viena aportó a Rusia el Reino de Polonia,^[30] de modo que ahora casi nueve décimas del ex territorio polaco estaban unidas a Rusia. Pero más que todo esto valía la posición europea que ahora ocupaba el zar. Sobre el continente europeo ya no tenía rivales. Austria y Prusia estaban a su remolque. La dinastía francesa de los Borbones había sido reimplantada por él y por ende le obedecía igualmente. Suecia había recibido por obra de él a Noruega como prenda de una política zarófila; incluso la dinastía española debía mucho más su reposición a las victorias de los rusos, los prusianos y los austríacos, que a las de Wellington, que jamás estuvieron en condiciones de tumbar el imperio francés.

Rusia nunca había ocupado tan pujante posición. Pero también había dado otro paso más allá de sus fronteras naturales. Si el chovinismo ruso aún seguía teniendo algunos —no quiero decir justificativos— pretextos de disculpa para las conquistas de Catalina, con las conquistas de Alejandro ya no se habla en absoluto de ellos. Finlandia es finesa y sueca, Besarabia rumana, la Polonia del Congreso polaca. Aquí ya no es cuestión de unificar tribus dispersas y emparentadas que en su totalidad llevan el nombre de rusas; aquí se trata de la conquista desnuda y violenta de territorios extranjeros; de simple rapiña.

III

La victoria sobre Napoleón era la victoria de las monarquías europeas sobre la Revolución francesa, cuya última fase fue el imperio napoleónico; esa victoria se celebró con la instauración de la "legitimidad". Pero mientras Talleyrand creía cebar al zar Alejandro con ese palabrerío por él inventado, más bien era la diplomacia rusa quien con ese palabrerío llevaba a Europa entera de la nariz. Con el pretexto de proteger la legitimidad, ella fundó la "Santa alianza", esa ampliación de la alianza ruso-austro-prusiana convertida en una conspiración de todos los príncipes europeos contra sus pueblos, bajo presidencia rusa.^[31] Los demás príncipes creían en ella; enseguida veremos qué opinaban el zar y su diplomacia al respecto.

Para ésta se trataba ahora de aprovechar la hegemonía conquistada sobre Europa a fin de acercarse un paso más a Zargrad. A tal efecto podía aplicar tres palancas: los rumanos, los serbios y los griegos. Los griegos resultaban el elemento más idóneo. Eran un pueblo mercantil, y los comerciantes sufrían más que nadie las presiones de los pashás turcos. El campesino cristiano bajo dominio turco se encontraba materialmente mejor que en cualquier otra parte. Había conservado sus instituciones preturcas y su pleno autogobierno; mientras pagara sus impuestos, el turco no se afligía regularmente por él; sólo raras veces estaba expuesto a coacciones como las que tuvo que tolerar en la Edad media el campesino de Europa occidental de parte de la nobleza. Era una existencia indigna, sólo tolerada, pero no materialmente precaria, que no resultaba inadecuada para la situación cultural que por ese entonces tenían aquellos pueblos, y por eso duró tanto, hasta que el *raja* eslavo descubrió que tal existencia era insoportable. En cambio el comercio de los griegos, desde que el dominio turco los liberara de la aplastante competencia de los venecianos y los genoveses, había florecido rápidamente, volviéndose ya tan significativo que de ahora en más tampoco podía seguir aguantando el dominio turco. De hecho, tanto el dominio turco como todo dominio oriental resultan inconciliables con la sociedad capitalista; ante las manos de los sátrapas y pashás rapaces no está segura la plusvalía rascada; falta la primera condición básica del lucro burgués:¹⁰ la seguridad de la persona comercial y de su propiedad. Por ende, no maravilla que los griegos, después de haber hecho ya dos intentos de insurrección a partir de 1774, se alzarán ahora otra vez.^[32]

O sea que la insurrección griega brindó el motivo; pero para que

¹⁰ En el *Time*: del comercio remunerativo.

la diplomacia zarista pudiese presionar enérgicamente ahí, debía impedirse que Occidente interviniera; o sea que debía tenérselo ocupado en su casa. El palabrerío de la legitimidad había allanado brillantemente el camino para ello. Los soberanos legítimos se habían hecho odiar a fondo en todas partes. Los intentos de restaurar la situación prerrevolucionaria agitaban a la burguesía de todo Occidente; en Francia y Alemania había gran efervescencia; en España e Italia estalló la insurrección abierta.^[83] La diplomacia zarista tenía metida la mano en todas esas conspiraciones e insurrecciones; no es que las hubiese fabricado o siquiera contribuido esencialmente a sus éxitos momentáneos. Pero lo que podía hacer a través de sus agentes oficiosos para crear discordia en la propia casa de sus aliados legítimos,¹¹ lo hacía. Directamente, sin embargo, protegía a los elementos rebeldes de Occidente ni bien éstos actuaban bajo la máscara de la simpatía por Grecia, y ¿quiénes eran los filohelenos que juntaban dinero y enviaban a Grecia voluntarios y cuerpos enteros de refuerzo armados: quiénes, si no justamente los carbonarios^[84] y demás liberales de Occidente?

Todo lo cual no impidió que el ilustrado zar Alejandro exhortase a sus colegas legítimos, en los congresos de Aachen, Troppau, Laibach y Verona, a dar los más enérgicos pasos contra sus súbditos rebeldes; enviase a los austriacos a Italia en 1821 y a los franceses a España en 1823 para sofocar la revolución^[85] y, en rigor, incluso condenase aparentemente la insurrección de los griegos, mientras de modo simultáneo atizaba esa misma insurrección y estimulaba a los filohelenos de Occidente a una actividad doble. De nuevo se le tomaba el pelo a la tonta Europa de manera increíble; el zarismo predicaba la legitimidad¹² a los príncipes y a los reaccionarios, y liberación de los pueblos¹³ e ilustración al filisteísmo liberal, y unos y otros le creían.

En Verona, el romántico Chateaubriand, ministro francés, fue completamente entrampado por el zar. Éste daba a los franceses perspectivas sobre la margen izquierda del Rin si ellos acompañaban cortés y gentilmente a Rusia. Con esta esperanza que luego, bajo Carlos X, fue corroborada por rigurosas promesas, la diplomacia rusa tuteló a Francia, controlando, con pocas interrupciones, la política oriental francesa hasta 1830.

A pesar de todo ello, la política humanitaria del zar, que con el pretexto de liberar a los griegos cristianos de la presión mahometana aspiraba a suplantar a los mahometanos, no hizo los progresos desea-

¹¹ En el *Time*, esta parte de la frase reza así: para sembrar discordia y disensión entre los súbditos de sus aliados legítimos.

¹² En el *Time* se añade: y el mantenimiento del *statu quo*.

¹³ En el *Time*: liberación de los pueblos oprimidos.

dos¹⁴ pues, como dice el príncipe Lieven, legado ruso en Londres (Despacho del 18/30 de octubre de 1825):

Europa entera contempla con pavor a ese coloso ruso cuya fuerza de gigante sólo aguarda una señal para ponerse en movimiento contra ella. Por eso su interés está en proteger el poder turco, ese enemigo natural de nuestro imperio.

La guerra en Grecia proseguía con éxito cambiante mientras se malograban todos los intentos rusos de entrar en las provincias del Danubio con alto consentimiento europeo y así llevar a los turcos a la capitulación. Fue entonces cuando —en 1825— les llegó ayuda egipcia a los turcos; los griegos resultaron batidos en todas partes y la insurrección casi aplastada. La política rusa estaba ante una derrota o si no ante una resolución osada.

El canciller Nesselrode recabó el consejo de sus legados. Pozzo di Borgo en París (Despacho del 4/16 de octubre de 1825) y Lieven en Londres (Despacho del 18/30 de octubre de 1825) se pronunciaron incondicionalmente por un comportamiento osado: se debía ocupar de inmediato y sin miramientos con Europa las provincias del Danubio, incluso a riesgo de una guerra europea. Éste era, evidentemente, el parecer general de la diplomacia rusa. Pero Alejandro era flojo, caprichoso, apático, místico-romántico; no sólo tenía del *Grec du Bas Empire*¹⁵ (como lo llamaba Napoleón) la viveza y la falsedad, sino también su versatilidad y su falta de energías. Empezó a tomar en serio la legitimidad y se hartó de los rebeldes griegos. Inactivo y casi inasequible por entonces, antes de los ferrocarriles, se fue de viaje por el sur hasta Taganrog. De repente llegó la noticia de que había muerto. Se habló de veneno. ¿La diplomacia había eliminado al hijo, como otrora al padre? En todo caso, no pudo morir en hora más oportuna para ella.

Con Nicolás llegó al trono un zar como la diplomacia no lo podía desear mejor; una naturaleza de subteniente mediocre¹⁶ para la que la *apariencia* del dominio estaba por encima de todo y que, por ende, se podía llevar a cualquier lado con esa apariencia. Ahora se procedió con más decisión, y la guerra contra los turcos se llevó a cabo sin que Europa interviniera. Se había conseguido que Inglaterra, por obra

¹⁴ En el *Time*, el comienzo y final de esta frase rezan así: A pesar de todo ello, el mundo miraba la política humanitaria del zar... con desconfianza o, en el mejor de los casos, con indiferencia.

¹⁵ Griegos del imperio bizantino.

¹⁶ En el *Time* se añade: un hombre que considera energía a la brutalidad y fuerza de voluntad a la terquedad caprichosa; una naturaleza...

del palabrerío liberal, y Francia, gracias a las mencionadas promesas, atacasen y destruyesen en plena paz, con sus flotas unidas a la rusa, la flota turco-egipcia en Navarino, el 20 de octubre de 1827.^[36] Y aunque Inglaterra pronto cambió de ruta, la Francia borbónica permaneció fiel. Mientras el zar declaraba la guerra a los turcos y sus tropas cruzaban el Prut el 6 de mayo de 1828, 15 000 hombres de las tropas francesas se preparaban a embarcarse para Grecia, donde desembarcaron en agosto y septiembre. Esto fue suficiente advertencia para que Austria no cayese sobre el flanco del avance ruso a Constantinopla: la consecuencia hubiese sido una guerra con Francia, y después entraba en vigor la alianza ruso-francesa para conquistar Constantinopla en un caso y la margen izquierda del Rin en el otro.

Diebich¹⁷ avanzó entonces hasta Adrianópolis, pero allí estaba en tal situación que debía volver a toda prisa a pasar los Balcanes si los turcos resistían tan sólo catorce días. Sólo tenía 20 000 hombres, la cuarta parte de ellos enfermos de peste. Entonces la legación prusiana en Constantinopla, con informes inventados sobre la amenazante ofensiva rusa, en realidad totalmente imposible, tramitó la paz y salvó al generalísimo ruso, con las palabras de Moltke, "de una situación que quizás sólo podía prolongarse unos pocos días para precipitarlo desde las alturas de la victoria al abismo del desastre" (Moltke, *Der russisch-türkische Feldzug*, p. 390).

En todo caso, la paz aportó al Imperio ruso las bocas del Danubio, un pedazo de territorio en Asia e, invariablemente, nuevos pretextos para intervenir en los asuntos de las provincias del Danubio.^[37] Desde entonces hasta la guerra de Crimea, éstas se convirtieron en las *karczma zajezdna* de las tropas rusas, de quienes durante ese período rara vez se vieron libres.

Antes de que estas ventajas pudieran seguir siendo aprovechadas, estalló la revolución de julio.^[38] Ahora el palabrerío liberal de los agentes rusos quedó metido en el bolsillo por un tiempo; tan sólo era menester proteger la "legitimidad". Se preparaba una campaña de la Santa alianza contra Francia... cuando estalló la insurrección polaca, manteniendo a Rusia en jaque durante un año, y así, por segunda vez, Polonia salvó a la revolución europea con su propio sacrificio.^[39]

Paso por alto las relaciones ruso-turcas de la época 1830-1848, que fueron importantes dado que Rusia, por vez primera, pudo actuar de protectora de Turquía contra Mekmet Alí de Egipto, su vasallo rebelde, enviar 30 000 hombres al Bósforo para proteger a Constantinopla y poner de hecho a Turquía bajo dominio ruso por una serie de años,

¹⁷ En el *Times* se añade: comandante del ejército ruso.

merced al tratado de Hunkiar-Iskelessi;^[40] dado que además consiguió en 1840 transformar una inminente coalición europea contra Rusia, gracias a la traición de Palmerston, ocurrida de la noche a la mañana, en una coalición contra Francia,^[41] y dado que por obra de la prolongada ocupación y explotación de los¹⁸ campesinos, así como del cebamiento de los boyardos mediante el *Règlement organique*^[42] (véase Marx, *El capital*, t. 1, cap. 8),¹⁹ pudo preparar a las provincias del Danubio para su anexión. Pero en lo principal, este período estuvo dedicado a la conquista y rusificación del Cáucaso, que finalmente se consiguió tras veinte años de lucha.

No obstante, la diplomacia zarista tuvo un grave accidente: cuando el gran príncipe Constantino debió huir de Varsovia el 29 de noviembre de 1830 ante los insurgentes polacos, cayó en manos de éstos todo su archivo diplomático, despachos originales del ministro de Relaciones Exteriores²⁰ y copias oficiales de todos los despachos importantes de los legados. Todo el engranaje de la diplomacia rusa entre 1825-1830 quedaba al descubierto.²¹ El gobierno polaco mandó estos despachos a Inglaterra y a Francia por intermedio del conde Zamoyski, y a iniciativa de Guillermo IV de Inglaterra, fueron publicados en 1835 en el *Portfolio*^[43] por David Urquhart. Este *Portfolio* siempre sigue siendo una de las fuentes principales, y en todo caso la más incontrovertible, para la historia de las intrigas con que el zarismo procuró azuzar unas contras otras a las naciones de Occidente a fin de controlarlas a todas debido a esas escisiones.

Ahora bien, la diplomacia rusa ya había pasado no sólo sin perjuicio, sino con directa ganancia, tantas revoluciones en Europa occidental, que estaba en condiciones de saludar como un acontecimiento sobremanera favorable el estallido de la revolución de febrero de 1848. Si la revolución se extendía hacia Viena y con ello no sólo eliminaba a Metternich, el adversario principal de Rusia, sino también sacudía de su duermelva a los eslavos de Austria, esos previsibles aliados del zarismo; si abrazaba a Berlín y con ello curaba a Federico Guillermo IV, que quería todo y no podía nada, de sus apetitos indepen-

¹⁸ En el *Time*: alojamiento de sus soldados entre los (en vez de: explotación de los).

¹⁹ En el *Time*, en lugar de las palabras puestas entre paréntesis, va una llamada de la siguiente nota al pie: Código para la población rural que ponía a disposición de los boyardos —la aristocracia rural del país— la mayor parte del tiempo de trabajo del campesino, y esto sin remuneración alguna. Para más detalles al respecto véase Karl Marx, *El capital*, cap. x, pp. 218-222 de la edición inglesa.^[43]

²⁰ Nesselrode.

²¹ En el *Time*: Todo el engranaje de la diplomacia rusa y todas las intrigas urdidas entre los años 1825-1830 quedaban al descubierto.

dentistas frente a Rusia: ¿qué podía ser más bienvenido? Rusia estaba asegurada contra toda infección, y Polonia tan drásticamente ocupada que no se podía ni mover. Y como recién ahora la revolución se extendía hasta las provincias del Danubio,^[45] la diplomacia rusa tuvo lo que quería: pretexto para una nueva entrada en Moldavia y Valaquia a fin de restaurar el orden y afianzar más y más allí el dominio ruso.

Con eso no bastaba. Austria, la adversaria más tenaz y obstinada de Rusia en las fronteras de la Península balcánica, había sido llevada al borde del hundimiento por la insurrección húngara y de Viena. Pero la victoria de Hungría tenía el mismo significado que el estallido renovado de la revolución europea, y los numerosos polacos que había en el ejército húngaro garantizaban que esta revolución no volvería a hacer alto en la frontera polaca. Entonces Nicolás se hizo el magnánimo. Mandó que sus ejércitos invadiesen Hungría, aplastó con su superioridad al ejército húngaro y con ello selló la derrota de la revolución europea. Y como Prusia siempre seguía haciendo intentos de aprovechar la revolución para desgarrar la Confederación germánica y subordinar por lo menos a los pequeños estados noralemanes a la hegemonía prusiana, Nicolás citó a Prusia y a Austria ante su tribunal en Varsovia y decidió en favor de Austria.^[46] Prusia, en agradecimiento a su añejo sometimiento a Rusia, fue ignominiosamente humillada por haber mostrado un instante débiles apetitos de resistencia. Nicolás decidió igualmente la cuestión de Slesvig-Holstein en contra de Alemania, e implantó como heredero del trono de Dinamarca al glückburgués Cristian, después de haberse convencido de su idoneidad para los fines zaristas.^[47] No sólo Hungría, sino Europa entera estaban a los pies del zar, y eso debido directamente a la revolución. ¿Acaso la diplomacia rusa no tenía razón cuando se entusiasmaba en su fuero íntimo con las revoluciones de Occidente?

Pero no obstante, la revolución de febrero fue el primer tañido a muerte del zarismo. La almita del limitado Nicolás no podía aguantar la felicidad inmerecida; se dio demasiada prisa procediendo contra Constantinopla; estalló la guerra de Crimea; Inglaterra y Francia acudieron en auxilio de Turquía, Austria ardió en ganas *d'étonner le monde par la grandeur de son ingratitude*,^[48] pues Austria sabía que en agradecimiento por el auxilio en la guerra húngara y por el veredicto de Varsovia, se esperaba su neutralidad o tal vez su ayuda a las conquistas rusas en el Danubio, que equivalían al involucramiento de Austria por Rusia desde Cracovia hasta Orsova y Semlin. Y esta vez Austria, cosa que de otro modo casi nunca pasó, tenía el coraje que le daba su opinión.

La guerra de Crimea fue una única y colosal comedia de equívocos, donde a cada instante uno se pregunta: ¿Quién es el estafado aquí?

Pero esa comedia costó tesoros sin cuento y más de un millón de vidas humanas. Apenas habían arribado las primeras tropas aliadas a Bulgaria, cuando los austríacos irrumpieron en las provincias del Danubio y los rusos se retiraron al otro lado del Prut. Con ellos Austria se había corrido junto al Danubio entre ambos beligerantes; sólo con su consentimiento era posible la prosecución de la guerra en esa región. Pero Austria se metía en una guerra en la frontera occidental de Rusia. Austria sabía que Rusia jamás le perdonaría ésa, su brutal ingratitud, o sea que Austria estaba pronta a unirse con los aliados pero sólo para una guerra en serio que restaurase Polonia e hiciese retroceder significativamente la frontera occidental rusa. Tal guerra también debía incluir en la alianza a Prusia, a través de cuyo territorio Rusia recibía todas sus importaciones; una coalición europea bloquearía a Rusia por tierra y por mar, atacándola con fuerzas tan superiores que la victoria resultaba indudable.

Pero ésa no era en modo alguno la intención de Inglaterra y de Francia. Al contrario, ambas se regocijaban de estar libres de todo peligro de guerra seria gracias al comportamiento de Austria. Palmerston propuso lo que deseaba Rusia —que los aliados fuesen a Crimea y allí se quedasen clavados—, y Luis Napoleón, encantado, no se hizo de rogar. Penetrar desde Crimea hasta el interior de Rusia hubiese sido un desvarío estratégico. Así, la guerra fue felizmente transformada en seudoguerra y todos los principales partícipes quedaron contentos. Pero a la larga, el zar Nicolás no podía soportar que tropas enemigas se estableciesen en suelo ruso en la linde de su imperio; para él la seudoguerra pronto volvió a convertirse en guerra en serio. No obstante, lo que para una seudoguerra era su terreno más favorable, resultaba su terreno más peligroso para una guerra en serio. La fuerza de Rusia en la defensa —la enorme extensión de su territorio escasamente poblado, intransitable y pobre en fuentes de recursos— se volvió contra la misma Rusia ni bien Nicolás concentró todas sus fuerzas armadas en Sebastopol, ese punto único de la periferia. Las estepas rusomeridionales, que debieran haber sido la tumba del atacante, se convirtieron en la tumba de los ejércitos rusos que Nicolás, con la brutal y total desconsideración propia de él —y por último en pleno invierno—, empujaba uno tras otros hacia Crimea. Y cuando la última columna, rejuntada de prisa, casi deficientemente pertrechada y miserablemente avituallada hubo perdido en la marcha dos tercios de su contingente —batallones enteros sucumbieron en una tormenta de nieve— y el resto no estuvo en condiciones de atacar siquiera seriamente al enemigo, el inflado cabeza hueca de Nicolás se desmoronó lastimosamente, y eludió las consecuencias de su delirio cesáreo tomando veneno.

La paz que entonces concluyó su sucesor²² a toda prisa resultó muy benévola.^[49] Pero las consecuencias de la guerra fueron tanto más grandes en el interior. Para poder dominar absolutamente en el interior, el zarismo debía ser más que invencible hacia afuera; debía ser ininterrumpidamente victorioso; debía estar en condiciones de recompensar la obediencia incondicional con la embriaguez chovinista de la victoria, con siempre nuevas conquistas. Ahora el zarismo estaba miserablemente descalabrado, y esto justo en su figura más imponente para el exterior; había puesto en ridículo a Rusia ante el mundo, poniéndose a sí mismo en ridículo ante Rusia. Se produjo un enorme desencanto. El pueblo ruso había sido sacudido en demasía por los colosales sacrificios de la guerra; el zar había debido apelar en demasía a su abnegación para que sin más se lo pudiese retraer a la pasividad de la obediencia irreflexiva, pues Rusia también se había ido desarrollando paulatinamente en lo económico y lo intelectual; junto a la nobleza surgían ahora los inicios de una segunda clase culta, la burguesía. En suma, el nuevo zar debía hacerse el liberal, pero esta vez *hacia adentro*. Con ello, no obstante, se había dado inicio a una historia interna de Rusia, a un movimiento de los espíritus en la misma nación, y a su reflejo: una opinión pública que, por más débil que fuese, se hacía valer más y más y se podía desestimar cada vez menos. Y con ella surgió para la diplomacia zarista el enemigo que la debe hacer perecer. Pues este tipo de diplomacia sólo es posible mientras el pueblo permanece incondicionalmente pasivo y no tiene otra voluntad que la del gobierno ni otra vocación que la de proporcionar soldados e impuestos para la ejecución de las metas de los diplomáticos. Ni bien Rusia tenga un desarrollo interno y con ello luchas internas de partido, la conquista de una forma constitucional en la que esas luchas de partido se zanjen sin conmoción violenta sólo será cuestión de tiempo. Pero luego la política rusa de conquistas vigente también será cosa del pasado; la inmodificable constancia de la meta diplomática se perderá en la brega de los partidos por el poder; la disposición incondicional de las fuerzas de la nación se terminará: Rusia seguirá siendo difícilmente atacable y, asimismo, relativamente débil en el ataque, pero por lo demás también se convertirá en un país europeo como los otros y se romperá para siempre la fuerza peculiar de su diplomacia vigente.

La Russie ne boude pas, elle se recueille,^[50] decía el canciller Gorchákov después de la guerra. Ni él mismo sabía con qué veracidad hablaba meramente de la Rusia diplomática. Pero la Rusia no oficial también se recogía. Y este recogimiento (*recueillement*) fue respaldado por el mismo gobierno. La guerra había demostrado que Rusia nece-

²² Alejandro II.

sitaba ferrocarriles y una gran industria, ya por consideraciones puramente militares. Por consiguiente, el gobierno se lanzó a la cría de una clase de capitalistas rusos. Pero semejante clase no puede subsistir sin un proletariado, y para crear los elementos de éste debió tener lugar la así llamada liberación de los campesinos, el campesino pagó su libertad personal con la transferencia de la mejor parte de su propiedad rural a la nobleza. Lo que le quedaba de ella era demasiado para morir y demasiado poco para vivir. Mientras así se atacaba de raíz la *obschina*²³ campesina rusa, era desarrollada simultáneamente, como en invernadero, la nueva gran burguesía mediante privilegios ferroviarios, aranceles proteccionistas y otros favorecimientos, inaugurando así, en la ciudad y el campo, una completa revolución social que no volvió a dar reposo a los espíritus una vez puestos en movimiento. La joven burguesía se reflejó en un movimiento liberal-constitucional, y el proletariado, que recién estaba surgiendo, en el movimiento que habitualmente se llama nihilismo. Éstas fueron las verdaderas consecuencias del *recueillement* de Rusia.

Mientras tanto, la diplomacia aún no parecía notar qué adversario le había surgido en el interior. Hacia afuera, por el contrario, parecía ganar victoria tras victoria. En el congreso de París de 1856, Orlov desempeñó el tan rondado papel principal; en lugar de consumir un sacrificio, conquistó nuevos éxitos; los derechos de guerra en el mar, reivindicados por Inglaterra y combatidos por Rusia desde [la época de] Catalina, fueron definitivamente eliminados, y fundada una alianza ruso-francesa contra Austria.^[51] Ésta entró en actividad en 1859, cuando Luis Napoleón se prestó a vengar a Rusia en Austria. A las consecuencias de los convenios ruso-franceses, que Mazzini revelara por entonces, y según los cuales en caso de resistencia prolongada un gran príncipe ruso tenía que ser presentado como candidato al trono de una Hungría independiente; a esas consecuencias escapó Austria mediante la rápida conclusión de la paz. Pero a partir de 1848 los pueblos le habían echado a perder el oficio a la diplomacia. Italia se independizó y unificó contra la voluntad del zar y de Luis Napoleón.^[52]

La guerra de 1859 también había asustado a Prusia. Ésta casi había duplicado su ejército y puesto al timón a un hombre que podía emular a la diplomacia rusa por lo menos en un punto: la falta de consideración concerniente a los medios a emplear. Ese hombre era Bismarck. Durante la insurrección polaca de 1863 tomó partido por Rusia, frente a Austria, Francia e Inglaterra, de manera teatral, y lo hizo todo por agenciarle a aquélla la victoria.^[53] Ello le aseguró que

²³ En el *Time*, en este lugar, va una llamada de la siguiente nota al pie: La comuna campesina rusa autoadministrada.

el zar abjurara de su acostumbrada política en la cuestión de Slesvig-Holstein; los ducados fueron arrancados a Dinamarca en 1864 con permiso del zar.^[54] Después vino la guerra prusiano-austríaca de 1866; aquí el zar se volvió a alegrar del renovado castigo de Austria y del creciente poder de Prusia, el único vasallo fiel, aún fiel incluso después de las patadas de 1849-1850. La guerra de 1866 acarreó la guerra franco-alemana de 1870, y el zar volvió a ponerse del lado de su "Yaya Molodez"^[55] prusiano, mantuvo directamente en jaque a Austria y así despojó a Francia de la única aliada que podía salvarla de la completa derrota. Pero igual que Luis Bonaparte en 1866, Alejandro fue estafado en 1870 por el rápido éxito de las armas alemanas. En vez de una guerra interminable, que agotase hasta la muerte a ambos combatientes, se sucedieron los rápidos golpes que en cinco semanas tumbaron el imperio bonapartista y se llevaron presos sus ejércitos a Alemania.

Por ese entonces sólo hubo un sitio de Europa donde se comprendió correctamente la situación, y fue en el Consejo general de la Asociación internacional de trabajadores. El 9 de septiembre de 1870 ésta emitió un manifiesto donde se trazaban los paralelos entre 1866 y 1870.²⁴ La guerra de 1866 había sido librada con la aprobación de Luis Napoleón, pero las victorias y la ampliación del poder prusiano bastaban para que Francia se encastillase de inmediato en una posición hostil a Prusia. Asimismo, los nuevos éxitos de 1870 y la nueva intensificación del poder prusiano-alemán vinculada con ellos, forzaban al zar ruso a enemistarse con Alemania, a pesar de haber respaldado diplomáticamente a Alemania durante la guerra. La influencia preponderante de Rusia en Europa tenía como necesario presupuesto su tradicional poder sobre Alemania, que ahora estaba roto. En el instante en que en la misma Rusia empezaba a volverse amenazador el movimiento revolucionario, el zar no podía soportar esa pérdida de prestigio en el extranjero. Y si entonces Alemania, con la anexión de Alsacia-Lorena, seguía empujando a Francia en brazos de Rusia, o bien debía prestarse a ser el instrumento notorio de los planes rusos de conquista o si no, tras breve período de descanso, prepararse a una guerra contra Rusia y Francia al mismo tiempo, guerra que podía degenerar fácilmente en guerra racial contra la esclavitud y la latinidad aliadas.

El nuevo Imperio alemán complació a Rusia: arrancó Alsacia-Lorena a Francia^[56] y así lanzó de hecho a Francia en brazos de Rusia.

²⁴ En el *Time*, en lugar de la síntesis que sigue se cita el pasaje correspondiente del "Segundo manifiesto del Consejo general sobre la guerra franco-alemana"; ese pasaje empieza con las palabras: "Igual que como en 1865 Luis Bonaparte y Bismarck se intercambiaron promesas", y termina: "en una guerra racial contra las razas aliadas de los esclavos y los latinos".

Ahora la diplomacia zarista estaba en la envidiable situación de saber que tanto Francia como Alemania, dos países enemistados a muerte por obra de ese arrancamiento, dependían de Rusia. Esta situación favorable fue nuevamente aprovechada para hacer un avance contra Zargrad y llevó a la guerra de 1877 contra los turcos. Tras larga lucha, las tropas rusas llegaron en enero de 1878 ante las puertas de la capital turca; entonces aparecieron en el Bósforo cuatro acorazados ingleses que obligaron a los rusos a hacer un alto a la vista de las torres de Santa Sofía y someter a un congreso europeo de revisión su plan de paz de San Stefano.^[57]

No obstante —y en apariencia— se conquistó un éxito enorme. Rumanía, Servia y Montenegro agrandadas e independizadas por Rusia, y por ende deudoras de ella; el cuadrilátero entre el Danubio y los Balcanes, ese fuerte baluarte de Turquía,^[58] provisionalmente aniquilado; la última defensa de Constantinopla, los Balcanes, arrebatada a los turcos y desarmada; Bulgaria y Rumelia oriental, estados tributarios aparentemente turcos pero en realidad rusos; la pérdida territorial de 1856 en Besarabia, reparada; nuevas e importantes posiciones conquistadas en Armenia; Austria convertida por la ocupación de Bosnia en cómplice de la partición de Turquía y en forzosa adversaria de todas las aspiraciones servias de independencia y unificación; finalmente, Turquía puesta en completa dependencia de Rusia por la pérdida de territorio, el agotamiento y una exorbitante indemnización de guerra, posición en la que tan sólo momentáneamente, según la concepción rusa, del todo correcta, mantiene bajo custodia para Rusia el Bósforo y los Dardanelos. Así, parecía, a Rusia tan sólo le hacía falta elegir el momento que le agradase para tomar posesión de su gran meta final, Constantinopla, “*la clef de notre maison*”.^[59]

Pero en realidad resultaba muy distinto. Si Alsacia-Lorena había empujado a Francia en brazos de Rusia, el avance contra Constantinopla y la paz de Berlín empujaron a Austria en brazos de Bismarck. Y con ello volvía a cambiar toda la situación. Las grandes potencias militares del continente se escindieron en dos grandes vivacs que se amenazaban mutuamente: Rusia y Francia aquí, Alemania y Austria allá. En torno a estos dos tienen que agruparse los estados menores. Pero ello significa que el zarismo ruso no puede dar el último gran paso; que no puede tomar realmente posesión de Constantinopla sin una guerra mundial con chances repartidas harto equitativamente, y cuya decisión final es probable que no dependa de los dos bandos que abran las hostilidades, sino de Inglaterra, pues una guerra en la que Austria y Alemania luchan contra Rusia y Francia cortará al Occidente entero de la importación rusa de cereales por tierra. Pero todos los países de Occidente sólo viven gracias a la importación de cereales

del extranjero. O sea que ésta sólo podría hacerse por mar, y la superioridad de Inglaterra en el mar le permite incluso cortarles esa importación tanto a Francia como a Alemania, o sea matar de hambre tanto a ésta como a aquélla, según que haga causa común con aquélla o con ésta.²⁵ Pero luchar por Constantinopla en una guerra mundial en la que Inglaterra tenga la voz cantante es exactamente la situación que desde hace ciento cincuenta años trabaja por evitar la diplomacia rusa. O sea una derrota.²⁶

²⁵ En el *Time*, en este lugar, va una llamada de la siguiente nota al pie: Sin los derechos marítimos que tanto tiempo reivindicara para sí y a los que finalmente renunció con la Declaración de París de 1856, Inglaterra podría bastarse en una guerra convencional con una o dos potencias continentales. Estas últimas, en nuestra era del ferrocarril, incluso en caso de bloqueo marítimo, serían invariablemente surtidas por tierra, por sus vecinas neutrales, de toda importación deseada; ahí radicó precisamente el principal servicio que Prusia le prestó a Rusia durante la guerra de Crimea. Pero en una guerra europea como la que ahora nos amenaza, el continente entero se dividiría en grupos enemigos. La salvaguarda de la neutralidad se volvería imposible a la larga: el comercio por carretera entre los países se interrumpiría casi completamente, si no del todo. En tales circunstancias, Inglaterra podría lamentar haber renunciado a sus derechos marítimos. Pero por otro lado, una guerra semejante también evidenciaría la fuerza y el efecto totales de la superioridad de Inglaterra en el mar, y acaso no se precisaría más.

²⁶ En el *Time* se añade el siguiente párrafo: Los diplomáticos de San Petersburgo no pasaron por alto cuán importante resulta salir al cruce de cualquier eventual resistencia de Inglaterra contra el establecimiento definitivo de Rusia en el Bósforo. Después de la guerra de Crimea, y especialmente después de la insurrección india de 1857,^[60] la conquista del Turkestán, ya intentada en 1840,^[61] se convirtió en urgente tarea. Con la conquista de Tashkent en 1865, Rusia se procuró un punto de apoyo junto al Jaxartes; Samarcanda fue anexada en 1866 y Kokand en 1875, y sometidos al vasallazgo de Rusia los janatos de Bujara y de Jiva. Entonces comenzó la onerosa penetración hacia Merv desde el rincón sudoriental del mar Caspio; en 1881 fue tomado Geok-Tepe, el primer puesto importante de avanzada en el desierto; en 1884 capituló Merv, y ahora el ferrocarril transcaspio llena el vacío de las líneas de comunicación rusas entre Mijailovsk junto al mar Caspio y Chardshou junto al Oxus. Pero la actual posición de los rusos en el Turkestán no es una base sobradamente segura y suficiente para atacar a la India. No obstante, conjura en todo caso el gran peligro de una futura invasión y es causa de permanente irritación entre la población local. Mientras el dominio inglés en la India no dio con ningún eventual rival, la insurrección de 1857 y su escarmentadora represión pudieron incluso ser consideradas como acontecimientos que en última instancia afianzaban el dominio de Inglaterra. Pero si se establece en el Turkestán una potencia militar europea de primer rango que convierta a Persia y a Afganistán en sus vasallos por compulsión o persuasión y penetre lenta aunque seguramente en dirección al Indo-Kush y a la cordillera de Solimán, la cosa ya resultará muy distinta. El dominio inglés dejará de ser un destino inmutable para la India; ante los aborígenes se abrirá una segunda alternativa; lo que haya creado la violencia también podrá destruirlo la violencia; y cuando quiera que Inglaterra intente ahora cortarle el camino del mar Negro a Rusia, Rusia procurará

De hecho, tampoco la alianza con una Francia republicana, cuyas figuras gobernantes están expuestas a constante mudanza, resulta en modo alguno segura para el zarismo ni, mucho menos aún, correspondiente a los deseos de su corazón. Sólo una monarquía francesa restaurada podría ofrecer suficientes garantías de aliada en una guerra tan temible como sólo ahora es posible. Por eso el zarismo incluso tomó bajo su muy especial protección a los Orléans desde hace cinco años; ellos han debido emparentarse con él casándose dentro de la familia real danesa, ese puesto ruso de avanzada en el Sund. Y para preparar la restauración de los Orléans, igualmente ascendidos a puestos rusos de avanzada, en Francia, se hizo uso del general Boulanger, cuyos propios adictos en Francia se vanaglorian de que la misteriosa fuente de los dineros tan pródigamente repartidos por ellos no sería nadie más que el gobierno ruso, que puso a su disposición, para su campaña, *quince millones de francos*.^[62] Así Rusia se mezcla nuevamente en los asuntos internos de los países occidentales, esta vez desembozadamente como apoyo de la reacción, haciendo jugar el chovinismo impaciente de los burgueses franceses contra el espíritu revolucionario de los obreros franceses.

Sobre todo se muestra como nunca a partir de 1878 cuánto ha empeorado la posición de la diplomacia rusa desde que los pueblos se permiten opinar, más y más, y esto con éxito. Hasta en la Península balcánica, el territorio donde Rusia actuó *ex professo*²⁷ como liberadora de pueblos, no quiere salir más nada. Los rumanos, en agradecimiento a que no hicieron más que posibilitar la victoria de los rusos ante Plevna,^[63] han debido ceder nuevamente su pedazo de Besarabia y difícilmente se dejen cebar con promesas futuras sobre Siebenbürgen [Transilvania] y el Banato. Los búlgaros se hartaron profusamente del modo zarista de liberación debido a los agentes zaristas que les mandaron al país; sólo los serbios y en todo caso los griegos —porque ambos están fuera de la línea directa de tiro sobre Constantinopla— no malician nada todavía. Los eslavos de Austria, a quienes el zar se sintió llamado a liberar de la opresión alemana, al menos ejercen ellos mismos desde entonces el poder en el segmento cisleithano del imperio.^[64] El palabrerío de la liberación de los pueblos²⁸ por parte del zar todopoderoso cumplió su papel; a lo sumo se lo puede seguir aplicando en Creta y Armenia, pero con ello ya no se hace ningún efecto en Europa ni siquiera entre los liberales cristianos no-piadosos ingleses; ni aun causarle inconvenientes a Inglaterra en la India. Pero a pesar de todo ello, Inglaterra tiene tal poder marítimo que en una guerra general como la que ahora parece inminente, puede infligirle todavía a Rusia, y con mucho, más daños que Rusia a Inglaterra.

²⁷ A propósito.

²⁸ En el *Time*: liberación de los pueblos cristianos oprimidos.

Gladstone, el admirador del zar, ha de arriesgar ya ninguna guerra europea a causa de Creta y Armenia desde que el norteamericano Kennan reveló ante todo el mundo^[65] con qué reprime el zarismo en su propio imperio cada impulso de resistencia.²⁹

Y aquí llegamos al punto central. El desarrollo interno de Rusia a partir de 1856, respaldado por la política del gobierno, ha surtido efecto; la revolución social hizo progresos gigantescos; Rusia se occidentaliza cada día más; la gran industria, los ferrocarriles, la transformación de todos los pagos en especie en pagos en dinero y, con ello, la disolución de las antiguas bases de la sociedad, se desarrollan a velocidad ascendente. Pero en la misma proporción se desarrolla también la inconciliabilidad del zarismo absoluto con la nueva sociedad en vías de formación. Se constituyen partidos de oposición, constitucionales y revolucionarios, a los que el gobierno sólo puede domeñar con intensificada brutalidad. Y la diplomacia rusa ve aproximarse con pavor el día en que el pueblo ruso diga su palabra y en el que el despacho de sus propios asuntos internos le quite el tiempo y la gana de ocuparse de tales niñerías como la conquista de Constantinopla, de la India y del dominio mundial. La revolución que en 1848 hizo un alto en la frontera polaca golpea ahora a la puerta de Rusia, y allí adentro ya tiene bastantes aliados que sólo aguardan la ocasión de abrirle la puerta.

Claro que si uno lee los periódicos rusos tendrá que opinar que Rusia entera se enloquece con la política zarista de conquistas; ahí todo es chovinismo, paneslavismo, liberación de los cristianos del yugo turco, liberación de los eslavos del yugo alemán-magiar. Pero, primero, cualquiera sabe con qué cadenas está atada la prensa rusa; segundo, el gobierno hace años que cultiva ese chovinismo y ese paneslavismo en todas las escuelas, y tercero, esa prensa, en tanto expresa en general una opinión independiente, sólo expresa el estado de ánimo de la población urbana, vale decir de la recién formada burguesía que, naturalmente, está interesada en nuevas conquistas en cuanto sean expansiones del mercado ruso. Pero esta población urbana constituye una ínfima minoría en todo el país. Ni bien una asamblea nacional dé ocasión de alzar la voz a la enorme mayoría del pueblo ruso, la población rural, se escucharán cosas muy distintas. Las experiencias que hizo el gobierno con los *zemstvos*³⁰ y que lo obligaron a anular los *zemstvos*,^[66] garantizan que una asamblea nacional rusa, para solamente superar las más urgentes dificultades internas, muy pronto deberá cortarles decididamente las alas a todo pujo de nuevas conquistas.

²⁹ En el *Time* se añade: desde que se conocieron la muerte por flagelación de Madame Sihida y otras "horrorosidades" rusas.

³⁰ En el *Time* se añade: (Consejos de los condados).

La actual situación europea está dominada por tres hechos: 1] la anexión de Alsacia-Lorena a Alemania; 2] la avidez de la Rusia zarista por Constantinopla, y 3] la lucha entre proletariado y burguesía, que se empeña cada vez con más vehemencia en todos los países, y cuyo termómetro es el movimiento socialista, en vías de incrementarse por doquier.

Los dos primeros condicionan el agrupamiento actual de Europa en dos grandes campos militares. La anexión alemana convierte a Francia en aliada de Rusia contra Alemania, y la amenaza zarista contra Constantinopla convierte a Austria, e incluso a Italia, en aliadas de Alemania. Ambos campos se pertrechan para una lucha decisiva, para una guerra como el mundo jamás vio, donde se enfrentarán en armas de diez a quince millones de combatientes. Sólo dos circunstancias han impedido hasta hoy el estallido de esta guerra temible: primero, el progreso inauditamente rápido de la técnica armamentista, que sobrepuja cada modelo recién inventado de fusil con nuevos inventos antes que aquél pueda ser introducido solamente en *un* ejército, y segundo, la imposibilidad absoluta de calcular las chances, la total incertidumbre acerca de quién saldrá vencedor de esa lucha gigantesca.

Todo el peligro de una guerra mundial desaparecerá el día que un viraje de las cosas en Rusia permita al pueblo ruso borrar con gruesa raya la tradicional política de conquistas de sus zares y ocuparse de sus propios intereses vitales internos, extraordinariamente amenazados, en vez de fantasear con el dominio mundial.

Ese día Bismarck³¹ perderá todos los aliados contra Francia que la amenaza rusa empujó a sus brazos. Ni Austria ni Italia tendrán entonces el mínimo interés en sacarle a Bismarck³² las castañas del fuego de una gigantesca lucha europea. El Imperio alemán recaerá en la posición aislada donde, al decir de Moltke, todo el mundo le temerá y nadie lo amará,^[67] como será el inevitable resultado de su política. Entonces el mutuo acercamiento de la Rusia en brega por su libertad y de la Francia republicana también corresponderá aproximadamente tanto a la situación de ambos países como a la situación europea de conjunto, y entonces Bismarck, o quien lo suceda, también reflexionará tres veces antes de armar adrede una guerra con Francia en la que ni Rusia contra Austria, ni Austria contra Rusia le cubrirán el flanco, en la que ambas se alegrarán de cada derrota que le sea infligida y en la que resultará muy cuestionable que él solo acabe con los franceses. Entonces todas las simpatías estarían del lado de Francia y ésta, en el peor de los casos, al abrigo de una ulterior pérdida territorial. O sea que en vez de enfilear directamente a una guerra, el Imperio

³¹ En el *Time*: el Imperio alemán.

³² En el *Time*: al emperador alemán.

alemán pronto encontraría probablemente tan insoportable el aislamiento que buscaría un sincero arreglo con Francia, y entonces se eliminaría todo el peligro de una guerra temible, *Europa podría proceder a su desarme*, y Alemania habría ganado más que todos.

Austria perderá ese mismo día la única legitimación de su existencia histórica: ser una barrera contra el avance ruso hacia Constantinopla. Si el Bósforo ya no es amenazado por Rusia, Europa perderá todo interés por la existencia de ese complejo de pueblos abigarradamente entreverado. Asimismo, se volverá indiferente entonces toda la así llamada cuestión oriental, la persistencia del dominio turco en comarcas eslavas, griegas y albanesas, y la disputa por la posesión del ingreso al mar Negro, al que nadie más podrá monopolizar entonces contra Europa. Magiares, rumanos, serbios, arnautes, griegos³³ y turcos llegarán entonces, y por fin, a la situación de despachar sin intervención de un poder extranjero sus recíprocos puntos litigiosos, demarcar entre sí cada uno de sus territorios nacionales y ordenar a su arbitrio sus asuntos internos. De golpe se demostrará que el gran obstáculo para la autonomía y el libre agrupamiento de los pueblos y restos de pueblos entre los Cárpatos y el mar Egeo no es otro que el mismo zarismo, que usa la presunta liberación de esos pueblos como cobertura de sus planes de dominio mundial.

Francia se librará de la posición compulsiva antinatural en que la encajó la alianza con el zar. Si al zar le repugna la alianza con la República, al pueblo revolucionario francés le repugna mucho más aún la liga con el déspota, con el amordazador de Polonia y de Rusia. En una guerra al lado del zar, a Francia le estaría vedado emplear, en caso de derrota, su gran medio de salvación, el único eficaz, el remedio de 1793: la revolución, la movilización de todas las fuerzas populares por el susto, y la propaganda revolucionaria en país enemigo; en este caso el zar se uniría de inmediato con los enemigos de Francia, pues a partir de 1848 los tiempos han cambiado significativamente y desde entonces el zar también ha aprendido a conocer el terror en Rusia con sus propios ojos. O sea que la alianza con el zar no es ningún fortalecimiento de Francia, al contrario: en el momento del peligro supremo aquella retendrá su espada en la vaina. Pero si en Rusia reemplaza al zar una asamblea nacional rusa, entonces la alianza de la recién liberada Rusia con la República francesa será una alianza obvia y conforme a la naturaleza; entonces fomentará el movimiento revolucionario en Francia, en vez de inhibirlo, y entonces será una ganancia para el proletariado europeo que lucha por su emancipación. O sea que Francia también ganará con el derrumbamiento de la omnipotencia zarista.

³³ En el *Time* se añade: armenios.

Con ello desaparecerán todos los pretextos para los delirantes preparativos que hacen que Europa entera se transforme en un campo militar y la guerra aparezca casi como una redención. Hasta la dieta imperial alemana debiera entonces, y pronto, poner dique a las demandas incesantemente crecientes de dinero para fines bélicos.

Y con ello Occidente, sin que lo perturben la distracción ni la intervención extranjeras, llegaría a la situación de poder ocuparse de la presente tarea histórica: el conflicto entre proletariado y burguesía y la trasmutación de la sociedad capitalista en socialista.³⁴

Pero el derrumbamiento de la autocracia zarista en Rusia también aceleraría directamente este proceso. El día que caiga el dominio zarista, esa última y sólida fortaleza del conjunto de la reacción europea, ese día, soplará un viento totalmente distinto en toda Europa, pues lo saben perfectamente los gobiernos reaccionarios de Europa:³⁵ a pesar de todos los camorreos con el zar a causa de Constantinopla, etc., pueden llegar instantes en que le echen al regazo Constantinopla, Bósforo, Dardanelos y todo lo demás que anhela con sólo que él los proteja contra la revolución. Por eso el día que esa fortaleza principal pase a su vez a manos de la revolución, se acabará la última chispa de autoconfianza y seguridad entre los gobiernos reaccionarios de Europa; entonces habrán de depender únicamente de sí mismos y pronto experimentarán la diferencia que hay. Quizás estarían en condiciones de hacer que sus ejércitos invadan para instaurar la autoridad del zar: ¡qué ironía de la historia mundial!³⁶

³⁴ En el *Time*: solución de los problemas económicos con él conectados (en vez de: trasmutación de la sociedad capitalista en socialista).

³⁵ En el *Time*: señores de Berlín y de Viena (en vez de: gobiernos reaccionarios de Europa).

³⁶ En el *Time*, en lugar de esta frase, se añade el pasaje siguiente: Quizás el emperador alemán se deje inducir a mandar un ejército para restaurar la autoridad del zar: no podría darse mejor camino para que él destruya su propia autoridad.

No puede subsistir duda alguna que ahora Alemania —con total independencia de cualesquiera posibles acciones de Rusia o de Francia— se acerca con rápidos pasos a una revolución. Las últimas elecciones para la dieta imperial mostraron que las fuerzas de los socialistas alemanes se duplican cada tres años; que hoy los socialistas alemanes son el partido más fuerte dentro del imperio, el partido que de un total de siete millones de votos reúne para sí 1 427 000 votos, y que todas las leyes penales y de excepción fueron completamente incapaces de detener su avance. Pero los socialistas alemanes, que están dispuestos a aceptar como un pago a cuenta de lo adeudado eventuales concesiones económicas del joven emperador a la clase obrera, están simultánea y firmemente resueltos —y esta resolución, tras diez años de continuas persecuciones, es más incólume que nunca— a reconquistar la libertad política conquistada en 1848 en las barricadas berlinesas, aunque en gran parte vuelta a perder bajo Manteuffel y Bismarck. Saben que sólo esa libertad política les dará los

Éstos son los puntos sobre la base de los cuales el Occidente europeo en general y el partido obrero de Europa occidental en particular están interesados, muy profundamente interesados, en la victoria del partido revolucionario ruso y en el derrumbamiento del absolutismo zarista. Europa resbala con creciente velocidad como sobre un plano inclinado, de cara al abismo de una guerra mundial de extensión y violencia hasta ahora inauditas. Aquí sólo puede dar la voz de alto una cosa: un cambio de sistema en Rusia. Que debe venir dentro de pocos años, no puede caber duda alguna. Ojalá que venga a tiempo, antes de que suceda lo, de otro modo, inevitable.

Londres, fines de febrero de 1890.

medios para lograr la liberación económica de la clase obrera. A pesar de ciertos indicios aparentemente contrarios, estamos en vísperas de una lucha entre los socialistas alemanes y el emperador, representante del régimen personal y paternal. En esta lucha el emperador debe ser finalmente derrotado. Los informes electorales muestran que los socialistas obtienen rápidos progresos incluso en los distritos rurales, mientras que las grandes ciudades casi les pertenecen, y en un país donde cada joven sano es soldado, eso significa la paulatina conversión del ejército al socialismo. Sólo hace falta que tenga lugar un súbito cambio de sistema en Rusia, y el efecto sobre Alemania sería colosal; aquél debe acelerar la crisis y duplicar las chances de los socialistas.

LA CONTROVERSI A EN EL INTERIOR DEL MARXISMO RUSO Y SOBRE LOS ORÍGENES OCCIDENTALES O ASIÁTICOS DE LA SOCIEDAD, DEL CAPITALISMO Y DEL ESTADO ZARISTA EN RUSIA

I. EL DESCUBRIMIENTO DE D. B. RIAZÁNOV DE LA IMAGEN CONTRADICTORIA DE RUSIA EN MARX Y ENGELS. CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LAS CAUSAS SOCIALES QUE HAN SILENCIADO UN ESCRITO DE MARX SOBRE LOS FUNDAMENTOS SEMIASIÁTICOS DE LA HISTORIA RUSA

Antes de 1956, es decir, antes del XX Congreso del PCUS y de la cauta "desestalinización" llevada a cabo por Jruschov en la planificación económica, en la administración, en el estado y en el partido, las interpretaciones y caracterizaciones del modelo estalinista de sociedad y de estado, en el campo de la historiografía y de la sociología "burguesa", tenían en sus bases la acusación de autocracia o de absolutismo. El sistema social de la URSS, según esta concepción, presentaba fuertes semejanzas o paralelismos con las formas de poder absoluto de la sociedad precapitalista. Estado y partido parecían completamente independientes de la base social y capaces de regular autónomamente la economía y la sociedad.¹

La teoría política orientada en un sentido marxista, o de izquierda, trató de delinear de una manera abstracta el "estalinismo" como "colectivismo burocrático", como forma específica de un "nuevo dominio de clase" o como deformación burocrática de un estado obrero. Este modelo de sociedad y de estado no podía de ninguna manera ser identificado con una forma socialista de transición. Y sin embargo representaba, en cuanto formación social poscapitalista, una específica transición al socialismo.²

Después de 1956, esta evaluación contradictoria de la URSS se

¹ L. Shapiro, *The Origins of the Communist Autocracy*, Cambridge, 1955; B. Meisner, "Stalinistische Autokratie und bolschewistische Staatspartei", en *Europaarchiv*, año 6, núms. 4-5, Frankfurt, 1951; Z. K. Brzezinski, *The permanent purge*, Cambridge, 1956.

² Bruno Rizzi, *Il collettivismo burocratico*, Imola, 1967; Antonio Carlo, *La natura sociale dell'URSS*, Milán, 1975; León Trotski, *La revolución traicionada*, México, Juan Pablos, 1976; Ernest Mandel, *Die Sowjetwirtschaft*, en *Marxistische Wirtschaftstheorie*, Frankfurt, 1968, p. 576.

desarrolló también en el alineamiento de los partidos comunistas. En el transcurso de las polémicas, la caracterización de la URSS como autocracia precapitalista fue nuevamente difundida o retomada, como en la definición china de la URSS actual como "forma imperialista de dominio" o "dictadura de los nuevos zares".³

En Occidente, el análisis crítico del estalinismo se concentró sobre tres posiciones fundamentales: Karl A. Wittfogel incluyó la "autocracia estalinista" dentro de las formas fenoménicas del "despotismo asiático", afirmando o queriendo demostrar con esto que el trastorno social que había tenido lugar en la URSS se había realizado sobre la base de una sociedad asiática, que había reforzado enormemente el despotismo del estado y había creado un tipo totalmente nuevo de dominio de clase. La URSS, según esta concepción, no podía ser juzgada a través de criterios teóricos occidentales o con los conceptos occidentales de capitalismo y socialismo.⁴ Ernest Mandel y Herbert Marcuse, enfrentándose directa o indirectamente a la tradición de un marxismo de tipo trotskista o "austriaco", vieron en la sociedad soviética, a pesar de todas las deformaciones estalinistas y burocráticas, un punto de partida para el arranque o para la prosecución de la transformación socialista de la sociedad.⁵ Tony Cliff y Paul Mattick caracterizaron esta forma social como una variante específica o como un estado determinado de la socialización capitalista de la producción, como "capitalismo de estado".⁶ En la segunda y en la tercera de estas posiciones fundamentales no se ponía en duda de ningún modo el fundamento europeo de la historia rusa.

Entre los intelectuales de Alemania occidental, la comparación con el pensamiento de Lenin, junto con la que se puede establecer entre el "análisis concreto" leninista de las luchas de clases en Rusia y la concepción del capitalismo en Marx, después de 1970 se refirió sólo indirectamente al pasado estalinista de la URSS, aun cuando la crítica a Lenin estuviera dirigida constantemente contra la "relaboración" por parte de Stalin del leninismo como ideología del poder. Esta discusión tuvo al principio un carácter restringido y provincial, refiriéndose a la

³ B. Rabehl, *Zur Charakterisierung der URSS zwischen 1917 und 1956 — über die Resultate der parteikommunistischen Stalinismuskritik während des XX. Parteitags der KPdSU*, en M. Wilke (al cuidado de), *Stalinismus*, Frankfurt, 1977.

⁴ K. A. Wittfogel, "Russia and Asia", en *World Politics*, New Haven, 1949-1950, pp. 455 y ss.; K. A. Wittfogel, *Despotismo oriental*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1966.

⁵ E. Mandel, *Die Sowjetwirtschaft*, cit.; H. Marcuse, *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 1971.

⁶ Tony Cliff, *Russia*, Londres, 1955, pp. 146 y ss.; Paul Mattick, *Marx Keynes*, México, Era, 1975, caps. XXI y XXII.

identificación política —o a la no identificación— de estos intelectuales con movimientos histórico-políticos de tipo comunista o socialista. El redescubrimiento de determinadas posiciones marxistas en la Rusia pre y posrevolucionaria atrajo luego la atención sobre el “período estalinista” de la URSS. Sobre todo, Rudy Dutschke retomó determinadas afirmaciones de Marx y de Lenin sobre las bases “semiasiáticas” de los trastornos sociales en la vieja y en la nueva Rusia y de esa forma radicalizó y politizó el debate. Con sus tesis, fue más lejos que los resultados de Wittfogel, Mandel, Marcuse y Cliff, remitiéndose a las definiciones de Marx y al análisis concreto de esta forma social.⁷ El instrumento principal a través del cual examinó los trabajos de Marx sobre Rusia y desarrolló su crítica a Lenin fue principalmente un escrito de Marx dejado de lado y olvidado por cerca de 70 años, y que David B. Riazánov había citado ampliamente en la interpretación que de él había dado en 1909.⁸ Riazánov se había encontrado con este escrito de Marx justamente en el trascurso de los debates sobre los resultados y sobre las perspectivas de la revolución rusa de 1905. La evaluación teórica de la situación económica, de las relaciones de clase y de la lucha política entre las clases y entre sus fracciones representadas en los diversos partidos, junto con la impresión producida por los acontecimientos de la revolución, asumió la forma de un debate sobre el pasado de Rusia y sobre el marxismo: ¿en qué medida el desarrollo capitalista en Rusia había alcanzado el término del período de la acumulación originaria del capital; qué peso continuaban teniendo en la economía y en el estado los residuos precapitalistas de tipo “semiasiático”; en qué medida el marxismo, que era un producto teórico del afirmamiento del capitalismo en Europa occidental, podía comprender concretamente las particularidades de las relaciones de clase en Rusia y sus tendencias de desarrollo?

El trabajo de David B. Riazánov (Goldendach),⁹ aparecido originalmente en marzo de 1909 en un suplemento de *Die Neue Zeit*, debía dar una dirección precisa a las discusiones en el interior de los partidos socialdemócratas ruso y alemán, que amenazaban con dividir definitivamente al movimiento socialdemócrata: el capitalismo se había

⁷ *Projekt Klassenanalyse, Leninismus*, Berlín, 1972; B. Rahbel, *Marx und Lenin*, Berlín, 1973, Rudi Dutschke, *Lenin Tentativas de poner a Lenin sobre los pies*, Barcelona, Icaria, 1976; B. Rabehl-W. Spohn-U. Wolter, “Halbheiten in der Überwindung des Leninismus”, en *Prokla*, núms. 11-12, Berlín, 1974; U. Wolter, *Grundlagen des Stalinismus*, Berlín, 1975.

⁸ R. Dutschke, *op. cit.*, pp. 53 y ss.

⁹ B. Rabehl, *Über den Marxisten und Marxismusforscher D.B. Rjasanov*, en D.B. Rjasanov, *Marx und Engels nicht nur für Anfänger*, Berlín, 1973: “D.B.Rjasanov”, en *Gran Enciclopedia Soviética*, Moscú, 1975, 3ª edic., vol. xxii, p. 1384.

consolidado también en Rusia, el zarismo constituía una forma de estado absolutista y las luchas de clases conducían inevitablemente a una revolución burguesa.

La investigación marxista y las adquisiciones teóricas de Riazánov estaban marcadas por las discusiones y las contiendas internas en la socialdemocracia rusa. En ella, Riazánov se caracterizaba como "occidentalista". El papel de los intelectuales rusos en la vida política del país y los problemas de organización de la socialdemocracia rusa constituyeron el centro de su interés político y de su estudio del marxismo, tanto antes como después de 1905.¹⁰

El desarrollo histórico de Rusia y las investigaciones y observaciones de Marx sobre la situación rusa y sobre la política exterior del zarismo tomaron el primer lugar en sus reflexiones cuando la expansión zarista en Asia se topó con la gran potencia japonesa y en el exterior Rusia, debido a sus derrotas, pareció empujada a una crisis revolucionaria interna.¹¹

La formación de un movimiento sindical en Rusia, durante la revolución de 1905-1906, atrajo su interés hacia la concepción marxista del sindicato. Los sindicatos, ¿eran una organización de clase autónoma, que se ocupaba de los intereses económicos inmediatos de los obreros, unificaba a estos últimos como clase y los ponía en condiciones de desarrollar una acción política, o en cambio constituían una forma de movimiento necesariamente limitado, que debía estar subordinado al partido obrero?¹²

Del mismo modo, el estudio de los escritos políticos de Marx y de Engels y de sus observaciones sobre Rusia, India y China, se originó sobre la base de esta referencia actual a las luchas de clases en Rusia. Sobre la base de estos intereses políticos, D. B. Riazánov se constituyó como conocedor y especialista del marxismo, del cual puso a disposición del movimiento obrero importantes investigaciones políticas, ensayos, cartas, que, luego de extraerlos de los archivos que los conservaban, colocó en su contexto histórico-político. En base a eso. en 1920, el

¹⁰ Cf. entre las obras de Riazánov, "Gruppa 'Osvobozhdenije tuda'", en *Sozialdemokratij Kalendar na 1902*, p. 117; *Dve Pravdy, Narodnichestvo i Marksizm*, Ginebra, 1902; *Projekt programmy "Iskry" i zadashi russkich sozialdemokratov*, Ginebra, 1903; *Razvitije Illjuzii*, Ginebra, 1904; *Osherednije voprosy nascego dvizhenije*, Ginebra, 1905; *K kritike programmy rossiskoj sozialdemokratii*; "Der Fall Asew und die russische Revolution", en *Die Neue Zeit*, año xxvii, vol. 1, p. 796.

¹¹ Cf. el ensayo de Riazánov sobre Marx y los orígenes de la hegemonía rusa en Europa incluido en el presente volumen.

¹² Cf. *Professionalnyj Sojuz*, núms. 18-19, 1906; "Profess. sojuzy i gosudarstvennaia дума", en *Profess. vestnik*, núms. 4 y 5, 1907; *Zadashi profdojuzov do i v epochu diktatury proletariata*, Moscú, 1921.

Partido comunista ruso le confió la organización del Instituto Marx-Engels y la edición de las obras completas de Marx y Engels.¹³

Las *Revelations of the diplomatic history of the 18th century*, que atrajeron el interés de Riazánov principalmente por la discutible interpretación que daba de la transformación del despotismo zarista en absolutismo, fueron publicadas desde el 16 de agosto de 1856 hasta el 1 de abril de 1857 en trece números de *The Free Press* de Londres. Los artículos fueron reunidos en un volumen en Londres, en 1899, por la hija de Marx, Eleanor, con el título de *Secret diplomatic history of the 18th century*. Este escrito no fue insertado ni en la *Marx-Engels-Gesamtausgabe* (MEGA), ni en las *Marx-Engels-Werke* (MEW).¹⁴ No se puede acusar a D. B. Riazánov de que los editores de observancia marxista-leninista hayan ignorado, o mejor dicho sustraído al debate y prohibido, esta exposición marxista de los fundamentos semiasiáticos de la historia rusa.

Riazánov ha redescubierto e interpretado estos artículos de Marx ya en 1909, en el ensayo sobre el *Origen de la hegemonía de Rusia en Europa*. Por cierto, no aceptó la caracterización de Marx de la historia rusa y, de tal manera, polemizó indirectamente aun con Plejánov, Lenin, Trotski y Rosa Luxemburg, los cuales, estimulados por la revolución de 1905, se ocuparon de los residuos asiáticos en la sociedad y en el estado; pero de todas formas, sometió a discusión esta imagen que Marx había dado de Rusia en los años cincuenta del siglo XIX. En 1918 apareció una traducción rusa del escrito de Riazánov de 1909. En 1917 Riazánov trabajó, junto a Luise Kautsky, en la edición de los escritos y artículos de Marx y de Engels publicados entre 1852 y 1862, que trataban de la situación en Inglaterra, de Palmerston, de la guerra ruso-turca, de la revolución española, de India, de China y de Rusia.¹⁵ Sólo en los años cincuenta, después del XX Congreso del PCUS, los escritos sobre la crisis de Oriente y sobre la guerra de Crimea fueron incluidos en las "MEW".

En 1924, D. B. Riazánov publicó en el *Marx-Engels Archiv* la revista científica del Instituto Marx-Engels, los borradores y el original de la carta de Marx a Vera Zasúlich, en la cual Marx indicaba el papel particular de las formas comunitarias en la historia rusa y en la eventualidad de una revolución en Rusia.¹⁶ En el mismo período,

¹³ D.B. Rjasanov, "Das Marx-Engels-Institut in Moskau", en *R.L. Pragers Bibliographie der Recht- und Staatswissenschaften*, núm. 9, Berlín, 1924, p. 188.

¹⁴ Karl Marx, *Secret Diplomatic History of the 18th Century*, al cuidado de L. Hutchinson, Londres, 1969.

¹⁵ Marx-Engels, *Gesammelte Schriften, 1852-1862*, 2 vols. al cuidado de D.B. Riazánov y L. Kautsky, Stuttgart, 1917.

¹⁶ D. B. Rjasanov, "Einleitung zum Briefwechsel Zasulich und Marx", en *Marx-Engels-Archiv*, t. I, Frankfurt, 1926, pp. 309 y ss.

Riazánov publicaba los borradores y las consideraciones de Plejánov "sobre la historia del pensamiento social ruso", a pesar de estar totalmente en contra de la tesis de Plejánov del predominio de la "sociedad asiática" en Rusia.¹⁷

La posición extremadamente diferenciada de Marx sobre Rusia fue examinada por Riazánov en 1926, con la publicación de las observaciones hechas por Marx a *Estado y anarquía* de Bakunin y del juicio de Marx sobre el rebelde campesino Stenka Razin. Más o menos en el mismo período, hizo conocer a los marxistas rusos los comentarios de Marx y Engels sobre los acontecimientos en China y en India en los años cincuenta del siglo XIX. En estos artículos aparecidos en *New York Tribune* estaban contenidas importantes determinaciones y caracterizaciones del modo de producción y del despotismo asiáticos.¹⁸

En 1928, Riazánov publicó una edición en dos volúmenes de un *Sumario de historia del marxismo*, en el segundo volumen del cual expuso la historia del marxismo en Rusia y las opiniones de Marx y de Engels sobre las relaciones anglo-rusas en los siglos XVIII y XIX. En un ensayo sobre *Marx y Chernishevski*, Riazánov discutió la posición de Marx sobre el significado de la "no contemporaneidad" de Rusia, de la coexistencia en el mismo plano de formas sociales capitalistas y pre-capitalistas en la Rusia del "período de las reformas".¹⁹

La colectivización de la agricultura en la URSS —en los años 1929, 1930 y 1931— y la industrialización forzada de la economía obligaron a sus artífices a tomar en consideración el pasado semiasiático de Rusia. Pero Riazánov no pudo participar oportunamente en la discusión sobre el "modo de producción asiático", que por otra parte fue clausurada precipitadamente por el partido.²⁰

En 1931, sospechoso de ser un agente o por lo menos un informante del Centro menchevique, fue obligado a dejar el cargo de presidente del Instituto Marx-Engels y desterrado a Siberia, donde murió probablemente en 1938.²¹ Los historiadores antiestalinistas de los años sesenta en la URSS han revelado, y también probado, que el proceso contra los mencheviques fue un ensayo general de la gran purga de 1935-1936, que en este proceso la OGPU —la policía secreta sovié-

¹⁷ Prefacio a G. V. Plejánov, *Sochinenija*, vol. xx, Moscú-Leningrado, 1926.

¹⁸ Prefacio a K. Marx, *M. Bakunin, Staaterei und Anarchie*, en *Letopisi Marksizma*, II, Moscú-Leningrado, 1926, p. 60.

¹⁹ D. B. Riazánov, *Osherki po istorii Markzizma*, 2 tomos, Moscú-Leningrado, 1928; D. B. Riazánov, "Marx i Chernychevskij", en *Letopisi Marksizma*, VII-VIII, Moscú-Leningrado, 1928.

²⁰ G. Sofri, *El modo de producción asiático*, Barcelona, Península, 1971, pp. 110 y ss.

²¹ *Gran Enciclopedia Soviética*, cit.

tica— puso en práctica métodos que debían servir para la intimidación política y para la destrucción preventiva de una oposición potencial pero que todavía no existía, que fueron preparados los medios para una intimidación en masa en el plano ideológico y para un espionaje en masa, por voluntad de la policía, que se traducía en movilización e histeria; que al fin y al cabo todos los acusados eran inocentes. Los agentes de policía no lograron “preparar” a Riazánov en forma tal de poder presentarlo en proceso público.²²

Los sucesores de Riazánov en el Instituto Marx-Engels, Adoratski y compañía, pudieron publicar todavía los *Lineamientos fundamentales de la crítica de la economía política*, los *Resultados del proceso de producción inmediato* y todos los escritos sobre la *Ideología alemana*. Pero los escritos problemáticos de Marx y Engels referidos a Rusia fueron dejados de lado, o directamente prohibidos. Stalin en persona había dado la orden hacia mediados de 1934. En un comentario a *La política exterior del zarismo* de Engels, censuró la insuficiente “calidad” de este escrito, que no podía de ninguna manera “indicar el camino a seguir”.²³ Esto no sólo era válido para Engels, sino para todas las afirmaciones de los “clásicos” acerca de Rusia. Sólo después de 1956 los escritos sobre Rusia fueron incluidos en los volúmenes de las “MEW”, a excepción de las *Revelations of the diplomatic history of the 18th century*.

Pero justamente este “modo de tratar” a las investigaciones marxistas sobre Rusia es una prueba de la actualidad que tiene el manifestar la importancia de las bases semiasiáticas de la historia rusa.

Bujarin y Stalin, en particular, habían invertido completamente su juicio sobre la relación entre Europa occidental y Rusia. Si hasta el comienzo de la década de los veinte los marxistas rusos estaban de acuerdo al considerar al capitalismo de Europa occidental como el ejemplo y la guía para la economía y la sociedad rusa, Bujarin y Stalin desactualizaron este juicio: la revolución rusa, el poder de los bolcheviques y el comienzo de la construcción del socialismo en un solo país hacían de la URSS un “punto de viraje” de la historia mundial. Si antes de 1917 los “eslavófilos” reaccionarios y los socialistas revolucionarios estaban de acuerdo entre sí en el punto de la especificidad precapitalista del pueblo ruso, de la forma comunitaria rusa (la *obschina*) y del estado ruso en cuanto que constituían la superioridad moral de Rusia en comparación con el Occidente decadente y corrupto, este estilo

²² R. Medvedev, *Lo stalinismo*, Milán, 1972, pp. 170 y ss.

²³ I. V. Stalin, *Pismo k politbjuro Z.K.KPSSSR*, 19 de junio de 1934; “O state Engelsa Vnesnaja politika russkogo Carizma”, en *Bolshevik* del 9 de mayo de 1941.

enfático moral fue hecho justamente a un lado por Bujarin, por Stalin y junto a ellos por el PCUS y por la Internacional comunista: la URSS constituía un ejemplo social, la “patria socialista de los trabajadores” de Europa occidental, de Asia, de África y de América Latina.²⁴

En este estilo enfático se expresaba, junto con la obligación social de la legitimación de la forma de sociedad y de poder de la URSS, la voluntad de ofensiva en contra de la subversión capitalista y de identificación del socialismo en general con las formas de la industrialización, de la colectivización y de la planificación en la URSS. Tal ofensiva ideológica —preparación y sostén de la industrialización forzada— provocaba también golpes directos sobre la historiografía rusa.

En 1929 se concluyó la “coexistencia” de la ciencia marxista y de la burguesa. Los despidos y los arrestos de historiadores burgueses, la supresión de algunos proyectos de investigación, la prohibición de determinadas interpretaciones de episodios de la historia rusa y la autocrítica del marxista M. N. Pokrovski eran síntomas de la “politización” de los análisis históricos, consistente en exaltar desde el punto de vista del partido las medidas que se tomaban al mismo tiempo en el campo económico.²⁵

Stalin, en 1931, alertaba contra la “mercancía de contrabando trotskista” y hablaba del “partidismo bolchevique” de la ciencia, para así impedir toda posibilidad de una reflexión o de una exposición críticas de determinados períodos del desarrollo económico, de las luchas de clases, de la política y de la diplomacia estatales, etc. La historia debía ser recuperada, organizada, y también censurada, sobre la base de los asuntos políticos del presente. La política actual necesitaba su consagración “científica” y legitimante. La acusación de trotskismo se hizo así sinónimo de lucha contra la crítica materialista y la honestidad científica, contra la adquisición y la aplicación de la teoría marxista.²⁶

Después del XVII Congreso, el congreso de los vencedores, cuando el primer plan quinquenal había sido concluido exitosamente y se

²⁴ N. Bujarin, *Informe al VI Congreso de la Internacional comunista*; sobre esto véase I. Stalin, *Cuestiones del leninismo*. Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1946, pp. 179 y ss.

²⁵ M. N. Pokrovskii, “O russkom feodalizme, proizhozhenii i karaktere absolutizma v Rossii”, en *Borba klassov*, núm. 2, 1931; cf. también F. Shtepa, *Russian Historians and the Soviet State*, New Brunswick, 1962, pp. 49 y ss.; P. H. Aron, *M. N. Pokrovski and the Impact of the first Five-Year Plan on Soviet Historiography*, en *Essay in Russian and Soviet History*, al cuidado de J. S. Curtiss, Leiden, 1963, p. 283; B. D. Wolfe, “Operation Rewrite: the Agony of Soviet Historians”, en *Foreign Affairs*, núm. 21, 1952, p. 39.

²⁶ J. Stalin, *Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo*, en *Cuestiones del leninismo*, cit.

comenzaba el segundo —con sus muchas promesas—, se realizó definitivamente este viraje en el campo historiográfico. En una disposición del Consejo de los comisarios del pueblo y del Comité central del PCUS sobre la “historiografía en las escuelas de la URSS” se tomó una posición, en la acepción que de ella daba Stalin, contra la “definición abstracta de la formación económico-social” y contra los “sistemas sociológicos abstractos” en la exposición de la historia del pueblo ruso.²⁷ Con esto se había pronunciado la condena a muerte de las “generalizaciones” y “problematizaciones” marxistas y, en el plano actual, contra la “escuela marxista de Pokrovski”. Stalin, Kírov y Zhdánov se pronunciaron por una nueva evaluación nacionalista de la historia rusa, que debía exaltar antes que nada la “progresividad” de las realizaciones históricas del zarismo, el papel histórico del “pueblo ruso” y el progreso representado por las conquistas de Rusia en Europa y en el Extremo oriente.²⁸ La pasión socialista había dado lugar a un chovinismo gran-ruso.

Desde el punto de vista de la táctica política, de la propaganda y de la ideología, los vértices del PCUS —y por lo tanto también la dirección del estado soviético— se preparaban para el desafío al fascismo alemán y al imperialismo japonés y para una posible segunda guerra mundial. No eran tanto las conquistas del socialismo las que podían llevar al “pueblo ruso” a prepararse militarmente para la propia defensa, como el sentimiento de la propia grandeza nacional. Por otra parte, se proclamó que la expansión y las conquistas zaristas de los siglos XVIII y XIX representaban el “mal menor”, teniendo en cuenta el estancamiento cultural y económico de los territorios conquistados, y que por eso a través de estas conquistas se insertaban en el curso del progreso social, y en consecuencia las anexiones de territorios y naciones extranjera a la URSS debían constituir un hecho extremadamente progresivo, dado que ellas significaban el “salto” al socialismo. Las depuraciones de los cuadros del partido, del estado y del aparato económico y el empleo a gran escala del “trabajo forzado”, junto con la movilización nacionalista del pueblo, tenían este significado: política e ideológicamente, el poder estatal de la URSS, el cual —contrariamente al zarismo— tenía el pleno control de la agricultura, del comercio y de la industria, en una época de amenaza exterior y de desórdenes internos, consecuencia necesaria del rápido ritmo de la industrialización y proletarianización de grandes masas campesinas, retornaba a las formas políticas del despotismo zarista. Los historiadores de la época trazaron esta comparación “abstractamente sociológica” tomando la analogía

²⁷ *Pravda*, núm. 133, 16 de mayo de 1934.

²⁸ I. Stalin-A. Zhdanov-S. Kírov, “Jamechaniia po povodu kon spekyia uchebnika po ‘Istorii SSSR’”, en *Istoriik-Marksist*, núm. 1, 1936, pp. 5 y ss.

entre el exterminio de los boyardos por parte de Iván el terrible y las grandes purgas de Stalin.²⁹ Después de 1935 el nacionalismo gran ruso y el chovinismo sustituyeron cada vez más a la propaganda de las conquistas sociales.³⁰

En este contexto, apenas esbozado, se debe situar también la explícita revisión de la teoría del estado de Marx y de Lenin por parte de Stalin, y se debe evaluar también la periodización estalinista de la historia.³¹ El aumento de las funciones estatales, su penetración en todos los poros de la sociedad y su extensión hasta constituir un estado despótico de tipo asiático parecieron inevitables a causa del “cerco imperialista” y de la dirección estatal de la industrialización. La confianza en el futuro, que Stalin quería infundir a golpes de martillo al partido y, además de eso, a los obreros y a los campesinos rusos, parecía legitimada de la mejor manera en un esquema de periodización que aclaraba cómo la URSS estaba terminando la construcción del socialismo y por lo tanto estaba llegando a la etapa del comunismo. Aún si desde un punto de vista teórico no se hacía ya ninguna mención del socialismo como “emancipación social”, si con el socialismo científico también se liquidaba cualquier oposición socialista, tal concepción del estado y de la sociedad, ligada al patriotismo y al chovinismo, podía transformarse en un elemento de una ideología de la sociedad que celebraba como conquistas nacionales el trabajo forzado, la explotación, el desaliento y la exclusión de toda influencia directa de las clases productoras en la planificación y en la dirección de la economía y del estado, y reprimía o condenaba como aspiración subversiva y anormal la voluntad de liberación social.

Sólo en 1956 el conjunto de instrumentos nacionalista-chovinista de la ideología estalinista comenzó a ser puesto en discusión en las prudentes formas de la desestalinización, que sin embargo no llegaron a superarlo.³² Las invectivas y las denuncias que caracterizaron la crítica a la descripción de los fundamentos semiasiáticos y precapitalistas de la historia rusa son la prueba del hecho de que la tradición estalinista del espíritu de conservación, del nacionalismo y de la sumisión servil no ha sido superada todavía ni siquiera en las sectas “comunistas”

²⁹ E. Oberländer, *Sowjetpatriotismus und Geschichte*, Colonia, 1967, documentos en pp. 201 y ss.

³⁰ “Za rodinu, za Stalina”, en *Bolshevik*, núms. 11-12, p. 12; I. Ehrenburg, “O patriotizme”, en *Pravda*, núm. 165, 14 de junio de 1942; Oberländer, *op. cit.*, pp. 25 y ss.

³¹ J. Stalin, *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, en *Cuestiones del leninismo*, cit.; *Informe ante el XVIII Congreso*, en *Cuestiones del leninismo*, cit.

³² *Voprosy Istorii*, núm. 6, 1960, pp. 4 y ss.

de Alemania occidental, sino que por el contrario continúa reproduciéndose.

La publicación del análisis marxista de las bases semiasiáticas de la historia rusa y de la interpretación de estos análisis de Rusia en Marx es una ocasión para exponer en su totalidad la concepción marxista del desarrollo de Rusia en los siglos XVIII y XIX y las reflexiones de Plejánov, de Lenin, de Trotski y de Luxemburg sobre el significado del pasado asiático de Rusia. Sobre todo, con el fin de hacer de la adquisición del marxismo y de la reelaboración teórica de la herencia del marxismo ruso un instrumento útil, desde el punto de vista teórico y sociológico, para una investigación concreta sobre la formación social de la URSS entre 1917 y 1956.

II. EL ANÁLISIS DE RUSIA EN MARX Y EN ENGELS

1. La simultaneidad de formaciones sociales no contemporáneas en el período de la acumulación originaria del capital en Rusia — Marx aplica el marxismo al análisis de las clases de la sociedad rusa

De los borradores y del original de la carta de Marx a Vera Zasúlich, escrita poco antes de su muerte, se puede extraer con gran claridad la concepción marxiana del desarrollo social ruso, de la coexistencia y de la combinación de formas capitalistas y precapitalistas. En primer lugar él aclaraba que en la base del "sistema capitalista" se encuentra la radical separación de los productores de los medios de producción, que por una parte, a través de la expropiación de los agricultores, es necesario que se encuentre disponible una suficiente cantidad de trabajo asalariado libre, y que por otra, el capital debe ser acumulado en forma de medios de producción, para someter en su totalidad el trabajo asalariado libre a las condiciones capitalistas de producción.³³

En segundo lugar, Marx ponía en claro que la "inevitabilidad histórica" de este desarrollo estaba limitada explícitamente en Europa occidental y que la forma de la expropiación de los campesinos y la transformación de la propiedad privada en propiedad privada capitalista era antes que nada un producto del desarrollo histórico de Europa occidental.³⁴ Aquí hacían "época" todas aquellas transformaciones que arrancaban a los productores inmediatos de los medios de producción y de subsistencia y hacían surgir a la clase de los capitalistas

³³ *Carta y esbozos de carta de Marx a Vera Zasúlich* (marzo de 1881), en Marx-Engels, *Sobre el modo de producción asiático*, Barcelona, Martínez Roca, 1969, pp. 171-189 (traducción parcial); *El capital*, libro I/3, cap. 24.

³⁴ *Ibid.*

y a la de los trabajadores asalariados. Conclusiones de tipo analógico —como la identificación del desarrollo capitalista de Europa occidental con la historia de Europa oriental, de Rusia o de Asia— eran “suprahistóricas”, eran especulaciones abstractas de una teoría filosófica de la historia.³⁵ Con esta afirmación, Marx definía como una deformación ideológica y especulativa de la historia a todas las tentativas de establecer una periodización del progreso histórico válida en general. En el *Prefacio a Contribución a la crítica de la economía política*, en una exposición esquemática del materialismo histórico, parecía establecer una periodización rectilínea y unidimensional, partiendo del hecho de que “a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno pueden ser designados como épocas que marcan el progreso de la formación económica de la sociedad”.³⁶ Sin embargo, en este texto no se afirmaba ni una cronología ni una sucesión necesaria de las formaciones sociales, ni se decía que cada sociedad o cada país debiese pasar a través de cada una de estas formaciones. Por el contrario, Marx, en los fragmentos de los *Grundrisse* sobre las *Formas que preceden la producción capitalista*, afirmaba claramente haber superado la concepción idealista hegeliana de un progreso histórico mundial con carácter rectilíneo y dividido esquemáticamente en épocas, que todavía se evidenciaba en sus escritos juveniles.³⁷

Las formaciones sociales enumeradas en el *Prefacio a Contribución a la crítica* representaban determinadas épocas del desarrollo económico y desde este punto de vista también podían constituir la base o el territorio interior histórico de una acumulación originaria del capital. Pero esta acumulación originaria y su condicionamiento en la historia precapitalista necesitaban de un estudio específico, con el fin de destacar los elementos de diversidad, y también de contraste, con los cuales se llevaba a cabo la acumulación originaria del capital en los diversos países.

Para Marx, la sociedad burguesa era “la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción” y la “comprensión de

³⁵ Karl Marx, *Carta a la redacción del “Otiéchestvennie Zapiski”*, en *Sobn el modo de producción asiático*, cit., pp. 167-171.

³⁶ Karl Marx, *Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política* en *OE*, cit., t. 1, p. 518.

³⁷ Cf. G. Sofri, *El modo de producción asiático*, cit., pp. 15 y ss. R. Rosdolsky, “F. Engels über das Problem der ‘geschichtslosen Völker’”, en *Archiv für Sozialgeschichte*, Hannover, 1964; F. Tokei, *Zur Frage der asiatischen Produktionsweise*, Neuwied-Berlin, 1969, pp. 17 y ss.; R. Eifler, “Vorkapitalistischen Klassengesellschaft und ansteigende Folge von Gesellschaftsformationen im Werke von K. Marx”, en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, año 20 Berlin, 1972, pp. 578 y ss.

su organización” permitía penetrar en las “relaciones de producción de todas las formaciones sociales pasadas”, cuyos restos podían permanecer todavía en la sociedad burguesa, formada sobre la base de los elementos de las sociedades pasadas. Pero esta afirmación significaba al mismo tiempo que la sociedad burguesa de Europa occidental o de Inglaterra, históricamente condicionada, no podía ser proyectada como el fin inmanente de las formaciones sociales precapitalistas de las otras partes del mundo.³⁸ Las condiciones históricas de la aparición y del devenir, o de la formación, de relaciones capitalistas no podían ser identificadas con estas condiciones específicas, ni las formas históricas concretas de la reproducción capitalista podían ser cambiadas con las determinaciones y las leyes de movimiento de la acumulación capitalista en general.³⁹

Para Rusia, la aplicación concreta de la teoría de *El capital* de Marx “no suministra razones ni a favor ni en contra de la vitalidad de la comuna rural”. Podía constituirse en “el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia” si se le aseguraban “las condiciones normales de desarrollo orgánico” y se eliminaban “las influencias fatales”, es decir, la germinación de relaciones de tipo capitalista.⁴⁰

Se habría realizado un salto desde el campo de las relaciones precapitalistas de la obschina al del socialismo —y por lo tanto la posibilidad de saltar la fase de la formación social burguesa— “si la revolución rusa se transforma en el símbolo de una revolución proletaria en Occidente” y “la actual propiedad común de la tierra en Rusia puede servir como punto de partida para un desarrollo en sentido comunista”.⁴¹

En los borradores de la carta a V. Zasúlich, Marx examinó la especificidad de la forma de la comuna rusa y sus afirmaciones pueden ser fácilmente comparadas con las reflexiones que se encuentran en los fragmentos de los *Grundrisse*.

El punto de partida del desarrollo y del progreso social, considerado desde el punto de vista del capitalismo realizado, fue la propiedad tribal o comunitaria, que de ninguna manera era idéntica en las diversas formas que asumía en los diversos contextos geográficos. La vitalidad de estas “comunidades primitivas” era sin embargo incomparablemente mayor que la de las “sociedades semitas, griegas, romanas,

³⁸ Karl Marx, *Introducción a Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1971, pp. 26 y ss.

³⁹ K. Marx, *Elementos fundamentales*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1972, pp. 420-421 y ss.

⁴⁰ K. Marx, *Carta a Vera Zasúlich*, cit., pp. 171-172.

⁴¹ Marx-Engels, *Prefacio a la segunda edición rusa de 1882 del Manifiesto Comunista, en Sobre el modo de producción asiático*, cit., pp. 185-186.

etc.” y tenía un grado de estabilidad netamente mayor que el de la moderna sociedad capitalista. Estas formas comunitarias originarias han continuado existiendo aun en otras formaciones sociales como supervivencias de diversas relaciones sociales.⁴² Esta “formación arcaica de la sociedad” ha caracterizado diversas épocas. La comunidad de aldea rusa representaba su tipo más reciente.⁴³

En los *Grundrisse*, Marx ha descrito rápidamente estos tipos de “formación arcaica”. En la *primera forma de propiedad común* se manifestaba la comunidad natural, que encontraba su base en la tribu, en la familia ampliada, o en la combinación de tribus. El primer presupuesto de la cohesión social era la apropiación y el uso común del suelo. La tierra era el laboratorio, el arsenal, el medio y el material de trabajo, y en poco tiempo la base de la comunidad. Cada individuo era miembro de esta comunidad, que con la apropiación colectiva de la naturaleza y el trabajo común muy difícilmente permite la aparición de la propiedad privada. Estas comunidades primitivas podían relacionarse entre sí a través de una unidad superior, el déspota, que se apropiaba del plusvalor en forma de impuestos, tributos o trabajos colectivos. Tal combinación de comunidad primitiva y estado era un producto necesario de las condiciones naturales y geográficas: catástrofes naturales que se repetían periódicamente o la extensión geográfica de un territorio y la presión de los conquistadores enemigos obligaban a la comunidad a cooperar, si bien el nivel del proceso del trabajo en su interior no requería tal división social del trabajo. Esta cooperación era establecida a través de una obligación similar a la estatal. Es posible ver tales comunidades también como combinación de manufactura y agricultura; en ellas eran posibles también formas embrionarias de trueque de mercancías, el comercio exterior, la aparición de ciudades como centros administrativos y comerciales.⁴⁴ Esta “transformación” caracterizó a la comunidad de tipo asiático-hindú, que históricamente se prolongó “por más tiempo y más tenazmente”,⁴⁵ ya que su modo de producción —la unidad de manufactura y agricultura— y la forma asumida por el vínculo estatal impidieron que cada uno pudiera sustraerse al control de la comunidad, o que, sobre la base del proceso privado, se formara el capital privado y se trastornara el modo de producción en su conjunto.⁴⁶ Sobre la base de esta sociedad

⁴² K. Marx, *Primer esbozo de la carta a Vera Zasúlich*, cit.

⁴³ K. Marx, *Segundo esbozo de la carta a Vera Zasúlich*, cit., p. 172. [En la edición de Martínez Roca sólo aparecen fragmentos de los esbozos de Marx.]

⁴⁴ K. Marx, *Elementos fundamentales*, vol. 1, cit., pp. 434-435.

⁴⁵ K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 22, nota.

⁴⁶ K. Marx, *Elementos fundamentales*, vol. 1, cit., p. 446.

de comunidades recíprocamente aisladas, y sin embargo unidas por el poder estatal, podían surgir clases y relaciones de clase, que estaban determinadas en primer lugar por la participación en el poder de aquellos que estaban investidos de la autoridad del estado.

La *segunda forma de propiedad común* no presuponía la tierra, el campo, como base de la sociedad, sino la ciudad, en la cual residían los propietarios de la tierra, subordinando así el territorio agrícola a la ciudad. De una manera diferente del modo de producción asiático, la tierra y la forma asumida por el trabajo no constituían un obstáculo, sino por el contrario la esencia de una progresiva apropiación de la naturaleza. El desarrollo podía detenerse solamente por la aridez del suelo, por el traslado de las masas o por ataques enemigos. En esta segunda forma, por lo tanto, la "guerra" era "la gran tarea general".

La decadencia de esta forma de propiedad común se presentó cuando su "carácter general" se fragmentó cada vez más por las emigraciones, por las conquistas, por los nuevos asentamientos, por la sumisión de tribus extranjeras, etc. Junto con la posesión privada del suelo continuaba existiendo la dependencia a la tribu o al estado. Con la disolución de la posesión igual y de los derechos iguales, con el empleo de esclavos en el trabajo agrícola, es decir, con el completamiento de la subordinación del campo a la ciudad, surgieron las primeras formas de una sociedad dividida en clases de tipo esclavista.⁴⁷

La *tercera forma de propiedad común* fue la germánica, en la cual estaban presentes contemporáneamente la propiedad común y la posesión privada. El miembro de la sociedad no participaba en la posesión de la propiedad común, pero —como en la comunidad asiática— la comunidad, en cuanto "unidad", quedaba como la única que detenía la posesión y el individuo contaba sólo en cuanto miembro de la comunidad. Una parte del suelo quedaba para la comunidad como tal, y la otra era dividida en parcelas y se convertía en posesión privada. El terreno común era aquel destinado a la caza, el pastoreo, a la recolección de leña; prácticamente toda la tierra que no podía ser dividida o parcelizada.⁴⁸

En los tres tipos de propiedad común, en los cuales la agricultura constituía la base del ordenamiento económico y político, la producción de valores de uso, la economía natural, constituía el objetivo de la actividad económica. Pero para que estas formas comunitarias continuasen existiendo según el viejo modelo, era necesaria su reproducción en las condiciones dadas precedentemente. Los aumentos de población o de la producción, las conquistas, etc., las hacían entrar en crisis. La

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 435-439.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 440, 444.

esclavitud, la concentración de la tierra, los cambios de mercancías y las relaciones en dinero, el excedente en la producción, todo esto iba más allá del ámbito de estos modos de producción. La esclavitud en el mundo antiguo, o la servidumbre de la gleba en el feudalismo, que son ambas desarrollos de la propiedad común originaria, fueron al mismo tiempo productos de su disolución y formas de transición a otra formación social. Ésta se llevó a cabo cuando se determinaron las condiciones y las relaciones de su reproducción.⁴⁹ La forma asiática de la propiedad común era la más estable y más adaptable y estaba siempre en condiciones de absorber gérmenes o elementos de otro modo de producción o de acoplarse a ellos, sin transformarse en sus aspectos fundamentales.⁵⁰

Sobre estos tres tipos de propiedad común se basaban, según Marx, las respectivas y específicas historias sociales. Estas particulares bases históricas, y sus combinaciones, suministraban el contexto histórico en el cual las formas de las relaciones capitalistas podían madurar en mayor o menor medida. La historia antigua fue historia de ciudades; se basó en las relaciones sociales existentes en la agricultura, que crearon los centros comerciales y administrativos de la civilización, y sobre las ruinas de ellos, luego de la caída de tal formación social, surgieron los mercados, las tiendas de comercio y artesanales del primer capitalismo comercial y manufacturero.

La historia asiática estuvo caracterizada por las actividades y empresas militares de los déspotas, que podían manifestarse mejor cuanto más firmes permanecían las comunidades particulares a su autosuficiencia y a su estancamiento. Las formas originarias del capitalismo se desarrollaron bajo la autoridad superior del déspota, pero no hallaron lugar para radicarse en la sociedad.

La historia medieval tuvo como punto de partida la tierra, y desembocó en la contraposición entre ciudad y campo, para resolverse, con la acumulación originaria del capital, en la "urbanización" del campo.⁵¹

Todas estas formas de propiedad común podían estar presentes contemporáneamente en la historia mundial, pero no se sucedían necesariamente la una a la otra, ni eran respectivamente variaciones de otra formación social. En cuanto formaciones sociales, constituían un ámbito específico de reproducción y de civilización. Si la servidumbre de la gleba y el feudalismo de Europa occidental constituyeron una fase histórica de transición al capitalismo, de eso no se deriva necesariamente la aseveración de que sólo en tal modo pudiese verificarse la

⁴⁹ *Ibid.*, p. 456.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 457.

⁵¹ *Ibid.*, p. 443.

afirmación del modo de producción capitalista en India, o en China, o en la Rusia de finales del siglo XIX, o que el modo de producción asiático fuera una variante o el equivalente del feudalismo europeo. Del mismo modo, la propiedad de la tierra en Europa occidental no podía ser puesta en el mismo plano que la propiedad de la tierra en estos otros países, y el noble feudal de Francia no podía ser identificado con el dignatario ruso o con el mandarín chino. Y por otra parte, si el proceso de constitución del capitalismo en Rusia o en Asia era distinto al de Europa, esto no quería decir nada respecto de las desventajas o de las ventajas del modo de producción asiático.⁵²

La resistencia de la forma comunitaria asiática a las influencias feudales y capitalistas, junto con la destrucción del feudalismo de Europa occidental por parte del capitalismo y la superación del modo de producción capitalista con el socialismo, ofrecía la ocasión histórica a estas sociedades antiguas —a través de la obra del estado despótico— de apropiarse de las conquistas sociales y técnicas de esta forma de producción altamente desarrollada, de limitarse a absorberlas pero al precio de caer en las manos de las potencias capitalistas, o bien —adquiriendo los instrumentos de una modernización de la agricultura— de transformar su propia forma comunitaria en el colectivismo socialista. Y esta “adquisición” habría sido también el resultado de las revoluciones en Rusia y en Europa occidental.

Marx ha examinado la historia rusa justamente bajo estos dos aspectos, cuando habló de su especificidad teórica.

Según su concepción, Rusia era el único país europeo en el cual el “cultivo común de los campos” se había afirmado “en gran medida, con características nacionales” hasta el siglo XIX. Al mismo tiempo, esta “forma comunitaria” estaba circundada por el moderno contexto histórico del capitalismo; Rusia era “contemporánea de una civilización más avanzada”, estaba “ligada al mercado mundial en el cual dominaba la producción capitalista”.⁵³ Si se apropiaba de los “resultados positivos” de la producción capitalista, esta comunidad de pueblo podía perder su forma arcaica y asumir aquella colectiva del socialismo. Si permanecía intacta en el breve tiempo en que el sistema social capitalista hubiera entrado en una crisis revolucionaria, se habría determinado por la comuna rusa la posibilidad histórica del gran salto adelante.⁵⁴

¿A qué debía tal puesto específico en la historia esta forma comunitaria? ¿Qué lugar ocupaba en la tipología de las diversas propie-

⁵² Cf. en K. A. Wittfogel, *Despotismo oriental*, cit., el capítulo “Auge y decadencia de la teoría del modo asiático de producción”.

⁵³ K. Marx, *Primer esbozo*, cit.

⁵⁴ K. Marx, *Primer esbozo*, cit.

dades comunes? ¿Pertenece a la forma asiática, antigua o germánica, o bien representaba un tipo mixto? Análogamente a la alemana, la comuna rusa estaba asentada sobre la tierra y sobre la agricultura. La casa, el terreno y los bienes que caían dentro de su ámbito eran propiedad privada, la tierra cultivable seguía siendo propiedad común, si bien era periódicamente subdividida y confiada, para el cultivo, a los campesinos individuales.

Toda la hacienda es absolutamente idéntica, *hasta en los rasgos más leves*, a las comunas *germánicas primitivas*. Lo que se agrega con los rusos [...] es: 1] el carácter *no democrático*, sino *patriarcal*, de la dirección de la comuna; y 2] la *garantía colectiva* para los impuestos por pagarse al estado, etc. Del punto 2] resulta que cuanto más diligente es un campesino ruso, tanto más es explotado por el estado.⁵⁵

La subdivisión periódica de la tierra, el papel del estado como mayor propietario de la tierra y respectivamente como poder despótico, que se apropiaba de todo producto sobrante, el estancamiento económico que de ello se derivaba y el aislamiento recíproco de las comunas, todo eso recordaba el modo de producción asiático: “El aislamiento de la ‘comuna rural’, la falta de vínculos entre la vida de una comuna y la de todas las otras, en una palabra, su *microcosmos localizado*” determinaba dondequiera que fuera la aparición de un poder despótico más o menos centralizado sobre las comunas.⁵⁶

El aislamiento y la dependencia del despotismo estatal de las comunas rusas eran por una parte el producto de la extensión geográfica, del clima y del tipo de agricultura, que de tiempo en tiempo hacían que se verificaran malas cosechas, y por otra, el resultado histórico de las conquistas de las poblaciones tártaras. La afirmación de un despotismo asiático, la transformación de este despotismo en el zarismo, la presión fiscal, el carácter primitivo de los métodos de cultivo y el condicionamiento ejercido sobre la esclavitud agrícola por el clima y las malas cosechas, conservaron esta forma comunitaria, mientras al mismo tiempo la producción agrícola se entumecía en su carácter estancado.

Marx indicaba una doble, y contradictoria, base histórica de la historia rusa: la forma comunitaria era específicamente esclava y tenía una “cierta semejanza” con la “modificación por parte de los antiguos germanos de la propiedad común hindú”. El estado zarista, con su poder extraeconómico y con su función política, representaba el “elemento mongol”. La correspondencia contradictoria y la identidad entre

⁵⁵ Marx a Engels, del 7 de noviembre de 1868 y del 10 de febrero de 1870.

⁵⁶ K. Marx, *Primer esbozo*, cit.

estado despótico y propiedad común hicieron del estado la instancia decisiva en el plano político y económico, politizaron la sociedad primitiva a través de su estatalización y al mismo tiempo permitieron, en dependencia de la presión exterior, trastornos hacia formas de tipo feudal, y más tarde capitalista, en la sociedad y en el estado, sin llegar sin embargo a un vuelco de su base.⁵⁷

Así también en los siglos XVIII y XIX surgió “un cierto tipo de capitalismo, favorecido por la mediación estatal a expensas de los campesinos”, que comenzó a liberar lentamente a los propietarios de su dependencia hacia el estado, a transformarlos en propietarios feudales, que llevaban al mercado su plusproducto y se disponían a transformar su posesión territorial semifeudal en propiedad de la tierra de tipo semicapitalista. Junto a una clase media agrícola creció la masa de los campesinos pobres y de los simples trabajadores asalariados.⁵⁸

La prorroga de la existencia de la forma de la comuna rusa y las funciones ejercidas por el zarismo habían modificado tan profundamente el desarrollo capitalista que las formas de la acumulación originaria del capital no eran comparables con las que tuvieron lugar en Europa occidental.

Estableciendo una comparación entre los Estados Unidos y Rusia, Marx, en una carta al traductor ruso de *El capital*, Danielson, aclaró las características particulares del capitalismo en Rusia. Mientras en los EEUU los gastos gubernamentales disminuían y la concentración del capital y la expropiación masiva de los pequeños campesinos y colonos constituían los presupuestos para el progreso industrial, en Rusia la deuda pública, la bancarrota estatal y el aumento de las funciones despóticas, políticas y económicas, del estado fueron la base del desarrollo económico y “la supraestructura financiera, comercial e industrial, o mejor dicho la *façade* del edificio social, parecía [...] una sátira acerca de las condiciones estancadas del grueso de la producción (la agrícola) y del hambre de los productores”.⁵⁹

Las aseveraciones del “viejo” Marx no estaban de ninguna manera en contradicción con sus investigaciones y comentarios históricos de los años cincuenta, aun cuando él, con análisis pormenorizados de la situación rusa, profundizara sus conocimientos sobre Rusia sólo después de 1858 y sobre todo después de 1868.⁶⁰ En sus opiniones políticas sobre Rusia, que Marx expresó en el *New York Daily Tribune*, habló de Rusia en relación con la discusión de la cuestión hindú, china

⁵⁷ Marx a Kugelmann, del 17 de febrero de 1870, en *Cartas a Kugelmann*. Barcelona, Ediciones de bolsillo, 1974, p. 97.

⁵⁸ K. Marx, *Segundo esbozo*, cit.

⁵⁹ Marx a Danielson del 10 de abril de 1879.

⁶⁰ Maximilien Rubel, *Die russische Kommune*, Frankfurt, 1972, p. 13.

y oriental. El estado zarista estaba indicado allí como una "ocupación militar", "en la que las autoridades civiles y la jerarquía judicial están organizadas de acuerdo con criterios militares y en los cuales es el pueblo el que tiene que pagar todo".⁶¹ En otro pasaje, profundizaba la dependencia de Rusia desde el punto de vista histórico, social y cultural, caracterizaba su origen "bizantino" y su necesidad política de expandirse hacia Occidente, conquistar puertos sobre el mar abiertos al comercio internacional, obtener y conservar el predominio sobre Europa, para ligarse, con esta expansión, al desarrollo capitalista de Europa occidental y, reprimiendo las revoluciones europeas, impedir el desarrollo de los empujes revolucionarios y de los trastornos sociales en el propio país.⁶²

En los años 1856-1857, en el *Free Press* de Londres apareció la serie de artículos sobre la *Historia diplomática secreta del siglo XVIII*.

Allí profundizaba más precisamente las bases "semiasiáticas" y "semieuropeas" de la historia rusa, individualizando en ella toda una serie de características. El origen germánico de la historia rusa, es decir el origen germánico de la propiedad común, era indudable para Marx. La política de Riúrik no era "otra cosa que la política de los bárbaros germanos que se extendieron por Europa".⁶³ La feudalización de este estado normando lo llevó a su decadencia, lo que favoreció la conquista por parte de los mongoles. Éstos, con su centenaria ocupación y con la explotación de este territorio y de las tribus eslavas, fundaron la verdadera tradición de la historia rusa. Aquí estaba, según la convicción de Marx, "la cuna de Moscú" y la Rusia moderna no era otra cosa que "una nueva forma asumida por Moscú".⁶⁴ Por medio de la dominación tártara, Moscú pudo imponerse completamente sobre los otros principados y finalmente, con Iván III, constituirse en una potencia independiente, mientras este zar, después de haber derrotado y destrozado el yugo tártaro, heredaba la forma de estado, la estructura del dominio y las relaciones de clase precapitalistas propias de los tártaros y hacía de ellas la base de su poder. Según Marx, "imitaba con tonos más apaciguados la voz de sus antiguos patrones" y parecía "que hubiera roto las cadenas con las cuales los mongoles unían a la Moscovia solamente para encadenar con ellas a las repúblicas rusas".⁶⁵ En la política de Iván III ya veía actuando a todos los elementos y

⁶¹ K. Marx, *Was solls aus der europäischen Türkei werden?*, en *Marx-Engels-Werke (MEW)*, t. 9, Berlín, 1970, p. 35.

⁶² K. Marx, *Misserfolg der Regierung — Miedroschken-Irland — russische Frage*, *MEW*, t. 9, pp. 325 y ss.

⁶³ *Historia diplomática secreta del siglo XVIII*, en este mismo volumen.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*

las formas de la política actual del zarismo. “Pedro el grande es en realidad el inventor de la política de la Rusia moderna, pero lo consiguió solamente despojando el viejo método moscovita de sus características puramente locales, de los elementos que en él se habían mezclado accidentalmente, destilándolo hasta la quintaesencia, generalizando en él los objetivos y elevándolos desde el vuelco de un poder limitado hasta la aspiración a un poder ilimitado.”

Pedro el grande había reunido así “la habilidad política del esclavo mongol con las altaneras aspiraciones del patrón mongol”. Su política era un conjunto de extorsiones despóticas a expensas del pueblo ruso y de acciones y métodos del capital comercial de Europa occidental.⁶⁶

La modernización de Rusia fue pagada así al precio de un aumento de la opresión sobre el pueblo y de la ampliación de las funciones despóticas del estado. El contacto con Occidente estaba acompañado por la asimilación de determinados elementos del absolutismo y por la intensificación de un papel de política exterior que hacía de Rusia el gendarme, el guardián de la contrarrevolución en Europa occidental, listo para aprovechar todas las fricciones y los contrastes entre las potencias europeas. Rusia, económicamente atrasada, conquistó de esa manera el predominio político en Europa, mientras las miras a una política comercial de Rusia hacia Occidente y la voluntad de “modernizar” la economía y el estado, de hacer penetrar las relaciones capitalistas en el campo, de importar la organización económica y del poder existente en Occidente, fallaron con las primeras revoluciones burguesas en Europa y con el debilitamiento, la caída y la disolución del estado absolutista. Rusia se convirtió en el bastión fundamental de las alianzas contrarrevolucionarias y, para la Inglaterra burguesa, la garantía política de su dominación económica sobre Europa. La coexistencia política entre capitalismo y despotismo abrió por primera vez al zarismo todas las posibilidades de jugar un papel de máxima importancia en Europa y de ampliar hacia Occidente su propio ámbito de poder.

Esta misión europea y la europeización de Rusia, según Marx, sólo tuvieron por resultado el hacer soportar a los campesinos rusos el peso de la “modernización”, mientras las relaciones internas apenas si fueron tocadas y ninguno de los trastornos sociales de Europa occidental, que hubieran podido complicar también a Rusia, tuvo lugar en cambio. Marx definió a Rusia como un “país de frontera semiasiático” para indicar que Rusia —desde el punto de vista geográfico, histórico, social y político— estaba situada entre Europa y Asia y constituía una forma mixta de dos contextos culturales distintos. Llamó la atención sobre

⁶⁶ *Ibid.*

una primitiva forma comunitaria de economía, que recordaba los primeros estadios de la propiedad común germánica, pero que al mismo tiempo, por motivos geográficos y políticos, soportaba el peso de un estado autocrático, por cuyas estructuras hipertróficas estaban condicionados todos los gérmenes del capitalismo.⁶⁷

Se creó una laguna en la investigación marxiana sobre Rusia por el hecho de que la forma comunitaria rusa, y el pasaje que en ella se abrían las relaciones feudales y capitalistas —contrariamente a lo que sucedía en la asiática—, no fueron objeto de un análisis específico, y tampoco la contradicción entre el zarismo y el despotismo asiático y la estructura de clases de la sociedad asiática —contradicción del mismo tipo que aquella entre el despotismo militar prusiano o el absolutismo francés y el bonapartismo— fue afrontada de una manera concreta.⁶⁸ Sobre esto es posible hallar sólo algunas observaciones en los volúmenes de *El capital*.⁶⁹

En las observaciones de Marx acerca de la superación de la servidumbre en Rusia, se indicaba que el estado zarista eliminaba con esta reforma la feudalización de los campesinos para someterlos a una larga etapa de despotismo estatal, antes de que se pudiera permitir oficialmente la diferenciación y la expropiación capitalistas de los campesinos. Esta reforma quería liberar a la clase oprimida sin provocar ningún daño a la clase dominante y, también, sin trastornar el estado. Las reformas, obligadas por las derrotas militares en la guerra de Crimea y por la necesidad de superar el atraso económico con el crecimiento de una industria capitalista, parecieron producir el crecimiento de la “esclavitud de estado” en mayor medida que en el pasado.⁷⁰ Esta tendencia se afirmó en el momento en el que la nobleza “semifeudal” se oponía cada vez más decididamente a estas reformas, y sin embargo eran inevitables transformaciones sociales si Rusia —en un momento en el que Prusia buscaba ligarse económicamente a Inglaterra y, después de su acumulación originaria, pasaba por la fase de la “revolución industrial”, que a su vez sentaba las bases de la unidad alemana— no quería ir al encuentro de un sacudimiento económico y transformarse en un simple objeto de la política exterior de las potencias de Europa occidental. El zar, según Marx, oscilaba entre condicionamientos internos y externos, entre “necesidades políticas” y finalidades autónomas, entre nobleza y campesinos, entre tendencias asiáticas y europeas. Marx no tenía dudas acerca de la necesidad interna de reforma y de transformación del zarismo, sin embargo, la

⁶⁷ Marx a Vera Zasúlich, cit.

⁶⁸ R. Dutschke, *op. cit.*, pp. 51 y ss.

⁶⁹ Cf. G. Sofri, *op. cit.*, pp. 69 y ss.

⁷⁰ Marx a Engels del 29 de abril de 1858.

cuestión era la de la posibilidad de tal “occidentalización” del estado y de la sociedad, dado el conjunto de estas contradicciones políticas. Inicialmente le pareció que una revolución campesina hubiera podido ofrecer una salida. Con este presentimiento, escribió:

Y si esto sucediera, sería la explosión del 1793 ruso: el régimen de terror de estos siervos de la gleba semiasiáticos será algo sin precedentes en la historia; por eso, será el segundo cambio en la historia rusa e instaurará finalmente una civilización real y universal en lugar del engaño oprobioso perpetrado por Pedro el grande.⁷¹

Sólo una revolución campesina parecía capaz en Rusia de llevar a cabo tareas históricas, pero ella misma, si permanecía aislada de la revolución de los obreros de Europa occidental y del progreso técnico alcanzado en estos países, podía unificar todas las fuerzas nacionales sólo en la forma del despotismo y del trabajo social coactado para realizar, a través de una política de terror masivo, el cambio histórico de Rusia: la construcción del socialismo sobre bases industriales. Las reformas realizadas con la liberación de los campesinos —símbolo para toda Europa y también en Prusia del progreso capitalista y signo de la transformación del estado absolutista en un estado burgués— constituyeron en cambio para Marx “el cumplimiento de la autocracia” en Rusia, “el rompimiento de las barreras que el gran autócrata encontró hasta ahora en todos los pequeños autócratas de la nobleza rusa, cuyo poder se funda en la servidumbre de la gleba, y en las comunidades campesinas autónomas, cuyo fundamento material, la propiedad común, debe ser destruida por esta llamada emancipación”. A este empuje autocrático interno hacia el crecimiento del aspecto de despotismo asiático del zarismo correspondía, como siempre, la expansión hacia el exterior, la presión sobre Asia y sobre Europa meridional y occidental. Cuanto más la transformación interna de la sociedad tenía como objetivo la conservación de las existentes formas de dominio y la prevención de desórdenes potenciales, tanto más la política interna rusa estaba ligada a una política exterior vuelta hacia la expansión y el debilitamiento de “adversarios” y aliados.⁷²

La manera en que fueron realizadas las reformas en Rusia —afirmó Marx —no cambiaba casi nada respecto de las formas típicas de la autocracia zarista.⁷³

Como ya hemos visto, Marx retomó este juicio en los borradores y en la redacción definitiva de la carta a Vera Zasúlich. Otros aconte-

⁷¹ Marx a Engels, del 8 de octubre de 1858.

⁷² K. Marx, *El señor Vogt, cit.*, pp. 161 y ss.

⁷³ Marx a Engels, del 11 de enero de 1860.

cimientos políticos como la represión de los campesinos, la revuelta polaca, la destrucción de los grupos de intelectuales terroristas y la diplomacia secreta de Rusia suministraron otros motivos para definir al zarismo ruso como una "potencia bárbara". En un discurso pronunciado en un mitin en favor de Polonia, Marx describió de la siguiente manera la situación política en Europa: "Delante de Europa, sólo hay una alternativa: o la barbarie asiática, guiada por los moscovitas, irrumpirá como un avalancha sobre Europa, o bien Europa deberá restablecer el estado polaco y defenderse de Asia con un baluarte de 20 millones de héroes, y de tal manera ganar tiempo para que se complete su transformación social."⁷⁴ En la misma reunión repitió su juicio sobre el zarismo y sobre la reforma agraria. Ésta no había "liberado a los campesinos de la barbarie asiática", así como el estado con esta "reforma" sometía a toda la sociedad e hipertrofiaba los residuos del despotismo precapitalista para condicionar la forma de la industrialización.⁷⁵

Retomó este concepto de la conservación de una autocracia con características asiáticas cuando comparó la alianza revolucionaria a la de la reacción europea: "Al contrario, una revolución campesina en Rusia daría un golpe decisivo al baluarte de la contrarrevolución y aceleraría así la revolución en Europa".⁷⁶ Esta coincidencia de revolución obrera y sublevación campesina, este operar conjunto de una revolución burguesa y de una socialista, hallaba en Rusia un elemento más de carácter socialista; si se mantenía la propiedad común, este residuo precapitalista habría facilitado el cambio de la sociedad. En la carta a Zasúlich, Marx subrayó al mismo tiempo que esta propiedad común estaba puesta en peligro en su supervivencia idílica, que los golpes del feudalismo, del despotismo y del capitalismo a largo plazo favorecerían la propiedad privada y la diferenciación entre los campesinos y que por lo tanto a la larga este estancamiento histórico sería sorteado.

2. *Engels, en sus observaciones sobre Rusia, sustituye la investigación concreta por la exaltación del modelo de Europa occidental*

Engels, que en los años cincuenta había compartido las concepciones de Marx sobre Rusia, pasó muy rápidamente a una sobrevaloración de

⁷⁴ K. Marx, *Manifiesto inaugural de la Asociación internacional de trabajadores*, en *OE*, cit., t. II, p. 40; K. Marx, *Rede auf dem Polenmeeting in London*, *MEW*, t. 16, Berlín, 1971, p. 204.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 203.

⁷⁶ Marx a Sorge, del 27 de septiembre de 1877, *MEW*, t. 34, Berlín, 1966, p. 296.

las tendencias capitalistas en Rusia. De tal manera, se diferenció netamente del juicio de Marx. Sin un conocimiento preciso de la forma comunitaria rusa, de la influencia ejercida por el estado sobre los cambios sociales y de la acumulación capitalista en Rusia, se limitó a aplicar el modelo de Europa occidental a aquel país.

En la polémica con Piotr Tkachov, Engels enfatizó la afirmación de relaciones capitalistas y la disolución de la propiedad común, en contra de la aseveración de Tkachov de que la sociedad rusa “debía su existencia al estado”, un estado que “respecto a la sociedad estaba suspendido en el aire”. Engels, en cambio, diagnosticó la transformación de la nobleza en una clase de propietarios de la tierra capitalistas y la dependencia política del estado de esta clase. Engels entendía con eso que tal estado fuera el instrumento para arrancar a los campesinos el plusproducto necesario para el desarrollo de la industria. Este estado era así la leva que permitía la expropiación y el empobrecimiento de los campesinos y los dejaba en manos del “capital usurario”, que hacía más fácil su separación de la tierra. El estado zarista preparaba así el camino a relaciones de tipo capitalista, conscientemente o no.

Bajo la cobertura de la autoridad del estado se generaba y se estaba formando una burguesía moderna, que hallaba su campo de acción en el comercio y en las fábricas y manufacturas promovidas por el estado. Dicho estado, además de aparecer como el artífice de todo el desarrollo, poseía indudablemente, según Engels, su propia base de clase en la gran propiedad de la tierra capitalista y en la nobleza terrateniente semifeudal, en los agricultores del estrato intermedio, en el capital comercial y usurario, y también en la burguesía en vías de formación de las manufacturas y de la industria; se estaba transformando en un estado de tipo absolutista. Engels proyectaba sin titubeos las relaciones de clase de Europa occidental sobre Rusia y promovía el zarismo al rango de un tipo de estado absolutista.⁷⁷ Sin ninguna duda, Engels presuponía que estas relaciones capitalistas habían herido de muerte desde hacía tiempo a la propiedad común rusa. Ésta, según Engels, había superado desde hacía mucho “su período de oro”. Solamente la explosión en muy poco tiempo de la revolución en Europa occidental —aquí Engels retomaba la tesis de Marx— habría podido, en el período de las reformas, hacer pasar a esta forma comunitaria a la fase del socialismo, si los campesinos hubieran logrado abatir al zarismo. La “rápida disolución del *mir*” en virtud del desarrollo capitalista de Rusia era, para Engels, una cosa segura.⁷⁸

⁷⁷ F. Engels, *Las condiciones sociales en Rusia*, en Marx-Engels, *OE*, cit. t. II. [Incluido en el presente volumen.]

⁷⁸ *Ibid.*

En 1894, Engels comentó una vez más los viejos escritos de Marx y su juicio sobre la *obschina* rusa. En esta ocasión, remarcó que Rusia había tenido sólo por un breve período de tiempo la ocasión histórica de pasar de una forma arcaica de comunidad al socialismo, en el caso de que la sublevación de los campesinos en Rusia se hubiera verificado en coincidencia con la revolución en Europa occidental. En sí misma, esta propiedad común no tenía ninguna posibilidad de desarrollo. Con el proceso de diferenciación entre los campesinos, se habría disuelto.⁷⁹ En los años noventa, ya no existía otra alternativa histórica.

Con la liberación de los campesinos, Rusia entró en la "época del capitalismo". La presión del estado y de las relaciones capitalistas sobre la agricultura completó la separación de la masa de los campesinos rusos de los propios medios de producción. Las vías férreas abrieron el mercado para la industria que se estaba desarrollando. Ellas mismas eran un resultado de las modernas relaciones capitalistas de Europa occidental y habrían facilitado la obtención por parte de la economía rusa del nivel capitalista de Europa occidental. Con la conclusión de la fase de la acumulación originaria del capital se había concluido también, en Rusia, la fase de la economía natural campesina a gran escala y se había afirmado la sociedad burguesa.⁸⁰ Esto significaba, según Engels, que "la época de los pueblos elegidos se ha terminado para siempre".⁸¹ Aun si la industria moderna se injertaba en Rusia sobre la base de una agricultura primitiva y este progreso económico era pagado con la miseria de los campesinos y de los obreros, con el esclavizamiento y con el terror zarista, el desarrollo de las fuerzas productivas era el fundamento y la garantía del socialismo, y todo el resto, según Engels, era "exaltación utópica".⁸² La glorificación de la técnica capitalista en Engels equivalía a la imagen del socialismo propia de la socialdemocracia europea, y el socialismo siempre era figurado con los colores de una sociedad burguesa ideal. Imágenes de este tipo llenaban de entusiasmo a los socialdemócratas rusos con mentalidad occidentalizante.⁸³

Es preciso observar, en este punto, que Engels, contrariamente a Marx, saludó la "liberación de los campesinos" en Rusia en 1861 como

⁷⁹ F. Engels, *Postscriptum a Las condiciones sociales en Rusia*, cit. [Incluido en el presente volumen.]

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ *Ibid.*

⁸² Engels a Plejánov, del 26 de febrero de 1895.

⁸³ Kurt Mandelbaum, *Einleitung in Briefe von K. Marx und F. Engels an N. Danielson*, [en esp. en Marx-Engels, *Correspondencia con Danielson*, México, Siglo XXI, 1980].

una vuelta histórica hacia el capitalismo. En su escrito *La política exterior del zarismo ruso* (Stalin en 1934 prohibió su nueva publicación en el *Bolshevik* y por lo tanto impuso el silencio, con una prohibición, de todos los análisis importantes de Marx y de Engels sobre Rusia), Engels utilizó algunos pensamientos de Marx tomados de la *Historia diplomática secreta*, pero la revuelta campesina fue vista por él unívocamente como la transición a un desarrollo capitalista autónomo y dotado de una consistencia propia. También el estado zarista se desarrollaba según la tendencia del estado absolutista y constitucional. La diplomacia zarista, por otra parte, todavía tenía sus raíces en la autocracia y en el despotismo. En el interior del nuevo estado sobrevivían todavía, en este sector, los residuos del viejo.

El objetivo del zarismo seguía siendo el predominio en Europa, para realizar en el interior las tareas de la industrialización capitalista. En cuanto potencia territorial, económicamente atrasada, Rusia, según Engels, todavía estaba obligada a presionar por mucho tiempo sobre Occidente, a programar primero la división de Polonia y luego también la de Alemania, para utilizar y debilitar a sus adversarios potenciales. Los impulsos expansivos eran al mismo tiempo también el motor del desarrollo económico. Engels emprendió esta investigación con la convicción de que aun una Rusia capitalista estaría obligada a perseguir esta política. Pedro el grande, para él, era ya un gobernante absolutista, que promovía con decisión el desarrollo capitalista en Rusia.⁸⁴

La guerra de Crimea y las reformas fueron los últimos asaltos del capitalismo y la eliminación de las últimas cadenas que impedían su pleno despliegue. El zarismo asumió definitivamente la forma del estado absolutista: "junto a la nobleza, se hallaban los primeros núcleos de una nueva clase que se había formado, la burguesía. En breve, el nuevo zar debía jugar a hacerse el liberal, pero sólo en el interior. Pero así estaban colocadas las bases de una historia interna de Rusia".⁸⁵

El estado zarista comenzó a instalar vías férreas, a implantar establecimientos industriales y a "alimentar a la clase de los capitalistas rusos". Esta alimentación de una clase por parte del estado no tenía para Engels nada de "extraordinario" y así, las medidas del estado para separar a los campesinos de los propios medios de producción y formar trabajadores asalariados, para hacer surgir de esta manera a una clase obrera, parecían pertenecer a las tareas de un estado absolutista y tenían claramente su equivalente en Prusia, en Francia o en Inglaterra:

⁸⁴ F. Engels, *La política exterior del zarismo ruso*, en este mismo volumen.

⁸⁵ *Ibid.*

Mientras de esa forma la *obschina* de los campesinos rusos era golpeada en sus bases, al mismo tiempo se desarrollaba la nueva burguesía con privilegios en las vías férreas, la protección social en las ciudades y en los campos, capaz de sacudir los viejos modos de pensar y ya no consentir que el proceso se detuviese.⁸⁶

Para aclarar la cuestión de si Marx se había excedido en la descripción del predominio del elemento despótico en el zarismo ruso o de si Engels, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, había sobrevalorado las tendencias absolutistas de tipo capitalista en el interior de la autocracia zarista, es preciso hacer alusión sintética y rápidamente a la contradicción entre el despotismo zarista ruso de tipo asiático y el absolutismo francés de tipo europeo-occidental. Es necesario afrontar aquí la cuestión, dado que Riazánov ha contrapuesto en cierto sentido a Marx el "último" Engels y, siguiéndolo, la escuela histórica marxista de Pokrovski ha presupuesto la unidad de capital comercial y absolutismo ruso por parte de Pedro el grande; por el contrario, Plejánov, a partir del ejemplo de Marx, ha estudiado el aspecto asiático de la historia rusa y Lenin consideró a veces a la historia rusa desde el punto de vista de Marx y otras, desde el del "último" Engels, sin lograr dar una explicación materialista de qué cosa significase la "*Asiaticchina*" en la historia rusa, qué cosa fuesen los restos "asiáticos" o "semiasiáticos" en la sociedad y en el estado, por qué se perpetuaban y se reproducían siempre de nuevo. En los países en los cuales dominaba la propiedad común sobre la privada y la extensión geográfica, las catástrofes naturales y las malas cosechas que se verificaron periódicamente hacían necesario un poder estatal que organizara la ejecución de los trabajos colectivos y la movilización de las fuerzas para la defensa común, tal estado podía obligar a las comunidades a ceder su producción excedente, y el impuesto coincidía con la renta, o bien, siendo el mayor propietario de la tierra, estaba en condiciones de someter a sí la sociedad. Surgió así un estado despótico que por sí mismo generó las relaciones sociales a través de la estatalización del conjunto de la sociedad y modeló sobre ellas una división de clases que estaba determinada principalmente por la participación de estas "clases" en el poder del estado y no por la propiedad privada de los medios de producción. Formas feudales y capitalistas podían ser "inertadas" en tal "sociedad de clases" jerárquicamente articulada, pero dado que constituían la "fachada" o parte de la "superestructura", no transformaban por lo tanto la base social y no permitían que capital y trabajo asalariado se afirmasen en gran medida. El despotismo zarista, que continuaba existiendo en el siglo XIX, era claramente de origen asiático, tártaro. Pero al mismo tiempo estaba sacudido por influencias capi-

⁸⁶ *Ibid.*

talistas desde el interior y desde el exterior, sin que con eso, según Marx, cambiara su carácter y así, con el apoyo estatal a la acumulación capitalista, sus funciones despóticas hasta se ampliaban.

La monarquía absolutista y su política económica mercantilista ya eran, en cambio, el producto de relaciones capitalistas, que estaban en contradicción con el feudalismo, lo disolvían, lo destruían y producían necesariamente la metamorfosis de la propiedad territorial feudal en capitalista. El absolutismo representaba así una "potencia general" que, en cuanto producto de las relaciones mercantiles y monetarias que se estaban desplegando, aseguraba las condiciones generales para que se generara la producción capitalista. La monarquía absolutista tenía como presupuestos un grado determinado de desarrollo de las relaciones capitalistas en la ciudad y en el campo y la transformación del dinero en medio de pago general, y sobre esta base podía instaurar un sistema tributario general y formar una burocracia, construir un aparato de poder, conducir una política económica y garantizar la seguridad interna y externa del país. Las clases principales de la sociedad burguesa ya estaban presentes en sus rasgos principales y las clases feudales estaban ya en su fase de disolución.

El absolutismo surgió así en el transcurso de un largo período de transición, en el cual, con la introducción de las relaciones capitalistas en la producción y en la circulación, fueron destruidos los vínculos y las condiciones feudales, los productores agrícolas vivieron un proceso de diferenciación y la mayor parte de ellos fue expulsada de su propia tierra y reclutada en la clase de los trabajadores asalariados y del *estatus* de los *burgueses* medievales se formó la moderna clase burguesa. En la esfera de la producción, se estaba en los umbrales de la revolución industrial, progresaba la división del trabajo, se realizaba en sus más amplias dimensiones la completa subordinación de los artesanos empobrecidos y de los trabajadores de las manufacturas al capital y eran empleadas las primeras máquinas. Solamente entonces los derechos particulares del feudalismo podían ser unificados en las funciones del estado, los dignatarios feudales se convertían en funcionarios públicos y el gran número de prerrogativas feudales de poder eran centralizadas en una actividad estatal regulada y parcialmente fundada en la certeza del derecho, que se articulaba según una división del trabajo correspondiente al modo de producción burgués, definía las competencias y aseguraba la continuidad de la función de gobierno. De tal manera, se formó una burocracia unitaria, que estaba sujeta a los principios de la "racionalidad" y de la "eficiencia" y "administraba" el conjunto de los problemas sociales sobre la base de tareas y principios jurídicos bien definidos. A pesar de favorecer claramente a determinados sectores de la actividad económica capita-

lista, el absolutismo conservó privilegios y derechos particulares de tipo feudal; este tipo de estado era la expresión de una fase de transición entre la sociedad feudal y la burguesa, entre la clase de los propietarios territoriales y la burguesía. En la medida en que una u otra de estas clases afirmaba su hegemonía política en la sociedad, este estado podía representar una base o un obstáculo para el desarrollo capitalista. En la medida en que la clase obrera se formaba como proletariado de la gran industria a través del desarrollo capitalista, las instituciones políticas del absolutismo, que hasta ahora habían protegido en primer lugar los privilegios feudales, podían convertirse en los instrumentos necesarios para defenderse de las aspiraciones políticas de los obreros, para mantener —como poder extraeconómico— la “desigualdad” y la “no libertad” de esta clase en la esfera de la producción. Los elementos estatales del absolutismo podían desarrollarse y reproducirse en la formación del estado burgués, ya que entonces aseguraban, como reacción del estado a las aspiraciones de los obreros o de los campesinos, las condiciones generales de existencia y de desarrollo capitalista tanto de la clase de los capitalistas como de la de los propietarios territoriales. Las funciones políticas del absolutismo podían representarse en la forma de la intervención estatal, típica del bonapartismo o del militarismo prusiano. El estado despótico —de tipo absolutista, bonapartista o prusiano— debía su existencia a las formas determinadas de la acumulación originaria del capital, las cuales por su parte sufrían la presión económica y política de la sociedad burguesa desarrollada de Inglaterra. Dependía concretamente de las relaciones de clase y de la evolución de la lucha de clases si tal estado hubiera continuado desarrollándose en la moderna sociedad capitalista y en qué forma. Sus orígenes estaban en el ambiente del feudalismo y de una burguesía en sus inicios en la Europa occidental precapitalista. Sobre la base de tal contexto histórico-social ya era posible extraer la conclusión de que en Rusia el absolutismo no podía formarse por un propio impulso exclusivo, sino que más bien, las funciones y las características del absolutismo, bajo la presión externa de Europa occidental, debían ser integradas, y con eso modificadas, al aparato del poder despótico ya existente.

El poder central del zarismo con la progresión de la acumulación originaria del capital debía transformarse en el sentido de dar lugar a una burocracia absolutista y capitalista, pero debía al mismo tiempo mantener la explotación en masa de campesinos y obreros en los modos típicos del despotismo y el control de las actividades de la burguesía; es decir que tal burocracia era comparable sólo indirectamente al aparato administrativo burocrático del absolutismo de Europa occidental.

Éstos eran claramente los motivos que llevaban a Marx a considerar que el despotismo zarista continuaba existiendo aun en las últimas fases de la acumulación originaria del capital, mientras que algunas analogías de las intervenciones del estado zarista con las del absolutismo para promover el desarrollo capitalista “como en un invernadero” llevaban a Engels a hablar de un zarismo absolutista.⁸⁷

Fue en el siglo XVI cuando se formaron las grandes monarquías que se erigieron en todas partes sobre la base de la decadencia de las clases feudales en conflicto: la aristocracia y las ciudades. Pero en los otros grandes estados de Europa la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social. Allí era la monarquía absoluta el laboratorio en que se mezclaban y trataban los distintos elementos de la sociedad hasta permitir a las ciudades trocar la independencia local y la soberanía medievales por el dominio general de las clases medias y la común preponderancia de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se hundía en la decadencia sin perder sus privilegios más nocivos, las ciudades perdían su poder medieval sin ganar en importancia moderna. [...] Así pues, la monarquía absoluta en España, que sólo por encima se parece a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser clasificada más bien junto a las formas asiáticas de gobierno.⁸⁸

Lo que era válido para el estado español, debía valer más que nunca para el zarismo ruso.

III. LA CONTROVERSIA EN LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA A PROPÓSITO DE LA TRADICIÓN ASIÁTICA

1. *El redescubrimiento en el marxismo ruso, por obra de Plejánov, de las bases asiáticas de la historia rusa*

Engels tuvo una duradera influencia sobre el “padre” del marxismo ruso, Georgi V. Plejánov.⁸⁹ En las primeras y fundamentales polémicas con los “narodniki”, llevada a cabo en *El socialismo y la lucha polí-*

⁸⁷ Cf. B. Rabehl, *Marx und Lenin*, cit., pp. 102 y ss.

⁸⁸ K. Marx, *Das revolutionäre Spanien*, MEW, t. 10, Berlín, 1973, pp. 439-440. [En esp., *La revolución en España*, Moscú, Editorial Progreso, 1974, p. 12.]

⁸⁹ S. H. Baron, “Plekhanov on Russian Capitalism and the Peasant Commune”, en *The American Slavic and East European Review*, vol. XII, Nueva York, 1953, pp. 463 y ss.; S. H. Baron, *Plejánov. El padre del marxismo ruso*, México, Siglo XXI, 1976; N. A. Martin, “Marxism, Nationalism and Russia”, en *Journal of History of Ideas*, vol. XXX, 1968, p. 231; W. N. Kotov, *Eindringen*

tica y en *Nuestras discrepancias*,⁹⁰ Plejánov documentó el viraje hacia el capitalismo en Rusia y por lo tanto la orientación de los intelectuales marxistas hacia la clase obrera en formación. Aun en 1882 —en el mismo sentido que el del prefacio de Marx y Engels a la edición rusa del *Manifiesto Comunista*— Plejánov había sostenido que la propiedad común rusa, en el caso de la contemporánea explosión de la revolución en Europa occidental o en Rusia, habría podido convertirse en la base de un renacimiento social del colectivismo ruso a un nivel técnico más alto,⁹¹ pero que esta “forma de la vida nacional” contenía por otra parte tantas y tales contradicciones internas que, sola, no habría podido desarrollarse en una forma comunista.⁹²

Poco tiempo después, no hubo para Plejánov ninguna duda sobre el hecho de que la comuna rusa no habría podido en ningún caso convertirse en el punto de partida de una futura sociedad comunista. El progreso económico del capitalismo había vencido. Por cierto, podía suceder que un tipo de comuna u otro, en territorios geográficamente distantes, continuase existiendo en el momento de una revolución proletaria rusa y, en cuanto estructura fundada en el colectivismo, pudiese participar en la construcción del socialismo, pero en su conjunto, las comunas habrían sido disueltas bajo la presión de la transformación capitalista de la agricultura.⁹³

La “liberación de los campesinos” de 1861 era la señal, para Plejánov como para Engels, de la separación de la *obschina* del “estable equilibrio de la economía natural” y de su subordinación “a todas las leyes de la producción de mercancías y de la acumulación capitalista”.⁹⁴ Así Alejandro II, durante el reinado del cual se habían proclamado las reformas, constituyó para Plejánov el “zar de la burguesía”,⁹⁵ porque con estas reformas inauguraba la época de la especulación financiera, de la expansión de la actividad bancaria y del desarrollo a ritmo forzado de las construcciones ferroviarias.⁹⁶

El hecho de que estas reformas se hubieran realizado en primer lugar bajo la presión política, militar y económica proveniente del

und Verbreitung der Ideen von K. Marx und F. Engels in Russland, Berlín, 1956; K. A. Wittfogel, “The Marxist View of Russian Society”, en *World Politics*, 1960, p. 494; L. H. Haimson, *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism*, Cambridge, 1955.

⁹⁰ G. V. Plejánov, *Sozializm i politicheskaia borba e nashi raznoglasii*, en *Sochineniia*, t. 2, Moscú-Leningrado, 1923-1926.

⁹¹ *Sozializm*, *ibid.*, p. 47.

⁹² *Ibid.*, p. 27.

⁹³ *Raznoglasii*, *ibid.*, pp. 310 y 347.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 130.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ *Ibid.*

exterior, que su contenido fuera determinado por un compromiso entre la autocracia zarista y las diversas fracciones de la nobleza a expensas de los campesinos, que la burguesía moderna debiera ser creada por medio del estado por los “kustares asiáticos”, por la nobleza, por el capital usurario de los hebreos, por los comerciantes rusos y extranjeros y que por lo tanto en la mayoría de los casos era el zar el “creador” de la burguesía moderna —Plejánov pasó por alto todo este conjunto de circunstancias haciendo del desarrollo capitalista el objeto de una filosofía de la historia de tipo metafísico. El papel y las funciones sociales del estado en Occidente fueron simplemente identificados con las medidas tomadas por el zarismo:⁹⁷ “El capitalismo procede por su camino, separa a los productores independientes de su base inestable y genera en Rusia un ejército de trabajadores asalariados con los mismos buenos y experimentados métodos que ya ha expuesto en Occidente.”⁹⁸ Después de la reforma, la situación de los campesinos había cambiado radicalmente. Hasta entonces, la *obschina* mostraba una “notable estabilidad”. Desde entonces, la economía monetaria, que se estaba afirmando cada vez más, había conducido a la diferenciación de los campesinos y a la disgregación definitiva de la propiedad común. Para Plejánov, el nexo lógico entre la simple producción de mercancías y la capitalista era suficiente para concluir que históricamente una “dialéctica interna incontenible” conducía a la forma capitalista de la producción.⁹⁹ En una fase determinada de su desarrollo, la sociedad habría sido contramarcada por las dos clases principales, “por los explotadores capitalistas y por los trabajadores proletarios”.¹⁰⁰ También los fenómenos del estancamiento agrícola, de la superpoblación en los campos, de su estar jurídicamente vinculada a la *obschina*, etc., eran para Plejánov claros indicios de la victoria del capitalismo en la agricultura.¹⁰¹

La lentitud de la disolución de la forma comunitaria y la estabilidad del aparato zarista eran evaluadas por Plejánov como formas en las cuales se expresaba la victoria del ordenamiento capitalista; de tal manera, por otra parte, ignoraba la presencia de residuos precapitalistas. Esto explica quizá la transformación de su modo de ver esta cuestión, que se verificó sobre todo con la explosión de la revolución de 1905.¹⁰²

En su descripción de la acumulación capitalista en el sector de la

⁹⁷ *Ibid.*, p. 230.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 225.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 270.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 238.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 263 y ss.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 244 y ss.

economía dominado por la gran industria, Plejánov procedió igualmente con esquemas aproximativos y de filosofía de la historia. De la cooperación simple del trabajo artesanal se desarrollaba una tendencia lineal a la manufactura y a la gran industria.¹⁰³ Si esta gran industria encontraba realmente su mercado y entraba en una relación de cambio con la economía campesina, si su reproducción ampliada correspondía a un aumento de la producción agrícola o si esta gran industria debía dirigirse solamente a los mercados externos, en concurrencia con el capital de Europa occidental, todo esto no le interesaba a Plejánov. Por cierto, la "corriente del capital" era todavía débil y existían sólo pocos centros de la gran producción capitalista, también el número de los componentes de la clase capitalista y la de los trabajadores era reducido, sin embargo, la "tendencia general de nuestro desarrollo económico" indicaba la completa afirmación del capitalismo en Rusia.¹⁰⁴

Esta polémica contra los *narodniki* contenía seguramente innumerables exageraciones y, además, es preciso no olvidar que estos dos artículos eran principalmente momentos de una batalla política y no investigaciones científicas. Permanece invariable sin embargo el hecho de que Plejánov ponía las bases de un marxismo ruso que, con esquemas abstractos y con burdas generalizaciones del progreso capitalista, no se ocupaba casi para nada de las relaciones concretas existentes en la sociedad rusa, y, para probar sus propias razones, tomaba un par de citas de Marx, considerando a *El capital* marxiano como el modelo en general sobre el cual se podía medir cualquier tipo de sociedad.

Los acontecimientos políticos y las luchas de clases de la revolución de 1905 no significaron por lo tanto solamente una crisis política de la autocracia zarista o de la burguesía rusa, la cual, bajo la impresión de las acciones de lucha de los obreros y de los campesinos, se subordinó a la defensa del zarismo; la revolución debía provocar también la crisis de esta forma de marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa.

Justamente porque en Rusia no se verificó una revolución burguesa "en su estado puro" y las fuerzas que conducían las transformaciones de tipo burgués eran los obreros y los campesinos, fue claro que el esquema general del desarrollo capitalista y de las analogías con Europa occidental no funcionaba.

Justamente porque entonces resultaba evidente que el zarismo, en cuanto potencia despótica, había conservado conscientemente, por lo menos en parte, las relaciones precapitalistas en los campos y eso se revelaba como un pesado obstáculo para el pleno desarrollo del capi-

¹⁰³ *Ibid.*, p. 226.

¹⁰⁴ *Ibid.*

talismo, Plejánov comenzó a remarcar cada vez con mayor fuerza la herencia constituida por el atraso asiático de Rusia. Ya no lo hacía desde el punto de vista y sobre la base de las consideraciones de Marx y del “primer” Engels. La época de la propiedad común rusa estaba para Plejánov definitivamente superada. Sobre este punto, no cambiaba sus propias ideas. Las nuevas indicaciones sobre el atraso económico, político y cultural de Rusia, el nuevo énfasis puesto en la “herencia asiática” tenía el fin de dar a los intelectuales socialistas y a la minoría obrera presente en Rusia la coincidencia de la necesidad de empeñarse sin compromisos para una “europeización” política y económica de Rusia, de renunciar a intereses particulares y a disfraces utópicos del programa y de notar la madurez de la situación rusa para una “revolución burguesa” aun cuando la burguesía rusa estaba privada de la voluntad de realizar su propia misión histórica. A esta revolución burguesa sólo podían oponerse la reacción zarista, el renacimiento de la sociedad asiática en Rusia o bien una revuelta campesina que, junto con sus objetivos antizaristas y antifeudales, asumiese también un carácter antiburgués y por lo tanto contrario al desarrollo de la civilización y necesariamente reaccionario.¹⁰⁵

Así, Plejánov saludó ciertamente con complacencia la *jacquerie* de los campesinos, pero sólo con la esperanza de que “esta reserva extraordinariamente potente de la revolución rusa” obligase a la burguesía a ponerse del lado de la clase obrera y que la lucha antifeudal y antizarista de los campesinos terminase promoviendo un desarrollo más rápido del capitalismo.¹⁰⁶ Los campesinos eran para él una clase en vías de extinción, vuelta solamente al pasado, cerrada en sí misma aun en sus acciones y que no podía ser hegemonizada por la clase obrera y por la burguesía. El juicio que Marx y Engels habían dado de los campesinos franceses en los escritos sobre Francia¹⁰⁷ valía para Plejánov también para los campesinos rusos, cuyo atraso estaba probado en particular por su vínculo obligado con la *obschina*.

En la controversia por la revisión del programa agrario de Lenin, que tenía como base la “nacionalización” de la tierra para destruir de un golpe todos los vínculos feudales e introducir entre los campesinos una libre y amplia diferenciación de tipo capitalista, Plejánov sostuvo que tal pretensión era tendencialmente reaccionaria. En realidad, esta “nacionalización” de la tierra no habría destruido de ninguna manera el dominio despótico del estado sobre los campesinos, sino que

¹⁰⁵ *Zametki publicista, pismo perjove, en Sochineniia*, vol. xv, Moscú-Leningrado, 1926, p. 195.

¹⁰⁶ *K agramomu voprosu v Rossii, ibid.*, p. 30.

¹⁰⁷ Véase la nota 87.

por el contrario habría dejado intacto "este residuo de un viejo ordenamiento semiasiático" y eso habría querido decir la conservación o la restauración de las relaciones despóticas semiasiáticas.¹⁰⁸

Describiendo la estabilidad de la propiedad común rusa antes de la reforma de 1861, Plejánov habló de una "sociedad oriental" o "semiasiática", que tenía su origen geográfico, cultural y social sobre todo en la posición de Rusia, en medio de Europa y Asia.¹⁰⁹ El desarrollo capitalista "occidental" se encontraba así en Rusia con una base histórica que se oponía a la penetración de este modo de producción y lo volvía a empujar siempre a una situación de estancamiento, y por otra parte no podía generar ninguna alternativa de desarrollo social. La Rusia normanda se acercaba a la propiedad común occidental, la moscovita tenía estructuras de base de tipo asiático, mientras que desde Pedro el grande Rusia se había abierto nuevamente a Occidente.¹¹⁰ Rusia recibió del dominio mongol sus rasgos semiasiáticos que siguieron predominando hasta la liberación de los campesinos.¹¹¹

Los autócratas de Moscú y también los de Petrogrado eran así los productos naturales de su sistema político, que estaba caracterizado por la completa supremacía del pueblo sobre la ciudad.¹¹²

Después de la revolución de 1905, sobre la base de la lectura de los trabajos de un estudioso ruso de derecho público de formación hegeliana, Chicherin, Plejánov sometió a una nueva revisión la propia concepción de la *obschina*. La comuna de pueblo ya no era vista entonces como la base social de la autocracia zarista, sino que por el contrario entonces la *obschina* era considerada como la unidad de base de un estado despótico: después de la reforma, el despotismo de estado se había reforzado y había subordinado a sí esta forma comunitaria, había hecho de ella el instrumento de la "reducción en esclavitud" de los campesinos y del trabajo forzado.

En esta función del estado consistía, según Plejánov, la diferencia entre la historia asiática y la europea. En la primera, la propiedad común era el producto del modo de producción asiático y la base social de la estatalización de la sociedad operada por el despotismo asiático; en la segunda, el feudalismo y el capitalismo habían destruido la comunidad originaria. En Rusia, el estado de Moscú, sucesor legítimo del sistema mongol de los tributos, había sometido a los campesinos e importado el sistema político-económico de Asia. Con el aumen-

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 74.

¹⁰⁹ *Kak dobivatchsia Konstitutsii*, vol. III, Moscú-Leningrado, 1923, p. 22.

¹¹⁰ *P. Struve v roli kritika Marksovoi teorii obchestvennogo razvitiia*, vol. XI, Moscú-Leningrado, 1928, p. 154.

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² *Kak dobivatchsia Konstitutsii*, cit., p. 21.

to del aparato militar y burocrático, con la edificación de la potencia rusa y con la expansión del zarismo a Oriente y a Occidente, los campesinos, en mayor o menor medida, fueron comprimidos en los vínculos del sistema estatal y fue por lo tanto realizado el tipo asiático de una sociedad de clases; pero aun cuando este sistema, en el siglo XIX, debió sufrir los ataques del capitalismo, esto demostraba su vitalidad como instrumento para “liberar” los recursos excedentes a los fines de la acumulación industrial a través de la constricción estatal, y para impedir revueltas sociales.¹¹³

Este despotismo militar de tipo asiático había sido sometido, después de 1861, solamente a algunas pequeñas sacudidas y transformaciones en el sentido del absolutismo. Para Plejánov, en 1905 había llegado el momento de transformar el zarismo, si no podía ser inmediatamente destruido, en una monarquía constitucional y por lo tanto en un estado burgués. En este contexto, también la *obschina* debía ser radicalmente eliminada. Cada “rescate” de elementos del pasado asiático, para Plejánov, no era solamente aventurero, sino que constituía una tentativa, bajo la cubierta de un socialismo utópico, de restaurar la autocracia. Por estos motivos, se había puesto tan duramente en contra de las palabras de orden de Lenin de la “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos pobres” y de la “nacionalización” de la tierra.

Mientras tal nacionalización habría reforzado el “sistema asiático” en Rusia, la parcelización y la municipalización creaban las bases de una agricultura capitalista. Sólo a través de ellas habría sido eliminada la *obschina*, la institución que en el pasado había “empujado cada vez más a nuestro pueblo hacia el mundo asiático”.¹¹⁴

Los acontecimientos revolucionarios y los debates sobre las enseñanzas de la revolución llevaron políticamente a Plejánov hacia el ala derecha de la socialdemocracia. Estaba convencido de que la tarea de la socialdemocracia rusa era la de formar las masas obreras y realizar en Rusia la democracia burguesa. Todos los proyectos, con el apoyo de los campesinos o con la alianza de obreros y campesinos, de llevar adelante la revolución social a expensas de la burguesía, constituían una recaída en la “tradición asiática”.

En su planteamiento teórico, Plejánov se refirió cada vez en mayor medida a Hegel, negando todo tipo de salto histórico o de alternativa en el desarrollo social. La imagen abstracta del elemento asiático fue insertada en su modelo abstracto del progreso capitalista, que afirmaba

¹¹³ *Obosnovaniie narodnichestva v trudack g. Voronzova*, vol. IX, Moscú-Leningrado, 1923, p. 154.

¹¹⁴ *Recs po agrarnom voprosu*, vol. XV, *ibid.*, pp. 4 y ss.

por todas partes la "necesidad" del capitalismo y pretendía acabar con toda alternativa concreta.¹¹⁵

Para probar desde el punto de vista histórico su argumentación sobre la conexión de la historia rusa con la tradición asiática, Plejánov concibió el plan de escribir un trabajo sumario sobre la "Historia del pensamiento social ruso". Desde 1909, se empeñó en la preparación de este trabajo. En el momento de su muerte, en el invierno de 1918, aún no estaba terminado. Este trabajo habría debido exponer en seis partes el desarrollo histórico del pensamiento social desde el siglo x hasta la primera guerra mundial.¹¹⁶

Del conjunto del trabajo, es interesante para nosotros la manera en la que Plejánov expresó su concepción de la herencia asiática en la historia rusa.

En esta descripción, Plejánov aclaró que la teoría marxista, que era ella misma un resultado de la afirmación de las relaciones capitalistas y de las luchas de clases en Europa occidental, no podía ser aplicada inmediata y mecánicamente a la historia rusa de los orígenes. Este procedimiento explica por qué pudo aceptar algunas definiciones de Chicherin sobre el zarismo y sobre la *obschina* como unidad de base del despotismo. Además, aceptaba también la posición de los historiadores rusos Kliuchevski y Soloviev, que hablaban de la primacía del estado y de lo político en la historia rusa, aun cuando Plejánov, contra estos historiadores, quería que se tomase en consideración la penetración gradual del capitalismo sobre el fondo de la acción del estado.¹¹⁷ La diferencia entre Europa occidental y Rusia consistía, según estos autores, en el hecho de que en la primera el progreso económico determinaba los cambios del estado, mientras que en la segunda, por el contrario, era el estado el que indicaba el camino del desarrollo económico.¹¹⁸ La extensión geográfica, la dispersión de los asentamientos y el carácter primitivo de la economía plasmaron al estado zarista, el cual solamente a través de estos factores podía alcanzar una ampliación de su poder y cubrir los costos de su aparato militar y de poder.¹¹⁹

Plejánov retomó estas caracterizaciones, pero sobre todo persiguió el objetivo de "traspasar" la primacía de lo político a lo económico: los lentos sucesos de la acumulación capitalista en Rusia.

¹¹⁵ G. V. Plejánov, *La concepción materialista de la historia* [existen numerosas ediciones en español].

¹¹⁶ D. B. Riazánov, *Introducción a G. V. Plejánov, Istoriia russkoi obshchestvennoy myslí, en Sochineniia*, vols. ix y ss.; G. V. Plejánov, *ibid.*, pp. 4 y ss.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 6.

¹¹⁸ Kliuchevski, *Kurs der russischen Geschichte*, Stuttgart-Leipzig-Berlin, 1925, p. 15; G. V. Plejánov, *ibid.*, p. 14.

¹¹⁹ *Ibid.*, pp. 24 y 87.

El atraso económico de Rusia sobre la base de la propiedad común hizo posible la conquista de parte de los tártaros y la introducción de su sistema de tributos. La expulsión de los tártaros no significó el fin del despotismo, porque eso garantizaba la estabilidad del estado de Moscú y su superioridad respecto de la concurrencia de los príncipes y de las repúblicas ciudadanas ligadas al capital comercial. También el carácter primitivo de la agricultura, el débil desarrollo de las fuerzas productivas, la falta de comunicaciones entre los pueblos, la ausencia de desarrollo cultural, el estancamiento económico, etc., impedían cualquier otra alternativa. Así, el zarismo logró establecer obligaciones precisas tanto para los campesinos como para los nobles y ponerlos al servicio del estado con diferentes tareas. La estabilidad de este sistema está demostrada, según Plejánov, también por el hecho de que el despotismo llevó siempre la mejor parte, sin modificar mucho su propia forma, en todas las revueltas, tanto de los campesinos como de los nobles. Dado que continuaba existiendo una sociedad de tipo primitivo, el zarismo, según Plejánov, era "inquebrantable".¹²⁰ Las relaciones entre las clases se basaban sobre el estado y estaban consolidadas por él y tanto las cooperaciones como los conflictos entre estas clases precapitalistas se desenvolvían en el interior de este sistema precapitalista de la soberanía. Sólo con la economía capitalista, de estas clases ligadas al estado se comenzaron a desarrollar las clases modernas.¹²¹ Los cambios sólo podían provenir del exterior, ya que el estancamiento económico favorecía la estabilidad social mientras el aparato de poder mostraba una tendencia inmanente a la expansión. De tal manera, Rusia tuvo contacto y se encontró con las potencias de Europa occidental y se vio obligada a aceptar la penetración del capitalismo en su interior.¹²²

Paso tras paso, la economía natural y el sistema de poder zarista fueron sustituidos por relaciones de tipo burgués. Pedro I había dado el primer empuje. Alejandro II se vio obligado a introducir en Rusia, con las reformas, la industrialización forzada de tipo capitalista.¹²³ Los sonidos de la revolución rusa eran la señal de que se había concluido la acumulación originaria del capital y anunciaban el fin del zarismo en Rusia y el comienzo de la edad burguesa. Al mismo tiempo, la clase asiática —los campesinos— se rebelaba, y el viejo y el nuevo conjunto salían a escena en esta revolución.¹²⁴

Así se cerraba el círculo de la argumentación de Plejánov. Los

¹²⁰ *Ibid.*, p. 68.

¹²¹ *Ibid.*, pp. 13, 235 y ss.

¹²² *Ibid.*, p. 252.

¹²³ *Ibid.*, pp. 16 y ss.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 120.

intelectuales socialistas eran llamados a tomar una posición por la "europeización capitalista" y contra la "barbarie asiática", a educar tanto a la clase obrera como a la burguesía a comenzar juntos esta obra de renovación, para que el capitalismo encontrase frente a sí las condiciones "de mayor libertad" para desplegar su potencia en la sociedad. Según Plejánov, no era admisible establecer analogías entre la historia de Rusia y de la autocracia zarista y el desarrollo de Francia y del absolutismo francés. Pero por otra parte, no se podía ni siquiera hablar de una completa diversidad entre la historia rusa y la francesa. En la medida en que el capitalismo transformaba la situación rusa, se manifestaban ciertas semejanzas con Francia, la forma de la producción y la estatal de las dos sociedades se acercaban la una a la otra hasta estar sometidas, en la época del capitalismo, a las mismas leyes de movimiento. Contra los eslavófilos, los populistas y los historiadores burgueses, Plejánov remarcaba que con la europeización de tipo capitalista, se habrían superado la particularidad y la especificidad de Rusia. Contra los marxistas, contra Pokrovski, Plejánov afirmaba en cambio la especificidad rusa y la herencia asiática y negaba la existencia de un capitalismo ruso o de una fase de capitalismo comercial en el siglo xvii. Si el zarismo se había abierto a las relaciones con las potencias de Europa occidental y había cooperado con el capital comercial inglés u holandés, esto no quería decir que las relaciones sociales en Rusia o las estructuras del estado se hubieran sometido a las relaciones mercantiles y monetarias del capitalismo o a sus condiciones de producción, sino que sólo algunos elementos del absolutismo y del capitalismo comercial habían sido incorporados en el estado zarista. Una sobrevaloración de estos elementos iniciales del capitalismo en Rusia podía conducir solamente a ignorar las bases asiáticas o precapitalistas de Rusia. Justamente esto era lo que le había sucedido a M. N. Pokrovski.¹²⁵

Plejánov, que en sus últimos escritos insistió cada vez más sobre el aspecto asiático del desarrollo de Rusia, llegó así a una exaltación moral de Occidente, que no era capaz, ni con su economicismo abstracto ni con su historicismo concreto, de comprender la dinámica real de las luchas de clases en Rusia entre 1905 y 1918. En esta situación, fue una personalidad trágica, que alertaba proféticamente frente a la herencia asiática y al futuro asiático de Rusia, pero que, contra las tendencias de la lucha de clases en Rusia, podía evocar solamente un modelo ideal y abstracto de capitalismo.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 258 y ss.

2. *La percepción por parte de Lenin de los residuos asiáticos del pasado ruso y su idealización como ejemplo de camino "prusiano" al capitalismo*

Las huellas de residuos precapitalistas, asiáticos o semiasiáticos, en el interior de la sociedad rusa en las fases del desarrollo inicial y maduro del capitalismo y la caracterización del zarismo como dominio de tipo absolutista y despótico pueden ser vistas, en las obras de Lenin, en su continua relación con el análisis del capitalismo y de la lucha de clases. Lenin mismo, en un balance político y teórico de la historia del marxismo ruso, distinguió un período prevalectivamente economicista, uno predominantemente orientado en sentido político y uno predominantemente de revisionismo filosófico en la recepción del marxismo y en el uso de esta teoría para la explicación de las ideas y de las relaciones sociales.¹²⁶ Esta "trasmutación de todos los valores" no se refería sin embargo solamente a las revisiones teóricas y filosóficas del marxismo, sino también a las cuestiones y a los juicios por dar a propósito de los residuos precapitalistas, del papel político de las clases, de las tendencias económicas y de las transformaciones políticas del zarismo.¹²⁷ En sus "escritos juveniles", Lenin siguió las huellas de Engels y de Plejánov: el capitalismo se había vuelto dominante en Rusia tanto desde el punto de vista económico como del político y los discursos sobre los valores precapitalistas eran fantasmas de intelectuales pequeñoburgueses, que se construían con tales afirmaciones su específica ideología de clase. A pesar de la perpetuación de residuos precapitalistas en la agricultura, en la industria doméstica y en la superestructura estatal, la acumulación originaria del capital, según Lenin, se había concluido en Rusia en los años ochenta y noventa del siglo XIX.¹²⁸

La tendencia fundamental era claramente aquella hacia el capitalismo y la propiedad común precapitalista, las rentas feudales, la liberación y el rescate de los campesinos atados por el estado estaban sometidos a los fermentos del capitalismo. Lenin no negaba con esto la existencia de retardos históricos, de anacronismos, de retrocesos o de factores de estancamiento. Pero éstos se habrían disuelto necesari-

¹²⁶ V. I. Lenin, *Los que nos liquidarian*, en *Obras completas*, Madrid, Ayuso, 1974, t. XVII, p. 58.

¹²⁷ V. I. Lenin, *Algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo*, OC, t. XVII, p. 31.

¹²⁸ V. I. Lenin, *Los nuevos cambios económicos en la vida campesina*, en OC, t. I; *Quiénes son los "Amigos del Pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas*, *ibid.*; *Tareas de los socialdemócratas rusos*, en t. II; sobre todo *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, OC, t. III; cf. B. Rabehl, *Marx und Lenin*, cit., pp. 258 y ss.

riamente y sin grandes dificultades, dado que no contenían en su interior “resistencias” o “alternativas” al capitalismo.¹²⁹

Las reformas de 1861, que habían comenzado con la “liberación de los campesinos”, representaban un viraje fundamental en dirección del capitalismo para Rusia, aun cuando la expropiación de los productores agrícolas y la generalización de las diferenciaciones de clase en la agricultura reforzaban la dependencia de los campesinos hacia el estado y las relaciones coactadas de tipo precapitalista y asiático. Así, en los primeros decenios después de la reforma, se desarrolló un “sistema de transición” que en la explotación y en la expropiación de los campesinos unía los caracteres fundamentales del dominio señorial y del capitalismo, pero que sin embargo, en conjunto, sentaba las bases para el desarrollo del capitalismo en Rusia.¹³⁰

Tal caracterización de las condiciones políticas de la acumulación originaria del capital en Rusia y de la transición hacia un desarrollo de tipo capitalista, así como la reflexión sobre la especificidad de la constelación de las clases en Rusia, permitía a Lenin, como a Plejánov, tener en justa consideración los residuos asiáticos presentes en la sociedad y en el sistema político del zarismo. Pero, por otra parte, la convicción del predominio del capitalismo en Rusia le impedía una investigación concreta de las mezclas y de las formas intermedias de tipo semiasiático en las relaciones de clases económicas y políticas. Refiriéndose a Marx, el joven Lenin citó la definición marxiana de las formaciones sociales y la existencia del modo de producción asiático,¹³¹ pero sin embargo, en sus primeras caracterizaciones del zarismo, remarcó su aspecto absolutista de tipo europeo. Contra los ideólogos del populismo, Lenin destacó la transformación en sentido absolutista del zarismo, que había sido producida, ya a principios del siglo xvii, por el capital comercial y por la formación de un mercado único en toda Rusia.¹³²

“Absolutismo, sistema de los estados y burocracia” prolongaban su

¹²⁹ V. I. Lenin, *Los nuevos cambios económicos en la vida campesina*, cit., p. 9; *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, cit., pp. 180 y ss.; *¿A qué herencia renunciamos?*, en *OC*, t. II, pp. 524 y ss.; *Comentario a “La cuestión agraria” de Kautsky*, en *OC*, t. IV, p. 96.

¹³⁰ V. I. Lenin, *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*, en *OC*, t. I, p. 452.

¹³¹ V. I. Lenin, *Quiénes son los “Amigos del Pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas*, cit., pp. 143 y ss.

¹³² *Ibid.*, pp. 201 y ss. M. N. Pokrovski ha utilizado estas páginas de Lenin para fundar su teoría del “absolutismo ruso” en *Die Entstehung des russischen Absolutismus*, en *Östeuropäische Forschungen*, Berlín, 1929, p. 15; cf. W. Kuttler, “Lenins historisch-politische Konzeption des russischen Absolutismus”, en *Jahrbuch für die Geschichte der sozialistischen Länder*, vol. 14/1, Berlín, 1970, pp. 91 y ss.

propia existencia en la fase capitalista de Rusia y constituían cada vez más un obstáculo para el libre despliegue del nuevo modo de producción. La burocracia estatal, según Lenin, era “profundamente burguesa por el carácter de su propia actividad”, conservadora y reaccionaria por su vínculo con la clase de los propietarios territoriales y con la corte zarista. Por este vínculo político, ejercía una influencia constante sobre la clase burguesa en formación, que en primer lugar dependía completamente de las intervenciones del estado para la edificación de una economía capitalista.¹³³ Este tipo de estado absolutista correspondía, según Lenin, a un “sistema de transición” en la agricultura, que en su atraso se combinaba con una economía de tipo señorial y con el “desprecio asiático por la persona”.¹³⁴ Pero al mismo tiempo, esto era expresión de las tendencias de la gran industria y representaba así una alianza de clases entre la burguesía que se estaba desarrollando y la clase dominante de los propietarios territoriales. A pesar de la debilidad política de la burguesía, la existencia de la burocracia, según Lenin, estaba ligada al desarrollo capitalista y a la clase burguesa. No es posible hacer una evaluación en este punto de la orientación de Lenin respecto a los escritos de Marx sobre Francia y a la trasposición de la historia francesa a la rusa.¹³⁵ Un análisis de este tipo de analogías debería aclarar mejor la caracterización del zarismo como “reaccionario” por parte de Lenin y su representación del papel de la burguesía rusa en la lucha de clases.

Los elementos que se estaban acentuando en los escritos polémicos contra los populistas, para poner radicalmente en duda el significado de las condiciones precapitalistas que subsistían en Rusia, debieron ser reconsiderados en la investigación concreta sobre el capitalismo y sobre las relaciones de clase. En las aclaraciones sobre el programa de la socialdemocracia rusa, Lenin condujo nuevamente la “autonomización” absolutista del zarismo de la sociedad a la “falta de derechos” de los campesinos y de los obreros y a la autocracia “ilimitada” del zar, la cual tenía su base en los privilegios de los propietarios territoriales y en su alianza con la clase de los capitalistas.¹³⁶

La “potencia ilimitada” del “gobierno autocrático”, dirigido por una “casta” de funcionarios que se enfrentaba a las clases sociales sin ningún principio de “responsabilidad” y sobre la base del más puro “arbitrio”, parecía indicar que el zarismo no podía ser juzgado exclu-

¹³³ V. I. Lenin, *Quiénes son los “Amigos del Pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas*, cit., pp. 283 y ss.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 273.

¹³⁵ V. I. Lenin, *El contenido económico del populismo*, cit., p. 422.

¹³⁶ V. I. Lenin, *Proyecto y explicación del programa del Partido socialdemócrata*, en *OC*, t. II, pp. 87 y ss.

sivamente según los criterios del absolutismo europeo. La base de clase de este estado hacía pensar en un tipo de estado absolutista, pero determinadas particularidades políticas indicaban el peso de la herencia específica de la historia rusa.¹³⁷

En una comparación con el desarrollo del capitalismo y del estado en Inglaterra, Lenin delineó la especificidad del zarismo sobre la base del atraso "de la Rusia absolutista y semiasiática".¹³⁸

Tal definición estaba dirigida a la aclaración de dos problemas: ¿cómo se podía explicar históricamente el hecho de que, a pesar de un claro predominio del capitalismo en Rusia, el poder estuviera ejercido todavía por un absolutismo "sin límites" que se expresaba hasta en formas de despotismo semiasiático; qué vínculos concretos se habían establecido entre las relaciones dominantes de tipo capitalista y europeo y las de tipo asiático y precapitalista que permanecían en el fondo, para hacer así que se pudiese hablar de relaciones "semiasiáticas"?

Si en Rusia el capitalismo era dominante, sin embargo estaba atrasado respecto a Europa occidental. Esta complejidad de relaciones deformaba el cuadro de la lucha política y favorecía la "capacidad de reacción" de aspectos despóticos del estado. El "desarrollo capitalista de tipo europeo" de la industria estaba ligado a tendencias feudales y capitalistas, pero también antif feudales y anticapitalistas,¹³⁹ en la agricultura, que permitían en el ámbito de la superestructura la formación del "ordenamiento estatal asiático".¹⁴⁰

Lenin describía así un anacronismo entre las tendencias económicas y sociales y el estado, que mal se ajustaba a su análisis del capitalismo y de las relaciones de clase. O la transformación capitalista de la sociedad llevaba a una transformación del zarismo en un absolutismo de tipo moderno, o bien este "ordenamiento estatal asiático" era la prueba de la estabilidad de las formas sociales asiáticas y precapitalistas, que por su parte habrían necesariamente puesto fuertes obstáculos y producido modificaciones en el desarrollo capitalista.

La intensificación de la lucha de clases en Rusia, hasta las acciones revolucionarias de los obreros y de los campesinos de 1905-1906, llevó a Lenin a superar más decisivamente el econocimismo y a discutir con mayor precisión el contraste político entre la base capitalista y el carácter despótico del estado. Esta revolución ¿era del tipo de la que había tenido lugar en Francia en 1789, o bien en 1848? Según Lenin, hacía pensar en una revolución del primer tipo la exasperación

¹³⁷ *Ibid.*, pp. 110 y ss.

¹³⁸ V. I. Lenin, *Tareas de los socialdemócratas rusos*, cit., p. 340.

¹³⁹ V. I. Lenin, *Proyecto de programa de nuestro partido*, en *OC*, t. IV, p. 243.

¹⁴⁰ V. I. Lenin, *Las tareas de la juventud revolucionaria*, *OC*, t. VII, p. 51.

radical de las masas campesinas contra el zarismo, con su “despotismo de neto corte asiático” que se había consolidado aún más a pesar del progreso del capitalismo.¹⁴¹

Pero contra tal caracterización de ella como típica de la fase revolucionaria de la burguesía estaba el hecho de que los residuos feudales eran menos fuertes y el antagonismo entre burguesía y proletariado, mucho más profundo que en 1789, o también en 1848 o en 1871 en Francia, y que también la situación económica y de clase de Europa occidental ya no permitía una revolución exclusivamente burguesa en Rusia.¹⁴² El despotismo asiático debía así tener otras causas sociales. La autocracia zarista o el despotismo mantenían con tanta pureza sus propias características originarias porque el desarrollo del capital en el interior se desenvolvía bajo la presión externa del capital europeo-occidental, el cual estaba dispuesto a invertir sólo en la medida en que el estado zarista garantizara que ningún desorden habría amenazado sus inversiones. A esto se agregaba que sólo la explotación de la masa de los campesinos dirigida por el estado permitía el reembolso de los préstamos y por estos motivos, tampoco la burguesía rusa podía tomar claramente las distancias de esta política del estado.¹⁴³

Análogamente, al bonapartismo francés o al absolutismo militar prusiano —la atención de Lenin se volvía cada vez más desde Francia hasta Prusia—, en Rusia los elementos del despotismo estatal se consolidaban sin que con eso estuvieran presentes reflejos directos de tipo “precapitalista” en la sociedad, ya que este despotismo estaba vuelto contra la clase obrera y contra la de los campesinos, que era cada vez más una clase de la sociedad moderna o una “clase de transición” hacia el “trabajo asalariado” o hacia el capitalismo agrario de tipo moderno. Estas reflexiones esbozadas por Lenin hacia mediados de 1905 constituían el cuadro de referencia de sus comentarios en caliente sobre el desarrollo de la lucha de clases en Rusia.¹⁴⁴

El estado zarista, respecto a las relaciones existentes en Rusia, de tipo capitalista pero atrasado, tenía en sí dos tendencias o posibilidades de evolución: el pasaje a una monarquía constitucional y al estado burgués o bien el cumplimiento y la estabilización del despotismo, aun cuando fuera con concesiones de carácter constitucional.¹⁴⁵

¹⁴¹ V. I. Lenin, *¿Una revolución del tipo de la de 1789 o del tipo de la de 1848?*, OC, t. VIII, p. 264.

¹⁴² *Ibid.*

¹⁴³ V. I. Lenin, *El capital europeo y la autocracia*, *ibid.*, p. 280; *La social-democracia y el gobierno provisional revolucionario*, *ibid.*, pp. 283-302.

¹⁴⁴ V. I. Lenin, *Panorama del gobierno provisional revolucionario*, *ibid.*, pp. 614-616.

¹⁴⁵ V. I. Lenin, *Tres constituciones o tres sistemas de gobierno*, *ibid.*, pp. 637-639.

La existencia y las posibilidades de transformación del zarismo dependían al mismo tiempo del desarrollo capitalista, de las relaciones de clase y del carácter más o menos radical de la lucha de clases misma. Así, si Lenin, en la evaluación de los acontecimientos revolucionarios de 1905, hablaba de capitalismo "asiático"¹⁴⁶ o de "relaciones de servidumbre asiáticas", no entendía con eso inmediatamente que el elemento asiático hubiese empapado de sí al capitalismo o que en Rusia dominara una división en clases de la sociedad de tipo asiático, sino que quería expresar el hecho de que la burguesía rusa políticamente se refugiaba bajo la tutela del zarismo y se hacía completamente dependiente de él, de manera que la misma existencia del capitalismo en Rusia parecía depender exclusivamente del zarismo.¹⁴⁷

Las acciones contrarrevolucionarias del zarismo, la brutalidad de la policía y de las Centurias negras contra los obreros y los campesinos revolucionarios, los progromes, las formas de explotación en la agricultura, la barbarie, el desplazamiento de la burguesía en el campo de la reacción, el constitucionalismo de palabra, etc., eran expresión, según Lenin, "de todos los aspectos asiáticos, de todos los abusos y las formas de explotación que penetraban todo el ordenamiento social y político de Rusia".¹⁴⁸

Este atraso económico-político de Rusia hacía emerger, entrelazados uno con otro, dos tipos de lucha de clases, dos revoluciones distintas: la lucha antifeudal, antizarista, democrática y en parte anticapitalista de los campesinos y la lucha democrática y anticapitalista de los obreros.¹⁴⁹ La revolución burguesa se desenvolvía bajo la hegemonía de los obreros, los cuales, a pesar de ser una minoría en la sociedad, desde el punto de vista político y de clase debían realizar la tarea histórica de la burguesía, abrir el camino en Rusia al "desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo".¹⁵⁰

La alianza entre la burguesía rusa, el gran capital extranjero, la clase de los propietarios territoriales y el estado zarista representaba de esta manera un modo distinto de desarrollo del capitalismo: esta forma política que asumía el desarrollo capitalista significaba la restauración del "monstruo zarista",¹⁵¹ la mezcla de funciones capitalistas, desde el punto de vista económico, y despóticas, desde el punto de

¹⁴⁶ V. I. Lenin, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, OC, t. IX, pp. 43 y ss.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 37.

¹⁴⁸ "Unión del zar con el pueblo y del pueblo con el zar", OC, t. IX, p. 190.

¹⁴⁹ V. I. Lenin, *Dos tácticas*, cit., p. 75; *El socialismo y el campesinado*, OC, t. IX, p. 309.

¹⁵⁰ V. I. Lenin, *Dos tácticas*, cit., p. 45.

¹⁵¹ V. I. Lenin, *Se aproxima el desenlace*, OC, t. IX, p. 451.

vista político, por parte del estado, la unidad “de la barbarie asiática con todos los aspectos repugnantes de los métodos refinados de explotación y de atentamiento”,¹⁵² que el capitalismo había generado, el apoyo dado a una economía territorial entremezclada con relaciones de tipo feudal¹⁵³ y la influencia creciente del capital extranjero y por lo tanto la dependencia del desarrollo económico hacia Europa occidental.¹⁵⁴

El hecho de que Lenin, en la descripción de la “vieja Rusia”, no distinguiese con precisión entre las formas absolutistas ligadas a la servidumbre de la gleba y las despóticas de tipo asiático muestra claramente que no era del todo consciente de los orígenes asiáticos de la sociedad rusa, mientras se limitaba a establecer diferencias desde el punto de vista político entre los diversos tipos de desarrollo capitalista en el mundo.¹⁵⁵

La orientación de tipo occidental de Lenin, y la evaluación de la historia rusa asumiendo como criterios de referencia la revolución francesa y la alemana, se vuelven a encontrar también en sus escritos sucesivos. Por una parte, los acontecimientos rusos estaban sobre la línea de desarrollo de las revoluciones de Europa occidental, más cerca de las incertidumbres de la revolución alemana de 1848; por otra, según Lenin, no había la menor duda de que “las contradicciones puramente capitalistas son ocultadas en Rusia en gran medida por las contradicciones entre la ‘civilización’ y el asiaticismo, entre el espíritu europeo y el tártaro”.¹⁵⁶ Este encubrimiento de las tendencias capitalistas a través de la *Asiaticchina* no significaba para Lenin que las primeras dependieran de la segunda: por el contrario, ésta última representaba un despojo anacrónico, un conjunto de ruinas, un residuo de una época pasada, que eran usados y vueltos a poner en marcha para asegurar un cierto sistema de dominio.¹⁵⁷

En la revisión del programa agrario y en las discusiones contra la insistencia de Plejánov sobre el carácter asiático de la sociedad rusa, Lenin expresó claramente esta convicción. Se pronunció por la “nacionalización” de la tierra, porque de tal manera se podían destruir de

¹⁵² V. I. Lenin, *Entre dos combates*, OC, t. IX, p. 460.

¹⁵³ V. I. Lenin, *Socialismo pequeñoburgués y socialismo proletario*, OC, t. IX, pp. 440-448.

¹⁵⁴ *Ibid.*

¹⁵⁵ V. I. Lenin, *Los platillos de la balanza oscilan*, OC, t. X, p. 52; *Socialismo y religión*, *ibid.*, p. 77; *Plataforma táctica para el congreso de unificación del POSDR*, *ibid.*, p. 149.

¹⁵⁶ V. I. Lenin, *El partido socialista y el revolucionarismo apartidista*, *ibid.*, p. 69.

¹⁵⁷ V. I. Lenin, *La revolución rusa y las tareas del proletariado*, *ibid.*, p. 141.

un solo golpe todos los residuos feudales y golpear las grandes propiedades territoriales, y con eso se habría debilitado políticamente aquella clase que estaba principalmente interesada en imponer el camino atrasado y reaccionario al desarrollo capitalista. La "nacionalización", por el contrario, habría favorecido el surgimiento de una clase de agricultores capitalistas (*farmers*).¹⁵⁸

Los argumentos en contra de Plejánov y de Máslov, de que tal "nacionalización" habría reforzado justamente la burocracia estatal y el despotismo de tipo asiático, porque le habría asegurado imprevisiblemente el control sobre toda la tierra, no fueron de ninguna manera tomados en consideración por Lenin: "Si fuera posible comparar la Rusia del siglo xx con la China del siglo xi, sin dudas ni nosotros ni Plejánov hablaríamos del carácter democrático revolucionario del movimiento campesino o del capitalismo en Rusia." La demanda de la nacionalización no contenía por tanto ninguna tendencia de tipo reaccionario. Según Lenin, Plejánov con su analogía con China "no sólo no ha demostrado en ningún modo su tesis [...] sino que hasta la ha debilitado con su engañosa y deteriorada argumentación".¹⁵⁹

La crítica de Plejánov, sin embargo, había tenido su efecto; en realidad, Lenin quería que tal nacionalización de la tierra, y más tarde, en 1917, la nacionalización de los grandes bancos y de la gran industria, estuvieran ligados a la transformación democrática del estado y a su control por parte de la clase obrera.¹⁶⁰ Sin esta transformación democrática y el control del estado por parte de la clase, la consecuencia hubiera sido que, a pesar de la expropiación económica y política de la clase antes dominante, determinadas funciones del despotismo de estado se habrían reactivado en contra de las clases productoras. La historia prusiana llevaba a Lenin a recurrir cada vez más a las analogías en su modo de tratar la cuestión. El modo en que la "burguesía liberal-monárquica" había llegado a acuerdos y pactos con la burguesía zarista recordaba a Lenin el comportamiento de la burguesía prusiana durante y luego de la revolución de 1848. El desarrollo del capitalismo podía realizarse en Rusia en dos formas: por una parte, libre y sin obstáculos en su base según el modelo americano, por otra, limitado y obstaculizado por los residuos y por las relaciones típicas del pasado asiático. Si se hubiera mantenido la propiedad territorial y el zarismo se hubiera reforzado políticamente con la deserción de la burguesía del campo democrático, la acumulación capitalista en

¹⁵⁸ V. I. Lenin, *Revisión del programa agrario del partido obrero*, *ibid.*, p. 189.

¹⁵⁹ V. I. Lenin, *Revisión del programa agrario*, *ibid.*, p. 182.

¹⁶⁰ V. I. Lenin, *ibid.*, p. 183.

Rusia habría sido —sobre todo en la agricultura— “del tipo llamado prusiano y no de aquel americano”.¹⁶¹

Si por lo tanto Lenin decía que la reacción y la contrarrevolución en Rusia, bajo Stolipin, habían comenzado una transformación burguesa “en las formas más groseras y asiáticas”,¹⁶² identificaba este cambio con el tipo prusiano del desarrollo capitalista. “Extirpar finalmente el bubón maldito del atraso asiático y de la servidumbre de la gleba que envenena a Rusia”,¹⁶³ hacer caer y destruir la “autocracia asiática”¹⁶⁴ o el “aparato de las Centurias negras”,¹⁶⁵ significaba para Lenin, antes de 1914 superar este capitalismo reaccionario con un capitalismo de tipo americano, que en Rusia por otra parte podía ser realizado solamente por la clase obrera aliada con los campesinos pobres. El asiatismo era así sinónimo de atraso económico y cultural y de una determinada forma reaccionaria del capitalismo.

En sus análisis sucesivos de algunos escritos de Marx sobre Rusia o de la vida y de la obra de Tolstoi, Lenin aclaró nuevamente que el “ordenamiento asiático” o la “sociedad asiática” estaban definitivamente muertos en Rusia y sustituidos por el modo de producción capitalista.¹⁶⁶ El período desde 1862 hasta 1904 había sido “una obra de demolición”, “en la que irrevocablemente, ante los ojos de todos, el viejo se derrumbaba, y el nuevo estaba sólo formándose”,¹⁶⁷ de manera que en algunas de sus formas fenoménicas, el viejo parecía todavía dominar, mientras que su sustancia había sido superada y sepultada desde hacía tiempo, y su contenido había devenido capitalista. La especificidad de este desarrollo en Rusia consistía ahora sobre todo en el hecho de que, mientras en Europa occidental los restos de la servidumbre de la gleba habían sido eliminados con revoluciones, en Rusia el estado había cumplido esta misión bajo la presión desde el exterior y desde el interior y por eso, los campesinos habían caído “de la esclavitud bajo los propietarios territoriales a la servidumbre por deudas en las confrontaciones de los mismos propietarios territoriales y de sus criaturas”, y el estado apoyaba este tipo de explotación. A pesar de la aparente restauración de relaciones precapitalistas, nacía la “Rusia

¹⁶¹ V. I. Lenin, *¡Se prepara un nuevo golpe de estado!*, OC, t. XI, p. 214; *Los bolcheviques y la pequeña burguesía*, OC, t. XII, p. 171; *Fuerza y debilidad de la revolución rusa*, *ibid.*, p. 333.

¹⁶² V. I. Lenin, *La plataforma táctica de los mencheviques*, OC, t. XII, p. 237.

¹⁶³ V. I. Lenin, *Ante la tormenta*, OC, t. XI, p. 136.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 142.

¹⁶⁵ V. I. Lenin, *La base de la componenda*, OC, t. XII, p. 233.

¹⁶⁶ V. I. Lenin, *L. N. Tolstoi y su época*, OC, t. XVII, p. 43.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 44.

capitalista".¹⁶⁸ Esta reforma estaba ligada a la "descarada expoliación" de los campesinos, era al mismo tiempo "feudal" y golpeaba a una clase campesina "plegada e intimidada", que, incapaz de defenderse, aceptaba estas formas de explotación; a pesar de eso, esta reforma era "una reforma burguesa ejecutada por los partidarios de la servidumbre", que iniciaba también la lenta transformación del zarismo en una monarquía burguesa".¹⁶⁹

Reconocer en estas viejas formas alternativas al desarrollo capitalista y remontarse a algunos viejos escritos de Marx sobre Rusia "para rechazar 'con Marx' la aplicabilidad de la teoría marxista a Rusia" era, según Lenin, superficial, debido a la falta de conocimiento de las tendencias capitalistas inmanentes a la economía rusa.¹⁷⁰ Con la analogía entre el capitalismo ruso y el prusiano, Lenin trataba de resolver todos los enigmas de la estabilidad de los elementos precapitalistas en Rusia: para Rusia, sólo existía la vía "capitalista".¹⁷¹

La capacidad de reacción de las viejas formas dependía de los triunfos y de las derrotas de las clases en su lucha, de la hegemonía política de una o de la otra, de las alianzas y de las perspectivas políticas de cada clase. Estas "combinaciones contradictorias" de viejas y nuevas formas sociales se habían presentado, según Lenin, en Inglaterra y en Francia, pero sobre todo en Prusia y en Rusia, es decir, en sociedades que debían defenderse contra competidores económicos y políticos más fuertes y en las cuales, con el desarrollo capitalista, se verificaban al mismo tiempo revoluciones antif feudales-burguesas y anticapitalistas-socialistas, porque junto a la masa de los campesinos, de los propietarios territoriales, de la pequeña burguesía y de la burguesía, entraba en escena también la clase obrera.¹⁷² Así, en Rusia la monarquía, a causa de la embestida de los campesinos, estaba obligada a "defenderse contra la revolución, y la monarquía rusa de los Románov, semiasiática y feudal, no podía recurrir a medios que no fueran los más innobles, los más repugnantes, los más vilmente feroces".¹⁷³ También la burocracia, en una situación tal, reproducía funciones reaccionarias y primitivas contra la clase obrera y los campesinos.¹⁷⁴ Y una burguesía que estrechaba una alianza con la clase de los propietarios

¹⁶⁸ V. I. Lenin, *El cincuentenario de la abolición del régimen de la servidumbre*, *ibid.*, p. 81.

¹⁶⁹ V. I. Lenin, *La "reforma campesina" y la revolución proletaria-campesina*, *ibid.*, p. 111.

¹⁷⁰ V. I. Lenin, *A propósito de un aniversario*, *ibid.*, p. 102.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 103; *La estructura social del poder*, *ibid.*, p. 134.

¹⁷² *Ibid.*, p. 138; *El reformismo de la socialdemocracia rusa*, *ibid.*, pp. 236-248.

¹⁷³ V. I. Lenin, *Stolipin y la revolución*, *ibid.*, p. 259.

¹⁷⁴ V. I. Lenin, *Lo viejo y lo nuevo*, *ibid.*, p. 398.

territoriales sobre la base de este estado necesariamente se hacía reaccionaria y asumía en parte una posición contraria a sus mismos intereses políticos: pero esta forma fenoménica del capitalismo, de tipo prusiano, demostraba sin embargo, según Lenin, justamente el hecho de que el capitalismo se había afirmado plenamente y preparaba las bases sociales para el socialismo.¹⁷⁵

Con la primera guerra mundial, después de 1914, Lenin distrajo cada vez más la atención de estos residuos precapitalistas, ya que, con el proceso de “internacionalización” y de “monopolización” del capital, el capitalismo ruso no sólo se había hecho “internacional”, parte integrante del capitalismo de Europa occidental, si bien como su “anillo más débil”, sino que —junto con el capitalismo monopolista, o monopolista de estado, de Europa occidental— había entrado en una nueva fase.¹⁷⁶ El zarismo completaba su metamorfosis en monarquía burguesa y, con la revolución de febrero de 1917, debía ceder el lugar a un tipo de estado burgués.

Si bien los partidos de la clase obrera, de la pequeña burguesía y de los campesinos en parte apoyaban a este nuevo estado y en parte formaban, en contraposición a él, sus propios organismos sociales, este estado democrático-burgués continuaba dependiendo de la coalición entre gran propiedad territorial y gran burguesía y, según Lenin, seguía siendo “reaccionario-burocrático” ya que, a expensas de esta coalición, sabotaba todas las reformas que estaban a la orden del día, no resolvía la paz, no aceptaba una reforma agraria, en conjunto, no realizaba ninguna reforma democrático-burguesa. El viejo estado continuaba viviendo en el nuevo estado burgués, el cual mostraba como tendencia principal aquella reaccionaria de deslizarse hacia una nueva dictadura gracias al fracaso de la revolución y de estabilizar, sin el zar, el dominio de clase de las dos fracciones sobre las cuales se mantenía. Por eso, era necesaria en Rusia, económica y políticamente, una revolución socialista que abriese el camino a un desarrollo sin estorbos al mismo tiempo tanto hacia el capitalismo como hacia el socialismo.¹⁷⁷ La reforma agraria sobre la base de la “nacionalización” de la tierra, que debía eliminar la base económica y por lo tanto la fuente de existencia de la clase de los propietarios territoriales, y la “nacionalización” de las estructuras principales de la economía, comprendidos los bancos, el gran comercio y la gran industria, que desde el punto de vista económico era el principio del fin para la gran burguesía, estabilizaron un poder estatal que —en comparación con el zarismo y con la rápida expe-

¹⁷⁵ V. I. Lenin, *Plataforma electoral del POSDR*, *ibid.*, p. 516.

¹⁷⁶ V. I. Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, OC, t. xxiii, pp. 298-303.

¹⁷⁷ V. I. Lenin, *Cartas desde lejos*, OC, t. xxiv, p. 333.

riencia de un estado burgués en Rusia— era mucho más eficaz y más amplio. Pero al mismo tiempo no había ninguna garantía de que fuera puesto bajo el control democrático de los campesinos y de los obreros o que sus funciones fueran reabsorbidas en las de los organismos sociales de control de las clases productoras. Si el control democrático o la reabsorción de las funciones estatales hubieran fracasado —y fracasaron— un poder estatal de este tipo, que ejercía un total control sobre la producción social, habría reproducido necesariamente, junto al burocratismo burgués —reforzado por la forma asumida por la producción— también aquel típico del despotismo, y habría sido el instrumento, la leva para extraer el plusproducto de las clases trabajadoras. En un estadio distinto del desarrollo social, surgían formas modificadas de una agricultura asiática, de una industria asiática, de una configuración de las clases de tipo asiático.¹⁷⁸

Lenin sintió este resurgimiento del viejo, el renacimiento del “espantoso aparato estatal”, la opresión por parte de este nuevo estado de toda iniciativa social de las clases; sin embargo, para él esta deformación de la “dictadura del proletariado” era debida al atraso económico, al cultural (la *Asiatchina*), al aislamiento internacional de la revolución rusa. Si el apuro económico hubiera sido superado y se hubiera alcanzado la completa industrialización y mecanización de la economía, si la Rusia revolucionaria hubiera podido aliarse a una Europa socialista, entonces, según Lenin, este tipo de socialismo, surgido del tipo prusiano de capitalismo, habría podido alcanzar el nivel social del socialismo occidental. En el transcurso, la revolución rusa era el gran ejemplo para los pueblos de Asia.¹⁷⁹

3. La utilización por parte de Trotski de la base asiática de la historia rusa para su teoría de la “revolución permanente” y la fallida realización de esta teoría en la Rusia revolucionaria

El historiador soviético M. N. Pokrovski puso a Trotski, junto a Plejánov, en la serie de los marxistas rusos que estuvieron más influidos por la historiografía burguesa de los Kavelin, de los Kliuchevski, de los Solóviev, y que adhirieron a la interpretación de la historia rusa según criterios de tipo asiático.¹⁸⁰

¹⁷⁸ R. Dutschke, *Lenin*, cit., p. 78; B. Rabehl, *Marx und Lenin*, cit., pp. 356.

¹⁷⁹ V. I. Lenin, *Nuestra revolución*, OC, t. xxxiii, pp. 436-439; *Cómo reorganizar la Inspección obrera y campesina*, en V. I. Lenin, *Contra la burocracia*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 25, Córdoba (Arg.), 1974, p. 69.

¹⁸⁰ M. N. Pokrovskii, *Die Entstehung des russischen Absolutismus*, cit., p. 6; *Historische Aufsätze*, Viena-Berlín, 1928, p. 9; *Geschichte Russlands von seiner Entstehung bis zur neuesten Zeit*, Leipzig, 1929, p. 193.

Lev B. Trotski vio la especificidad del desarrollo histórico de Rusia en su relativo primitivismo, en su lentitud y estancamiento. El estado zarista no se había formado tanto sobre la base de relaciones internas, tanto de origen precapitalista como capitalista, como por las influencias sufridas desde el exterior, por la presión de los conquistadores y de los pueblos asiáticos y por el condicionamiento ejercido por el capital comercial e industrial de Europa occidental. El carácter de poder estatal fue adquirido por el zarismo gracias a su función de extraer de los campesinos el plusproducto social, para mantener su ejército gigantesco y su burocracia. O este estado no era capaz de resistir a la presión externa de Asia y de Europa occidental y se derrumbaba, y en este caso Rusia habría sido objeto de las conquistas asiáticas o coloniales del capitalismo europeo; o bien el zarismo lograba hacer suya la herencia tártara, defenderse de los ataques de los pueblos asiáticos y también proyectarse hacia Asia y al mismo tiempo recuperar militar y económicamente la separación de Europa occidental e implantar en Rusia la industria moderna. En conjunto, el estado zarista había afirmado su dominio sobre la sociedad y era él quien iba a regir el desarrollo económico y la acumulación del capital, y no viceversa.¹⁸¹

A pesar de este carácter particular, y único, de la historia rusa, según Trotski no existía ninguna contraposición a la "historia de Occidente". El proteccionismo económico de la época mercantilista y el absolutismo político se transmitieron rápidamente al zarismo, apenas este último comenzó a llevar adelante una política económica nacional. El zarismo estaba por cierto menos condicionado por el equilibrio entre las clases de la burguesía moderna y de la nobleza y poseía también una mayor autonomía e independencia en las confrontaciones de la sociedad; sin embargo, esto no indicaba una falta de relaciones con Europa occidental. En otras palabras, el absolutismo ruso surgió en el mismo período de la acumulación originaria del capital en Europa occidental, a pesar de que ésta en Rusia no iba más allá de algunas iniciativas de poca importancia. El zarismo, junto con el absolutismo francés y el absolutismo de tipo militar prusiano, representaba para el estado una fase histórica de transición, en la cual las relaciones precapitalistas eran sustituidas progresivamente por las de tipo capitalista.¹⁸² Respecto a Inglaterra, a Francia o a Prusia, este estado, junto con las primeras formas del absolutismo, conservaba también las huellas profundas del estado tártaro; el zarismo representaba por lo tanto una "forma intermedia entre el absolutismo europeo y el despotismo

¹⁸¹ L. Trotski, *Ergebnisse und Perspektiven*, Frankfurt, 1967, p. 36.

¹⁸² *Ibid.*, pp. 38-39.

asiático —quizás más cercana a este último”.¹⁸³ La autocracia rusa estaba armada de “todo el aparato material de violencia de los estados europeos”, importaba junto con las armas más modernas también los sistemas más modernos de conducción de la guerra y de la administración, pero en primer lugar utilizaba el aparato centralista-burocrático para una “represión sistemática”, alardeaba con una gigantesca “organización militar-burocrática, muy sólida en su poder jerárquico y de recaudación de tributos”, y sólo en segundo lugar representaba la posición de colocar las bases sociales de la industrialización.¹⁸⁴ Las funciones propias del absolutismo se empantanaban claramente en las mallas de la burocracia despótica.

Como Plejánov, Trotski estaba convencido del origen asiático de la sociedad rusa y del zarismo. Pero, contra Plejánov y de acuerdo con Lenin, sostenía con fuerza el viraje de Rusia hacia el capitalismo y la dinámica de la lucha de clases en el país.

Si entre 1861 y 1905 la industrialización, fomentada por la autoridad pública, asumió fuertes rasgos de capitalismo de estado,¹⁸⁵ después de 1900 ya no podía negarse la existencia de un desarrollo capitalista autónomo. Sin embargo, los restos del absolutismo y del despotismo estatal no habían desaparecido y constituían el instrumento para excluir de la participación política a la masa de los campesinos y de los obreros, podían ser usados en función del dominio de clase de la gran burguesía, de la propiedad territorial y del gran capital extranjero. Esta persistencia de un absolutismo despótico y este trastocamiento de la ley a la medida de los intereses de las clases dominantes radicalizaban, con el enconamiento de las contradicciones sociales, las acciones revolucionarias de las clases subalternas y ponían a la clase obrera frente a una tarea que consideraba a toda la sociedad: conquistar el poder en las atrasadas condiciones económicas y culturales de Rusia, adoptar las primeras medidas, con una transformación democrática de las relaciones existentes, para expropiar la gran propiedad territorial y el gran capital, y hacer surgir, junto a las instituciones democráticas del estado burgués, los primeros órganos de control social de los trabajadores: hacer la revolución “permanentemente”.¹⁸⁶

Trotski derivaba las tareas específicas de la clase obrera rusa del atraso económico y político de Rusia, de la permanencia de los “residuos asiáticos” en esta sociedad, tareas que ésta no podía por cierto

¹⁸³ *Ibid.*, p. 40.

¹⁸⁴ *Ibid.*, pp. 42-43.

¹⁸⁵ L. Trotski, *Die russische Revolution*, Berlín, 1923, pp. 19 y ss.

¹⁸⁶ L. Trotski, *Ergebnisse und Perspektiven*, cit., pp. 44, 82-83.

realizar “aisladamente” y que podían ser sustancialmente emprendidas sólo con el apoyo material de la revolución en Europa occidental.¹⁸⁷

A pesar del cambio de opinión sobre la situación de la lucha de clases en Rusia en 1905, tampoco Trotski tenía en cuenta el grado, la estabilidad y la amplitud del “atraso asiático” en la agricultura, en el artesanado, en la pequeña burguesía, en la clase obrera y en la burguesía. Él también seguía siendo occidentalizante y también predecía en Rusia la victoria del progreso industrial; el carácter radical y las tendencias de desarrollo de la lucha de clases parecían indicar la victoria de la clase obrera, que era el producto de este desarrollo capitalista de Rusia.

En un ensayo de 1912, Trotski, de un modo distinto que Lenin que había hallado una identidad entre el camino prusiano al capitalismo y el capitalismo ruso, remarcó la herencia asiática de Rusia:

[...] nos ha tocado tirar de la carreta sobre el camino establecido. Las invasiones asiáticas de Oriente, la despiadada represión de una Europa más rica por Occidente, la absorción por parte del Leviatán estatal de una cuota exorbitante del trabajo nacional, todo eso no sólo empobrecía a las masas trabajadoras, sino que también agotaba las fuentes de alimentación de las clases dominantes. Por eso su lento crecimiento, el sedimento apenas advertibles de las estratificaciones “culturales” sobre la tierra virgen de la barbarie social.¹⁸⁸

Esta polémica contra la presunción intelectual y contra un chovinismo ruso estaba llena de presentimientos sobre la mediación histórica de formas sociales precapitalistas y capitalistas en Rusia, sobre el control y la utilización de este atraso por parte del estado contra la revolución y para el desarrollo capitalista, pero también en este ensayo faltaban precisiones concretas sobre la situación rusa. Exactamente diez años después —con el fracaso del comunismo de guerra, con el cual se debía realizar un experimento utópico como lo es aquel de someter al mismo tiempo la industria y la agricultura al control absoluto del estado para impedir el derrumbe de la economía bajo el peso del atraso social existente y asegurar la reproducción ampliada del nuevo sistema; y con la proclamación de la Nueva política económica (NEP) con la cual se permitían las pequeñas y medianas empresas capitalistas y las inversiones de capital extranjero pero el “comunismo de guerra”

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 111; *Die russische Revolution*, cit., p. 214.

¹⁸⁸ L. Trotski, *Sugli intellettuali*, en *Letteratura e rivoluzione*, Turín, 1973, p. 309; “Über den Marxismus in Russland”, en *Die Neue Zeit*, 1908, vol. 1, p. 7; según los criterios occidentales, el pueblo ruso era “un pueblo sin tradición”.

sólo era modificado superficialmente— Trotski, de una manera similar a lo que había hecho Plejánov, remarcó en contra de M. N. Pokrovski:

Aquí estamos más cerca de la India que de Europa, como también nuestras ciudades medievales están más cerca de las asiáticas que de las europeas, como también nuestra autocracia, estando entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, en muchos rasgos se acerca a este último.¹⁸⁹

Trotski se refería a la historia de los orígenes del capitalismo ruso y se lanzaba en contra de las exageraciones abstractas y las analogías occidentalizantes de la historiografía inspirada en Pokrovski. Pero no ponía en discusión que el nuevo sistema de “comunismo de guerra” o de la “Nueva política económica” no estuviese más cerca del despotismo asiático que del socialismo europeo.

Si las funciones estatales del zarismo seguían, más o menos, un impulso proveniente desde el exterior y por lo tanto el estado zarista era ya un estado absolutista —aun del tipo menos evolucionado—, del mismo modo un “estado obrero”, que representaba conscientemente los intereses de la clase obrera, que era él mismo un instrumento, una leva para la industrialización y para la transformación colectivista de la agricultura, debía hacer suyas las funciones estatales “positivas”, la socialización de tipo capitalista de las relaciones entre los hombres y los programas occidentales para la construcción del socialismo. La adquisición de la técnica moderna de Europa occidental y el apoyo constituido por la lucha de clases a nivel internacional, la mediación de los intereses obreros a través del partido y las funciones industriales y culturales del nuevo estado eran para Trotski condiciones suficientes para iniciar la obra de renovación de la sociedad. Con estas concepciones generales respecto a la política económica y cultural del estado, Trotski, sin embargo, ignoraba aún más que Lenin que en el interior de este nuevo estado se desarrollaba el viejo burocratismo, resurgía el estado “monstruoso” y los residuos precapitalistas y despóticos presentes en él asumían una nueva función y eran empleados entonces para oprimir a las masas obreras y campesinas; se formaba el “aparato” que habría generalizado desde su seno un moderno “Gengis Jan” o Iván III.

La crítica de Trotski a la “burocratización” del partido y del estado en la URSS, desarrollada desde 1923 hasta arribar a la elaboración de una teoría de la “deformación burocrática del estado obrero”,¹⁹⁰

¹⁸⁹ “Respuesta al profesor Pokrovski”, en *Pravda*, 1 y 2 de julio de 1922, en L. Trotski, *Historia de la revolución rusa*, México, Juan Pablos, 1976.

¹⁹⁰ L. Trotski, *El nuevo curso*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 27, México, 1978, pp. 19-88; *La revolución traicionada*, México, Juan Pablos, 1976.

tuvo siempre como base una concepción de la burocratización de los partidos obreros socialdemócratas, del Partido comunista de la URSS o del “nuevo” estado soviético como dependiente de la división del trabajo capitalista, de la jerarquía de fábrica o de los métodos capitalistas de producción del plusvalor, etc., como expresión de la producción y del estado capitalista, y por ello en esta burocratización veía los signos iniciales de una nueva división de clase. Que esta burocracia pudiera tener un origen no capitalista, que en sus funciones ella pudiera representar una reproducción de la burocracia despótica del zarismo, que se desarrollaba ahora sobre otra base social y aseguraba el dominio de las cúspides del partido y de la economía formando una estratificación de clases de tipo asiático; una definición tal de la burocracia no tenía interés alguno para Trotski. Al considerar siempre a la estatalización de la industria de base y la colectivización de la agricultura como la fundación de las condiciones esenciales para la construcción del socialismo, él demostraba analizar de manera abstracta, a través de las lentes de Europa occidental, el desarrollo de la URSS.

Un presentimiento de los problemas del nuevo sistema político, que incluía al “estalinismo” en proceso de formación, pareció tenerlo el “trotsquista” Christian Racovski, cuando expresó lo que pensaba:

De estado proletario con deformaciones burocráticas —según la definición dada por Lenin de la fórmula política de nuestro estado— evolucionamos hacia un estado burocrático con supervivencias proletario-comunistas. Ante nuestros ojos se ha formado una gran clase, la de los gobernantes, que tiene cada vez más subdivisiones internas, con designaciones directa e indirectas.¹⁹¹

4. *La interpretación de Rosa Luxemburg sobre el carácter dominante de las relaciones capitalistas en Rusia y su temor por el utopismo existente en el movimiento obrero ruso y su posibilidad de vincularse nuevamente con los residuos precapitalistas*

Para Rosa Luxemburg —como para el “joven” Plejánov, para Lenin y para Trotski— no existía ninguna duda acerca de la penetración de la influencia del capitalismo en Rusia gracias a la transformación de la industria y de la agricultura. Por otra parte, ella no ignoraba del todo el aspecto asiático de la historia rusa. Como socialista polaca-alemana estaba muy interesada en los problemas rusos y por lo demás, se ocupó de ellos en significativos trabajos científicos y políticos. Las formas de lucha de los obreros y de los campesinos en Rusia, las dos tendencias revolucionarias presentes en los acontecimientos

¹⁹¹ Cf. Pierre Broue, *El Partido Bolchevique*, Madrid, Ayuso, 1973, pp. 358 y ss.

rusos, y sus efectos sobre Europa occidental y en primer lugar sobre la socialdemocracia alemana, fueron estudiados por ella con suma atención. En los años 1905-1906 ella misma se trasladó a Polonia y tomó parte activa en las luchas que se desarrollaban en aquel país.

En su caracterización del zarismo se dejó guiar por los trabajos del último Engels sobre Rusia y por las afirmaciones de Plejánov. El zarismo, según su concepción, tenía una base doble: una en el carácter primitivo de las relaciones sociales y políticas en la agricultura; la otra en la adecuación del régimen a las necesidades del capitalismo. El zarismo actuaba como un instrumento político absolutista en el sector de la industria capitalista, que constituía el conjunto de la reproducción ampliada de la economía, mientras que las intervenciones estatales en la agricultura, dirigidas contra los campesinos y los obreros, eran de tipo despótico y atrasado. En la política exterior, este doble modo de existencia del zarismo se expresaba en una posición de dominio tanto en Asia como en Europa.¹⁹²

El zarismo, a partir de 1861, con la transformación capitalista de la sociedad, había procedido siempre más del despotismo en la dirección del absolutismo. Parangonado, por ejemplo, con el "despotismo oriental de Turquía", las funciones económicas del zarismo eran fundamentalmente diversas.¹⁹³

En la disertación sobre el "desarrollo industrial de Polonia", Rosa Luxemburg había examinado sobre todo el papel del estado zarista en la industrialización de Rusia y de Polonia. De este análisis resultaba de qué manera el aparato absolutista del zarismo favoreció igualmente a las fracciones de la burguesía rusa y polaca, las transformó en una burguesía "moderna" y de tal modo las comprometió en su política. En efecto, él les aseguraba el mercado interior frente a la competencia extranjera y creaba nuevos mercados con sus conquistas en Asia.¹⁹⁴

Según Rosa Luxemburg, el zarismo, en cuanto que superestructura estatal, lograba desde siglos adaptarse a los cambios de las relaciones sociales en Europa occidental y aprovecharse en parte de los estímulos del desarrollo económico para que la estabilidad interna de la sociedad y la explotación de los campesinos pudieran dar más fuerza a estas

¹⁹² Rosa Luxemburg, *El socialpatriotismo en Polonia*, en *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos sobre el problema nacional*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 71, México, 1979, pp. 200 y ss.

¹⁹³ R. Luxemburg, *Nationale Kämpfe in der Türkei und die Sozialdemokratie*, en *Gesammelte Werke*, t. 1/1, Berlín, 1970, p. 60.

¹⁹⁴ R. Luxemburg, *De escalón en escalón*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 71, cit., p. 231; *El desarrollo industrial de Polonia*, *ibid.*, pp. 96, 120, 123, 130 y ss, 143 y ss.

intervenciones estatales por parte del estado. Sólo con el establecimiento del capitalismo moderno en el interior del país y con su "radicación" en la sociedad, la revolución social en Rusia amenazaba con hacer saltar el sistema político del zarismo.

El aspecto progresivo del zarismo desde el punto de vista económico tenía su correlato en la reacción política. El zarismo perseguía el propósito de "europeizar Rusia desde el punto de vista social y económico, para mantenerla políticamente en el mundo asiático".¹⁹⁵ Esta forma de absolutismo de Rusia, que representaba el nivel más bajo respecto a las formas políticas del absolutismo, del bonapartismo, del absolutismo militarista, del constitucionalismo monárquico de la Europa occidental, era suficiente en el plano económico para promover la acumulación capitalista en Rusia y con ésta los intereses políticos de la gran burguesía. Eso conservaba las instituciones políticas del despotismo para garantizar la seguridad del modo de realización de la acumulación reprimiendo rigurosamente las aspiraciones de los campesinos y de los obreros.

Luxemburg examinó con menor precisión, respecto a Plejánov y a Lenin, el aspecto del despotismo. El estancamiento de la producción agrícola y la ignorancia profunda de las masas campesinas y empobrecidas eran la condición principal de la reacción zarista. El despotismo —y en esto seguía a Chicherin y Plejánov— parecía alcanzar a cada aldea. La propiedad comunal rusa, en su opinión, era una "creación de carácter puramente fiscal", "vinculada a la institución de la servidumbre de la gleba".¹⁹⁶ Este aspecto del absolutismo era para ella una herencia del pasado, una supervivencia del viejo "régimen despótico" de Rusia.¹⁹⁷ Diversamente de Plejánov, y también de Lenin y de Trotski, para ella la base social, que inicialmente había generado este desgraciado sistema despótico, estaba desde hace tiempo superada y la acumulación originaria del capital en Rusia había concluido. Esta doble estructura del zarismo le impedía adaptarse al desarrollo de las fuerzas productivas y tornaba imposible una transformación de este estado en una monarquía constitucional, tal como había ocurrido en Inglaterra y en Escandinavia. Si la masiva opresión política de los campesinos y de los obreros, que constituía el carácter más evidente de una dictadura, era el presupuesto de la forma rusa de industrialización, la caída del zarismo era por lo tanto la condición preliminar para la de-

¹⁹⁵ R. Luxemburg, *Russland im Jahre 1898*, GW, cit., p. 322.

¹⁹⁶ R. Luxemburg, *En memoria del partido "Proletariado"*, en *Obras escogidas*, t. 1, México, Era, 1978, pp. 134-180.

¹⁹⁷ Rosa Luxemburg, *El problema de los "cien pueblos"*, en *Obras escogidas*, cit., pp. 231-235.

mocratización de Rusia y para una forma diversa de desarrollo económico.¹⁹⁸ Este tipo de reflexiones son las que explican las consideraciones de Lenin sobre el modelo prusiano del capitalismo ruso, pero Rosa Luxemburg no se preocupaba tanto por alcanzar una generalización y tipificación de las características del capitalismo, como por individualizar las relaciones económicas y políticas que no tornaban ya posible un "libre" desarrollo del capitalismo y conducían en cambio al imperialismo, al militarismo y a la reacción, formas de superación del capitalismo sobre la base del propio capitalismo.¹⁹⁹

Para Rusia esto significaba que, aproximadamente desde 1861, la estructura precapitalista del país se había abierto al gran capital europeo, que el absolutismo ruso era por primera vez "administrado por la burguesía de Europa occidental", que las formas capitalistas se habían insertado sobre la sociedad rusa y que el estado debía usar de todos los medios para impedir la verificación de rebeliones campesinas: la forma rusa de desarrollo capitalista, su dependencia del capital extranjero, consolidaban el aparato absolutista y despótico del zarismo.²⁰⁰

En sus trabajos más específicamente literarios sobre Tolstói y Korolenko ella hizo otras observaciones sobre la vieja Rusia zarista, indicó y especificó todavía una vez más qué significado real tenía para Rusia la *Asiatchina*: estancamiento, analfabetismo, alcoholismo, cretinismo y brutalidad eran los atributos de esta "sociedad asiática". La multiplicidad de aldeas aisladas unas de otras, de nacionalidades y de pueblos, esta influencia política y cultural de diversos "centros de civilización" y su mezcolanza en Rusia tornaron posible el surgimiento y la permanencia del despotismo en el país.²⁰¹ Pero estas observaciones valían para la vieja Rusia, ya desde hace tiempo pasada.

En sus críticas del blanquismo, del anarquismo y del leninismo en Rusia y en las revoluciones rusas había indicaciones al hecho de que la vieja tradición del pasado ruso continuaba viviendo en el pensamiento y en la acción del movimiento político de los intelectuales y de los obreros y reaparecía en su lucha política e ideológica contra el despotismo zarista. Sobre todo su crítica al concepto de dictadura y de democracia de los bolcheviques permitía entrever la preocupación de que, en el contexto de la desorganización económica, de las transfor-

¹⁹⁸ R. Luxemburg, *En la hora revolucionaria: ¿y ahora qué?*, en *Obras escogidas*, cit., pp. 257-283; *Was wollen wir*, en *GW*, cit., t. 1/2, p. 50; *Die russische Revolution*, cit., p. 179.

¹⁹⁹ R. Luxemburg, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967. pp. 251-363.

²⁰⁰ R. Luxemburg, *Die Krise der Sozialdemokratie*, en *Gesammelte Werke*, t. 4, cit., pp. 356 y ss.

²⁰¹ R. Luxemburg, *Introduzione alla traduzione del Korolenko*, en *Scritti scelti*, Milán, 1963, pp. 527-541.

naciones agrarias en el sentido de una privatización capitalista y de la parcelización de la tierra, de la disgregación política del movimiento obrero, de la abolición del sufragio universal y de la desaparición de la democracia soviética, sobre el trasfondo de la nacionalización de la tierra y de la gran industria, pudiese surgir un poder dictatorial bajo la dirección de los bolcheviques que fuese más similar a una dictadura burguesa o al despotismo zarista que al socialismo revolucionario.²⁰² La abolición de la democracia social, cuya realización constituía la finalidad principal del proletariado de la gran industria, y la sustitución de los órganos de control democrático de los obreros y de los campesinos por una dictadura de partido, junto a un “centralismo despótico” en el interior del partido y a su propagación a las estructuras del estado, debía generar el “espíritu de vigilante nocturno” de los sátrapas y de las almas serviles y demostrar de tal modo no la existencia de un movimiento socialista avanzado, sino apenas el atraso de Rusia.²⁰³

Luxemburg no recabó estas conclusiones de la situación social que nosotros hemos presentado; ellas se encuentran en sus escritos de 1904 y de 1918 y no pueden ser distorsionadas con un estrecho espíritu sectario. R. Luxemburg dedicaba una relativa atención a estos aspectos “negativos” de la revolución. Su optimismo derivaba del hecho de que veía proceder de igual modo a la revolución en Europa occidental y en Rusia y de que desde Rusia podían provenir influencias importantes para el movimiento obrero de Europa occidental, de modo tal que ella se preocupaba poco por la posibilidad de contragolpes y deformaciones. La acusación que Plejánov le dirige en el congreso de Estocolmo de la socialdemocracia rusa, en 1906, de haber hecho de la revolución el “Sujeto” y de llegar así a una interpretación idealista de la historia, podía valer de algún modo también para sus escritos sobre Rusia.²⁰⁴ Pero de ningún modo se le puede reprochar, como hemos visto, haber ignorado, en su optimismo revolucionario, las particularidades de Rusia.

5. *La exposición del desarrollo capitalista de Rusia en Riazánov y la utilización por parte suya de algunas posiciones de Engels contra la interpretación de Marx*

D. B. Riazánov no publicó deliberadamente la *Historia diplomática secreta del siglo XVIII* porque ella habría llevado agua al molino de la fracción “de derecha” inspirada por Plejánov. Sólo publicó algunas

²⁰² R. Luxemburg, *Zur russischen Revolution*, en *GW*, t. 4, cit., pp. 356 y ss.

²⁰³ *¿Centralismo o democracia?*, Roma, 1970, p. 24.

²⁰⁴ R. Luxemburg, *Discorso al Congresso del POSDR*, en *Scritti politici*, Roma, 1967, pp. 377-388.

citas de este escrito de Marx, refundidos en su ensayo crítico *Karl Marx y el origen de la hegemonía de Rusia en Europa*. Esta manera política de interpretar a Marx, extrayendo indicaciones actuales de determinadas interpretaciones y aplicaciones por parte del propio Marx de su teoría a situaciones concretas, caracterizó también a continuación el trabajo de editor de los escritos marxianos desplegado por Riazánov. Después de 1905 la cuestión de actualidad era la de si la revolución había sido aplastada por largo tiempo, si —como después de 1848— a ella habría de seguirle una época de esclavitud de Europa occidental, políticamente en relación a Rusia y económicamente en relación a Inglaterra. Rusia habría podido desenvolver su función contrarrevolucionaria gracias a la represión en el interior, por parte del estado, de las rebeliones sociales, e Inglaterra por su lado había podido utilizar esta potencia territorial para sus intereses, puesto que la industria capitalista inglesa tenía una clara ventaja respecto a la acumulación capitalista de los demás países europeos que por esos momentos entraban en la “revolución industrial”, primera fase del modo de producción capitalista.

Pero precisamente la revolución de 1905 anunciaba que Rusia había perdido desde hace tiempo su estatus especial en la política europea, que también ella estaba sacudida por movimientos sociales revolucionarios, que el capitalismo no solamente había implantado sus raíces en la sociedad rusa, sino que en el entretiem po se había consolidado la reproducción ampliada de todo el sistema económico, aun cuando la economía natural precapitalista no hubiese todavía desaparecido por completo. Inglaterra estaba a punto de perder su posición de taller del mundo. La economía norteamericana y la alemana habían alcanzado al capitalismo inglés y estaban a punto de superarlo. El capitalismo ruso no sólo se encontraba bajo la presión del capital europeo occidental, sino que era también objeto de la competencia de los diversos capitales extranjeros y como, políticamente, la Rusia no estaba ya en condiciones de comandar a su placer a Europa, así Europa estaba dominada por la competencia económica y política de los distintos capitales nacionales. Tanto desde el punto de vista nacional como del internacional la contrarrevolución no tenía por tanto la posibilidad de estabilizarse y tanto Rusia como Europa avanzaban hacia nuevos conflictos políticos y hacia nuevas revoluciones sociales.

Si se afirmaba que, malgrado toda su progresión hacia el capitalismo, Rusia había permanecido como un país “semiasático”, se habría así tornado posible una nueva esclavitud política de Europa gracias a una alianza de Rusia con una potencia capitalista económicamente dominante, los EEUU o Alemania. La revolución rusa o no

habría llegado a ponerse en movimiento o, al fracasar, habría arrasado a todo el movimiento obrero europeo en el vórtice de su caída.

Frente a los demás historiadores Riazánov sostiene que la Rusia anterior a 1861 no había sido sacudida en gran medida por la penetración de las formas capitalistas del comercio y de la manufactura; pero 1861 representaba para él un viraje histórico. Análogamente a cuanto ocurrió en Prusia, al comienzo el estado había intervenido en favor de los propietarios terratenientes, se había comprometido en el saqueo de los campesinos y en la transformación en sentido capitalista de la economía rural. Esta metamorfosis, apoyada por el estado, de la clase de los propietarios terratenientes feudales en la renta del suelo capitalista había sido seguida, veinte o treinta años después, por la etapa normal de la explotación capitalista. De aquí resultaba que la acumulación originaria del capital en Rusia había concluido. Las reformas de 1861 eran para Riazánov “un gran acto de expropiación de los campesinos en favor de la nobleza, eran además el eslabón conclusivo de la cadena de la expropiación a través de la violencia, que duraba desde hacía siglos. A ella debía seguirle una época de explotación pacífica”.²⁰⁵ Este viraje capitalista modificaba —según Riazánov— el valor de todas las afirmaciones de Marx sobre la “Rusia semiasiática”; desde 1861 comenzaba la “historia real” del capitalismo en Rusia, pero también con Europa occidental, sobre todo con Prusia y con Austria:

Como Europa occidental, también Rusia atravesó el proceso de desarrollo de la monarquía fundada sobre los estamentos. Y si este proceso —así como la disolución de la monarquía fundada sobre los estamentos— en Rusia se prolongó, si el dominio de la monarquía absoluta duró allí más que en cualquier otro país de Europa occidental, esta circunstancia puede y debe ser explicada del mismo modo que el análogo desarrollo de la monarquía en Prusia y en Austria.

Las argumentaciones de Riazánov eran similares a las de Trotski respecto a la mayor duración en Rusia, respecto a Europa occidental, de los períodos de la acumulación originaria del capital y de la transformación en sentido absolutista del estado, y retomaban las observaciones de Lenin respecto a la identificación de esta forma de desarrollo del capitalismo y del estado con las especificidades prusianas. La servidumbre de la gleba, al igual que el feudalismo, surge como consecuencia de la disgregación capitalista de la sociedad rusa y, análogamente a lo ocurrido en Prusia, la casa reinante había reaccionado con la

²⁰⁵ D. B. Rjasanov, “Die Aufhebung der Leibeigenschaft in Russland”, en *Die Neue Zeit*, año xxiii, vol. 1, pp. 680-681.

militarización del estado y con el compromiso político con la nobleza terrateniente. La servilización de los campesinos por esta nobleza y los peligros externos condujeron a la elección de una militarización absolutista de la sociedad. Cuando, debido a la dislocación del mercado, todos los gérmenes de desarrollo capitalista en Rusia amezaron esterilizarse, fue el capital comercial inglés, como había ocurrido en Prusia, quien actuó de modo tal que se verificase una mayor vinculación económica y política de Rusia con Europa. Polemizando con Marx, Riazánov observó: “la cuestión de si Rusia pertenece a Asia o a Europa ya había sido decidida definitivamente a fines del siglo xvii. Los verdaderos amos de Rusia, sus preceptores, eran los dos países más importantes para el comercio y la industria de aquella época: Inglaterra y Holanda”. A través del comercio, Rusia participaba en la acumulación originaria de Europa occidental. El capitalismo europeo suplantaba los aspectos asiáticos del zarismo y lo obligaba a obedecer sus propias leyes.

Según Riazánov, Marx se había perdido en el laberinto de las intrigas y de las maledicencias internacionales respecto a las “tradiciones asiáticas”. En lugar de “hacer un análisis de la situación histórica internacional de la época”, Marx se había diluido en afirmaciones superficiales y con la *Historia diplomática secreta* había cometido una de sus mayores equivocaciones. Riazánov se maravillaba sobre todo por el hecho de que Marx no hubiera tomado en cuenta el florecimiento del capital comercial y de las manufacturas capitalistas y aun en 1861 hubiera definido a las reformas como una expansión de la esclavitud del estado zarista; evidentemente se le escapaba el “nexo” entre el absolutismo ruso y el desarrollo económico de Inglaterra.

Engels —según Riazánov— se había aproximado de manera totalmente distinta a la cuestión rusa, había mostrado el carácter de clase del absolutismo ruso; sin embargo también él arrastraba consigo algunos prejuicios de Marx en el juicio sobre la política exterior del zarismo. Riazánov atribuía a la situación política posterior al 1848 el gran error del marxista Marx y el pequeño error del marxista Engels sobre Rusia, sin preocuparse del porqué al menos Marx había mantenido hasta el final de su vida su propio prejuicio asiático. Riazánov mencionaba indirectamente las causas históricas y políticas de los juicios de Marx: el despotismo ruso se había convertido, después de 1848, en la fortaleza de la contrarrevolución; pero era ahora la entera burguesía europea, que hasta entonces lo había nutrido, la que asumía su función: “La revolución, que en 1848 se expandía de occidente a oriente y se detuvo en los confines polacos, golpeaba ahora las puertas de la Europa occidental. El zar, que en 1848 amenazaba la democracia occidental, era ahora un prisionero del proletariado ruso.”

Pero así como la burguesía europea, y en primer lugar la alemana, retomaba formas políticas absolutistas, convirtiéndose en conservadora e imperialista, así también en Rusia la burguesía —tanto la interna como la vinculada al capital europeo— movilizaba el aparato del estado despótico del zarismo contra la revolución social. Imprevistamente cobraba interés la “prehistoria” del capital, los residuos del estado precapitalista resurgían como formas que negaban el capital sobre una base capitalista, alcanzaban un primer plano la “feudalización” o la “asiatización” capitalista de la sociedad, cuyo secreto podía ser revelado sólo mediante el análisis de las bases históricas del capitalismo en esta sociedad, del desarrollo capitalista tal como se había realizado concretamente superando las formas precedentes.

IV. SOBRE ALGUNOS VIRAJES EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA URSS A PROPÓSITO DE LAS BASES HISTÓRICAS DEL DESARROLLO CAPITALISTA EN RUSIA

Para el historiador marxista M. N. Pokrovski la historiografía sobre Rusia, en la descripción de las épocas pasadas, estaba vinculada a la proyección de la política actual del partido comunista o del estado soviético. Partir del resultado de un determinado desarrollo histórico, y por lo tanto examinar la historia rusa a partir de la existencia de la URSS, significaba para él politizar la historiografía sobre la base de un método sistemático y de partido. Con una concepción tal M. N. Pokrovski hacía de la historia un instrumento de justificación de los diversos virajes políticos del partido y del estado de la URSS. Como el proceso de la historia real hace saltar determinadas relaciones de clase y formas estatales y manifiesta así al historiador sus bases sociales, esta misma historia real oculta contemporáneamente las causas sociales de determinados movimientos históricos. La “crítica” no es la virtud típica del “modernista”, que hace de una determinada sociedad y de una determinada política, realmente existentes, el metro de su investigación. Él es iluminado por el “progreso” de la historia, pero deslumbrado contemporáneamente por las nuevas relaciones existentes, no puede liberarse del papel del “ideólogo”; por el contrario, queda cada vez más envuelto en esta función.²⁰⁶

Para M. N. Pokrovski la politización y el partidismo en la historio-

²⁰⁶ M. N. Pokrovskii, *Aufgabe der Gesellschaft marxistischer Historiker*, en *Historische Aufsätze*, cit., p. 11; M. N. Pokrovskii, “Novyie techenya istoricheskoi literature”, en *Istoriik Marksist*, vi, 1928, p. 317. En esta polémica contra las tesis de Petrushevskii del “capitalismo patriarcal en Rusia”, él reconoció abiertamente la misión ideológica de la historiografía soviética.

grafía se identificaban con el progreso del capitalismo, la radicalidad de la lucha de clases en Rusia y el programa de la socialdemocracia rusa y de los bolcheviques. Sobre esta base él oscurecía la especificidad del desarrollo ruso, el nivel alcanzado por la acumulación del capital, las alternativas políticas e históricas de la revolución rusa y la base material de la lucha por la emancipación social. Si en Rusia estaba a la orden del día la revolución burguesa con la posibilidad de un cambio en sentido socialista, el historiador en cambio debía probar que las relaciones capitalistas eran ya desde hace tiempo dominantes en Rusia y que el zarismo era un estado absolutista burgués.

Si Riazánov había tratado de demostrar los errores de Marx, Pokrovski se preocupaba por rechazar las erróneas evaluaciones burguesas según las cuales Rusia era un "territorio de confín de Asia con Europa".²⁰⁷

Eran sobre todo estas tres las argumentaciones a las que había que contraponerse: 1] la tesis de la continuación en el estado moscovita del sistema despótico de exacción de los tributos de los tártaros; 2] la tesis de que en su fase inicial el zarismo se había constituido esencialmente a través de la presión de la "estepa"; 3] la tesis del sometimiento de los campesinos al estado, en las condiciones de siervos de la gleba, durante el siglo xvi.²⁰⁸ Según Pokrovski, el "absolutismo de Moscú" se expandía en la medida en que su "carácter gran ruso" se afirmaba sobre sus orígenes de tipo más asiático. Esta transformación del estado fue provocada por la disgregación capitalista de la base social y económica primitiva de Rusia. Ya en los siglos xiv y xv la "economía mercantil y monetaria" había producido "significativos resultados". Y como Riazánov criticaba a Marx, así también Pokrovski acusaba a Kavelin, Soloviev, Kliuchevski, etc., de haber descuidado el factor económico.²⁰⁹

El desarrollo capitalista en Rusia estaba, según Pokrovski, al menos igualmente difundido que en la Europa occidental. El capital comercial inglés y holandés había trabajado al unísono, con sus propagadores rusos, para vincular económicamente a Rusia con Europa occidental. El absolutismo moscovita era "en primerísima línea un instrumento" de este capital comercial. "En efecto, él no se desarrolló sobre una base económica primitiva, sino que era el resultado de la disgregación de aquella base primitiva; no era la supervivencia de tiempos remotos, sino por el contrario [...] un fenómeno histórico nuevo."²¹⁰ Ya Iván III estaba tan estrechamente vinculado al capital comercial que todas sus iniciativas deben ser examinadas bajo este aspecto. Hasta

²⁰⁷ M. N. Pokrovskii, *Entstehung des russischen Absolutismus*, cit., p. 8.

²⁰⁸ *Ibid.*, pp. 9 y ss.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 15.

²¹⁰ *Ibid.*, p. 21.

el impulso hacia Occidente, la política tendiente a abrirse una vía de acceso al Báltico no podía en ningún caso ser explicada por la voluntad expansionista de una potencia semiasiática, sino que era ella misma la expansión de los intereses del capital comercial.

Si los hombres que circundaban al zar eran los accionistas, el propio zar era el director de una sociedad por acciones. Y si este astuto usurero moscovita [...] utilizó la primera ocasión que se le ofrecía para asaltar por sorpresa a la decadente Orden de los caballeros de Livonia y conquistarse un puerto, o también algunos puertos, sobre el Báltico, esto no nos debe de ningún modo sorprender.²¹¹

El descubrimiento de América y el desplazamiento del mercado mundial del primer capitalismo hacia las costas del Atlántico, las malas cosechas y las “grandes epidemias” condujeron, en Rusia como en Alemania, a contragolpes y a situaciones de estancamiento económico. Pero estos contragolpes no destruyeron las vinculaciones con las que el capital comercial mantenía unida a la economía rusa. Después del período de estancamiento económico y de los desórdenes políticos, el desarrollo originario del capitalismo recomenzó desde el punto en el que se había interrumpido. Como el absolutismo de Europa occidental, también el ruso era el producto de la disgregación de la economía natural y del surgimiento de relaciones mercantiles y monetarias, en síntesis, era un instrumento de la acumulación originaria del capital. Esta fase inicial de desarrollo capitalista reentraba, según Pokrovski, en el período del “capital comercial” que había caracterizado con mayor o menor fuerza, tanto a Europa occidental como a Rusia. Tanto en Inglaterra como en España, Austria o Prusia, por doquier, este período de transición entre feudalismo y capitalismo había generado “el absolutismo” como “sistema de afirmación de un poder estatal ilimitado”.²¹²

La periodización del desarrollo de Rusia fue trazada por Pokrovski según los caracteres de la historia de Europa occidental y de este modo todas las especificidades históricas fueron sacrificadas al formalismo de una periodización semejante: de los siglos VIII al X, según Pokrovski, había dominado en Rusia la propiedad común y tribal de origen germánico; desde el siglo XI —es decir, durante toda la fase del dominio tártaro— Rusia se caracterizó por las relaciones feudales; el período entre los siglos XVI y XVIII fue señalado por Pokrovski como el del “capitalismo comercial”, al que se vinculó en el siglo XVII

²¹¹ *Ibid.*, p. 26.

²¹² *Ibid.*, p. 27; *Wie ist die “klassenlose” Theorie der Entwicklung des russischen Absolutismus entstanden*, en *Historische Aufsätze*, cit., p. 81.

el capitalismo industrial. Estos períodos eran para Pokrovski netamente distintos entre sí; los anacronismos y las especificidades del desarrollo eran aplastadas por las relaciones en cada momento dominantes.²¹³ Un tratamiento histórico tal no solamente era unilineal y parcial —debería mostrar, en efecto, como no significativas todas las consideraciones de Marx, Plejánov, Lenin, Trotski, etc., sobre la tradición asiática de Rusia y denunciar como antipartidista todas las afirmaciones de los populistas; ésa por lo tanto no dejaba al pueblo ruso nada de lo “suyo”, el pueblo ruso figuraba allí como “privado de esencia”, solamente sujeto a las condiciones del capital.

Una visión tal de las cosas podía de todas maneras funcionar si servía para demostrar los caracteres burgueses y socialistas de la revolución rusa, o llegaba a descubrir una “nueva” fase del capitalismo, la del capitalismo monopolista o monopolista de estado, que debía preparar las fundamentales formas de la producción y los métodos para la construcción del socialismo en la URSS. Pero esta “falta de esencia” de Rusia se convertía en extremadamente sospechosa si el Partido comunista y la Internacional comunista indicaban en su propaganda a la Revolución rusa, al proletariado ruso, a los bolcheviques rusos y a la vía rusa al socialismo como ejemplo para el proletariado mundial. Finalmente, tal posición se tornaba insostenible si, en el curso de la industrialización forzada y de la colectivización de la agricultura, los obreros y los campesinos rusos no debían sentirse vinculados a ninguna tradición propia, mientras las modalidades de trabajo, la injerencia del estado y el encuadramiento de los campesinos recordaban determinadas tradiciones del zarismo.

M. N. Pokrovski comprendió la advertencia, preparó una autocrítica y emprendió la tarea de hacer cesar la “coexistencia” con los historiadores burgueses y que la ciencia marxista tomara parte en la movilización ideológica en el curso de la “gran transformación” de la sociedad. Puesto que para él la historia era una aplicación de la política, no tenía ningún escrúpulo científico contra la revisión de la propia teoría.²¹⁴

M. N. Pokrovski se empeñó a fondo porque fuese prohibido el trabajo a los teóricos burgueses y marxistas de izquierda, pero no se ocupó a fondo por reexaminar su propia teoría: desplazó un poco los períodos, hizo iniciar el capitalismo industrial en Rusia en el

²¹³ *Ibid.*, pp. 22 y ss.; A. M. Pankratova, *Razvitiie istoricheskikh vzgladov M. N. Pokrovskogo*, en *Protiv ist. konst. Prokovskogo*, Moscú-Leningrado, 1939, p. 61; P. H. Aron, *M. N. Pokrovskii and the impact of the first five-year-plan on Soviet Historiography*, cit., p. 285.

²¹⁴ K. F. Shtepa, *Russian Historians and the Soviet State*, cit., pp. 93 y ss.

siglo XIX y afirmó que el capitalismo comercial no podía constituir un período autónomo:

Por ejemplo, el concepto de "capitalismo comercial" es equívoco; el capitalismo es un sistema de producción y el capital comercial no produce nada [...]. El capital comercial, que no produce nada, no puede imprimir su carácter a la superestructura política de una sociedad dada. Y así también la teoría según la cual la autocracia tendría su origen en el capital comercial es totalmente errónea.²¹⁵

El zarismo ruso no tenía, en efecto, los caracteres del absolutismo, de modo que el capital comercial y usurario podían solamente "rascar" las relaciones existentes de tipo precapitalista, encarrilar una expropiación capitalista, pero no imprimir un verdadero impulso al modo de producción capitalista. Pero si la propiedad comunal primitiva y el despotismo zarista se habían arrastrado hasta esta fase, si las formas del primer capitalismo y aun más tarde aquellas más propiamente capitalistas estaban más insertas en la "superestructura" que radicadas en la sociedad, ¿no tenían entonces razón los Kliuchevski, los Plejánov y Gía., que rechazaron que pudiera hablarse de cumplimiento de la acumulación originaria del capital hasta los siglos XIX y XX? Pokrovski no era un científico materialista, sino un ideólogo materialista, un ideólogo que no deseaba evocar en ningún caso la herencia asiática del capitalismo y del socialismo rusos. Así descubrió un nuevo período, el período de la "reacción feudal", es decir de la restauración de las relaciones de la economía natural.²¹⁶ De tal modo la situación rusa permanecía formalmente identificada con el feudalismo de Europa occidental.²¹⁷

Mantuvo también la tesis de los caracteres absolutistas del zarismo; en el pasado había siempre sostenido la coincidencia de la base económica y de la superestructura estatal. Introdujo ahora algunas no identidades y discordancias entre estado y sociedad. El estado zarista reproducía funciones absolutistas de Europa occidental, aun cuando la situación de la economía natural rusa no permitía el surgimiento de tal absolutismo. Y refiriéndose al presente, daba la siguiente motivación de su autocrítica: "¿Para qué habríamos de luchar por la dictadura política del proletariado si la autoridad política es económicamente impotente?"²¹⁸ Así como el estado soviético sentaba las bases

²¹⁵ M. N. Pokrovskii, "O russkom feodalizme, proizkhozhdenie i karaktere absolutizma v Rossii", en *Borba klassov*, núm. 2, 1931, pp. 79 y ss.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 82.

²¹⁷ M. N. Pokrovskii, *Istoricheskaja nauka in borba klassov*, Moscú-Leningrado, 1933, p. 287.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 291.

del socialismo, el absolutismo zarista abría el camino al desarrollo capitalista.

Para no permitir en ningún caso un estudio concreto de la formación social precapitalista en Rusia, este tipo de investigación fue liquidado bajo la acusación de enemigo teórico tradicional del bolchevismo. Referirse a la “base económica primitiva” de Rusia era algo típicamente trotsquista, así como el discurso sobre el atraso del capitalismo o del socialismo ruso era remisible a Bujarin.²¹⁹ Adaptándose de tal modo al nuevo curso del partido, Pokrovski esperaba recibir una nueva consagración política. Su formalismo histórico estaba, no obstante, en contradicción con las ambiciones nacionalistas de la política estalinista y por eso toda la “escuela de Pokrovski” cayó en desgracia y fue políticamente liquidada. La crítica golpeó al “sociologismo abstracto” y al “formalismo económico” de los trabajos de Pokrovski, sin embargo no indicó el camino de salida de un análisis marxista del concreto pasado ruso; sólo colocó en primer plano a las particularidades nacionales del pueblo ruso que podían ser utilizadas para una propaganda de la Rusia nacionalista y chovinista y constituía una recaída teórica hasta en el sistema científico de Pokrovski, una mala mezcla de irracionalismos nacionalistas.²²⁰

La crisis económica y política que se manifestó en la URSS en el momento en que la reproducción ampliada del sistema de la Nueva política económica fue amenazada por la resistencia de las conducciones económicas privadas de los campesinos a la política de precios del estado, con la alternativa de hacer valer con mayor decisión las leyes capitalistas de la producción y de la circulación —lo que habría cuestionado toda la política hasta ese momento realizada por los bolcheviques— o de hacer retornar al estado a los experimentos del “comunismo de guerra”, de restaurar este comunismo de guerra; todo esto despertó el interés de los historiadores e ideólogos rusos por el pasado ruso y por el modo de producción asiático.

S. M. Dubrovski, un alumno de Pokrovski, aclaró rápidamente a qué apuntaba con su estudio sobre el modo de producción asiático. Todas las teorías antimarxistas identificaban los estados orientales con el despotismo y con una potente burocracia, que en su desarrollo ulterior se transformaba en una clase explotadora no parangonable inmediatamente con la clase capitalista.²²¹ El rechazo abstracto de una posición tal era suficiente para corregir las tesis de Marx en el sentido

²¹⁹ A. M. Pankratova, *op. cit.*, pp. 68 y ss.; E. Oberländer, *op. cit.*, pp. 69 y ss.

²²⁰ M. N. Dobrovskii, *K voprosu o sushnosti “asiatikogo” sposoba proizvodstva, feodalizma, krepostnichestva i torgovsgoko kapitala*, Moscú, 1929, p. 162.

²²¹ *Ibid.*, p. 115.

de que éste, por modo de producción asiático, no entendía una formación social específica, sino en general “las estructuras productivas que eran dominantes en los países asiáticos”; pero estructuras similares en el largo período del feudalismo habían existido también en otras sociedades.²²²

Porque históricamente el “feudalismo” asiático no podía coincidir con el de Europa occidental y el “feudalismo” ruso divergía de ambos tipos, y por lo tanto estos feudalismos no servían para una filosofía de la historia universal y para una legitimación histórica general del sistema soviético, Dubrovski se dedicó a construir una periodización referida en primer lugar al feudalismo y al sistema de transición al socialismo. Con esta construcción debía demostrarse lo erróneo de toda comparación histórica entre la sumisión de los campesinos a la servidumbre de la gleba iniciada por el estado en el siglo xvi, su sometimiento a la “esclavitud del estado” en el período de las reformas del siglo xix y la colectivización de la agricultura en la URSS entre 1929 y 1931.

Dubrovski confiaba poder hacer del modo de producción asiático una variedad del feudalismo, dilatando el período de éste y dividiéndolo en dos fases caracterizadas por la presencia o no de la servidumbre de la gleba. Porque para Dubrovski estaba claro que el “capital comercial” no era productivo y no podía constituir un período histórico autónomo, insertó también en el período feudal una fase de la pequeña producción mercantil.²²³ Con esto él quedaba exonerado de dar una explicación histórica y teórica de la propiedad comunal precapitalista, de la influencia superficial de formas capitalistas sobre esta sociedad primitiva y de la doble existencia del despotismo y del absolutismo en el interior del estado zarista. Finalmente Dubrovski distinguió diez períodos en el desarrollo histórico universal, que debían realizarse simultáneamente o con pocas diferenciaciones temporales, pero con netas distinciones entre sí y según una sucesión cronológica, en todos los países y en todas las sociedades del mundo: 1] la economía primitiva; 2] el patriarcado; 3] la esclavitud; 4] el feudalismo; 5] la servidumbre de la gleba; 6] la pequeña producción mercantil; 7] el capitalismo; 8] la economía de transición; 9] el socialismo; 10] la economía comunista universal.²²⁴

El pasaje del feudalismo a la servidumbre de la gleba, que suministraba las bases al sistema estatal absolutista, se verificó contemporáneamente en la Europa occidental y en Rusia, pero el absolutismo se

²²² *Ibid.*, p. 19.

²²³ *Ibid.*, pp. 18-19, 95.

²²⁴ *Ibid.*, p. 86.

debilitó en Inglaterra y en Francia por la pequeña producción mercantil, del capital comercial y usurario, y fue reforzado en Prusia y en Rusia por el atraso económico, por las rebeliones nobiliarias, por la victoria de las monarquías absolutas que tenían principalmente la tarea de apuntalar militarmente al nuevo estado.²²⁵

Marx y Engels habían concentrado su atención —en lo que respecta a Prusia o a Rusia— sobre el militarismo o el despotismo militar; Plejánov y Trotski habían identificado esta hipertrofia del aparato militar del absolutismo prusiano y zarista con el despotismo asiático; sólo Lenin había dicho algo de nuevo sobre las especificidades feudales y absolutistas de Rusia.²²⁶

En el curso de la liquidación política de la escuela de Pokrovski fue criticado también el fatigoso esquema de periodización en diez fases, que lograba indicar las particularidades del desarrollo histórico sólo gracias a la propia dilatación.

A. G. Prigozin intentó demostrar que también en Dubrovski se podía encontrar el formalismo y el economicismo de Pokrovski y que esto conducía a identificar el modo de producción en cada momento dominante con las características políticas concretas de una formación social contradictoria. El modo específico de cooperación del trabajo y la forma de la producción definían una formación social y sólo en el interior de ésta podían ser rastreadas las tendencias concretas de la lucha de clases.²²⁷ Con el pretexto de la investigación concreta el formalismo del análisis histórico era directamente ampliado. Para él no existían sino tres formas antagónicas de cooperación del trabajo, y por lo tanto de producción: esclavitud, servidumbre de la gleba, capitalismo. Más allá de éstas no existían ni un modo de producción asiático ni otras formas de producción.²²⁸ Sólo existían también tres tipos fundamentales de revolución que producían la explosión política de las respectivas formaciones sociales. Con este tipo de generalización venía cancelada la impresión, que podía recabarse de Dubrovski, de la necesidad de una transformación revolucionaria de la sociedad entre socialismo y comunismo.²²⁹

Esta reducción de las formaciones sociales facilitaba la confrontación histórica entre las distintas sociedades y permitía también la

²²⁵ *Ibid.*, p. 18.

²²⁶ A. G. Prigozin, *K. Marks i problemy sotzio-ekonomicheskich formatsii*, Moscú-Leningrado, 1933, p. 19.

²²⁷ *Ibid.*, p. 20.

²²⁸ *Ibid.*, p. 22.

²²⁹ A. G. Prigozin, "O nekotorych svoebrazijach russkogo feodalizma", en *Izvestia gosudarstvennoi Akademii Istorii Materialnoi Kultury*, núm. 72, 1934, p. 13.

comprensión de determinadas especificidades del desarrollo, como la reducidísima importancia de la esclavitud en Rusia y la consiguiente impronta fuerte dejada por la servidumbre de la gleba, que tenía sus orígenes en la "sociedad preclasista" de Rusia y suponía el reforzamiento de la actividad del estado absolutista.²³⁰

Esta última y simplificada periodización contenía no obstante sólo un error: ella no reconocía el papel dirigente del modo de producción de la URSS, no era todavía una directa legitimación de la política y de la propaganda del partido y del estado. Esto fue restablecido por Stalin en el *Breve curso de historia del PCUS*, que debía finalmente clausurar por cerca de veinte años el debate entre los historiadores soviéticos sobre la tradición capitalista. En su concepción existían cinco formaciones sociales que se sucedían cronológicamente una después de la otra en todas las sociedades: comunismo originario, sociedad esclavista, feudalismo, capitalismo, socialismo.²³¹ En la formación feudal existían contemporáneamente, como en Europa occidental, la servidumbre de la gleba y el absolutismo; el desarrollo capitalista de Rusia comenzaba contemporáneamente al de Europa occidental. Si Inglaterra había sido la nación guía para el capitalismo, ahora la URSS indicaba a las demás sociedades el camino de su desarrollo. El socialismo era reducido por Stalin a la "propiedad social" de los medios de producción, que podía realizarse como propiedad estatal o propiedad colectiva. Aquí no existía ningún tipo de explotación del hombre por el hombre, ni contradicciones antagónicas en la sociedad, etc.²³² Con este procedimiento abstracto, con este formalismo económico, el socialismo fue identificado con la sociedad soviética, el desarrollo histórico universal fue examinado con el metro de la historia de la URSS, las contradicciones reales y las divisiones de clase en la Unión Soviética fueron ocultadas y su política fue celebrada y legitimada como la más avanzada raelización de la construcción del socialismo. Tales abstracciones eran acompañadas por infinitas desviaciones de tipo nacionalista y chovinista.²³³

Sólo después de 1956 la historiografía soviética pudo liberarse de la angustia ideológica del estalinismo. Inmediatamente volvió a confrontarse con las bases históricas de la tradición asiática de Rusia, del capitalismo y del zarismo rusos. A. J. Avrech observó en un ensayo de 1968, que suscitó un debate entre los historiadores soviéticos, que

²³⁰ A. G. Prigozin, *K Marks i problemy*, cit., p. 89.

²³¹ J. V. Stalin, *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, en *Cuestiones del leninismo*, cit., p. 545.

²³² *Ibid.*, p. 548.

²³³ Stalin, *Über den Grossen Vaterländischen Krieg*, Berlín, 1951.

populistas, historiadores rusos, socialdemócratas de derecha e historiadores occidentales habían siempre hablado del papel particular del estado en Rusia:

Los representantes de la escuela "juspublicista" que han hecho del estado el demiurgo de la historia rusa, y Plejánov, que puso en el mismo plano el zarismo y el despotismo oriental, naturalmente estaban equivocados. Sin embargo, su punto de partida, la constatación de la extrema potencia del absolutismo ruso, era justo, a nuestro entender.²³⁴

Este absolutismo estabilizó los residuos militaristas del despotismo, y favoreció en Rusia el "camino prusiano de desarrollo al capitalismo".

Elementos típicos de los regímenes absolutistas y semiabsolutistas son el despotismo, el culto del poder del aparato militar, la supresión de las tradiciones democráticas, el carácter agresivo de la política exterior, un aparato estatal inflado y corrompido, la omnipotencia de la policía, el chovinismo y el nacionalismo. Está muy difundida la demagogia a nivel social, el cesarismo y fenómenos similares.²³⁵

Basta esta caracterización del zarismo ruso para suscitar la sospecha que, detrás de toda la discusión sobre el absolutismo en Rusia, se oculta un ajuste de cuentas con el estalinismo.

A. J. Avrech se basaba sobre la interpretación de Lenin a propósito del zarismo y de la caracterización del aparato asiático en el interior del zarismo. La transición del feudalismo al capitalismo, que en Europa occidental había transformado la monarquía feudal en la burguesa y en el estado burgués, había permanecido a medio camino en Prusia y aun más en Rusia, había permitido el crecimiento contemporáneo de formas de producción feudales y capitalistas y su permanencia hasta la fase del imperialismo. Sobre la base de estas formas mixtas o de la superación de relaciones precapitalistas y sobre la base de las luchas de clases en las que eran posibles virajes hacia la izquierda, de tipo proletario, o a la derecha, de tipo pequeñoburgués, o chovinista, el absolutismo hizo emerger su aparato despótico-militarista, generado por una burocracia precapitalista que reunía en sí funciones capitalistas y despóticas.²³⁶

La crítica contra Avrech versó, como era esperable, sobre la mezcolanza en Rusia de las relaciones feudales con las del primer capita-

²³⁴ A. J. Avrech, "Der Absolutismus und seine Rolle bei der Herausbildung des Kapitalismus", en *Sowjetwissenschaft*, año 1969, p. 181.

²³⁵ *Ibid.*, p. 182.

²³⁶ *Ibid.*, p. 173.

lismo, la fuerte acentuación de la prosternación ante la existencia de residuos precapitalistas en la sociedad y en el estado rusos, la no clara caracterización del desarrollo capitalista en el país, y del desfasamiento temporal entre Europa occidental y Rusia, y la excesiva insistencia en las especificidades rusas.²³⁷ Malgrado la relativa apertura de la discusión, el fantasma del "trotsquismo" o del anticomunismo burgués sobrevuela sobre ella; la confrontación sobre las bases históricas específicas del capitalismo y del socialismo en Rusia y la elaboración científica de esta cuestión pueden ser paralizadas por este espantajo.²³⁸

²³⁷ W. Küttler, "Gesellschaftliche Voraussetzungen und Entwicklungstyp des Absolutismus in Russland", en *Jahrbuch für Geschichte der sozialistischen Länder*, Berlín, 1969, 13/2, pp. 173 y ss.; P. Hoffmann, "Entwicklungsetappen und Besonderheiten des Absolutismus in Russland", en *Jahrbuch für Geschichte der sozialistischen Länder Europas*, 14/2, Berlín, 1970, pp. 112 y ss.; A. Gerschenkron, "Soviet Marxism and Absolutism", en *Slavic Review*, vol. 30, 1971, pp. 857 y ss.

²³⁸ W. Küttler, *Gesellschaftliche Voraussetzungen*, cit., pp. 71 y ss.

NOTAS DEL EDITOR

DAVID BORÍSOVICH RIAZÁNOV

KARL MARX Y EL ORIGEN DE LA HEGEMONÍA DE RUSIA EN EUROPA

¹ Fundada en 1826 —pocos meses después de la ascensión al trono de Nicolás I y de la sublevación de los decembristas— la “Tercera sección” constituía un aparato de policía secreta que cubría todo el país y cuyos poderes eran prácticamente ilimitados. A través de un masivo reclutamiento de espías en todos los estratos de la población estaba en condiciones de controlar todos los aspectos tanto de la vida pública (en particular la actividad literaria y periodística) como de la privada (viajes, reuniones, correspondencia, etc.).

² *Neue Rheinische Zeitung*, del 2 de junio de 1848. Los artículos de Marx y de Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*, mencionados por Riazánov, son citados indicando solamente la fecha en que fueron publicados.

³ *Kartatschenprinze*: se trata del futuro rey de Prusia (de 1861) y emperador alemán (desde 1871) Guillermo I; en 1849 fue el jefe de las tropas prusianas enviadas a reprimir la insurrección en Baden-Palatinado.

⁴ *Neue Rheinische Zeitung* (en adelante citaremos NRZ), del 10 de septiembre de 1848.

⁵ NRZ, del 1 de enero de 1849.

⁶ NRZ, del 16 de noviembre de 1849.

⁷ Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, en Marx-Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, 1973, t. I, p. 154.

⁸ El último número de la NRZ, suprimida por el gobierno prusiano, apareció impresa en color rojo.

⁹ Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras escogidas* (en adelante citaremos OE), t. I, p. 238.

¹⁰ Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en OE, cit. t. I, p. 474.

¹¹ Así Nicolás I designaba al imperio turco.

¹² Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia*, en OE, cit., t. I, p. 293.

¹³ *Ibid.*, pp. 295-296.

¹⁴ Karl Marx, *Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política*, en OE, cit., t. I, p. 519.

¹⁵ Riazánov se refiere a los comités para los asuntos extranjeros organizados por Urquhart y sus partidarios en algunas ciudades inglesas con la finalidad principal de combatir la política de Palmerston. Marx, en su correspondencia con Engels, menciona irónicamente —como prueba de verdadera “grandeza de ánimo”— las felicitaciones que le llegaban de estas organizaciones cuando atacaban a Palmerston, aunque lo hiciera desde los periódicos cartistas. Cf. al respecto la carta a Engels del 8 de mayo de 1856.

¹⁶ “[...] las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos [...]” (Karl Marx, *Manifiesto inaugural de la Asociación internacional de los trabajadores*, en OE, cit., t. II, p. 13.)

¹⁷ En este volumen, publicado al cuidado de la hija de Marx, Eleanor, y de su marido, E. Aveling, son recogidas las colaboraciones sobre la cuestión de Oriente escritas por Marx —y también por Engels— para la *New York Herald Tribune* desde 1853 hasta 1856. En lo que respecta, en particular, al retrato de Urquhart, es esbozado en pocas líneas en una carta de Engels a Marx del 9 de marzo de 1853: “[...] este tipo es un escocés celta, de cultura sajona-escocesa, romántico por tendencia, *freetrader* por educación. Estuvo en Grecia como filoheleno y después de haberse batido durante tres años contra los turcos se fue a Turquía y se entusiasmó precisamente con los turcos. Es un entusiasta del Islam, y su principio es: si no fuera calvinista, sólo podría ser mahometano.”

¹⁸ Los *Hansard's Parliamentary Debates* o *Hansards* —fundados en 1803 por Thomas Curzon Hansard— contenían los resúmenes de los debates parlamentarios de las dos cámaras inglesas: los *Blue Books* (*Libros azules*) —por el color de la cubierta— eran publicaciones oficiales, iniciadas en el siglo xvii, de materiales del parlamento inglés y de documentos diplomáticos del ministerio del Exterior.

¹⁹ Del *Herr Vogt* existe una edición en español con el mismo título (Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1947) y reimpresa facsimilamente, aunque con el título de *El señor Vogt*, por Juan Pablos Editor, México, 1977. El fragmento citado por Riazánov está en la p. 161. *The Story of the Life of Lord Palmerston* fue recientemente reeditada en el mismo volumen que incluye la *Secret Diplomatic History of the Eighteenth Century*, Londres, Lawrence and Wishart, 1969. [En español, la *Historia de la vida de Lord Palmerston* fue incorporada a la recopilación de textos de Marx preparada por Robert Payne, *El desconocido Karl Marx*, Barcelona, Bruguera, 1975, pp. 147-231.] La edición al cuidado de Eleanor Marx, de la que habla Riazánov en la nota precedente, es de 1899.

²⁰ En lugar de llevar adelante una guerra progresiva para hacer avanzar el modo de producción y de sociedad moderna en Europa oriental, los aliados ingleses y franceses desarrollaron una guerra de parodia, prefiguración de las masacres modernas de la guerra imperialista. En la *Neue Oder-Zeitung* del 20 de agosto de 1855, escribía Marx —con el significativo título de “La guerra incomprensible”—: “Indiscutiblemente, la guerra anglo-francesa contra Rusia figurará siempre en la historia militar como la ‘guerra incomprensible’. Bala-dronadas acompañadas por una acción militar mínima; preparativos enormes y resultados insignificantes; prudencia lindando con el temor seguida de la temeridad que se engendra en la ignorancia; más que mediocridad entre los generales y más que bravura entre las tropas; derrotas por así decir queridas, inmediatamente consecutivas a victorias obtenidas por malos entendidos; ejércitos perdidos por negligencia y salvados nuevamente por el más extraño de los azares: un gran conjunto de contradicciones y de inconsecuencias. Y en esto los rusos se distinguen casi tanto como sus enemigos. Si los ingleses han destruido un ejército moderno merced a la mala administración de funcionarios civiles, la lentitud y la incapacidad de los oficiales; si los franceses se lanzaron en peligros inútiles y debieron soportar pérdidas enormes únicamente porque Luis Napoleón afectaba dirigir la guerra desde París, los rusos sufrieron pérdidas análogas como consecuencia de una mala gestión y de órdenes perentorias pero imbéciles provenientes de Petersburgo.”

Empero, Marx había atisbado los menores signos de una voluntad de vencer por parte de los aliados occidentales: “Por fin parece ofrecerse a los franceses y a los ingleses la posibilidad de asestar un serio golpe al poderío y al prestigio de Rusia, y todos —en Inglaterra— seguimos con un interés que reducece el movimiento contra Sebastopol [...]”

¿Marx habría sido entonces más militarista que los generales franceses e ingleses? Esto es lo que se preguntarán quienes no ven otra alternativa que el pacifismo o la aprobación de todas las guerras. Moscú y los partidos comunistas reivindicán a la vez estas dos posiciones: el pacifismo para las acciones del proletariado y las glorias militares del lado ruso en cualquier guerra, por reaccionaria que fuere. Así, el gobierno ruso ha celebrado con brillo el centenario del sitio de Sebastopol y condecorado con una alta distinción a esta ciudad, porque los ejércitos contrarrevolucionarios zaristas de la época resistieron allí heroicamente. ¿Cuál es entonces la posición del marxismo? En el período histórico de 1789 a 1871, el marxismo aprueba ciertas guerras de los estados capitalistas, entre ellas la de Crimea. Después, en el período de 1914, pasa a la reprobación y al sabotaje de la guerra en los dos campos. No obstante, aun cuando el marxismo aprobaba y alentaba esas guerras, sólo lo hacía en pro de una parte solamente. La aprobación de la guerra de ambas partes al mismo tiempo jamás hallará sitio dentro del marxismo, y sólo existe para el nacionalismo más trivial y el chovinismo burgués. En la guerra de Sebastopol, el marxismo revolucionario sólo veía el campo progresivo del lado de los sitiadores —si efectivamente llevaban adelante la guerra—, pero en ningún caso del lado de los sitiados.

Por lo demás, los dirigentes soviéticos rindieron los mismos honores a la guarnición de Port-Arthur por su prolongada defensa contra los japoneses en 1905, en tanto que Lenin —al igual que Marx respecto de Sebastopol— deseaba la derrota de zarismo que aceleraría el movimiento revolucionario en Rusia y en el mundo. Es menester, pues, que los dirigentes rusos hayan perdido toda visión revolucionaria —cosa que toda su política confirma— para magnificar las glorias militares y patrióticas del pasado zarista. Pero ello demuestra algo más todavía: ellos han caído en el más vulgar nivel burgués, con todo el chovinismo que implica inevitablemente su posición nacional.

²¹ Riazánov se refiere al bombardeo del parlamento persa (*Majlis*) por obra del cuerpo de cosacos rusos en Persia, cuya intervención determinó el éxito del golpe de estado del sha, después de que la revolución nacional de 1906 hubiera obligado a éste a conceder una constitución. El golpe de estado del sha fue apoyado por los gobiernos ruso e inglés, quienes en 1907 habían llegado a un acuerdo en torno a la repartición de las esferas de influencia en Persia.

²² Karl Marx, *El señor Vogt*, edición mexicana cit., p. 161 (hemos modificado la traducción).

²³ "Libertad [o Voluntad] del pueblo": organización formada en 1879, después de la disolución de *Zemlia y volia* [Tierra y libertad]. Vinculada a la tradición populista y la táctica del terrorismo, preparó y realizó la ejecución del zar Alejandro II.

²⁴ La batalla de Kulikovo constituye la primera tentativa seria de las poblaciones eslavas —guiadas por el príncipe Demetrio Donskoi de Moscovia— por liberarse de la dominación mongola y la primera derrota de los mongoles en Rusia aun cuando el yugo mongol sobre Rusia habría de durar todavía un siglo más.

²⁵ "Mercantes aventureros para el descubrimiento de tierras, países, islas, todavía desconocidas o no frecuentadas por ningún inglés."

²⁶ Stefan Batory, rey de Polonia desde 1576 hasta 1586, sustrajo a Iván el terrible los territorios de Livonia y Letonia precedentemente ocupados por aquél, cerrando así a los rusos el acceso al Báltico.

²⁷ Es el período que va desde la muerte del zar Teodoro I —hijo y suce-

sor de Iván el terrible— ocurrida en 1598, hasta la coronación del primer zar de la casa de los Románov en 1613; se caracteriza por las continuas explosiones de rebeliones campesinas en el interior del país y por las intervenciones extranjeras (polacas y suecas) en el territorio de Moscovia.

²⁸ Adam Olearius: autor de una amplia descripción de la Rusia del siglo xvii (*Ausführliche Beschreibung der kundbaren Reise nach Moscow und Persien*), fruto de sus permanencias en dicho país en 1634, 1636, 1643.

²⁹ Literalmente *Nemetskaia Sloboda* significa “barrio de los mudos”; “mudos” eran llamados los primeros alemanes que llegaron a Moscú, porque no hablaban el ruso. A partir de esto los extranjeros de cualquier nacionalidad eran identificados con los alemanes y por *Nemetskaia Sloboda* se entendió en general el barrio de los extranjeros.

³⁰ Josiah Child, economista de la segunda mitad del siglo xvii, exponente de los intereses mercantiles y en particular de los de la *East India Company*. La afirmación citada por Riazánov está en su obra *A New Discourse on Trade*.

³¹ Véase la nota 80 al texto de Marx.

³² Karl Marx, *El capital*, 1/3, México, Siglo XXI, 1975, p. 942.

³³ Paz de Altranstadt: concluida en 1706 entre Carlos XII de Suecia y Augusto II de Sajonia, quien se vio obligado a ceder una parte de sus dominios y a renunciar al trono polaco.

³⁴ Concluida en 1699 la guerra entre la llamada Santa Alianza formada en 1684 (Austria, Polonia, Venecia y, desde 1686, Rusia) y el imperio turco.

³⁵ En la primera mitad del siglo xviii, después de la muerte de Carlos XII, la vida política sueca se caracterizó por el enfrentamiento de dos partidos: los “sombrosos” y los “birretes” (según la denominación que cada uno atribuía al otro). El partido de los “sombrosos”, aristocrático, confiando en el apoyo inglés, preparó la revancha contra Rusia que desembocó en la guerra de 1741-1743, y que terminó no obstante con una derrota.

³⁶ Lord Bute: primer ministro de Jorge III de Inglaterra.

³⁷ Documento del emperador Carlos VI (1726), que interrumpía la ley sálica y aseguraba la sucesión de María Teresa de Habsburgo al trono austriaco.

³⁸ Tratado de Westminster: concluido con Inglaterra por Federico II de Prusia, que de tal modo rompió el aislamiento en el que se encontró respecto a las demás potencias europeas. Contenía un artículo que preveía explícitamente el encierro de la Prusia oriental y de la Pomerania por parte de la flota inglesa en el Báltico.

³⁹ Karl Marx, *El señor Vogt*, cit., p. 198 (la traducción ha sido modificada).

⁴⁰ Friedrich Engels, *Savoyen, Nizza und der Rhein*, Von dem Verfasser von Po und Rhein, Berlín, 1860.

⁴¹ Canto de la Iglesia evangélica alemana.

⁴² Véase nota 20.

KARL MARX REVELACIONES SOBRE LA DIPLOMACIA SECRETA DEL SIGLO XVIII

¹ Cyril Rondeau: diplomático inglés, estuvo en Rusia desde 1728 hasta 1739, primero como secretario del residente oficial Ward y luego —después de la muerte de éste— sucediéndole en el cargo. Muchos años después, su esposa publicó una recopilación de *Cartas a un amigo en Inglaterra*, en la que es

vivamente descrita la experiencia de su estadía en Rusia: *Lady Rondeau, Letters from a lady who resided some years in Russia to her friend in England, with historical notes*, Londres, 1775.

Horace Walpole (Primer ministro de los gobiernos whig desde 1721 hasta 1742), que desempeñó funciones durante los gobiernos de su padre. Es autor de la novela de terror, *El castillo de Otranto*; sus cartas y recuerdos constituyen una fuente de información sobre la Inglaterra del siglo xviii.

² Oestermann: alemán de nacimiento, fue ministro del exterior de Rusia durante 17 años, sirviendo bajo Pedro I, Catalina I y Ana. Caído en desgracia en Siberia bajo la zarina Elisabet.

³ Se trata del rey de Inglaterra y de la representación unitaria de los distintos estados que constituían la República holandesa.

⁴ Biron: alemán (Bühren), asumió el título de una familia nobiliaria francesa, de Biron. Convertido en duque de Curlandia en 1737, regente del imperio ruso a la muerte de la zarina Ana en 1740, después de un período de desgracia y de exilio en Siberia fue llamado a desempeñar cargos de gobierno y hecho duque por Pedro III.

⁵ George Macartney: enviado extraordinario inglés en Rusia por varios años, a partir de 1761.

Conde de Sandwich: ministro de varios gobiernos ingleses en la segunda mitad del siglo xviii; sobre él véase la nota de Marx de página 92.

⁶ Panin: embajador ruso en Estocolmo por varios años, asumió luego la dirección de la política internacional de Rusia como ministro del exterior de Catalina II.

⁷ Lord Chatham: título nobiliario de William Pitt (el viejo); asumió la dirección de la política inglesa en 1757, durante la guerra de los Siete años.

⁸ Bestuzhev: principal consejero de la zarina Elisabet, estipuló en nombre de Rusia —en 1741— un tratado de alianza defensiva con Inglaterra.

⁹ Sir James Harris: conde de Malmesbury, fue embajador inglés en Petersburgo desde 1777 hasta 1782; fue juzgado por Talleyrand como el mejor diplomático inglés de su época. Sobre Harris y Macartney véanse también las observaciones de Riazánov en el ensayo publicado como introducción al presente volumen.

Lord Grantham: Secretario de estado inglés desde 1782 hasta 1783.

¹⁰ Potemkin: favorito y ministro de Catalina II, promotor de la expansión rusa sobre el mar Negro. Su "proyecto griego", que intentaba comprometer a las potencias europeas en una cruzada, preveía también la anexión rusa de Constantinopla.

¹¹ Paz de Teschen: estipulada en 1779, como conclusión de la guerra de sucesión bávara que había comprometido a Austria y Prusia, y garantizada por Rusia y Francia, las cuales adquirirían de tal modo un derecho de control sobre la situación alemana.

¹² Neutralidad armada: proclamada en 1780 —durante la guerra por la independencia americana— por Rusia, Francia, España, Holanda, Suecia, Dinamarca, Austria y Prusia, contra la guerra de corso practicada por las naves británicas en alta mar.

¹³ Menorca: isla de las Baleares que fuera posesión inglesa del 1708 al 1756, francesa del 1756 al 1763, inglesa del 1763 al 1782. Fue ocupada por franceses y españoles en 1782 y recuperada por Inglaterra en 1798, para ser finalmente adquirida por España en 1802. En 1779 fue ofrecida por Inglaterra a Rusia.

¹⁴ Negociaciones de paz de 1782-1783: prepararon la conclusión de la paz de Versalles, después de la guerra de independencia norteamericana. El dere-

cho de requisita autorizaba a los comandantes de las naves de guerra inglesas a inspeccionar las naves mercantes de las demás naciones en búsqueda de mercancías de contrabando.

¹⁵ Simolin: ministro de Catalina. II.

¹⁶ Lord Stormont: embajador inglés en Francia del 1772 al 1778.

¹⁷ Lord North: Primer ministro del gobierno inglés tory desde 1770 hasta 1782.

¹⁸ Paz de Kügük Qanairge: concluida en 1774. Con ella Rusia obtuvo Azov y el reconocimiento del papel de protectora de los pueblos cristianos de los Balcanes.

¹⁹ Fox: exponente de los whigs, asumió nuevamente el poder en Inglaterra en 1782. Fue uno de los protagonistas de las negociaciones que concluyeron con la paz de Versalles y uno de los más fervientes sostenedores —en los años ochenta— de la necesidad de una alianza anglo-rusa. Sobre él véase también el ensayo de Riazánov en el presente volumen.

²⁰ Kauniz: canciller y ministro del exterior austriaco bajo María Teresa, José II y Leopoldo II.

²¹ Zubov: el último favorito introducido oficialmente en la corte de Catalina II. Participó también en la conjura contra el zar Pablo I, sobre el cual véase la nota siguiente.

^{21 bis} Pablo I: sucesor de Catalina II en el trono ruso, se retiró de la campaña militar de la primera coalición antifrancesa. Después de haber dado señales de desequilibrio mental y haberse enemistado con la nobleza rusa al pretender ejercer un mayor control sobre ella, en 1801 fue asesinado por un grupo de conspiradores en su dormitorio.

²² Pozzo di Borgo: diplomático ruso, de origen corso, desempeñó varios cargos bajo el zar Alejandro I. Marx lo ha definido también como "el más grande diplomático ruso de los tiempos modernos" (*Discurso sobre Polonia* del 22 de junio de 1867). Sus despachos desde París —donde era embajador ruso— estaban entre los documentos secretos encontrados por los insurgentes polacos en 1830 en el palacio del gran duque Constantino, regente de Polonia en representación de Nicolás I. Fueron publicados en inglés en 1836 en la serie *The Portfolio: or a Collection of State Papers*, recopilación de documentos y materiales diplomáticos editada por David Urqhart en Londres.

²³ La alusión se refiere al comportamiento —ambiguo y sustancialmente filoruso, según Marx— de Palmerston durante la crisis ruso-turca de 1839, y en particular a sus instrucciones del 19 de junio de 1839 para la flota anglo-francesa en el Mediterráneo oriental. Cf. la reconstrucción del episodio en la carta de Marx a Lassale del 1 de junio de 1854: "Palmerston, que fingía creer que el sultán *deseaba* la efectivización del tratado de Unkiar-Skelessi y a los rusos en Constantinopla, envía el 19 de junio un despacho a Earl Granville en París incluyendo sus "proposed instructions to the Admiral, Sir Robert Stopford" de la misma fecha, en el que, en medio de muchas otras propuestas ambiguas y tontas, da al almirante también el encargo eventualmente "to force the passage of Dardanelles". Soult, con gran *bon sens*... , llama la atención de Palmerston sobre el hecho de que no el sultán sino Rusia es su enemigo; que forzar los Dardanelos es una tontería y que es suficiente con que los embajadores inglés y francés en Constantinopla le pidan al sultán —*el cual no desea otra cosa*— el permiso para que la flota unida pueda pasar los Dardanelos."

²⁴ *Hysteron-proteron*: inversión del orden del discurso.

²⁵ Escania: provincia meridional de Suecia, cedida por Dinamarca por el tratado de Copenhagen de 1660.

²⁶ Augusto II: convertido en rey de Polonia con el apoyo ruso, fue aliado de Rusia y de Dinamarca contra Suecia en la guerra del Norte (1700-1721).

²⁷ Bender: ciudad de la Besarabia donde se refugió Carlos XII de Suecia después de la derrota sufrida frente a los rusos en Poltava.

²⁸ Tratado de Travendal: estipulado en 1700 entre Dinamarca y Suecia. había sancionado la renuncia de la primera al territorio de Holstein.

²⁹ Sjaelland: la mayor isla de Dinamarca situada precisamente frente a Suecia, de la que está separada por el estrecho de Sund; sobre ella se encuentra situada Copenhague.

³⁰ Stralsund: puerto fortificado de Pomerania, conquistado por los suecos en 1648 y perdido —después de un asedio por parte de las tropas rusas, sajonas y danesas— en la última fase de la guerra del Norte, que concluyó en el retiro de los suecos de la Germania septentrional.

³¹ Gyllenborg: embajador sueco en Inglaterra al que se le requisó su casa y finalmente se lo arrestó bajo la acusación de connivencia con los jacobitas (partidarios del retorno de los Estuardos). En 1739 se convirtió en jefe de la cancillería sueca.

³² Görtz: primer ministro de Carlos XII, negoció la paz con los rusos a finales de la guerra del Norte; con la aprobación de Pedro el grande, participó en las intrigas de los jacobitas en favor de la restauración de los Estuardos. Marx, en la carta a Engels del 12 de noviembre de 1856, cita —entre los opúsculos “descubiertos” por él en el British Museum— dos cartas intercambiadas entre el rey de Suecia, Gyllenborg, Görtz y otros, publicadas en Londres en 1717, que revelan “el plan, concebido por Carlos XII, para vengarse de Inglaterra, de desembarcar con un ejército sueco en las costas inglesas proclamando allí al pretendiente”, y observa cómo “Pedro, malgrado la docilidad sin par y la ayuda directa encontrada en la Inglaterra oficial, al mismo tiempo conspiraba con el pretendiente”. Sobre los planes y el papel de Görtz y de Gyllenborg, véase también el ensayo de Riazánov en este mismo volumen.

³³ *The Northern Crisis; or impartial Reflections on the Policies of the Czar; occasioned by Mynheer Von Stocken's Reasons for delaying the Descent upon Schonon. A true Copy of which is prefixed, verbally translated after the Tenor of that in the German Secretary's Office in Copenhagen, October 10, 1716*, Londres, 1716.

³⁴ Norris: comandante en jefe de la flota británica en el Mediterráneo desde 1710 hasta 1711 y en el Báltico desde 1715 hasta 1727.

³⁵ En este punto comienza la tercera parte del documento aunque la numeración (3) ha desaparecido en el texto reproducido por Marx.

³⁶ Potencias marítimas: Inglaterra y Holanda.

³⁷ Narva y Reval: ciudades de la costa estonia del Báltico. En Narva, al comienzo de la guerra del Norte (1700), el ejército de Pedro I sufrió una grave derrota ante los suecos, comandados por Carlos XII.

³⁸ Poltava: el ejército sueco de Carlos XII, que había penetrado hasta Ucrania y estaba diezmando por las epidemias y la falta de suministros, sufrió una derrota en Poltava (1709) que cambió el curso de la guerra del Norte.

³⁹ Estanislao Leszcynski: fue impuesto en el trono polaco por Carlos XII en 1705, después de la destitución de Augusto II de Sajonia. La derrota sueca en Poltava decidió también la suerte de Estanislao, que fue obligado a exiliarse, mientras que Augusto II recuperaba el trono.

⁴⁰ Pedro I, hecho prisionero por los turcos en julio de 1711, reconquistó rápidamente la libertad restituyendo a éstos —mediante la paz de Falczip

firmada ese mismo año— todas las conquistas de la guerra ruso-turca de 1694, entre otras la ciudad de Azov.

⁴¹ Mecklenburgo: el gran ducado alemán —que comprendía las importantes ciudades de Schewerin, Rostock, Wismar y Stralsund— fue colocado por completo bajo el control del ejército ruso después del matrimonio del gran duque Carlos Leopoldo con la sobrina de Pedro el grande.

⁴² “¿Pero es posible o concebible que pueda existir en alguien una maldad tan profunda y encarnada como para que pueda gozar de la desgracia ajena?”, Terencio, *Andria*, en sus *Comedias*.

⁴³ “*Exegi monumentum (aere perennius)*”: “He creado una obra más duradera que el bronce.” Horacio, *Odas*, III, 30. La cita horaciana no debía parecer exagerada a Marx si —en la carta a Engels del 12 de noviembre de 1856— define a este escrito como “uno de los más extraordinarios *pamphlets* que jamás hayan sido escritos. Con *modifications* de poca monta habría podido aparecer en el año 1853”.

⁴⁴ Stanhope, Walpole, Townshend: principales exponentes y hombres de gobierno de la oligarquía whig, que aseguró en el trono de Inglaterra la dinastía de los Hannover reprimiendo las tentativas jacobitas de restauración de los Estuardos, y dominó la vida política inglesa en la primera mitad del siglo xviii.

⁴⁵ Según los planes del cardenal Alberoni, ministro de Felipe V de España, de restaurar la hegemonía española en Italia, los españoles ocuparon en 1717 Sicilia y Cerdeña, pero fueron derrotados un año después en la batalla naval de Cabo Passero por la flota de la Cuádruple alianza, dirigida por Inglaterra.

⁴⁶ *Russian Trade Company*: sobre la historia de esta compañía véase el trabajo de Riazánov incluido en el presente volumen.

⁴⁷ Milosh Obrenovich (1780-1878): jefe de la guerra de liberación servia en 1813 y uno de los creadores de la Servia moderna.

⁴⁸ Mieroslawski (1814-1878): historiador y revolucionario polaco, participó en las distintas sublevaciones de Polonia en 1830-1831, en 1846 y en 1863-1864; en 1848-1849 estuvo activo en Sicilia y en Alemania (comandante del ejército revolucionario de Baden-Palatinado). En Marx se encuentran referencias frecuentes a su obra *De la nationalité polonaise dans l'équilibre européen*, París, 1856.

⁴⁹ La fortaleza rusa de Kars fue reconquistada por los rusos, después de un prolongado asedio, el 28 de noviembre de 1855; la caída de Kars fue el último acontecimiento importante de la guerra de Crimea y aceleró decisivamente su conclusión. Oficiales ingleses habían participado en la fortificación de Kars, dirigiendo también, de manera determinante, su defensa. Marx denunció las responsabilidades del gobierno inglés en el asunto en cuatro artículos sobre *La caída de Kars* aparecidos en 1856 en el semanario cartista *The People's Paper*.

⁵⁰ Alusión a la actitud hostil asumida inicialmente por el gobierno inglés frente al proyecto presentado por Ferdinand de Lesseps y realizado luego entre 1859 y 1869.

⁵¹ La guerra que, desde 1688 hasta 1697, enfrentó a la Francia de Luis XIV con las potencias de la Liga Augusta, luego unidas en la Gran alianza guiada por Guillermo III de Orange.

⁵² Después de haber suplantado a los portugueses y a los ingleses, los holandeses detentaban, desde 1620, el monopolio del comercio con Japón.

⁵³ *The defensive Treaty concluded in the year 1700, between his late Majesty, King William, of ever-glorious Memory, and his present Swedish Ma-*

jesty, King Charles XII. Published at the earnest Desire of several Members of both Houses of Parliament.

⁵⁴ "No violad los tratados de paz y no sacrificad una nación por sometimiento (a otra)" (Silio Italico).

⁵⁵ August Ludwig von Schloezer (1735-1809): historiador alemán, eslavista, autor entre otros libros de una *Allgemeine Nordische Geschichte*. Según Marx, "[...] el 'señor consejero Schloezer' parece el patriarca del que los demás se reconocen discípulos" (Carta a Engels del 29 de noviembre de 1856).

⁵⁶ Jakob Philipp Fallmerayer (1790-1861): naturalista y viajero alemán, conocedor del mundo oriental y eslavo, del que dejó varios análisis y descripciones.

⁵⁷ Rurikidas; descendientes de Rurik, el jefe normando que se convirtió en señor de Novgorod, mientras que su sucesor Oleg fue príncipe de Kiev, capital del primer estado ruso. Los varegos, asentándose en Novgorod y en Kiev en el siglo IX, reunieron a gran parte de las tierras eslavas del este y dieron a los eslavos orientales su primera dinastía.

⁵⁸ Oleg: príncipe de Kiev desde 892; atacó a Bizancio en 907.

⁵⁹ Igor: sucesor de Oleg, reinó desde 912 hasta 945. Condujo dos campañas contra el imperio bizantino en 941 y 944, después de las cuales concluyó con Bizancio un acuerdo comercial ulteriormente ampliado por su hijo Sviatoslav.

⁶⁰ Sviatoslav: príncipe de Kiev desde 945 hasta 972. Conquistó el Reino búlgaro del Danubio y amenazó a Bizancio, pero fue derrotado por el emperador Juan Zimisce en 970. Introdujo el derecho de sucesión igual para todos los descendientes masculinos.

⁶¹ Vladimir: después de varias luchas fratricidas, realizó una unidad real del estado de Kiev desde 980 hasta 1015. Durante su reinado se afirmó plenamente el cristianismo y se acuñó por primera vez una moneda rusa.

⁶² El tratado de 988, que ofrecía a los emperadores bizantinos Basilio y Constantino —amenazados por desórdenes internos— el apoyo de mercenarios eslavos, sancionó el matrimonio entre la princesa Ana, hermana del emperador, y Vladimir.

⁶³ Porfirogénetos: nacidos en la púrpura; denominación dada a los miembros de la familia imperial de Bizancio.

⁶⁴ Jaroslav, el sabio: reinó en todo el estado de Kiev desde 1043 hasta 1054, después de varias luchas fratricidas para arribar al trono. Redactó las primeras reglas jurídicas para el conjunto del país —completadas en el curso de los dos siglos sucesivos y recogidas en la *Ruskaia pravda*— según las cuales el príncipe era propietario "eminente" de toda la tierra rusa.

⁶⁵ Andrés Bogoljubski: (ca. 1111-1174), príncipe de Susdal, después de haber saqueado y destruido Kiev en 1169, transfirió la residencia del Gran príncipe de Kiev a Vladimir.

⁶⁶ Gengis Jan (ca. 1160-1227): elegido en 1206 Gran Jan de los tártaros, unificó a todas las poblaciones tártaras y guió las grandes campañas hacia occidente y el sur.

⁶⁷ Iván I, Kalita (Bolsa de dinero): Gran príncipe de Moscú del 1308 al 1340.

⁶⁸ Iván III, el grande: Gran príncipe de Moscú del 1462 al 1505.

⁶⁹ Horda de oro: conjunto de las poblaciones mongolas, así llamadas por el esplendor y la pompa de la residencia de los soberanos centrales —en Saraj, sobre el Volga inferior— que ejercieron su poder sobre los eslavos, consistente esencialmente en la imposición de los tributos y en el derecho de conservar en sus cargos, o de removerlos, a los titulares de los principados.

⁷⁰ Boyardos: estrato nobiliar originariamente constituido por el séquito de los príncipes normandos, con funciones militares y administrativas que no eran sin embargo recompensadas con la concesión de tierras. Adquirieron una independencia cada vez mayor con la finalización de la dinastía normanda y el inicio del dominio mongol, transformándose progresivamente en una nobleza terrateniente hereditaria. Este proceso conoció una neta inversión de tendencia con Iván III y la afirmación de la autocracia moscovita: el Gran príncipe de Moscú reivindicó su derecho de propiedad sobre todas las tierras y las concesiones de las mismas a los boyardos fue condicionada al servicio rendido al estado moscovita; junto a los boyardos se fue formando una nueva clase burocrática y militar, los *pomeschiki*, u "hombres que prestan servicio".

⁷¹ La parte que sigue desde aquí hasta el final del capítulo fue omitida en la edición de 1899 (Sonnenschein, Londres). En la edición inglesa de 1969, el texto fue retomado de *The Free Press*, 25 de noviembre de 1857.

⁷² En el original inglés —y también en la última edición de 1969— se encuentra la fecha 1178, pero se trata evidentemente de un error de imprenta: Iván III atacó a la República de Novgorod, que se había aliado con Polonia-Lituania contra Moscú, en 1478.

⁷³ Casimiro IV; rey de Polonia del 1447 al 1492 y Gran príncipe de Lituania.

⁷⁴ Alejandro: hijo de Casimiro IV, Gran príncipe de Lituania desde 1492 hasta 1506 y rey de Polonia desde 1501 hasta 1506: en 1495 desposó a Elena, hija de Iván III.

⁷⁵ Campesinos de condición servil (de *Kajmas*: aldea), fueron los protagonistas de grandes movimientos antifeudales en el curso del siglo xv.

⁷⁶ No obstante su matrimonio con Alejandro, de religión católica romana, Elena conservó su propia confesión greco-ortodoxa.

⁷⁷ Estas campañas duraron desde 1503 hasta 1514, cuando cae Smolensk punto de encuentro de las principales vías comerciales de Moscú hacia la Europa central.

⁷⁸ Sofía Paleologa: refugiada en Roma después de la caída de Bizancio (1453), en 1472 se convirtió en esposa de Iván III.

⁷⁹ *Truth is but Truth as it is timed; or, our Ministry's present measures against the Muscovite vindicated, etc., etc.* Humbly dedicated to the House of Commons, Londres, 1719 (Marx lo cita también con el título de *Truth is but Truth however it is timed*). El autor de este panfleto —publicado en forma anónima— era George Mackenzie, residente inglés en San Petersburgo, desde 1710 hasta 1715.

⁸⁰ Paz de Stolbovo: estipulada al final de la guerra ruso-sueca de 1614-1617; con ella Rusia perdió completamente el acceso al Báltico.

⁸¹ Carlos X Gustavo: rey de Suecia desde 1654 hasta 1660.

⁸² Tratado de Roskilde: concluido entre Suecia y Dinamarca, impuso a esta última la cesión de sus provincias en la parte meridional de Suecia.

FRIEDRICH ENGELS

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL ZARISMO RUSO

¹ Engels escribió el presente trabajo en conexión con la agravación de la situación internacional en Europa a fines de los años ochenta y comienzo de los noventa del siglo xix, y con el creciente peligro de guerra originado por

la formación de los bloques político-militares —la Triple alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) y la alianza franco-rusa. Esta última, cuando Engels escribió su trabajo, estaba a punto de concluir. De ahí se explica en primer término por qué el artículo se vuelve tan tajantemente contra el zarismo ruso. El motivo inmediato que tuvo Engels para componer este trabajo fue una carta de Vera Zasúlich, que en nombre de la redacción de la revista marxista rusa *Sozial-Demokrat*, de inminente publicación en Londres, le pedía su colaboración. Engels envió su trabajo a la redacción para que lo publicasen en traducción rusa (del alemán). Simultáneamente, también se proponía publicarlo en otros órganos socialistas.

El primer capítulo (titulado “La política exterior del zarismo ruso”) fue impreso por vez primera en la revista *Sozial-Demokrat*, cuaderno 1, febrero de 1890. La conclusión del trabajo apareció en el segundo fascículo de la revista, que recién salió en agosto de 1890. El texto original alemán de los primeros dos capítulos fue publicado en el número de abril de *Die Neue Zeit* de 1890. Sin embargo, el texto publicado exhibe cambios que la redacción de la revista había practicado sin el conocimiento de Engels y con los cuales quería atenuar la evaluación engelsiana de los círculos dominantes de Rusia y de Prusia, de los representantes de la dinastía de los Hohenzollern, etcétera. Engels recién se enteró de ello después de haber recibido el primer cuaderno de la *Sozial-Demokrat* (aproximadamente a fines de marzo de 1890) y comparado la traducción del artículo con el texto alemán. En sus cartas del 1 de abril de 1890 a Kautsky, jefe de redacción de *Die Neue Zeit*, y al editor Dietz, Engels protestó decididamente contra las alteraciones de la redacción a su texto, exigiendo una reimpresión de los primeros capítulos según el original. En el número de mayo de *Die Neue Zeit* se publicaron esos capítulos sin cambios, junto con el tercero. En una nota a esta segunda publicación escribía la redacción: “En la impresión de los capítulo I y II en el fascículo de abril de *Die Neue Zeit*, se deslizaron por equivocación varios apartamientos del original que influyen esencialmente en el carácter del artículo. Nuestros lectores nos quedarán seguramente agradecidos por que, en vez de indicar en una rectificación los pasajes aislados, volvemos a reproducir todo el artículo en la forma original, que el presente fascículo contiene íntegramente.” En la conclusión del trabajo se indica cuándo fue terminado: “Londres, fines de febrero de 1890.”

El trabajo apareció en idioma inglés en los números de abril y mayo de 1890 de la revista *Time*. Engels cambió y completó el texto de la traducción del artículo para esta revista en varios pasajes. A juzgar por el contenido de algunos de esos cambios en los capítulos segundo y tercero, Engels tradujo ambos capítulos para el *Time* después de febrero de 1890, y evidentemente recién en marzo.

El presente trabajo tuvo amplia difusión en vida de Engels. Fue editado como volumen suelto en idioma polaco en 1893; apareció en el núm. 7 (de 1890) de la revista rumana *Contemporanul*; la revista francesa *L’Idée Nouvelle* traía los dos primeros capítulos el 5 de septiembre de 1890. El trabajo también fue publicado en el órgano búlgaro *Balkanskaia Sora* desde el 21 de febrero hasta el 3 de marzo de 1891.

La parte final del trabajo, que trata sobre la situación en Europa, fue publicada como artículo autónomo en los diarios *Die Nordwacht*, núm. 28 del 13 de julio de 1890, y *Der Wähler*, núm. 113 del 1 de julio de 1890.

El presente texto se basa en la publicación del número de mayo de *Die Neue Zeit*, y fue comparado con la traducción inglesa del *Time*. En notas de la redacción se indican los apartamientos o bien los complementos del texto inglés.

² En 1874 se hizo el intento de introducir en Rusia el servicio militar obligatorio en lugar del enganche de reclutas. La ley de servicio militar obligatorio introducida el 1 de enero de 1874 obligaba a la casi totalidad de la población masculina de Rusia entre 21 y 43 años de edad al servicio militar en el ejército regular, la reserva o la defensa territorial. Del servicio militar fueron exceptuadas las poblaciones de Asia central y Kazastán y algunos pueblos de Siberia, de la región del Volga y del lejano Norte. El enrolamiento para el servicio militar se verificaba por sorteo. Este sistema tenía que fomentar la transformación del ejército ruso en un ejército de masas de tipo burgués. Pero en las condiciones del sistema feudal-absolutista de la Rusia zarista, los privilegios de clase obstaculizaban la realización práctica del servicio militar obligatorio.

³ La guerra de 1813-1815: guerras de la sexta (1813-1814) y la séptima coalición (1815) de los estados europeos contra la Francia napoleónica. En la guerra de 1813-1814 las tropas rusas constituían más de un tercio de los ejércitos coaligados de Rusia, Austria, Prusia y algunos otros estados). Desempeñaron un papel significativo en la liberación de Alemania del dominio napoleónico y en el desbaratamiento de las tropas napoleónicas en suelo francés, que llevó al desmoronamiento del Primer imperio.

⁴ Engels caracteriza con el concepto "principio de la nacionalidad" la política de la Rusia zarista frente a Polonia en el siglo xviii. Este concepto fue acuñado por los círculos bonapartistas del Segundo imperio en conexión con su política de conquistas y sus aventuras en política exterior, y también sirvió a las demás grandes potencias para disimular sus planes de conquista. El principio de la nacionalidad, que nada tenía en común con el reconocimiento del derecho de las naciones a su autodeterminación, debía atizar en realidad las reyertas nacionales y transformar el movimiento nacional, en especial el movimiento de los pequeños pueblos, en un instrumento de la política contrarrevolucionaria de las grandes potencias rivales. Marx desenmascaró el "principio bonapartista de la nacionalidad" en su panfleto *Herr Vogt* y Engels lo hizo en su serie *¿Qué tiene que ver la clase obrera con Polonia?*

⁵ El gran principado de Lituania surgió a comienzos del siglo xiii. Desde mediados del xiii hasta comienzos del siglo xv los territorios ucraniano, bielorruso y ruso occidental cayeron bajo el dominio de los príncipes lituanos. Para someter estos territorios, los señores feudales lituanos se aprovecharon de su debilitamiento por obra de la invasión tártaro-mongólica y de su fragmentación y discordia feudales, así como de la aspiración de la población a unificarse para rechazar a los conquistadores mongoles.

El primer intento de unificar Polonia y Lituania fue realizado en 1385, cuando entre ambos estados se creó la Unión de Cracovia, cuya principal tarea fue la defensa mancomunada contra la creciente agresividad de la Orden teutónica. La Unión unificó a Lituania con Polonia. Hasta mediados del siglo xv la Unión se disgregó algunas veces, pero siempre volvió a renovarse. Paulatinamente se transformó de alianza defensiva en liga de los señores feudales polacos y lituanos contra el pueblo ucraniano y bielorruso. En 1569 se constituyó la Unión de Lublin, según la cual Polonia y Lituania se consolidaban en un estado bajo la designación de Rzeczpospolita. Lituania conservó su autonomía.

⁶ Griegos unidos: cristianos (greco-católicos) ortodoxos reunificados (unidos) con la Iglesia católica romana. La unificación (unión), conforme a la exigencia de los señores feudales polacos y del clero católico, en primer término los jesuitas, fue proclamada en 1596 en el Concilio de Brest. De acuerdo a la Unión de Brest, la población ortodoxa de la Rzeczpospolita debía reconocer

la supremacía del Papa y profesar los principales dogmas del catolicismo, mientras que los usos rituales de la Iglesia ortodoxa se conservaban. La Unión fue un instrumento de afianzamiento del poder de los magnates y la nobleza menor (szlachta) polacos sobre los pueblos de Ucrania y de Bielorrusia. El alto clero y el estamento feudal superior de Ucrania y Bielorrusia la respaldaron. En cambio las masas populares rechazaron la Unión. La lucha contra el unionismo se convirtió en consigna de su movimiento de liberación.

⁷ *Liberum veto* (el libre "Yo lo veto"): principio de la unanimidad indispensable en las resoluciones del *Sejm* (parlamento), que rigió en Polonia desde el siglo xvi al xviii. Según ese principio, bastaba el veto de un solo miembro de la asamblea de los estados para frustrar una resolución. Junto a la elegibilidad de los reyes polacos, ese principio fue una de las bases de la "constitución" polaca que debía servir para afianzar las posiciones políticas de los magnates y szlachta polacos a costa del poder real.

⁸ Paz de Westfalia: Designación de dos tratados de paz con los que se dio fin a la guerra de los Treinta años en 1648. En Osnabruck se concluyó el tratado entre el emperador alemán, los príncipes alemanes y Suecia, y en Münster el tratado entre el emperador alemán y Francia. Sobre la base de los acuerdos entre Suecia y Francia, las potencias victoriosas, con los príncipes alemanes, Alemania perdió una parte significativa de su territorio. Suecia obtuvo la Pomerania occidental y la boca del Oder con Stettin, la isla de Rügen, Usedom y Wollin, así como Wismar y los obispos de Bremen y Verden. Francia obtuvo la alta y la baja Alsacia, con excepción de Estrasburgo, y diez ciudades más. Fueron ratificados los derechos de Francia a los tres obispos de Metz, Toul y Verdun. Los príncipes alemanes fueron reconocidos como señores soberanos y obtuvieron el derecho de concertar tratados y convenios de política exterior con independencia del emperador alemán. La paz de Westfalia cimentó la fragmentación política de Alemania.

Engels también hizo una evaluación de los resultados de la guerra de los Treinta años y de la paz de Westfalia para Alemania en sus trabajos *Varia über Deutschland* [Miscelánea sobre Alemania] y *Die Mark* [La Marca].

⁹ El testamento de Pedro el grande: documento falsificado que políticos y publicistas de Europa occidental utilizaron en su propaganda contra Rusia. Ya en 1797 se sostenía en Europa occidental la existencia de tal "testamento"; en 1812, el francés Lesur expuso en su libro *Des progrès de la puissance russe, depuis son origine jusq' au commencement du XIX^e siècle* [Progresos de la potencia rusa desde sus orígenes hasta comienzos del siglo xix] el contenido de ese supuesto testamento, y Gaillardet, en su libro *Mémoires du chevalier d'Eon* [Memorias del caballero de Eon] dio en 1836 forma documental a esa falsificación.

¹⁰ La guerra de los Siete años (1756-1763) fue, en primer término, una guerra entre dos coaliciones de estados europeos: la coalición anglo-prusiana por un lado, y la franco-ruso-austríaca por el otro. Las causas de la guerra fueron los antagonismos de intereses de las potencias feudal-absolutistas de Europa (Prusia, Austria, Rusia, Francia), así como las luchas por el poder colonial entre Francia e Inglaterra. Los conflictos militares, en cuanto no concernieron a la guerra naval, se dirimieron en Europa y en los territorios coloniales franceses e ingleses de América del Norte y Asia. Las varias victorias de Federico II al comienzo de la guerra (1756-1751) sobre austríacos y franceses resultaron anonadadas por los éxitos de las tropas rusas en Prusia (1757-1760). Prusia estaba próxima a una derrota. El sorprendente cambio de rumbo de la política exterior de Rusia tras la muerte de Elisabet, el 5 de enero de

1762, y el ascenso al trono de Pedro III, que concertó la paz con Rusia, dieron a Prusia la posibilidad de terminar la guerra con Austria. La guerra de los Siete años finalizó en 1763 con las paces de París y de Hubertusburg. Por la paz de París, Francia se vio obligada a ceder a Inglaterra sus más grandes colonias (Canadá y, entre otras, casi todas sus posesiones en las Indias orientales), lo cual llevó al fortalecimiento de Inglaterra como potencia colonial y marítima. La paz de Hubertusburg restauró las fronteras de preguerra de Prusia, Austria y Sajonia.

¹¹ El 31 de marzo de 1764 se suscribió en San Petersburgo un tratado prusiano-ruso de asistencia de 8 años de duración. Las partes contratantes se garantizaban recíprocamente la intangibilidad de sus territorios, asistencia militar y financiera en caso de que cualquiera de los dos países fuera agredido, y el establecimiento de relaciones comerciales en el mutuo interés. En las cláusulas secretas del tratado, ambos interlocutores se comprometían a no admitir ningún tipo de modificación a las constituciones polaca y sueca. En una cláusula secreta especial, Prusia se comprometía a respaldar al candidato que Rusia propusiese para el trono real polaco. En el tratado se expresaron los empeños de Rusia y de Prusia por impedir un mayor fortalecimiento de las influencias austríaca y francesa en Polonia.

¹² La primera partición de Polonia por Prusia, Austria y Rusia tuvo lugar en 1772. Tras la firma de los tratados de partición en San Petersburgo, el 5 de agosto de 1772, a Austria y a Prusia les tocó una parte del territorio de Ucrania occidental y la región central de Polonia. Austria se apoderó de Galitzia; Prusia de Warmia y de una parte de Pomerania, Kujawiens y la Gran Polonia (sector noroccidental del ex Reino polaco). A Rusia le tocaron la parte polaca de Livonia y una parte de la Bielorrusia oriental.

¹³ El así llamado *principio de la legitimidad* fue sentado en el congreso de Viena (1814-1815) por Talleyrand, en representación de la diplomacia francesa. En Europa, ese principio llevó a la restauración de las dinastías "legales" que habían sido tumbadas en el transcurso de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas.

¹⁴ La guerra de sucesión bávara, 1778-1779, que se libró entre Prusia y Sajonia por un lado y Austria por el otro en torno a la posesión de Baviera, después de la muerte del príncipe elector Maximiliano José, reflejó la lucha entre Austria y Prusia por el papel dirigente en Alemania. Con la paz de Teschen se dio término a la guerra. Según las disposiciones del tratado de paz, a Prusia y a Austria les tocaron algunas partes del territorio bávaro; Sajonia obtuvo una indemnización en metálico. El trono bávaro fue adjudicado al príncipe elector del Palatinado. La paz de Teschen ratificó varios tratados de paz anteriormente concertados entre los estados alemanes, empezando por la paz de Westfalia, de 1648, y terminando por la paz de Hubertusburg de 1763. Rusia, que en un comienzo había mediado entre las partes beligerantes, fue declarada juntamente con Francia garante del tratado en un artículo especial del mismo.

¹⁵ Se trata de las dos guerras ruso-turcas de 1768-1774 y 1787-1792, en que triunfó Rusia.

¹⁶ El 11 de marzo de 1780 Catalina II emitió la *Declaración sobre la neutralidad armada*. En ella se proclamaba el derecho de los barcos neutrales a oponerse con las armas a los ataques navales de los estados beligerantes, y además el derecho de los estados neutrales al libre comercio con las potencias beligerantes, así como el principio de la intangibilidad de la propiedad enemiga cuando se presentare bajo bandera neutral, y la validez del bloqueo sólo en

caso que la entrada al puerto bloqueado estuviese efectivamente cerrada por barcos de guerra. Esta declaración constituyó la base de la convención que Rusia concluyó con varios estados. A la declaración adhirieron entre los años 1780 y 1783 Dinamarca, Suecia, Holanda, Prusia, Austria, Portugal y el reino de las Dos Sicilias.

Esos principios de la neutralidad armada fundamentaron posteriormente la "Declaración sobre los principios del derecho marítimo internacional", que suscribieron el 16 de abril de 1856 los representantes de Austria, Francia, Inglaterra, Prusia, Rusia, Cerdeña y Turquía. La declaración fue adjuntada al tratado de paz de París, suscripto por los estados participantes en la guerra de Crimea (1853-1856) el 30 de marzo de 1856.

¹⁷ La segunda partición de Polonia tuvo lugar en 1793, y la tercera en 1795. Fueron el resultado de la política de conquistas de Austria, Prusia y la Rusia zarista frente a Polonia. Las particiones fueron simultáneamente un medio de reprimir el movimiento nacional polaco. Con la segunda partición de Polonia, una parte de Bielorrusia y la parte de Ucrania situada a la derecha del Dniéper cayeron en manos de Rusia; Prusia se apoderó de Danzig, de Thorn y de una parte de la Gran Polonia. Austria no participó en la segunda partición.

En la tercera partición de Polonia, Rusia obtuvo Curlandia, territorios lituanos y bielorrusos occidentales, y una parte de Volinia. Austria obtuvo una parte de la Pequeña Polonia con Lublin y Cracovia. Las regiones polacas centrales, con Varsovia, le tocaron a Prusia. Tras la tercera partición, Polonia dejó de existir como estado autónomo hasta el siglo xx.

¹⁸ Se alude a la primera coalición de los estados feudales absolutistas de Europa contra la Francia revolucionaria. En febrero de 1792, Prusia y Austria concertaron con el activo concurso de Inglaterra y Rusia una alianza militar mediante la cual inauguraron su intervención en Francia. Tras la insurrección popular del 10 de agosto de 1792 y la ejecución de Luis XVI en enero de 1793, Inglaterra, Holanda, España, Nápoles y Cerdeña, así como una serie de pequeños estados alemanes e italianos, adhieron abiertamente a la coalición anti-francesa. La primera guerra de la coalición contra Francia duró hasta 1794.

¹⁹ En Fredrikshamn (Finlandia) tuvo lugar en el verano de 1783, por iniciativa del rey sueco Gustavo III, su entrevista con Catalina II. Gustavo quería averiguar las intenciones de Catalina con respecto a Turquía y Crimea, así como su posición ante los planes de conquista suecos atinentes a Noruega. Por su lado, Catalina II aspiraba en aquel tiempo a un acercamiento con Suecia en conexión con los preparativos rusos de guerra contra Turquía.

²⁰ La paz de Lunéville fue concertada entre Austria y Francia el 9 de febrero de 1801 tras la derrota de las tropas de la segunda coalición antifrancesa. El trabajo de paz reconocía la ampliación de las fronteras francesas resultantes de las guerras contra la primera y segunda coaliciones, y ratificaba la anexión a Francia de la margen izquierda del Rin, de Bélgica y de Luxemburgo. Además, la paz mencionaba el dominio francés sobre los estados creados entre los años 1795-1798 (las repúblicas Bátava, Helvética, Ligur y Cisalpina).

²¹ El *Decreto de diputación de los estados* del 25 de febrero de 1803 (Resolución de la así llamada Diputación imperial, comisión electa por la Dieta imperial de Ratisbona en octubre de 1801 y compuesta por representantes de los estados alemanes), anulaba una cantidad de pequeños estados alemanes occidentales. Sus territorios fueron adjudicados a los estados alemanes mayores, de cuyas posesiones en la margen izquierda del Rin, Francia se había apoderado al término de sus guerras contra la primera y segunda coaliciones. Ciento doce estados alemanes (casi todos bienes de fortuna y ciudades imperiales eclesiás-

ticos), con una población de 3 millones de almas, quedaron anulados. En su mayor parte, sus posesiones tocaron a los estados de Baviera, Württemberg y Baden, así como a Prusia, completamente independientes de Francia. Con el decreto de diputación de los estados sólo se dio cumplimiento a las disposiciones de un convenio secreto celebrado en octubre de 1801 entre Rusia y Francia, según el cual las cuestiones territoriales de la Renania tenían que ser arregladas en el interés de Francia.

²² La batalla de Austerlitz (2 de diciembre de 1805), librada entre las tropas ruso-austriacas (tercera coalición) y las tropas francesas, finalizó con la victoria de Napoleón I. Tras esta derrota, Austria salió de la tercera coalición y concertó con Napoleón la Paz de Pressburg. Rusia e Inglaterra prosiguieron la lucha y en 1806 formaron una nueva coalición —la cuarta— contra la Francia napoleónica.

Liga renana: unión de los estados de Alemania meridional y occidental que surgió a la vida en julio de 1806 bajo el protectorado de Napoleón I. Napoleón consiguió constituir semejante bloque político-militar en Alemania debido a su victoria de 1805 sobre Austria. Tras constituirse la Liga renana, dejó de existir el Sacro Imperio Romano Germánico. A la Liga pertenecieron primeramente 16 y luego todos los estados alemanes fuera de Prusia y Austria. De hecho, los miembros de la Liga renana eran vasallos de la Francia napoleónica. Las tropas de esos estados participaron en las campañas de conquista de Napoleón: entre otras, en la campaña a Rusia de 1812. La Liga se disgregó en 1813, tras las derrotas del ejército napoleónico en Alemania.

²³ Se enumeran algunas batallas de la guerra de la cuarta coalición (1806-1807) contra la Francia napoleónica. A la cuarta coalición pertenecían Inglaterra, Rusia, Suecia y Prusia, que en julio de 1806 había concertado con Rusia una alianza secreta para luchar contra Napoleón.

La batalla de Jena tuvo lugar el 14 de octubre de 1806 entre el ejército francés al mando de Napoleón y las tropas prusianas. Esta batalla terminó con el despedazamiento del ejército prusiano y llevó a la capitulación de Prusia.

La batalla de Eylau-Prusiana (Prusia oriental) del 7-8 de febrero de 1807 entre las tropas francesas y las rusas fue una de las batallas más cruentas de la guerra de la cuarta coalición contra Francia. Ambas partes sufrieron elevadas pérdidas; Napoleón no logró decidirla.

La batalla de Friedland (Prusia oriental) del 14 de junio de 1807 entre las tropas francesas y las rusas terminó con la victoria del ejército napoleónico.

La paz de Tilsit: tratados de paz concertados el 7 y el 9 de julio de 1807 entre la Francia napoleónica y los participantes de la cuarta coalición antifrancesa, Rusia y Prusia, después que éstas sufrieran una derrota en la guerra. Prusia perdió una parte considerable de su territorio (entre ella todas las posesiones al oeste del Elba). Rusia sufrió pequeñas pérdidas territoriales, e incluso ganó el distrito de Bielostok, que pasó de Prusia a Rusia. Con todo, Alejandro I debió reconocer las conquistas francesas en Alemania y las modificaciones territoriales allí emprendidas por Napoleón así como la soberanía de Napoleón sobre las islas Jonias. Además debió declararse de acuerdo con la constitución del ducado de Varsovia, convertido en territorio de avance de los franceses junto a las fronteras de Rusia, y adherirse al bloqueo contra Inglaterra (Bloqueo continental). Entre Rusia y la Francia napoleónica se concertó un tratado ofensivo-defensivo dirigido contra Inglaterra. Por él Napoleón prometía a Rusia libertad de acción frente a Turquía y Suecia.

²⁴ Durante la guerra ruso-sueca de 1808-1809, el ejército ruso, al mando de Barclay de Tolly, atravesó en invierno de 1809 el hielo del golfo de Botnia.

La irrupción de las tropas rusas en territorio sueco aceleró el estallido de una conspiración de la nobleza sueca contra el rey Gustavo IV, que tenía como meta restringir el poder del rey en provecho de la oligarquía aristocrática. En marzo de 1809 Gustavo IV fue derrocado, y al poco tiempo su tío, el duque Carlos de Södermanland, se convirtió en rey bajo el nombre de Carlos XIII. En septiembre de 1809, Suecia debió concertar con Rusia la paz en Frederikshamn y ceder Finlandia.

²⁵ En agosto de 1812 se celebró en Abo (Turku) una entrevista entre Alejandro I y el heredero de la corona sueca Carlos Juan (Bernardotte). El tratado ruso-sueco allí concluido fue una alianza bélica de ambos estados contra la Francia napoleónica. En el tratado, Rusia se comprometía a prestar ayuda militar a Suecia contra Dinamarca si ésta quería negarse a transferir Noruega al rey de Suecia. Suecia se comprometía a respaldar las reivindicaciones territoriales del zar, especialmente frente al ducado de Varsovia sometido por Napoleón.

²⁶ Desde el 27 de septiembre al 14 de octubre de 1808, se celebró en Erfurt una entrevista entre Napoleón I y Alejandro I. Napoleón estaba inquieto por el incremento del movimiento de liberación nacional en los países a él sometidos, especialmente España. Temía un ataque de Austria y, en caso de una guerra con Austria, contaba con el concurso de Alejandro I. A tal efecto, prometió respaldar las reivindicaciones rusas sobre Moldavia y Valaquia. Aunque las tratativas terminaron con una convención secreta, que renovaba formalmente la alianza franco-rusa concertada en Tilsit en 1807, Alejandro no brindó activo respaldo a Napoleón en la lucha contra Austria. Durante la guerra franco-austriaca de 1809 Rusia se limitó a la ocupación de Galitzia, pero no emprendió ningún tipo de acción militar contra Austria.

²⁷ La guerra ruso-turca comenzó en 1806 y duró (con una interrupción entre 1807 y 1809) hasta 1812. Se llegó a la guerra debido al agravamiento de las relaciones ruso-turcas, al que habían contribuido las intrigas de los diplomáticos napoleónicos. Las tropas rusas infligieron al ejército turco varias y graves derrotas en el escenario bélico europeo y caucásico. Con la paz de Bucarest, concertada el 28 de mayo de 1812, la guerra dio término. Mediante el tratado de paz, Rusia obtuvo la Besarabia hasta el Prut, varios territorios transcaucásicos y el derecho a la navegación mercantil por el Danubio. El tratado ratificó los acuerdos precedentes entre Rusia y Turquía, según los cuales se concedieran derechos autónomos a Moldavia y Valaquia.

La victoria militar de Rusia sirvió objetivamente al movimiento de liberación de los pueblos balcánicos contra el dominio turco. Las exitosas acciones de las tropas rusas en los Balcanes respaldaron decididamente la insurrección popular servia entre los años 1804-1813, que tuvo gran significación en la historia de la centenaria lucha de liberación nacional del pueblo servio contra el dominio de los señores feudales turcos. Tras la expulsión de los turcos (1811), los servios empezaron a erigir su autoadministración interna. El tratado de paz de Bucarest de 1812 comprometía a Turquía a otorgar autonomía a Servia en los asuntos de la administración interna. Cuando el ejército de Napoleón invadió Rusia en 1813, el sultán rompió el tratado y envió una expedición punitiva a Servia, que allí volvió a erigir transitoriamente el dominio turco. Tras una renovada y victoriosa insurrección en 1815, y con la ayuda diplomática de Rusia, los servios volvieron a sacudirse el yugo turco. Después de la guerra ruso-turca de 1828-1829, Turquía debió reconocer la autonomía de Servia mediante un fermán (decreto) especial del sultán.

²⁸ Sistema continental: el bloqueo continental impuesto por Napoleón a

Inglaterra en 1806, que prohibía a los países del continente europeo practicar el comercio con Inglaterra. La adhesión de Rusia al sistema continental se produjo en razón de una cláusula secreta del tratado de Tilsit de 1807.

²⁹ La batalla de Leipzig, del 16 al 19 de octubre de 1813, fue la principal batalla de las tropas de la sexta coalición de los estados europeos (Rusia, Austria, Prusia, Suecia) contra las de la Francia napoleónica. La victoria de las tropas coaligadas en la "batalla de los pueblos de Leipzig" decidió el desenlace de la campaña de 1813 en favor de los coaligados, y llevó a la disgregación de la Liga renana y a la liberación de Alemania del dominio de Napoleón.

³⁰ En el congreso de Viena de 1814-1815, tras el desbaratamiento de la Francia napoleónica, se reunieron los monarcas europeos y sus ministros para restaurar las monarquías "legítimas" en contra de los intereses del movimiento de unificación e independencia nacional de los pueblos. Polonia volvió a ser repartida entre Austria, Prusia y Rusia. De acuerdo a las actas del congreso de Viena del 9 de junio de 1815, a Rusia le tocó la parte más grande del gran ducado de Varsovia —creado por Napoleón I mediante la paz de Tilsit de 1807—, bajo el nombre de Reino de Polonia (o Polonia del Congreso).

³¹ La "Santa alianza" era una liga de las potencias contrarrevolucionarias contra todos los movimientos progresistas de Europa. Fue constituida el 26 de septiembre de 1815, a iniciativa del zar Alejandro I por los vencedores de Napoleón. A ella adhirieron, junto con Austria y Prusia, casi todos los estados europeos. Los monarcas se comprometieron a respaldarse mutuamente para reprimir las revoluciones dondequiera estallasen.

³² En la primavera de 1821 estalló una insurrección en Grecia que rápidamente asumió un carácter masivo. La asamblea nacional convocada en Epidauró proclamó el 1 de enero de 1822 la independencia de Grecia y votó una constitución. Como el sultán turco no podía aplastar la insurrección griega sin ayuda extranjera, pidió auxilio a su vasallo Mekmet Alí, jedive (virrey) de Egipto. Las tropas de Mekmet Alí, bajo el comando de Ibrahim Pashá invadieron Morea (Peloponeso) en 1825, y procedieron bestialmente contra la población griega. Las potencias de la Santa alianza, especialmente la Rusia zarista, rechazaron decididamente en un principio la insurrección. Pero la posibilidad de poder aprovechar esta lucha para el afianzamiento de su influencia en el sur de la Península balcánica hizo que Inglaterra, la Rusia zarista y Francia reconociesen a Grecia como parte beligerante y le prestasen ayuda militar. La victoria de Rusia en la guerra ruso-turca de 1828-1829 tuvo decisiva significación para la conquista de la independencia de Grecia. Turquía fue obligada a reconocer a Grecia como estado autónomo. Pero, en 1832, los círculos dominantes de las grandes potencias europeas impusieron al pueblo griego un régimen monárquico reaccionario.

³³ Las revoluciones burguesas de España (1820-1823) y del reino de Nápoles (1820-1821), así como del Piamonte, y el movimiento de liberación nacional de estos países fueron reprimidos por la Santa alianza, que envió tropas francesas a España y austríacas a Italia.

³⁴ Carbonarios: sociedad secreta política surgida en 1806 en Italia y extendida a Francia en los años veinte del siglo XIX. Los carbonarios italianos, que reunían en sus filas a representantes de la burguesía urbana, de la nobleza en vías de aburguesamiento, de los círculos de oficiales, de la pequeña burguesía y del campesinado, intercedían en favor de la unidad e independencia nacional de Italia y de reformas estatales liberales. Los carbonarios franceses, a los que pertenecían los representantes de diferentes orientaciones políticas, luchaban por el derrocamiento de la monarquía borbónica.

³⁵ Se citan los congresos de la Santa alianza, celebrados en Aachen (1818), en Troppau y Laibach (1820-1821) y en Verona (1822). Los empeños de todos esos congresos estuvieron dirigidos a reprimir las revoluciones burguesas y los movimientos de liberación nacional en los países europeos.

³⁶ En la batalla de Navarino (hoy Pylos, ciudad y puerto de Grecia), la flota turco-egipcia fue batida por las escuadras inglesas, francesas y rusas unidas bajo el comando del almirante inglés E. Codrington. Las potencias europeas habían enviado a aguas griegas sus escuadras unidas para dirimir mediante la intervención militar la guerra entre Turquía y los insurrectos griegos. La batalla empezó después que el comando turco se negó a poner término a las violencias contra la población griega, y finalizó con la completa aniquilación de la flota turco-egipcia; además, favoreció el estallido de la guerra ruso-turca de 1828-1829, exitosa para Rusia.

³⁷ Se alude a la paz de Adrianópolis, concertada el 14 de septiembre de 1829 entre Turquía y Rusia, después de la guerra de 1828-1829, exitosa para Rusia. En virtud del tratado Rusia obtuvo el delta del Danubio con sus islas y una significativa parte de la costa oriental del mar Negro al sur de la desembocadura del Kubán. Turquía debió reconocer la autonomía de Moldavia y de Valaquia y otorgarles el derecho a la elección autónoma de los gospodares. La garantía de esa autonomía descansaba en Rusia, cosa que equivalía a la institución de un protectorado del zar sobre los principados. Además, el gobierno turco debió reconocer a Grecia como estado autónomo, puramente ligado a Turquía mediante el pago de una contribución anual al sultán, así como observar todos los anteriores tratados sobre la autonomía de Servia y dar fuerza de ley a esa autonomía mediante un fermán (decreto) especial.

³⁸ Revolución de Julio. El 29 de julio de 1830 el pueblo de París derribó con su victoria sobre las tropas reales la monarquía de los Borbones en Francia. Al poder llegó el así llamado rey-ciudadano Luis Felipe.

³⁹ La insurrección polaca de 1830-1831 fue provocada por el yugo zarista. Comenzó el 29 de noviembre de 1830 como revuelta militar en Varsovia, pero después cobró el carácter de una insurrección popular en cuyo transcurso fueron expulsadas las tropas zaristas. La política capitulacionista de la nobleza polaca en el gobierno y el ejército, en cuyas manos estaba la conducción de la insurrección, impidió la inserción de las masas populares en la lucha de liberación nacional. En aquella época la nobleza polaca especulaba con las propiedades rurales ucranianas y bielorrusas. Como los representantes de los círculos democrático-burgueses no consiguieron imponer la anulación de la servidumbre, la insurrección sólo fue respaldada insuficientemente por el campesinado. Las operaciones militares iniciadas en febrero de 1831 finalizaron con la capitulación del gobierno polaco y la transferencia de Varsovia al ejército zarista el 8 de septiembre de 1831. A pesar de su derrota, la insurrección polaca desempeñó un gran papel en la lucha de liberación del pueblo polaco y tuvo significación internacional.

⁴⁰ Tratado de Hunkiar-Iskelessi, concluido entre Rusia y Turquía el 8 de julio de 1833. La suscripción del tratado estuvo precedida por desembarcos de tropas rusas en la localidad de Hunkiar-Iskelessi, en la zona del Bósforo. Esas tropas fueron mandadas a Turquía para prestar ayuda al sultán contra las tropas del insurrecto Mekmet Alí, jedive de Egipto, que amenazaba la capital turca. En mayo de 1833, por mediación de Inglaterra y Francia, se llegó a concertar la paz entre el sultán y Mekmet Alí, que obtuvo Siria y Palestina. Aunque el peligro inmediato quedaba eliminado para el sultán, la diplomacia zarista supo aprovechar la tensa situación y la presencia de las tropas rusas

en Turquía, haciendo que el sultán concluyese con Rusia una alianza defensiva. Así se llegó a la conclusión del tratado de Hunkiar-Iskelessi, que legalizaba esa alianza defensiva mediante una cláusula secreta por la que Turquía se comprometía a no dejar pasar por los Estrechos a ningún barco de guerra extranjero fuera de los rusos. Una segunda cláusula ratificaba el tratado de Adrianópolis y otros convenios ruso-turcos. La duración de la vigencia del tratado se fijó en ocho años.

⁴¹ Con la guerra turco-egipcia de 1839-1841 se agudizaron las contradicciones anglo-francesas. Francia respaldaba clandestinamente a Mekmet Alí, jedive de Egipto. Inglaterra, que temía una intervención unilateral de Rusia en favor del sultán y, al mismo tiempo, quería aislar a Francia, logró un procedimiento colectivo de las potencias occidentales para respaldar militarmente al sultán. El 15 de julio de 1840 Rusia, Inglaterra, Austria, Prusia y Turquía suscribieron la convención de Londres sobre la ayuda militar al sultán turco contra Mekmet Alí, virrey de Egipto. Esa convención fue suscrita sin Francia, que respaldaba a Mekmet Alí, y llevó al aislamiento diplomático de Francia, provocando el peligro de una coalición europea contra Francia. Por eso ésta se vio forzada a anular su respaldo al virrey de Egipto. Ello significó una grave derrota para la política francesa en el Cercano Oriente. Debido a la intervención militar de Inglaterra y Austria, Mekmet Alí debió renunciar a sus posesiones fuera de Egipto y subordinarse al dominio del sultán.

⁴² *Règlement organique* de 1831: la primera constitución de los principados del Danubio (Moldavia y Valaquia), ocupados por tropas rusas en base al tratado de paz de Adrianópolis del 14 de septiembre de 1829, que puso fin a la guerra ruso-turca de 1828-1829. P. D. Kiselev, jefe de la administración de esos principados, había elaborado el proyecto para esa constitución. Según el reglamento, se otorgaba el poder legislativo de cada principado a la asamblea elegida por los propietarios rurales, y se transfería el poder ejecutivo a los *gospodares*, elegidos vitaliciamente por los representantes de los propietarios rurales, del clero y de las ciudades. El ordenamiento feudal anterior, dentro del cual se incluía la prestación personal, quedaba en pie. El poder político se concentraba en manos de los propietarios rurales. Simultáneamente, el Reglamento introducía una serie de reformas burguesas: se abolían las barreras aduaneras internas, se introducía la libertad de comercio, se separaba la justicia de la administración, se permitía que los campesinos cambiasen de dueño y se abolía la tortura. Durante la revolución de 1848, el Reglamento orgánico fue abolido. En el primer tomo de *El capital* Marx hace una evaluación del Reglamento.

⁴³ En la primera edición inglesa del primer tomo de *El capital* (Londres, 1887), sobre la que Engels llama la atención, la división por capítulos no coincide con la de las ediciones alemanas.

⁴⁴ *Portfolio*: designación abreviada para una recopilación de documentos y materiales diplomáticos que editaba en Londres David Urquhart. La serie *The Portfolio; or, a collection of state papers*, apareció entre 1835 y 1837; una nueva serie, bajo el título *The Portfolio-diplomatic review*, apareció entre 1843 y 1845.

⁴⁵ Referencia a la revolución burguesa de 1848 en Moldavia y en Valaquia. En el transcurso de esta revolución se desarrolló en los principados del Danubio un amplio movimiento de las masas populares por la completa eliminación de la dependencia del imperio turco, la anulación de la servidumbre y la abolición de otros obstáculos que inhibían el desarrollo del capitalismo. La revolución fue sofocada por la reacción interna mancomunada con las tropas de intervención del sultán y de la Rusia zarista.

⁴⁶ En octubre de 1850, por mediación de Nicolás I, se celebraron en Varsovia tratativas entre los representantes de Prusia y Austria, cuya meta era el arreglo de las relaciones austro-prusianas, agravadas después de la revolución de 1848-1849. Austria aspiraba a la restauración de la Confederación germánica, creada por el congreso de Viena pero disgregada de hecho durante la revolución. Prusia esperaba afianzar su hegemonía en Alemania en base a la constitución de una Unión alemana. Nicolás I, que estaba contra el fortalecimiento de Prusia y por el mantenimiento de la fragmentación feudal de Alemania, actuó en Varsovia como árbitro en el conflicto entre Austria y Prusia, dando a entender que respaldaba decididamente a Austria.

⁴⁷ El 8 de mayo de 1852 los representantes de Rusia, Austria, Inglaterra, Francia y Prusia, así como de Suecia, Noruega y Dinamarca, suscribieron en Londres un tratado sobre la sucesión de la monarquía danesa, que estaba basado en un protocolo aprobado el 2 de agosto de 1850 en Londres por los mismos participantes (salvo Prusia). Este protocolo se pronunciaba unívocamente por el principio de la indivisibilidad de las posesiones de la corona danesa incluidos los ducados de Slesvig y Holstein, que simultáneamente pertenecían a la Confederación germánica. Con ello se erigía una barrera contra las aspiraciones de la población alemana de esos ducados a emanciparse de Dinamarca y unificarse con Alemania. Aunque el tratado de 1852 reconocía a los ducados el derecho a la autoadministración, éstos siguieron estando bajo dominio de la corona danesa. Como sucesor del rey danés Federico VII, quien no tenía descendencia, fue designado el príncipe Cristian de Slesvig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg (luego rey Cristian IX).

⁴⁸ *D'étonner le monde par la grandeur de son ingratitude* [sorprender al mundo por el tamaño de su ingratitude]: expresión atribuida a Schwarzenberg, presidente del ministerio austríaco y ministro de Relaciones exteriores, que éste habría empleado refiriéndose al viraje rusófobo de la política exterior austríaca acaecido a comienzos de los años cincuenta. El texto verdadero de esa expresión tan citada reza así: "El mundo se sorprenderá de lo ingratos que podemos ser."

⁴⁹ El 30 de marzo de 1856, los representantes de Francia, Inglaterra, Austria, Cerdeña y Prusia, así como de Turquía por un lado, y por el otro de Rusia, suscribieron el tratado de paz de París que puso fin a la guerra de Crimea (1853-1856). Rusia, que había perdido la guerra, debió ceder las bocas del Danubio y una parte de la Besarabia meridional; renunciar al protectorado sobre los principados del Danubio y al protectorado sobre los súbditos cristianos de Turquía, y consentir en la neutralización del mar Negro (el mar Negro fue abierto a los barcos mercantes de todas las naciones, cerradas sus aguas y puertos a todos los barcos de guerra con excepción de sendos 10 pequeños vapores o bien veleros de guerra para Rusia y Turquía, y prohibida a ambos países la instalación de arsenales en sus márgenes); Rusia recuperó Sebastopol y otras ciudades ocupadas por los aliados a cambio de la devolución de Kars a Turquía. Inglaterra y Austria no pudieron realizar plenamente sus intenciones agresivas para con Rusia en el congreso de París. El desenlace de las tratativas estuvo influido por la heroica defensa de Sebastopol, la derrota del ejército turco en el escenario bélico del Cáucaso, los fracasos de los aliados en el Báltico y el hábil aprovechamiento de las contradicciones anglo-francesas por parte de la diplomacia rusa.

⁵⁰ *La Russie ne boude pas, elle se recueille* [Rusia no está enojada; sólo se recoge]. Gorchákov empleó estas palabras en su circular del 21 de agosto de 1856 a los representantes diplomáticos rusos en el extranjero. En el despacho

fijaba la orientación de la política exterior de Rusia con motivo de su nombramiento como ministro de Relaciones exteriores (1856).

⁶¹ Acerca de la "Declaración sobre los principios del derecho marítimo internacional", adjuntada al tratado de paz de París, véase la nota 16.

El acercamiento entre la Francia bonapartista y la Rusia zarista en el congreso de París llevó a la conclusión de un tratado secreto entre Rusia y Francia, a instancias de Napoleón III, el 3 de marzo de 1859. En él el zar Alejandro II se comprometía a respaldar por medios diplomáticos los preparativos de Napoleón III para derrotar militarmente a Austria y, en caso de guerra, a estacionar tropas rusas en la frontera austríaca para fijar en el este a una parte del ejército austríaco. Además, y en compensación, Napoleón III respaldaba conforme al espíritu del tratado la política de Rusia en los Balcanes.

⁶² En 1859, después de haberse asegurado el respaldo de Alejandro II, Napoleón III desató junto con el reino de Cerdeña (Piamonte) la guerra contra Austria. Napoleón III, empeñado en apoderarse de territorios italianos y afianzar mediante una guerra "local" exitosa el régimen bonapartista en Francia, libró esa guerra bajo el estandarte de la "liberación". En su manifiesto *La guerra*, citado prolijamente por Marx en su artículo *Mazzini's Manifest* [El Manifiesto de Mazzini], Giuseppe Mazzini revelaba las verdaderas intenciones de Napoleón III.

La gran burguesía italiana y la nobleza liberal esperaban poder realizar con una guerra la unificación de Italia bajo el poder de la dinastía de los Saboya, dominante en Piamonte, y sin la participación de las masas populares. Asustado por la envergadura del movimiento de liberación nacional contra la opresión austríaca de Italia; empeñado en mantener en pie la fragmentación política de Italia y temiendo complicaciones militares si la guerra proseguía, Napoleón III, tras algunas victorias de las tropas franco-piamontesas, se vio precisado a concluir en Villafranca, el 11 de julio, una paz separada con Austria a espaldas de Cerdeña. La guerra aportó Saboya y Niza a Francia; Lombardía se unificó con Cerdeña.

No obstante, contra la política dinástica de los círculos dominantes de Piamonte y las intrigas de los bonapartistas franceses, se desplegó en 1860 en Italia la lucha de liberación nacional por la unificación del país. Las heroicas acciones militares de las guerrillas de Garibaldi en Sicilia y Nápoles, que fueron respaldadas por las masas populares, llevaron en esos territorios al derrumbamiento de la dinastía borbónica, a la unificación de Italia meridional con el Piamonte y, en 1861, a la erección del reino de Italia. Venecia permaneció bajo dominio austríaco hasta 1866. Con la toma de Roma por las tropas italianas en 1870 finalizó la unificación de Italia.

⁶³ Durante la insurrección polaca por la liberación nacional (1863-1864), el gobierno Bismarck ofreció ayuda militar al gobierno zarista para reprimir la insurrección. Con ello quería impedir la extensión de la insurrección a los territorios polacos en posesión de Prusia y asegurarse el respaldo de Rusia a la unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. En febrero de 1863, a instancias de Bismarck, Rusia y Prusia suscribieron una convención sobre operaciones conjuntas de tropas contra los insurrectos. La burguesía alemana, que temía serios conflictos con las potencias occidentales, adoptó una actitud negativa ante esa alianza, exigiendo la neutralidad de Prusia, pero por otro lado no estaba dispuesta a respaldar la lucha del pueblo polaco contra el zarismo y por la creación de un libre estado nacional polaco. Prefería el mantenimiento del dominio de Prusia sobre porciones territoriales polacas (el así llamado gran ducado de Posen [Poznan]) antes que una alianza con las fuerzas revolucionario-

democráticas del pueblo polaco. Sólo los defensores consecuentes del proletariado alemán, y ante todo Marx y Engels, intervinieron en favor de un libre estado nacional democrático de Polonia al lado de una Alemania democrática unida y en favor de buenas relaciones de vecindad entre ambos estados.

⁵⁴ Tras la victoria de Prusia y Austria en la guerra contra Dinamarca (1864), los ducados de Slesvig y Holstein se convirtieron en posesión común de Austria y de Prusia, y luego de la guerra prusiano-austríaca de 1866 fueron anexados a Prusia.

⁵⁵ "*Yaya Molodez*" ("tío formidable"): exclamación usual de Alejandro II cuando recibía por telégrafo las noticias de las victorias de Guillermo. [Nota al pie de Engels en el *Time*.]

⁵⁶ Francia debió ceder al Imperio alemán Alsacia y el sector oriental de Lorena de acuerdo a la paz preliminar del 26 de febrero de 1871 firmada en Versalles después de la guerra franco-alemana. Las condiciones de ese tratado fueron definitivamente ratificadas por el tratado de paz suscrito el 10 de mayo de 1871 en Francfort del Meno. El tratado de paz agravaba las condiciones para las contribuciones que debía pagar Francia y prolongaba la ocupación del territorio francés por parte de las tropas alemanas. De hecho, era el precio por la ayuda que Bismarck prestara al gobierno de Versalles para aplastar a la Comuna. La paz de Francfort equivalía al desvalijamiento de Francia, tornando inevitable un futuro conflicto bélico entre Francia y Alemania.

⁵⁷ El tratado preliminar de paz de San Stefano fue concertado el 3 de marzo de 1878 por Rusia y Turquía después de la guerra ruso-turca de 1877-1878, de la que Rusia salió victoriosa. Ese tratado, que reforzaba la influencia rusa en los Balcanes, provocó agudas protestas de parte de Inglaterra y Austria-Hungría, a las que Alemania respaldaba secretamente. La presión diplomática y las amenazas militares forzaron a Rusia a someter el tratado a un congreso internacional de revisión, que sesionó en Berlín del 13 de junio al 13 de julio de 1878. De ese congreso participaron representantes de Rusia, Alemania, Austria-Hungría, Francia, Inglaterra, Italia y Turquía. El resultado de ese congreso fue la conclusión de la paz de Berlín, según la cual las condiciones del tratado de San Stefano fueron fundamentalmente modificadas en desventaja de Rusia y los pueblos balcánicos eslavos. El territorio de la Bulgaria autónoma, previsto en base al tratado de San Stefano, fue achicado en más de la mitad: con Bulgaria meridional se formó la provincia autónoma de Rumelia oriental, que debía seguir estando bajo dominio del sultán. Asimismo, el territorio de Montenegro fue significativamente achicado. La devolución de la parte de la Besarabia amputada en 1856 por Rusia, que fijaba la paz preliminar de San Stefano, fue ratificada por la paz de Berlín, y sancionada la anexión de Bosnia y Herzegovina a Austria-Hungría. Inglaterra ya se había adueñado de Chipre en vísperas del congreso. Las resoluciones del congreso de Berlín llevaron a nuevas tensiones internacionales en los Balcanes aumentando el peligro de guerra.

⁵⁸ Se trata del cuadrilátero Silistria-Rustschuk-Schumla-Varna en suelo búlgaro. En esta región, al comienzo de la guerra ruso-turca de 1877-1878, estaba concentrado el grueso de las fuerzas del ejército turco.

⁵⁹ "*La clef de notre maison*" ["la llave de nuestra casa"]: palabras que Alejandro I empleó en 1808 en una conversación con el embajador francés Caulaincourt.

⁶⁰ La gran insurrección popular de la India (1857-1859) estaba dirigida contra el dominio colonial inglés. Estalló en la primavera de 1857 entre las así llamadas unidades cipayas del ejército bengalí, que estaban compuestas por

indios, y abarcó los mayores distritos del norte y el centro de la India. Las principales fuerzas motrices de la insurrección fueron los campesinos y los artesanos pobres de las ciudades. La insurrección, conducida por los señores feudales locales, fracasó más que nada porque los insurrectos no tenían una dirección unitaria ni un plan de acción común. Esto estaba condicionado por la fragmentación feudal de la India, la heterogénea composición étnica de su población y la escisión religiosa y de casta del pueblo indio. También desempeñó un papel esencial la superioridad técnico-militar de los ingleses.

⁶¹ En noviembre de 1839, bajo el comando del general Perovski, dio comienzo la campaña de conquista del janato de Jiva. Los 5 000 hombres de las poderosas tropas rusas no estaban preparados para las difíciles condiciones de una campaña invernal por las estepas desérticas; perdieron la mitad de su contingente por hambre, frío y enfermedades, y en febrero de 1840 debieron volver a Orenburg, punto de partida de su empresa, sin haber alcanzado Jiva.

⁶² Entre los años 1886 y 1889 se desplegó en Francia una campaña chovinista asociada con el nombre del general Boulanger. Los boulangéristas aprovecharon el descontento de las masas populares con la política de los republicanos burgueses y desplegaron una agitación chovinista y revanchista para preparar un golpe de estado y restaurar la monarquía en Francia. Engels caracterizó al boulangérismo como una variante del bonapartismo, señalando su peligrosidad y exigiendo a los socialistas franceses que desenmascarasen resueltamente las consignas revanchistas demagógicas de Boulanger y sus adictos.

⁶³ La ciudad de Plevna, al norte de Bulgaria, fue tomada en diciembre de 1877 por el ejército coaligado ruso-romano, tras ardua lucha con las tropas turcas, durante la guerra ruso-turca de 1877-1878.

⁶⁴ El segmento cisleithano del imperio: parte de Austria-Hungría que abarcaba la propia Austria, Bohemia, Moravia, Galitzia, la Bukovina y otros países. La Transleithania comprendía el reino de Hungría, inclusive Transilvania, Croacia y Eslovenia, entre otras. Esos territorios recibieron su designación del río Leitha, que tras la conversión del imperio austriaco en la monarquía austro-húngara (1867), constituía la frontera entre ambos segmentos de la monarquía.

⁶⁵ El periodista norteamericano George Kennan escribió al cabo de su viaje por Siberia (1885-1886) una serie de artículos, *Siberia and the Exile System* [Siberia y el sistema del exilio] que fue publicada desde 1880 hasta 1890 en la revista neoyorkina *The Century Illustrated Monthly Magazine*.

⁶⁶ En 1864 fueron introducidos en Rusia los zemstvos, órganos de autoadministración local limitada. Pero ya en 1866, el gobierno zarista empezó la represión sistemática de los zemstvos, que se reforzó especialmente en los años ochenta cuando la reacción procedió a tomar cruentas represalias contra el movimiento revolucionario.

⁶⁷ Engels se refiere a una expresión de Moltke en su discurso ante la Dieta imperial del 16 de febrero de 1874. En ese discurso Moltke debió confesar que los alemanes, a partir de sus "guerras felices, habían ganado respeto en todas partes y amor en ninguna". En su artículo *Das Reichs-Militärgesetz* [La ley marcial del imperio], Engels aprovechó la ocasión de esa expresión para desenmascarar la agresiva política imperial.



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en talleres gráficos victoria, s. a.
primera privada de zaragoza núm. 18 bis, méxico 3, d. f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
28 de marzo de 1980

HISTORIA DIPLOMÁTICA SECRETA DEL SIGLO XVIII

DAVID BORÍSOVICH RIAZÁNOV

Karl Marx y el origen de la hegemonía de Rusia en Europa

KARL MARX

Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVIII

FRIEDRICH ENGELS

La política exterior del zarismo ruso

BERND RABEH

La controversia en el interior del marxismo ruso